

IDAD AUTÓNOMA
CCIÓN GENERAL

PANJ GIRC.

DE

LATOURDE.

BX4654

L3

V.3

C.1

135801



1080046347

UNIVERSIDAD

1910

842-6443



4-1983
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
R-53

SERMONES PANEGÍRICOS

DE

MR. SANTIAGO FRANCISCO RENÉ

DE LATOURDUPIN,

Abad Comendatario de la Abadía de Nuestra Señora de Ambournai, Vicario general de Riez, Predicador ordinario del Rey, y de la Academia de las Ciencias y Bellas Letras de Nanci:

TRADUCIDOS DEL FRANCES

POR

DON TORQUATO TORIO DE LA RIVA,
Escritor de los Privilegios de Indias, Revisor de Letras antiguas por S. M. y Oficial del Archivo del Excelentísimo Señor Marqués de Astorga, Conde de Altamira, &c.

SEGUNDA IMPRESION

CORREGIDA Y ENMENDADA.

TOMO III.



MADRID M.DCC.XCVI.

En la Imprenta de la Viuda de Ibarra.
Con las licencias necesarias.

38089

Bx4654

L3

V. 3



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135801

PANEGÍRICO

DE SANTA ISABEL,

hija de Andres Segundo, Rey de Un-
gria, Duquesa de Turinga, y primera
Religiosa de la Tercera Orden de
S. Francisco:

PREDICADO

*El dia de su fiesta en la Iglesia de Se-
ñoras de Santa Isabel, y despues en la
de los RR. PP. Franciscos del Gran
Convento.*

*Patior; sed non confundor. Sufro; pero
no caygo baxo el peso de mis sufri-
mientos. II. Tim. 1. v. 12.*

La paciencia ensalza al hombre sobre sí mismo. Ella es quien le hace capaz de sostener los mas desgraciados acontecimientos. Hasta en medio de las miserias, consigue encontrar por ella una suerte feliz: Aquel á quien

A 2



BX4654

L3

V. 3



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135801

3

PANEGÍRICO

DE SANTA ISABEL,

hija de Andres Segundo, Rey de Un-
gria, Duquesa de Turinga, y primera
Religiosa de la Tercera Orden de
S. Francisco:

PREDICADO

*El dia de su fiesta en la Iglesia de Se-
ñoras de Santa Isabel, y despues en la
de los RR. PP. Franciscos del Gran
Convento.*

*Patior; sed non confundor. Sufro; pero
no caygo baxo el peso de mis sufri-
mientos. II. Tim. 1. v. 12.*

La paciencia ensalza al hombre sobre sí mismo. Ella es quien le hace capaz de sostener los mas desgraciados acontecimientos. Hasta en medio de las miserias, consigue encontrar por ella una suerte feliz: Aquel á quien

A 2



anima la paciencia , todo lo sufre; ó por mejor decir , es superior á las mas violentas persecuciones , y triunfa del mundo , quando este cree triunfar de él. *Patior ; sed non confundor.*

Vosotras , Señoras , acostumbradas á formar vuestra virtud á exemplo de *Isabel* , habreis conocido ya su carácter á vista del retrato que os acabo de manifestar. Lo cierto es , que ella , como una grande y heroyca alma , advirtió por una revolucion fatal , que aquellos mismos dias que tenia llenos de gloria , se la mudaron en dias de humillacion. Vió , por decirlo así , que el Universo conspiraba contra ella ; pero su corazon era la piedra del toque de todos los acontecimientos. Nunca la deslumbró la prosperidad , ni la adversidad la abatió. Aunque gozaba del poder y de la diadema , no advirtió su modestia en estas tan apetecidas distinciones , sino una grandeza aérea , al paso que en los contratiempos y persecuciones veía con su paciencia la verdadera felicidad. Como era dichosa sin orgullo , y desgraciada con dignidad , la hizo encontrar su paciencia en la Religión una corona mas sólida que aquella de que el mundo injusto intentaba despojarla. *Patior ; sed non confundor.*

Acabo , pues , de representaros á *Isabel* como el modelo de la paciencia christiana. Paciencia á quien , en verdad , pudo atacar el mundo , pero no arruinar ni destruir. Paciencia siempre combatida , y siempre triunfante.

La paciencia de *Isabel* , fué asestada por el mundo. *Patior. Punto primero.*

La

La paciencia de *Isabel* salió victoriosa del mundo. *Sed non confundor. Punto segundo.* Imploremos la gracia. AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Jamas fué la paciencia christiana obra de la Filosofia : lo es solo de la Religión. No puede dimanar sino del conjunto de las mas sublimes virtudes. Ella , como dice San Gregorio , es mas admirable y digna de estimacion que la gloria de los milagros , y , por consiguiente , el colmo del heroísmo christiano. *Virtutem patientie miraculis majorem credo.*

Nunca hubo paciencia mas viva y constantemente perseguida que la de *Isabel*. Como victima inmolada á la injusticia , á la locura y al furor de un mundo , que siempre es enemigo de la santidad , fué su vida un continuado martirio. Aun su misma felicidad no estuvo libre de turbaciones.

El mundo supo llenar de amargura sus mas gustosos dias. Fué tan ingenioso , que á las virtudes mas puras de nuestra Heroína las manchó con los mas horrosos colores. En fin , aprovechándose el mundo de sus desgracias , se valió de ellas para excitarla las mas violentas persecuciones. ¡Qué carrera tan llena de abrojos para su paciencia! Pero ¡qué generosidad de sentimientos vamos á ver resplandecer! *Patior.*

Desde luego parece que nos anuncian los prósperos y venturosos dias de *Isabel* una perfecta gloria , y una constante felicidad. Naci-

A 3

da

da al abrigo del trono, y para el trono mismo, leyó sobre los soberbios mausoléos de los reyes de Ungría los nombres inmortales de sus padres y antepasados. Su anterior grandeza, anunciaba bien claramente la que á ella la esperaba. Advertía, que los príncipes de la sangre que corría por sus venas, estaban entroncados con las mayores y mas augustas casas de la Europa; y observaba tambien, que teniendo el cetro en sus manos, promulgaban leyes á sus pueblos. Todo esto que era anexo á la corona, lo miraba como inferior á ella, sin embargo de que la correspondia. Criada en la corte de Ungría, no tardó en manifestarse á la de Turinga; como que por todas partes veía asuntos muy propios para desentrañar sus deseos. Aplicaba todo el ingenio para advertirles, y se apresuraba para ejecutarles. Notaba que deseosos los monarcas de merecer y ganar su corazon, se disputaban la gloria de proporcionarla el mas brillante destino, como lo merecia. Todo se dirigia á lisongear su imaginacion, presentando á su vista sin cesar los infinitos honores, inmensas riquezas, y poder sin límites que se la presentaban. La mas desmedida ambicion, no puede de ningun modo concebir lo que ella se debia prometer; ó, por mejor decir, era nuestra Santa todo quanto se puede desear. Su padre era un gran rey, que la amaba de un modo inexplicable. Un príncipe soberano que la adoraba, debia ser su esposo. De todos modos se admiraban sus encantos y qualidades, no siendo ménos respetable su virtud. Era la de-

delicia de los pueblos, la admiracion de la corte, y la esperanza de Turinga. ¿Hay acaso felicidad mas perfecta? Pero ¿quál será la que no esté sujeta á las revoluciones y contratiempos del Mundo? ¿No se huyen precipitadamente los venturosos tiempos de una profunda paz? Si por cierto. Miéntras que la corte de Turinga gozó de un dulce reposo, llenó de horror á toda la Ungría un acontecimiento imprevisto, y expuso la paciencia de *Isabel* al mas violento combate.

El zelo de Andres II. le acababa de armar contra los enemigos del nombre christiano. Con la falta que hizo su ausencia, se tramó una conspiracion. Un vasallo honrado con la confianza del príncipe, abusó de su autoridad. Enemigo del trono, de quien debia ser el apoyo, hizo que fuese el objeto contra quien queria ensangrentarse. Quanto mas absoluto creía su poder, con otra tanta razon se persuadia que podria remediar los inconvenientes que se opusiesen á su depravado intento. La prudencia de la reyna puso un obstáculo á su ambicion; pero ni el respeto á la humanidad y á la Religion pudieron conseguir entrada en su depravado corazon. La reyna ciertamente era el objeto á quien temia su politica; pero bien pronto llegó á ser la víctima de su furor. En efecto, atrevióse á cometer aquel arrojito, y, enardecido en el crimen, descargó con su mano el golpe mortal, corrió la sangre: Espiró Gertrudis. Súpulo *Isabel*::::

O Cielos! ¡qué tempestad tan funesta es la que

que viene á llenar de amargura sus mas preciosos dias! De nada servís vosotras encantadoras delicias de la corte : solo presentais á sus ojos una lúgubre y triste imágen : todo irrita su dolor : todo le aumenta. Acababa de arrebatár á su ternura aquella madre , cuya inclinacion mas bien que la obligacion se la habia hecho la mas querida de todas. Su virtud fué la causa de su muerte : su muerte un crimen , y el autor de él respiraba con tranquilidad. ¡Triste situacion para *Isabel!* Desde aquel mismo instante la llevó ya su agitado espíritu sobre el sepulcro de una madre demasiado digna de su atencion y cariño. Deixa correr sus lágrimas impelida de tan grande dolor , y aun no sabia que hacerse en aquel lance. Pedía venganza la naturaleza ; pero se la oponia la Religion. Por una parte quisiera su amor castigar el delito , por otra deseára la virtud perdonar el crimen. Combatia la razon entre estos dos extremos , y , por fin , triunfó la paciencia. ¡O prodigio de la tierna santidad de *Isabel!* El primer rasgo de su paciencia es un milagro de generosidad. Bien podia su corazon dexar de perder á un delinquente ; pero su Religion la dictaba , que debia libertar á un christiano. La paciencia solo sabe vengarse por medio de los beneficios. *Patientior.*

Pero ¿para qué me he de detener en esta primera época de su vida? Su paciencia debe siempre caminar de experiencias en experiencias , y de trabajos en trabajos. Una desgracia acarrea otra. El mundo siempre lleno de amar-

amargura sus mas gustosos dias , y no contento con esto , se dedicó muy en breve á llenar de los mas feos colores las virtudes mas puras de aquella Heroína.

A su vista se presentaba por una parte la corte , y por otra la Religion. ¡Qué escuelas de sentimientos tan contrarios! ¡Cuán difícil es desempeñar las obligaciones de la una , sin exponerse al escarnio de la otra! En la corte parece que se autoriza el orgullo con el poder; que la opulencia hace á los hombres insensibles , y que los placeres favorecen y patrocinan su desidia y floxedad , no siendo ménos comun que entre el bullicio de su tumulto se mantengan disipados. El ver en la corte á una princesa sobre cuyo corazon tenia mas imperio la Religion que el pomposo fausto del mundo ; á una princesa humilde en la elevacion ; penitente en medio de las delicias ; caritativa en la opulencia , y fervorosa en medio de la disipacion ; era el contraste mas admirable , y , por consiguiente , el mas propio para que fuese el asunto de la censura y murmuracion. Siempre se tiene envidia á aquello que no hay valor para imitar. El mundo se interesa en condenar todo aquello que le condena. Quanto mas santa era *Isabel* , mas enemigos tenia. Pero en vano , porque quanto mas se empeñaban en censurar sus virtudes , otro tanto mas se las realzaban con el mérito de la paciencia. *Magis patiens , magis est sapiens.*

Quando se advierte sobre el trono la humildad , siempre deberia este prodigio excitar la admiracion de los hombres. Una princesa que

que pone todo su cuidado en despojarse de la magestad que la rodea, queriendo mas bien entregarse á los cuidados de su pueblo y atraerse los corazones por medio de una bondad que la hiciese amable sin que se dexase de hacer respetar; es sin duda el espectáculo mas precioso y digno de estimacion. ¡Qué cosa tan grande es el persuadirse, que la grandeza del poder debe excitar en el alma una emulacion de virtud, y no un sentimiento de orgullo! ¡Cuán grande es, no digo yo el desentenderse del frivolo incienso de la adulacion (porque la verdadera virtud siempre supera á la lisonja), sino merecer los elogios y rehusarlos! En este caso, es claro, que la necesidad que obliga á recibir los honores, es tal vez mas admirable que la humildad que quisiera desentenderse de ellos.

Pero sobre todo, quando mas me admira y sorprehende *Isabel*, es quando movida de la consideracion de ver á su Dios sobre la cruz y á ella sobre el trono, se recuerda su humildad, su miseria y su nada: quando santamente ansiosa de las humillaciones, desciende, digámoslo así, á los mas viles ejercicios de la Religion, y quando corre á la sombra del santuario, transportada de su fervor, á ofrecer á los pies de un Dios coronado de espinas aquella brillante corona, cuyo resplandor no la permitia mantener su humildad.

Vosotras, señoras, os admiraréis á vista de lo que digo; pero otro sentimiento es el que llama las atenciones de la corte de Turinga. ¡Cuán equivocadamente juzga el mundo de la vir-

virtud! En la modestia de nuestra Heroína, no percibia mas que afectacion. A la verdad que siempre es culpable el manifestarse verdaderamente christiano, quando no se tiene por mérito el parecerlo. La calumnia suministraba ya fingidos é hipócritas sentimientos á las acciones mas santas de *Isabel*, y la autoridad se explicó igualmente. Sofia, madre del Landgrave de Turinga, se produjo contra nuestra Santa por medio de indecentes discursos. Juzgaba, amenazaba y condenaba. Quando la locura y la altanería anima al sexò femenino, todo le irrita, y no perdona ni aun á la virtud; pero esta se burla de sus reveses y amenazas. Es necesario grandes combates para acrisolar á los grandes corazones. Las desgracias solo sirven para que mas bien se conozca la santidad. El valor es quien únicamente forma á los héroes profanos, pero lo que caracteriza á los héroes christianos, es la paciencia.

¿Quién podrá reducir ó aminorar el heroísmo de *Isabel*? su paciencia la hace inaccesible á los resentimientos. Bien podria oponer la verdad á la impostura: y su conducta bastaba para hacer confesar á la corte, injustamente informada, que qualquiera puede humillarse sin decaer de su honor; que las obligaciones de la Religion jamas perjudican á los beneficios de la condicion ó estado, y que no hay verdadera grandeza sino en la santidad. Pero la paciencia la hizo sufrir sin murmuracion la tempestad. Padecia, callaba y perdonaba. La paciencia puso el colmo á su humildad.

mildad. *Magis patiens, magis est sapiens.*

Sin embargo, aun se la preparaban nuevos combates. La virtud de la caridad que la debiera haber hecho reyna sobre todos los corazones, la atrajo nuevos enemigos. ¡Quántas maravillas nos presenta aquella virtud! Al considerarlo parece que solo ella formaba el distintivo carácter de *Isabel*; pero aun se advirtió, en medio de su misma caridad, alguna cosa mas grande, mas noble y mas heróyca, qual era la paciencia que la animaba, purificaba y coronaba.

No, no creáis que la distancia que hay desde el trono á la miseria sea capaz de cerrar sus ojos á la triste y compasiva situacion de los infelices. Lo que no podia experimentar por la elevacion de su gerarquía, lo palpaba con los sentimientos de su corazon. Por medio de un espíritu de Religion, se ponía en el lugar de la indigencia enferma é ignorada, y se hacia sentir todos los horrores de sus males. Se grababa en su alma sensible esta idea, y no habia cosa que mas estimase, en medio de su opulenta grandeza, que la necesidad de hacer bien y excusar á la miseria la vergüenza de cometer algun feo delito; de humillarse, y sufrir desprecios, y la desesperacion de perecer sin socorro.

Apénas acababa de unirse delante de los altares con el Landgrave de Turinga, quando se hizo su palacio el asilo de los pobres. Inmediatamente formó su liberal caridad el proyecto mas grande y extenso. Al pie de su palacio se levantó un vasto é inmenso edificio.

En-

Entre estas dos grandes obras, vivia *Isabel* sucesiva y alternativamente: la una, aunque brillante y augusta, no tenia para ella ningun atractivo: la otra, aunque lúgubre y triste, era el centro en donde su caridad la fijaba. Aunque metida entre los cortesanos, solo estaba gustosa en medio de los pobres. Insensible á los honores que los primeros la tributaban, prestaba atentamente sus oídos á las quejas que los segundos la dirigian. Al verla tan ingeniosa para descubrir la indigencia, y tan pronta para socorrerla, ponía á todos en precision de creer, que de una sola mirada penetraba los rincones mas escondidos de sus grandes estados. De una vez se vieron arrancar una multitud de infelices del sepulcro á donde su miseria les sepultaba. Los cuidados de la Santa les proporcionó una suerte tan dichosa, que aun no la hubieran hallado entre el seno de la opulencia.

En estas santas ocupaciones estaba *Isabel* enteramente entregada. ¡Qué deliciosos encantos encontraba en multiplicarlas y perpetuarlas sin cesar! Bien quisiera quitarse de otras ocupaciones para emplearse únicamente en esta, y no tener otra corte que los hospitalales, otros cortesanos que los pobres, ni otro trono que el corazon de los infelices.

En efecto, á todos se les atrajo ácia sí. Esta dichosa y grande Santa, hacia, como era justo, la felicidad de Turinga. Mientras que el príncipe se ocupaba en los negocios del império, la dexaba por depositaria de sus liberalidades. El uno meditaba proyectos de po-

lí-

lítica, y la otra obraba milagros de caridad. Aplaudia Turinga el valor de Luis, y no sabia como reconocer los beneficios de *Isabel*.

Pero yo me engaño: el tiempo mudó las cosas, y el ódio ocupó el lugar del amor. La caridad de nuestra Santa, no era ya mas que una virtud aparente. Siempre insensible el mundo á la miseria quando todavía no es su víctima, acusaba su caridad y condenaba sus generosos sentimientos.

En medio de aquellos funestos días en que los estragos de una hambre universal estendia por toda Turinga la tristeza, la desolacion y la desesperacion; en medio, digo, de aquellos tiempos tan desgraciados, ¿quánto se esforzó y trabajó *Isabel* para reparar sus injurias y calamidades? Christianamente pródiga, sacrificó á las necesidades de su pueblo sus tesoros, y hasta su vida misma. Mas con esto, solo consiguió se armase contra ella la envidia. Sus limosnas se tenian por sospechosas: sus beneficios por profusiones indiscretas: y, en una palabra, llegó al extremo de ser acusada al tribunal de su mismo esposo, como si por sostener los intereses de su pueblo dexase de mantener los del estado.

¿Qué sucedió quando su caridad la arrastró hasta la obscuridad de las prisiones? Entónces se queria decir, ó que estaba guiada de la vanidad, ó que sus determinaciones y el rumbo que tomaba eran superiores á su estado.

¿Qué quando aplicó sus augustos labios á las envenenadas llagas de un infeliz, que por el

el género y causa de sus desgracias aun no se hacia acreedor á la caridad misma? El que en el heroísmo de esta accion, no quisiese reconocer el mundo injusto otra cosa que el acceso de un declarado delirio, como si fuese flaqueza y debilidad triunfar de la naturaleza.

En vano la acusais, enemigos de su virtud. Nunca, nunca triunfaréis de su paciencia: esta es una columna inexpugnable á quien sostiene su caridad. Su paciencia de ningun modo cede á los obstáculos que se la opongan. Acusad enhorabuena de ilusion á su caridad, que sin embargo de esto la vereis cada vez mas apresurada para multiplicar sus limosnas, y jamas capaz de hacer de ello una vana ostentacion. Motejad, pues, de afectacion á su virtud, que, por mas que digais, nunca dexareis de observar, que se retrae del bullicio de la corte, é íntimamente unida á Dios, estará siempre llena de zelo para hacer que el mundo ignore los éxtasis que la arrebatan. Decid desde luego, que su penitencia es indiscreta, que solo conseguiréis que huya mas bien de las delicias, reprima los movimientos de sus pasiones, y se haga cada vez mas hábil para ocultar baxo el oro y la púrpura, no digo yo las armas de su mortificacion, sino los instrumentos de su suplicio. Su paciencia es inmutable aun en medio de los mayores asaltos. Es un diqué contra el qual vienen á estrellarse los impotentes esfuerzos de sus enemigos.

Pero ya es tiempo de que os la muestre en

to-

todo su esplendor. El mundo, pues, no se contentó con dar á las virtudes de *Isabel* los mas odiosos colores: se aprovechaba de sus desgracias para suscitarla las persecuciones mas violentas.

En aquel tiempo estaba ocupado el trono imperial por un príncipe adornado de quantas circunstancias hacen grandes á los de su esfera. Como de elevado entendimiento, reunia en sí los conocimientos mas opuestos: la Religion, los negocios de su império, la politica y la guerra, eran otros tantos puntos en que se hallaba perfectamente instruido. Tal era Federico II. quien ademas de estas ventajas, se le conocia por liberal, magnífico é intrépido. Sin contradiccion era uno de los mas poderosos monarcas de su siglo. ¡Dichoso él si tan brillantes qualidades no las hubiera obscurecido con unos defectos indignos de un emperador! Era vengativo, severo, cruel y poco religioso en guardar sus palabras. Ademas de esto, era artificioso y disimulado, sacrificando siempre los sentimientos de la conciencia por los de la ambicion. Por la mucha libertad que habia tenido con la corte Romana, se habia atraido ya sobre sí las excomuniones del Vaticano. Despues de mucho tiempo, le llamó la Iglesia en su socorro contra el poder Otomano. El mismo habia hecho á Dios en el templo el voto solemne de defender la Religion. Mas como siempre se mantenía suspenso entre los intereses de ésta y del império, aunque quiso á los principios, empezó á titubear y á retractarse de lo que habia dicho.

Sin

Sin embargo de esto, instaba y amenazaba la corte Romana, y aunque Federico se resistió largo tiempo por politica, le hizo determinar, en fin, la Religion.

Los asombrosos preparativos que se hacian, anunciaban ya con seguridad el poco tiempo que tardaria en fixarse la cruz de nuestro Redentor sobre los despojos del Mahometismo. Ya se juntaban los príncipes de Alemania, y el Landgrave habia dexado á Turinga. Llámale la Religion, y desde este punto se separó de *Isabel*. Pero ah! ¡quantas lágrimas debia costar á nuestra Heroína el zelo de este príncipe! Lo que por de pronto hizo ella, fué reprimir los sentimientos de la naturaleza para no escuchar mas que las inspiraciones de la gracia. Su obligacion triunfó de su ternura. Bien quisiera su corazon haberse opuesto á los designios de Landgrave; pero su piedad la hizo condescender con ellos. Sin embargo de esto, aun no se habia perfeccionado el sacrificio. Los decretos de la Providencia la eran ocultos, é ignoraba las desgracias que la iban á suceder. Jamás volverá ya á ver aquel tierno esposo que consagra á la Religion. Vosotros, sagrados lugares, vosotros que estais teñidos con la sangre de Jesu-Christo, vais á ser regados con la sangre de este nuevo mártir. Mas no he dicho bien; porque Luis encontró el sepulcro antes de haber empezado su carrera. Víctima de su zelo, y sin haberle podido exercer, llegó á Otranta. Asaltóle la última enfermedad y le aniquiló. Murió en fin.

¡Hay christianos oyentes míos! ¿Si podrá

Tom. III.

B

Isa-

Isabel sobrevivirle? ¡Momento fatal por cierto en que siente toda la amargura de tan triste lance! Atemorizada con este golpe imprevisto, permanecía sin movimiento. Su dolor suspendia sus lágrimas, y la voz no podia salir de sus trémulos labios. Aficcion sin duda muy legítima! Jamas hubo príncipe mas digno de sentimiento, y con especialidad de el de nuestra Santa. El emperador perdió con él un príncipe que era el apoyador de su corona y el ornamento de su imperio. Los pueblos como que pedian de nuevo un bienhechor semejante, y los infelices lloraban en él un padre. La affligida Religion reclamaba á uno de sus protectores; pero en *Isabel* se reunian todas estas pérdidas. En ella sola se juntaban quantos motivos de dolor y sentimiento habia entre todos los demas.

Pero ¿que es lo que deberé yo admirar mas en esta ocasion, sus lágrimas ó su virtud? ¡O corazón verdaderamente generoso! No, no sabrá rehusar esta Heroína los sentimientos de la naturaleza; pero tampoco escaparse de quejas indiscretas. No acusaba ella al cielo de injusto: tampoco acusaba al Landgrave de temerario. Lo que á mí me parece que diria en medio de los piadosos movimientos de una tristeza moderada y sin ficcion, seria: *Obmutui, & non aperui os meum, quoniam tu fecisti* (1). Tú, ó Dios mio, hieres mi corazón del modo mas sensible: me privas de un príncipe que era el objeto de mi ternura, el consuelo de mi vida,

(1) Ps. 38. 13. v. 10.

la fuente de mi felicidad, y, en una palabra, un otro yo misma: yo adoro dentro de mi corazón la mano que me castiga: á tu justicia toca el experimentarme: mi obligacion es callar y conformarme con lo que hagas. *Obmutui, quoniam tu fecisti.*

¡Admirable resignacion! ¡heróyca paciencia! Mas yo creo, hermanos míos, que aun no conoceis mas que imperfectamente su alma: solo conocéis las primicias de sus reveses. Las desgracias atraen por lo comun las persecuciones. En efecto, Turinga mudó de semblante: *Isabel* perdió con su esposo su único protector: todo conspira á trastornar su poder: hasta entre sus mismos vasallos, no la habian quedado mas que envidiosos y enemigos. Un pueblo rebelde, se atrevió á persuadir al príncipe Henrique de Turinga, hermano del Landgrave, que se apoderase del gobierno, en perjuicio de su legitimo heredero. Una desgracia semejante, hizo que se ocultase nuestra Santa con los príncipes sus hijos. Hasta en su mismo palacio se atrevian á atacarla. No es su virtud la que se apetece; es su dolor á quien se quiere insultar. Quantas mas tramas y maquinaciones se formaban, menos respeto la tenian. Armóse por fin el furor, y resplandeció el odio. Arrancada del trono con ignominia, sin poder, sin fuerzas y entregada á sí misma, buscaba inutilmente un asilo seguro contra las persecuciones de sus infieles vasallos. Desconocida y despreciada se la arrojaba de todas partes con ultraje. En una palabra, era como extranjera en sus propios estados.

¡Que contraste tan maravilloso entre lo que ella era y lo que es! Era lo sumo del poder, y ahora se ve en el mas profundo abismo de las humillaciones. Quando estaba en medio de la opulencia, era el recurso y amparo de los infelices; y ahora, infeliz y desdichada ella misma, no encuentra quien se compadezca de su miseria. En algun modo llegaba á exceder á sus vasallos: en ella se vieron por una parte las delicias, y por otra las aflicciones; por una la autoridad, por otra la dependencia; por una el trono, por otra un establo. En fin, Señoras, extranjería y natural alternativamente. Busco á Isabel en ella misma; pero me engaño, porque siempre la encuentro en el heroísmo de sus sentimientos. Todo se muda menos su virtud, que permanece siempre una misma. El mundo puede sin duda experimentar su paciencia: *Patior*. Pero su paciencia saldrá victoriosa del mundo. *Sed non confundor*.

PUNTO SEGUNDO.

La paciencia de Isabel atraxo á la verdad á un mundo injusto, á quien la preocupacion habia seducido: obligó al reconocimiento á un mundo ingrato, que habia abusado de sus beneficios; consiguió los respetos de un mundo tirano, que la habia perseguido.

A vista de esto, ¿habrá quien diga que aun no son suficientes estos rasgos para formar una cabal idea de que su paciencia salió victoriosa del mundo? *Patior*; *sed con confundor*.

¡Quanto dominio tiene la preocupacion sobre el espíritu de los hombres! Se forma con mu-

mucha facilidad, y dificultosamente se destruye: sus impresiones son poderosas, y sus consecuencias peligrosísimas: solo pertenece el vencerla á una paciencia la mas heróica.

La preocupacion únicamente habia levantado la tempestad contra ella. No creais que yo os pinte en Henrique de Turinga un príncipe zeloso de su autoridad, cruel por naturaleza, y enemigo de la virtud porque se opone á sus vicios: no un príncipe que sacrifica la Religion á la política, y la obligacion al interes: un príncipe inaccesible al sentimiento, que no sube al trono sino para hacer incontrarrestable su autoridad por medio de las escenas mas trágicas y lamentables: no christianos. Dexemos gozar del reposo á sus cenizas en el lugar donde en otro tiempo fué su perturbador. Sus primeros pasos anunciaron desde luego un tirano, sin serlo. No juzguemos de su corazon por su conducta. Jamas hubiera sido injusto sino se hubiese preocupado. Pero demasiado jóven para no dexarse sorprehender con especiosas razones, é incapaz de averiguar la verdad, era poco á propósito para penetrar la animosidad que se oculta baxo el exterior del zelo, y la virtud injustamente acusada de hipocresia. Henrique, pues, solo persiguió á la inocencia, porque no la llegó á conocer. Para que lo consiguiese era menester que no estuviese preocupado. Este prodigio estaba reservado á la paciencia de Isabel. *Hæc est victoria que vincit mundum* (1).

(1) I. Joann. 5. 4.



Hasta este tiempo no habia tenido el alma de nuestra Heroína en sus sufrimientos otro testigo que el cielo; pero debia atraerse muy en breve las atenciones de la Alemania, á quien ya tenian admirada: su corazon se debia descubrir por una seqüela de acontecimientos maravillosos. Con las mas grandes desgracias se descubrieron las virtudes mas sublimes.

Aprended, enemigos envidiosos de su gloria, aprended de su conducta y contempladla expuesta á los rigores de la estación durante la obscuridad de toda una profunda noche, implorando el socorro de aquellos que tantas veces le habían recibido de sus manos. Siempre la veréis, que, superior á sus humillaciones é insensible á sus propias desgracias, brotan sus lágrimas al considerar la desgraciada suerte de los príncipes sus hijos, y sacrifica sus intereses á la Religión, no interesándose de ningún modo sino por aquellos que tienen parte en sus contratiempos. Contenta con su suerte, ella únicamente es quien no siente los horrores de la adversidad y de la desgracia.

Sigamos sus pasos hasta aquel augusto templo donde hacia resonar las mas solemnes acciones de gracias. La victoria por quien viene á rendir sus homenajes al Eterno Padre, es la que consiguió sobre sí misma. Venció al mundo con la pérdida de sus honores, sin atender á los respetos humanos: su paciencia la hizo encontrar los tesoros de la opulencia en el seno de la miseria, y en el de las humillaciones el primer trono del Universo. *Hæc est victoria que vincit mundum.*

Pe-

Pero lo que dió un nuevo motivo de admiracion á sus enemigos, fué tambien un nuevo milagro de paciencia. El obispo de Bamberg, prelado aun mucho mas grande por la virtud que por su nacimiento, llegó á saber la triste siuacion en que *Isabel* se hallaba. Animado de un zelo ardiente, no tan ansioso por vengar su sangre menospreciada, quanto por arrancar del injusto furor de sus enemigos á una víctima illustre, se valió de una traza que por fortuna no desaprobaron la razon ni la política. Ingenioso para preservarla de las desgracias futuras en medio del pomposo fausto de una corte brillante, se dispuso desde luego para proponerla y contratarla una nueva alianza. Conocía muy bien que los primeros príncipes de Alemania se tendrian por dichosos en volverla á buscar: solo un obstáculo se oponia á la detencion de su felicidad, y ¿qual era este? Ella misma. En vano se empeñó un tio suyo en persuadirla con las mas fuertes insinuaciones, porque habia formado ya su determinacion. No, no creais vosotras, vastas ideas de la política, no creais que la habeis de hacer mudar de pensamiento: prefere su triste situacion á la fortuna mas brillante: teme mas el goce de las grandezas y de las delicias de la corte que el aborrecimiento de sus envidiosos y el furor de sus enemigos.

Por esta admirable conducta, consiguió insensiblemente desengañar, como debia, á un pueblo preocupado. La Turinga estudiaba desde lejos todos sus movimientos: empezará á

B 4

co-

conocerla quando ya no la poséa. Su paciencia choca y admira á todo el mundo: la reflexión se apodera ya de los espíritus. Haced, ó gran Dios, haced que se proporcione una ocasion favorable, con una inmeditada y distinta revolucion, para que la haga volver á su grandeza con tanta brillantez, quanta ha sido la humillacion con que de de luego fué despojada. Era menester que por un prodigio de moderacion uniese su paciencia todos los corazones, así como habia empezado ya á vencer las preocupaciones del entendimiento.

Yo quisiera recordaros en esta ocasion aquella ceremonia tan triste con que los principes del imperio vinieron á depositar el inanimado cuerpo del Landgrave de Turinga en el panteon de sus antepasados. No hay duda que al considerarlo se presentan desde luego las imágenes mas tiernas. Los preciosos residuos de un caro esposo, volvieron á abrir en el corazon de *Isabel* una llaga que aun causaba mucha mas compasion que la de la primera noticia que tuvo de su muerte. Su vivo dolor, se aumentaba á vista del objeto á quien tanto estimaba. Su Religion la volvía á llamar ácia sí misma: el triste espectáculo que se ofrecía á su consideracion, no la permitía detener sus lágrimas: inmóvil y consumida, se podia decir que espiraba sobre el cuerpo de su difunto esposo.

Pero ¿á que viene, hermanos míos, el manifestar su dolor? Yo no debo excitar vuestra consideracion sino con su paciencia. Tal vez os habré borrado ya de ella las magnificas ideas

ideas que habriais concebido de su intrepidez. ¿Es esta, me direis acaso, aquella *Isabel* cuyo varonil esfuerzo excedía á las mas terribles desgracias? Sí, esa misma es aquella grande alma que siempre fué inmutable. Las ocasiones mas críticas y desgraciadas, solo servian para hacer resplandecer mejor su virtud. Su dolor, pues, es sumamente respetable. En nada disminuye el heroísmo de su corazon.

Conocedle, ó pueblo de Turinga, conocedle del modo que jamas le debiais haber desconocido. Conoced ese corazon á quien no pudieron abatir los contratiempos, ni mudar vuestra infidelidad, pues en ello se interesará siempre vuestra dicha. El camino de los honores se abrió al mérito de *Isabel*. La sangre de infinitos desdichados podia haber cimentado su nueva grandeza. No la era dificultoso ensalzar su poder sobre las ruinas de sus enemigos. Que hable, y se verá como el sepulcro del Landgrave viene á ser el teatro de una sangrienta guerra. Que hable, y verán como se levantan á su favor un millar de defensores. El rebelde será castigado: el crimen se sujetará entre las cadenas; y la virtud será coronada.

Pero no: no aguantará nunca, que las lágrimas de un pueblo desgraciado sirvan de trofeos á su gloria. Es verdad que sus vasallos son delinquentes, pero al fin son sus vasallos. Lejos de acusarles buscaba mil medios para librarles de la tempestad que les amenazaba. Quería desarmarles con su paciencia, y no agobiarles con su autoridad. En una palabra, rehu-

rehusaria siempre una corona que el corazón de su pueblo no la concedía.

A vista de esto ¿será de admirar que en toda la Turinga se arme una rebelion en vez de obedecer? No; pero la paciencia de *Isabel* es un poderoso encanto que cautiva todas las voluntades. Los corazones de su pueblo la sirven como de otros tantos escalones para remontarse al solio de la grandeza. Desde luego confieso que los príncipes del império la han sostenido, amenazando al usurpador é intimidando al pueblo; pero la virtud de nuestra Santa ha triunfado de todos. Nunca cesó la preocupacion sino hasta que ella supo destruirla. Su poder nunca hubiera podido mas que hacerla temer; pero su paciencia la hizo amar. Después de haber hecho que abrazase la verdad un mundo injusto, á quien los entusiasmos y preocupacion habia seducido, obligó al reconocimiento á un mundo ingrato, que habia abusado de sus beneficios. *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

La ingratitud es un monstruo mirado como el oprobio de la razon y el horror de la humanidad: es mas bien que un puro vicio el mas feo de todos los crímenes. ¿Que cosa hay mas odiosa que pagar la ternura con la indiferencia, el amor con el odio, y los beneficios con ultrajes? Esta es la injuria mas grande y sensible para el corazón del hombre, y sin embargo es un sentimiento del que, por desgracia, es muchas veces susceptible su mismo corazón. Menos extraño es ver hombres que piensan con ingratitud, que hallarlos perfectamente

mente reconocidos. Tal es el abuso que se hace de esta virtud.

Bien lo experimentó *Isabel*. Ya, Señoras, os la he representado en el tiempo de su prosperidad y de su desgracia. En aquel visteis como todo lo habia sacrificado por los intereses de su pueblo: tambien se ha dicho que el bien estar de sus vasallos decidia, al parecer, sobre su propia felicidad. En el tiempo de la adversidad, os he hecho ver como llegó á ser el juguete de aquel mismo pueblo de quien habia sido las delicias. Y, en una palabra, habreis concebido bien claramente, que el espectáculo, ó la vista de sus desgracias habia borrado la memoria de sus beneficios. Pero ¡ó imprevista mudanza! Vedla ya vuelta al brillo de su primera grandeza. Dexa la lisonja de adular al usurpador, y la verdad se produce: triunfa la inocencia, y Henrique el injusto; aquel hombre que habia sido hasta allí su perseguidor, se declara por su defensor y apoyo. Sofia, aquella muger altiva, cuyos injuriosos menoscambios habian autorizado la revolucion del pueblo, los mudó desde entónces en respetos. Jamas habia gozado *Isabel* de una quietud tan perfecta. Su gloria no estaba obscurcida con ninguna mancha, y su virtud no tenia ya enemigos ni envidiosos. Vosotros pensareis, que como soberana y señora de aquel pueblo, cuya ingratitud habia acabado de experimentar, iba á hacerle sentir los terribles efectos de su indignacion. En efecto, parece que se interesaria su gloria en hacer conocer sus deberes á los iniquos vasallos. Muchas veces

ces es precisa una terrible venganza, y quando esta atrae la seguridad de un estado, no se la debe considerar como delito, sino como que es una cierta virtud y obligacion el executarla.

Bien conocia todo esto nuestra Heroína, y no ignoraba lo mucho que importa castigar á los cabezas de una revolucion; pero quería que se condenasen á sí mismos los corazones ingratos. Deseaba humillar á sus enemigos, pero con su beneficencia: intentaba obligarles al reconocimiento, pero por medio de nuevos beneficios. Esta era justamente la sola ventaja que quería conseguir sobre los euvidiosos que tenia, y la sola venganza que creía ser digna de ella misma. Conocia que no habia cosa mas grande que la de triunfar de sus enemigos con la dulzura en el tiempo en que podia conseguirlo con el poder. Su corazon siempre será una muralla inexpugnable al mas justo resentimiento. Los primeros autores de sus desgracias, fueron aquellos á quienes hizo experimentar muy particularmente la magnificencia de su liberalidad.

Yo quiero excitar aquí la consideracion de aquella alma vil, interesada, é insensible que se atrevió á dar á Thuringa una odiosa prueba de la mas grande ingratitud. El cielo, pues, la habia hecho nacer en medio de la obscuridad y de la indigencia: la generosa y casi pródiga caridad de nuestra Santa, la habia hecho pasar desde las mas altas miserias á las dulzuras de una vida cómoda: sensible y penetrada del mas vivo sentimiento, nada parecia bastarla para manifestar la vivacidad de su reconoci-

mien-

miento. ¡Quan vanas y falaces eran sus ofertas! Su lengua no era intérprete fiel de su corazon: gozaba de los beneficios, y no debia hacer otra cosa. Pero un acaso descubrió el artificio: aquella misma alma que al parecer expresaba ser la mas reconocida, se manifestó muy en breve la mas ingrata. Ya que no podia por sí ensalzarla sobre el trono, fué la primera que se atrevió á desconocerla en el tiempo de sus desgracias. Ella fué la que no tuvo reparo de instar á los miserables para que volbiesen sus manos contra Isabel, que antes se las habia llenado de beneficios: ella la que pareció alentar del modo mas sanguinario á sus mas terribles agresores.

A tí es, corazon desnudo de sentimientos, á tí es á quien yo hablo. Te estremeces quando ves que vuelve á elevarse sobre el colmo de las grandezas aquella á quien habias ultrajado indignamente en la caída de su fortuna: un justo horror te hace conocer, no sin fundamento, el fatal golpe que está para descargarse sobre tí, y deshacerte. Pero ¡ah! poco conoces la virtud de Isabel.

Ven, ven, pues, á admirar su paciencia, ó por mejor decir, á ser participante de sus liberalidades. Tú, es verdad que has sido insensible á sus desgracias; pero ella siempre se compadecerá de las tuyas: nunca se acuerda de la ingratitud quando intenta socorrer á la miseria: ignora el modo de reprehender con acrimonia: solo sabe multiplicar sus beneficios: sino eres capaz de amarla como reconocido, quiere, á lo menos, que la estimes como interesado.

¿No

¿No es, Señoras, el mas generoso esfuerzo de la paciencia obligar de este modo á los ingratos? ¿Y que estrafío es que á vista de esto asegure nuestra Heroína con su paciencia los mayores triunfos sobre todos los corazones? *Hæc est victoria quæ vincit mundum.*

Llevemos nuestra consideracion á la corte de Masburgo. Ya no se observaba en ella aquella calma aparente que siempre atrae una nueva tempestad: el fanatismo estaba destruido enteramente: se oían una infinidad de gentes que celebraban la gloria de la Santa: los pueblos la aplaudian por reflexion, así como ántes la habian condenado por capricho: los grandes la admiraban con asombro, en vez de censurarla por envidia, como lo hicieron en otro tiempo: toda la Alemania entera habia puesto los ojos en ella: y su reputacion llegó hasta la capital del mundo christiano. Gregorio IX. felicitaba á la Alemania como poseedora de tan precioso tesoro: *Isabel* halló en el Vicario de Jesu-Christo, no solo un admirador y un panegirista, sino tambien un apoyo: en una palabra, se atraxo por su paciencia los respetos de aquel mismo mundo que la habia perseguido.

No quiero ya representaros á la Duquesa de Thuringa entre el bullicio de la corte, porque su virtud entre el silencio del retiro os va á parecer aun mucho mas brillante.

La muerte acababa de quirar á la Religion un Héroe christiano que habia sido el ornamento, el oráculo y el prodigio de su siglo. Como modelo y apostol de la renunciacion evan-

evangélica, habia sufrido el yugo de la penitencia, y enseñado á llevarle á los demas: habia formado ademas, por medio de sus exemplos, un pueblo rico entre la pobreza, contento entre el sufrimiento y dichoso entre las humillaciones: como su sepulcro habia llegado á ser el lugar de los mas brillantes prodigios, anunció desde luego su gloria y su poder, impetraban los pueblos su socorro y honraban los grandes su memoria. Dexóse ver el oráculo que dimana del trono de la Iglesia, y Roma permitió dar un culto solemne á las virtudes de Francisco de Asís.

Llena de un santo zelo por reproducir en sí misma el espíritu de aquel nuevo Elías, y como hija angusta de un Patriarca tan respetable, holló con sus pies la Duquesa de Turinga el ídolo del mundo, y se sujetó á la regla mas austera. Yo la contemplo olvidandose de la autoridad en la obediencia: del replandor de la diadema en la obscuridad del retiro; y de las delicias de la corte en los brazos de la cruz.

No me detendré en responder aquí á la crítica que da lugar á una duda especiosa sobre el retiro de *Isabel*, y quiere usurparla la gloria de haber coronado las virtudes del trono con las de la vida Religiosa. Yo solo la considero como una poderosa protectora de un orden de quien ella fué la gloria y el honor. Aquel es un sentimiento particular á quien parece condena la autoridad de los soberanos Pontífices, desapruueba una constante tradicion, y trastorna y anonada un sentimiento casi universal.

Así

Así, pues ¿por que ha de querer el mundo quitar á la orden de San Francisco la gloria de haber poseído á *Isabel*? En verdad que él no era ya digno de poseerla. Al silencio de la vida religiosa es donde el mundo debia ir para estudiarla, digámoslo así, y aprender de ella. Allí es donde á vista de sus sublimes virtudes debia confesar la injusticia de sus procedimientos para con ella: allí donde debia aprender quan digna era de sus respetos, ya que tanto tiempo se los habia rehusado.

La santidad es en algun modo semejante á aquellas pinturas en donde junta la hermosura con el arte, solo se descubren desde cierto punto de vista. La piedad que se percibe desde lejos, choca mucho mas que la que se ofrece sin cesar á nuestra vista. Esta es la razon por que parecia *Isabel* menos admirable en la corte que en el retiro, el qual prestaba un nuevo brillo á sus virtudes, y, sobre todo, un nuevo heroísmo á su paciencia.

En efecto, ¿quanta tuvo para seguir las rigurosas órdenes de un Director, cuyo zelo las llevaba muchas veces mas allá de donde prescribe la prudencia? Figuraos vosotros un hombre virtuoso, pero de una virtud demasiado austera. Incapaz de conceder la menor cosa á la debilidad humana, porque sabia desarraigat todas las flaquezas de su corazon: exácto hasta tocar en la escrupulosidad, y firme hasta llegar á ser severo. Como tan hábil para penetrar y descubrir quanto habia en el alma de *Isabel*, tan breve estudiaba sus deseos para combatirles, como inquiria sus pensa-

mien-

samientos para destruirles. Siempre era ingenioso para acumularla las mas sensibles mortificaciones. Y si no, ¿que sucedió quando vió que ella habia formado algunos designios caritativos? Obligarla á suspender sus beneficios. ¿Que quando deseaba extenderse, digámoslo así, por medio de una sociedad de compañeras escogidas? Que supo desbaratar aquella laudable costumbre y romper los vínculos de la amistad. Como árbitro soberano de quantos caminos queria tomar, exercia sobre ella un império que, á no tener por obgeto su perfeccion, se hubiera creído tiránico.

Pero el último rasgo que os voy á manifestar, puso el colmo á la rigidez del Director, y á la paciencia de la Santa. Una joven princesa fué causa de la esperanza y del consuelo de *Isabel*, su augusta madre. Esta habia hecho ánimo de formar aquel tierno corazon en los sentimientos de su Religion santa: ya veia sus cuidados recompensados con superabundancia, quando: ¡Mas ah! una orden cruel la arrebató aquel querido obgeto de sus trabajos. Contrado, aquel hombre inflexible, se le figuró que la tierna *Isabel* tenia para Sofia un amor excesivo y mas que humano. Nada le detuvo A pesar de las lágrimas y de los ruegos de nuestra Santa, destruyó la union mas legítima, porque se le puso en la cabeza que servia de obstáculo á su santidad. ¡O golpe sensible! ¡O separacion fatal! Pero su paciencia no por esto decae. *Patior; sed non confundor.*

Respetaba los decretos del Altísimo en las órdenes de su director: podia probarse su virtud,

Tom. III.

C

tud,

tud, pero no vencerla. Mas ¿que es lo que veo? Atento aquel hombre á dar contra su voluntad, no pudo menos de exáltar la constancia de su ánimo. Como censor rígido y admirador sincero al mismo tiempo, respetaba en *Isabel*, no ya su fortaleza y constancia, sino la obra de la gracia misma: ejercitaba su paciencia para el cielo, y la daba al propio tiempo á conocer al mundo.

Este no la miraba ya sino como un prodigio de virtud; y así como no habia podido encontrar mas oprobios con que multiplicar sus persecuciones, creía no hallar tampoco la eloqüencia suficiente para celebrar sus triunfos. El mundo vino á ceder á su paciencia una conquista por la que él mismo se gloria.

Un caballero de la corte del emperador, mantenido en las delicias, nacido para brillar en el mundo y para agradar en él, juntaba á la vivacidad y donayre de la juventud el resplandor de las riquezas y la grandeza de su nacimiento: noble, político, de espíritu vivo y hábil para insinuarse por medio de las gracias de la eloqüencia, habia logrado sujetar y atraerse ácia sí infinitos corazones: la lástima era de que una fatal costumbre le habia cautivado en el vicio: la luxuria fué ídolo, así como tambien le parecia que él mismo lo era de la corte por su desenfrenada licencia.

¡Quan dificultoso es arrancar á un hombre del precipicio, quando se deleyta en él! ¡quan dificultoso es persuadir la virtud á quien sabe el arte de persuadir el vicio! La prudencia del siglo es muy fecunda en sus trazas:

sabe resistirse á la fuerza de la razon, y muchas veces triunfa hasta de lo mismo que está convencida. Solo la paciencia puede desar- marla.

Isabel habia hablado, rogado, persuadido y aun convencido; pero en vano: todos sus esfuerzos fueron inútiles. El cortesano, aunque convencido, no se habia querido convertir: esto no era tampoco obra de un dia. Ya no era un entendimiento obscuro á quien se necesitaba iluminar, sino un corazon ligero y movable á quien era preciso determinar. Las fervorosas oraciones de la Santa ábrasarían, en efecto, á aquel insensible corazon; pero solo su paciencia podria hacer que se fixase, sometiese y mudase. Aunque un milagro de aquella dichosa Heroína fué el que verdaderamente preparó la conversion, quien la acabó y perfeccionó fué su santidad misma.

Así es como consiguió triunfar del mundo por su paciencia. *Hæc est victoria quæ vincit mundum.* En fin, ya es tiempo de que el mismo Dios la ponga la corona que merece. En efecto, Señoras, así lo hizo. Bien pudiera yo haberos mostrado á *Isabel*, aun en medio de sus trabajos y persecuciones, recompensada con los éxtasis tan preciosos que tuvo: hubiera podido deciros tambien, que privada del trono y estando en medio de sus infieles vasallos, exerció un absoluto imperio sobre los seres inanimados, obedeciendo al parecer su voz los elementos, y respetando la muerte su poder. Pero todos estos prodigios sin número, pedirian un discurso ilimitado, y yo me he excedido

ya de los términos que prescribe el tiempo.

Detengámonos, pues, en los últimos instantes de tan admirable vida. Nuestra atención la debemos fixar sobre el lecho en que murió. Apenas empezó su carrera, quando percibió el término fatal que habia de tener. Y tú, mundo engañador, que jamas te has valido de su auxilio, tú mismo no te has podido eximir de que te haya visto huir á su presencia con aquella indiferencia excusadora que caracteriza á los malos christianos. Pero el cielo la concede todos sus deseos. No deseaba ella vivir por otra cosa que por perpetuar su martirio: humilde y penitente entre los sentimientos de una paciencia invencible, espiró sin haber sentido su muerte.

¡Quantos pesares causó esta! ¡que espectáculo tan triste se dexó ver en toda la Thuringa! En vano se aumentaban los milagros, y al parecer convidaba el cielo á la tierra para mudarse en respeto su dolor; porque este siempre era el mismo. Se respetaba el poder de *Isabel*, y se lloraba su pérdida. Se respetaba igualmente su santidad, y se sentia la falta de sus beneficios.

No tardaron mucho los grandes exemplos de paciencia que dió al mundo en determinar á la Iglesia para colocar su nombre entre las memorias de los santos. Pero esta aun se felicita á sí propia mucho mas, á vista de que *Isabel* sobrevive á sí misma. Pasan los siglos de unos en otros, y su espíritu siempre subsiste: el mismo fervor y paciencia se dexa conocer despues de su muerte: si la sufrida ca-

ri-

ridad encuentra aquí menos ocasiones para ejercitarse y menos victorias que conseguir, no por eso son menos generosos, menos héroycos y menos perfectos los sentimientos: en las mismas pruebas se admira la propia fidelidad que las caracteriza.

Caminemos, christianos oyentes, caminemos con *Isabel* por las sendas de la paciencia christiana: mostrémonos siempre superiores á las tentaciones y asechanzas del mundo. Si este mezcla de amargura nuestros mas preciosos dias: si adorna con odiosos colores nuestras virtudes mas puras, y si se aprovecha de nuestras desgracias para movernos las mas violentas persecuciones, opongámonos siempre una paciencia acrisolada con todos los desgraciados acontecimientos. De este modo atraeremos con ella á la verdad á un mundo injusto, seducido por el fanatismo: obligarémos al reconocimiento á un mundo ingrato, abusador de nuestros beneficios; y nos atraeremos el respeto de un mundo tiránico que nos persigue. No de otra suerte podremos decir á exemplo de *Isabel*: sufro, pero no caigo baxo el peso de mis sufrimientos: *Patior, sed non confundor*. Así, despues de haber imitado sus virtudes, conseguiremos la recompensa de que ella goza en el cielo.

E 3

PA-

PANEGÍRICO

DE SAN CIRO Y SANTA JULITA,
Mártires:

PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de Ville-Juit,
cerca de París.

Mulier: Filium suum adduxit secum: Puer autem erat adhuc infantulus. La madre llevaba consigo á su hijo: este aun era de la edad mas tierna. I. Reg. I.

Ya no es á Silo donde lleva una madre piadosa y reconocida á un hijo que es el fruto de sus oraciones, el obgeto de su ternura y la materia de su sacrificio. No es tampoco á vista del Santuario donde ella va á consagrar al tierno Samuel, con otro tanto zelo como fervor.

La festividad de este dia nos ofrece un asunto mucho mas interesante. Tal es el de una muger fuerte que se presenta delante de un tirano, ansioso de verter la sangre, y de martirizar al que piensa ser su enemigo: el de una

una madre que lleva entre sus brazos á un tierno infante, formado por sus cuidados, heredero de su fe, imitador de su ánimo valeroso y víctima de la Religion, casi al mismo tiempo en que empezaba á ser su discípulo: en fin, el de una madre que dispone á su hijo para el martirio; y, siendo ella tambien mártir casi al mismo tiempo, entra á partir con él su corona del mismo modo que él la habia hecho participante de sus sentimientos. *Mulier filium suum adduxit secum; puer autem erat adhuc infantulus.*

Estas gloriosas circunstancias, pues, solo pertenecen á San Ciro y Santa Julita, cuyo triunfo celebra la Iglesia en este dia, y cuyo elogio tengo yo que pronunciaros.

Bien podeis conocer que no debo separar en él al hijo de la madre. El hijo es muy esencial para la gloria de la madre, y la madre es interesantísima á la gloria del hijo, para que yo no uniese sus combates, sus sufrimientos y sus sacrificios en las reflexiones que van á dividir este discurso.

El Hijo veía en la madre un amor á la Religion, que mudaba su debilidad en valor. *Punto primero.*

La Madre veía en el hijo una víctima de la Religion, que mudaba sus temores en heroísmo. *Punto segundo. AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

Quando, segun dice San Agustin, se ama á la Religion de Jesu-Christo, no duda uno en

en sufrir por ella todo quanto le sobreviene. Qualquiera la confiesa á presencia de los tiranos si la tiene estampada en su corazon. Martirizar á sus hijos, es martirizarla á ella propia::: En aquellos tristes siglos de persecucion, se imponía una madre christiana la estrecha obligacion de formar á sus hijos en la ciencia y la santidad para defender al Christianismo: imprimia en ellos sus mas sólidos principios, y grababa tambien en sus corazones los sentimientos de humanidad y de Religion.

Para prueba de esta verdad, basta solo el exemplo de *Santa Julita*. En ella vió *San Ciro* un amor tan grande á la Religion, que mudó su debilidad en valor. Era atento su amor, y así iluminaba á su Hijo por medio de sus instrucciones: era firme, y con sus cuidados le animaba: era igualmente generoso, y le persuadia con el sufrimiento.

Del mismo modo que se nos representa en la Ley antigua Judáica la admirable madre de los Macabeos, se nos da á conocer por las Actas de los mártires en la nueva Ley Evangelica á *Santa Julita*. Entre *San Ciro* y el mas joven de aquellos siete hermanos, que Antiocho inmoló cruelmente á su venganza, me parece que descubro los mas preciosos rasgos de conformidad. Ambos en la edad mas tierna, y conducidos por una intrépida madre, profesaron su Religion y la sellaron con su sangre, á pesar de la rabia de los perseguidores. Uno y otro habian igualmente encontrado en un amor atento y cuidadoso instrucciones capaces de ilu-

iluminar su entendimiento y fortificar su corazon contra los ataques de los pérfidos tiranos. Estimad la ley, hijos míos, decia la madre de los Macabeos, estimadla y atrevéos á defenderla, sin que temais el morir por ella si es necesario. Si, hijo mio, tú eres christiano: Jesu Christo es tu Dios: á él es á quien le debes tu corazon y tu vida. Este era el modo que *Santa Julita* tenia de instruir al tierno *San Ciro*. Su corta edad no le permitia entender lecciones mas reflexivas. Por lo mismo necesitaba un maestro que enseñase mas bien que con los discursos con el exemplo. La conducta de la Madre llegó á ser para el Hijo una instruccion sensible y penetrante. Era tan ingeniosa, que no le manifestaba su amor sino en aquellas ocasiones en que, á pesar de su poca edad, pudieran serle útiles y provechosas.

Si el cielo hubiera traído á *San Ciro* en estos dias menos tenebrosos, en que la razon y el discurso brotan con mas anticipacion, sin duda alguna que *Julita*, como tan sabia en la Religion christiana, le hubiera explicado la profundidad de sus misterios, la sabiduria de sus preceptos y la grandeza de sus promesas: le hubiera enseñado ademas, quales fueron los Profetas que la anunciaron, quales los prodigios que la habian establecido, y quien era el poder que la sostenia y perpetuaba. Como estas eran unas ideas tan sublimes, y que por lo comun exceden á la capacidad de la infancia, las habia reservado *Julita* para tiempos mas favorables.

¿Qual fué el misterio á que dedicó todo su zelo y cuidados? El demostrar á su hijo con su conducta, todo lo que debe ser un christiano.

Nuestra Heroína, pues, se presentó al Mundo en el quarto siglo de la Iglesia: siglo tan famoso por sus terribles persecuciones, como por la sangre que derramaron tantos mártires; y siglo, en fin, en el que producía menos tiranos la idolatría, que contaba por héroes la Religion christiana. Aquellos antiguos reyes á quienes el Asia estaba en otro tiempo sometida, fueron los ascendientes de *Fulita*: no era otra la sangre que corría por sus venas. Su patria Icona alabó mucho la sagrada union que habia formado delante de los altares santos. ¡Pero ah! ¡quan presto rompió el cielo unos vínculos tan apreciables! En un Magistrado, que era el honor de la justicia, el protector de los pobres y el defensor del Christianismo, habia perdido *Fulita* un esposo digno de su ternura. A este querido esposo le vió revivir en un hijo único, que era todo su consuelo y su temor. ¿Su temor? Sí, hermanos míos: vosotros conoceréis bien presto los motivos que tengo para decirlo.

Diocleciano y Maxímiano tenían entonces las riendas del imperio. La memoria ó recordación de sus crimines y delitos, nos representa aun la idea de su carácter. Hablémos solo de su reinado para fixar en él la época de la mas violenta persecucion que jamás ha sufrido la Iglesia. En efecto, ¡que espectáculo tan triste! ¡que edicto tan bárbaro acaba de sa-

liz

lir del trono! ¡ó césares! ¡quanta sangre vais á verter! Pero ¿que sangre? La mas pura, la mas respetable, y, en fin, la sangre de todos los christianos, si os fuese posible.

Ya se apresuraba el cruel Domiciano para executar en la Lycaonia las soberanas órdenes que le habian intimado. Llegó á entender *Fulita* estos decretos tiránicos. La sangre de donde procedía, el elevado estado en que se hallaba y la Religion que profesaba, eran á la vista de aquellos tiranos perseguidores otros tantos títulos que la hacian mas culpable y delinquente. Quanto mas illustre sea una víctima, mucho mayor es el triunfo para la idolatría. Mas, ¿sí temerá á los tiranos y temblará á vista de los suplicios? No por cierto; pero una sabia desconfianza de sí misma, no la permitirá contar con seguridad, ni con sus fuerzas, ni con sus virtudes. Aunque no temia el peligro, creía no debía esperarle ni burlarse de él. Alejóse algo; y para esto dexó á todos los amigos y parientes con todas quantas riquezas y esperanzas podia tener: su Hijo fué el único tesoro que llevó consigo, y dos compañeras fieles que se dispusieron brevemente para seguirla. ¿Adonde, en medio de esta incertidumbre, dirigirá sus pasos? ¡Ah! solo se libra de la primera tempestad para entrar en nuevos peligros. En Isauria se la estaba preparando la misma persecucion que la amenazaba en Icona.

Estaba Alexandro en Seleucia siendo el depositario de la autoridad imperial. Como un cortesano político y un adulator mercenario,

no

no conocia otra divinidad que la pasion del príncipe : desconocia los idolos por interés: se sujetaba á los césares por razon de estado: era cruel por inclinacion ; y enemigo de los christianos , porque en esto consistia la mayor parte de su mérito.

La misma prudencia que determinó á *Fulita* irse de Icona , la movió á huir de Seleucia; pero la Providencia permitió que la siguiese la persecucion en el tiempo en que se creía estar mas libre de ella. ¿Que observó quando llegó á Tarsa? Christianos inhumanamente inmolados á los idolos : en el mismo dia en que llegó á aquella ciudad se dexó ver tambien Alexandro. ¡Con que tormento tan horroroso hizo allí conocer su poder! Tiembla , pues, *Fulita* , tiembla á vista de sus rigores, no tanto por tí , quanto por tu Hijo. ¡O querido de mis entrañas , le decia ella! Aun eres christiano. No temas confesar este nombre : dalo á entender con tus inocentes lágrimas : con tus incesantes gritos , y repítelo mil veces : habla de modo que todo el Mundo lo entienda : soy christiana y tú tambien lo eres : he dicho quanto podia : vamos á recibir la muerte , ya que nos hemos de encaminar al martirio.

Apenas habia empezado á hablar de este modo , quando ya se estendió su reputacion. Descubrióse , la acusaron , é inmediatamente la prendieron : con ella se aseguró tambien á su Hijo. Este habia advertido en la Madre un amor atento y cuidadoso para iluminarle por medio de sus instrucciones , é iba tambien á ver en ella un amor firme que

que le animase con sus sentimientos.

A vista del interés que hallaba la madre de los Macabeos al contemplar el cielo , animaba á su hijo á la muerte : estas eran las justas miras y sentimientos que tenia *Fulita* para exhortar al suyo al martirio. Representaos , oyentes míos , en esta ocasion un tribunal en donde presidia la prudencia humana , examinaba la preocupacion , pronunciaba el odio y solo se presentaba el Juez para ver delinquentes , y no hablar sino para estremecer con sus amenazas. Un tribunal en donde los suplicios y la muerte eran las ordinarias recompensas de la fé , de la firmeza y de la constancia ; y , en fin , en el que únicamente tenian fuerza las leyes para condenar.

Las compañeras de nuestra Santa , estaban llenas de terror al oír solamente el nombre de aquel formidable tribunal. La sangrienta imagen de los tormentos , solo las dexaba con un corazon tímido y una debilidad presuntuosa. Huyeron , pues , á excepcion de *Fulita* , que solo se quedó con su virtud y su Hijo para defenderse. Habiala preguntado el tirano como se llamaba , de quien era hija y de que patria. A unas preguntas tan cautelosas no dió mas que una respuesta : Soy christiana. A lo que el tirano la replicó : eres christiana ¿y te atreves á jactar de ello? ¡Ah! ¿que es lo que debias esperar de una confesion tan sincera? Ser christiana , es un verdadero delito : el parecerlo , es declararse rebelde. Ella será castigada sin remedio.

¡O terribles señales! Dase la orden , y unos

hom-

hombres venales la executaron inmediatamente. El Hijo fué arrancado sin compasion de entre los brazos de la Madre. ¿Quién será la que al oír esto no participe de los dolorosos sentimientos, que experimentaba el corazon de *Julita*? Y ¿quién será la que no perciba el acero cruel con que se sentia penetrada? Mas no, no creáis que la muerte con que se la amenazaba la moviese, ni la hiciese sentir tanto como la imprevista suerte y los grandes dolores que estaban reservados para su Hijo. Un niño á quien su madre jamás separa de sus brazos, á nadie conoce mas que á ella, con nadie trata, ni á ninguno sino á ella ama: si le separan de su compañía, solo le permite su edad el dolor, porque no tiene reflexion para otra cosa. ¡Ah! si es cierto que hasta sobre un corazon bárbaro goza sus derechos el sentimiento, ¿que impresion no deberian hacer sobre el corazon de *Alexandro* los penetrantes gritos y las lágrimas amargas del tierno *Ciro*? Su vista inmovil y su silencio manifestaban sus sentimientos, y daban á entender su tormento. Llevósele á aquel odioso tribunal en el qual estaba sentado el monstruo á quien temia. A vista de él podreis conocer con facilidad lo que haria, siendo tan poderosa la voz de la naturaleza. Hasta la misma infancia parece se adorna con la edad de la razon. El alma, como que se ve mandada por un imperioso sentimiento. Quando se mira un objeto con repugnancia, siempre se llega á él como horrorizado. En vano intentará el tirano por medio de una páfida ternura y de una amis-

dad

tad simulada, sorprehender á la inocencia y á la fé bien cimentada. *San *Ciro** sabrá despreciar un discurso lisongero, unas fingidas caricias y una aparente bondad, que encubren un corazon cruel. Acaso pensareis vosotros, oyentes míos, que por sus gestos, por sus lágrimas y por otras diversas señales daría á entender aquel niño á los atentos expectadores su violenta situacion: vultos sus ojos ácia atras, como que manifestaban haber descubierto al juez; mas luego les fixó constantemente en su Madre. La llamaba con sus suspiros; y ella echaba sobre él algunas espresivas y eloqüentes miradas. Con su mismo silencio le hablaba, porque el corazon de *Julita* se descubria muy bien en su rostro. *San *Ciro** creía al verle, que estaba leyendo en él todos los sentimientos de que su Madre le queria hacer participante. Animado con su presencia mas que con sus razones, veía en los ojos de su Madre todo quanto pasaba en su corazon: conocia que sentia mucho mas por él que por si misma el peligro en que estaban advertia quanto su Madre queria y no la era posible decir: en una palabra, observaba y se aprovechaba de lo que veía. No, no se alabe aquel juez, tan pronto expresivo y carifoso como irritado, vencerle con sus astucias. *San *Ciro** le hará conocer, que hasta la mas tímida infancia tiene armas para resistirse á los tiranos. El le demostrará, que la fé christiana concede fuerzas hasta á la misma debilidad. El sufrimiento de su madre acabó lo que sus miradas habian empezado.

Co-

Como testigo de los suplicios á que habian sido condenados sus hermanos, sacaba de sus exemplos el mas joven de los Macabeos lecciones de valor y de constancia. No, decia él, no mudaré yo de language, ni de sentimientos: de ningun modo obedeceré á los mandatos de un sacrilego tirano. La ley de mi Dios es solamente mi guia y mi único oráculo: mis hermanos han muerto siendo mártires de esta ley: yo moriré tambien como ellos. Por un momentáneo dolor han logrado eternas coronas: yo como imitador de su grande ánimo, tambien quiero aspirar á semejante recompensa.

A este modo, siendo *San Ciro* testigo de los diferentes tormentos á que expuso el tirano de Tarsa á *Julita*, encontró igualmente en los exemplos de su invencible Madre lecciones de firmeza y de heroismo. Quantos sentimientos de Religion expresaba la Madre repetía el Hijo: procuraba este imitar su language, como dando á entender que no temia ser participante de sus suplicios.

Pero iguales fueron á los que se condenó á aquella heroína Madre, que, como la de los Macabeos, debe justamente vivir por toda la eternidad en la memoria de los hombres? *Su- pra modum autem mater mirabilis, & honorum memoria digna* (1). Para formarse una idea sensible de lo que padeció, era preciso que reflexionásemos sobre la crueldad excesiva de que eran capaces los desgraciados principes que

(1) II. Mac. 7. 20.

por entonces perseguian á la Iglesia y á los christianos.

Acia el principio del quarto siglo se promulgó un edicto, digno del falso zelo que tenia Diocleciano por los ídolos, y propio tambien del odio irreconciliable que manifestaba al nombre christiano. A la sombra de esta ley, que se anunció con la mayor brillantez, y se executó con rigor, se entregaron los libros sagrados á las llamas, se reduxeron á polvo los templos de Jesu-Christo, y se obligaba á los christianos, ó á renunciar su santa ley, ó á vivir entre el oprobio y la esclavitud. A aquel primer edicto se le siguió muy en breve un decreto todavia mucho mas severo. Los Pontífices de la Iglesia se veían cargados de cadenas; y no se perdonaba medio alguno para determinarles, tanto por el temor como por el interés, á que diesen á los ídolos un incienso que nunca habian querido tributarles. Despreciados y atormentados se les oía decir, aun al mismo tiempo de espirar, que sin faltar al respeto de los emperadores morian como declarados é invencibles enemigos de los Dioses á quienes adoraba el império. Pero, ¿que es lo que veo? una infinidad de christianos pericieron á vista del Universo indignado. ¿Quien será capaz de decir todo quanto la ingeniosa rabia y el reflexionado odio de los tiranos tenia reservado á los discipulos de Jesu-Christo? En unas partes se veían unos ganchos de hierro que con puntas encorvadas, entraban por las descarnadas espaldas á buscar y arrancar las palpitantes entrañas: en otras con fue-

go muy lento y diestramente manejado, aniquilaban la víctima, aunque sin consumirla, y la hacian sufrir una infinidad de muertes en una sola: en fin, habia parages en donde una llaga tenia que ir formando otra, hasta que todo el cuerpo entero no era mas que un espectro horrible. Por qualquiera parte que uno se ponga á considerar, solo advertirá, que se multiplican las hogueras, se aumentan los cadahalsos y brilla el acero. Las ciudades enteras no presentaban á la vista otra cosa que fuego y leñeros para aumentarle. Las cenizas de los christianos se confundian entre las ruinas de los templos, y presentaban un espectáculo tan terrible como deshonoroso á la humanidad. No bastaban arroyos de sangre para extinguir aquel devorado incendio. El arte habia agotado todos sus recursos para refinar las penas mas inauditas, con que quisiera hacer morir el aborrecimiento de los césares á todos aquellos que no doblasen su rodilla delante de sus vanos simulacros. Ya no faltaba mas que un ingenio instruido por el mismo infierno para inventar nuevos tormentos; pero era menester tambien una constancia sostenida por el cielo para no temerles, ó, por mejor decir, para despreciarles y aun desejarles.

Parece que el cielo habia presentado á *Fulita* en aquellos dias de rigurosa persecucion para manifestar un valor que excediese á su sexo, y aun á la misma humanidad. Miradla, hermanos mios, miradla entregada á aquellos iniquos ministros, cuyas manos, como tan acostumbradas al crimen, parece que estan

fa-

familiarizadas con las mas bárbaras expediciones: miradla, digo, expuesta á la irrision de un pueblo desenfrenado, y casi espirando entre aquellas torturas, infinitas veces renovadas, que han hecho ya de su cuerpo una sola llaga. ¡Que no tuviera yo expresiones bastante vivas para haceros concebir aquel lugar de tantos trabajos, y aquella triste imágen de un verdadero cadahalso, ya que realmente no representa otra cosa::: Una orden impía fué causa de que se la desposasen aquellas benditas manos, que no se abrian sino para esparcir beneficios. Una infinidad de golpes terribles hacian resaltar por todas partes aquella respetable sangre que habia formado el cielo para dar héroes al império.

Despidan otras enhorabuena las quejas que descubren su debilidad ó inconstancia. *Fulita* siempre estará firme y se manifestará una misma. Sus temores solo se fundan en su Hijo: se presumia que la vista de su suplicio intimidase á aquel querido Hijo que estaba siempre atento, tanto á los movimientos del juez, como á los de su Madre. Yo soy christiana, decia ella, en medio de los profundos dolores que experimentaba. No de otro modo respondia *San Ciro* estimulado de los sentimientos de su Madre. Prestad vuestros sacrificios, respondia el tirano, á las divinidades reverenciadas por los señores del Mundo: si no lo haceis se os dará precisamente la muerte. El mismo golpe que iba á sufrir la Madre, se iba á descargar sobre el Hijo. ¡Desdichada de mí, exclamaba *Fulita*, si ofreciera un sacrilego incienso á

D 2.

unos

unos Dioses que son obra de los hombres y de sus pasiones! ¡Ah! Antes permita Dios que se destruyan sus altares que cese su culto y se confundan sus adoradores.

Yo no temo mi muerte ni la de mi Hijo: todavía soy christiana: satisfacer vuestros deseos será cumplir con mi voluntad. Aconsejado *San Ciro* por su Madre, pronunció tambien esta peligrosa, bien que decisiva verdad: Soy christiana. Al oír esto la Madre, se dexó ver la serenidad en su rostro. No le sucedía así al juez. Pronunciadas una infinidad de veces aquellas palabras con el mismo fuego y actividad, le dexaron ya sin esperanza alguna. En efecto, como ya no era dueño de sí mismo, se acercaba la perfeccion del sacrificio. Confundido, arrebatado y furioso, se olvidó tanto de la razon como de su humanidad. Atreviósse:: Pero no amontonemos los acontecimientos.

El Hijo encontró en la Madre un amor á la Religion que mudaba su debilidad en valor: la Madre veía en el Hijo una víctima de la Religion que mudaba sus temores en heroísmo.

SEGUNDA PARTE.

¡O Madre dichosa, y asunto incomparable de admiracion! Madre tan sabia como heróyca: Madre única, que con su muerte corona y ensalza la de sus hijos. *Mater supra modum mirabilis.*

Tal es el magnifico elogio que consagran los libros santos á la gloria de aquella madre

de los Macabeos, testigo del martirio que sufren sus hijos; y, en fin, célebre é inmortal mártir tambien ella misma.

¿Acaso la Santa, cuya memoria celebramos en este dia, no tiene los propios títulos para merecer el mismo elogio? Es cierto que no ofrece al Señor tantas víctimas como la madre de los Macabeos; pero le sacrifica una víctima tan preciosa como es la de un hijo, y un hijo único y solo que tiene. En efecto ¿No es de admirar una madre que triunfa de su ternura por no hacer caso mas que de su valor: una madre que inmola á Jesu-Christo todo quanto tiene en el Mundo, quiero decir, á su hijo y á sí misma? *Mater supra modum mirabilis.*

¿Que venían á ser los sentimientos de *Julita* por su hijo? Temía (y no es estraño) por su tierna edad, que el aspecto de un juez cruel, los artificios de un seductor y los furores de un tirano le hiciesen titubear. En suma, ya va á presenciarse el último aliento de su hijo. ¿Qual será entónces su heroísmo? ¡Ah hermanos míos! La muerte de su hijo llegará á ser la mejor ocasion para que ella haga respaldar los mas atrevidos sentimientos, los deseos mas apetecidos y la mas invencible constancia.

Entre la flaqueza de la primera y mas tierna edad, solo tiene la Religion sobre el espíritu y el corazón del hombre unos derechos mal asegurados. Entónces solo percibe los principios de ella, pero no los posee con firmeza. La razon es únicamente un caos lleno de confusión é informe. Los sentimientos están como

ocultos: entre el seno de una profunda y obscura noche. Las palabras están, por decirlo así, cautivas, y mudo el sentimiento. Entre la debilidad é inconstancia de la primera y mas tierna edad, solo obra el hombre por impresiones extrañas. Aprende á ser christiano quando aun no sabe casi lo que debe ser.

Supuesto esto, pues, ¿quanto tendrá que temer una madre en un hijo que aun no es capaz de profesar con firmeza una Religion que aprende á creer con no poco trabajo? Solo una mirada que se eche, con una palabra que se pronuncie, ó con una señal que se haga, basta para no confesar; ó á lo menos dar á entender que no se confiesa á Jesu-Christo. Los perseguidores del Evangelio no se cuidan jamas de persuadir á un tierno infante: todo su estudio consiste en sorprehenderle. ¿Que esperanzas podia dar un niño que apenas llegaba á la edad de tres años?

Movida de estas tristes ideas se entregaba *Julita* á los mas injustos, aunque razonables deseos. Todo se había mudado para ella. Ya no habitaba en aquel apacible retiro en donde todos los dias lograba el consuelo de consagrar á la instruccion de su hijo todos sus cuidados y atenciones. Consideradla vosotros transferida á una tierra extraña: vedla, citada delante de un espantoso tribunal: precisada á dar con separacion una rigurosa cuenta de su fé. Sin embargo, nada tenemos que temer por lo que hace á la Madre: todo es garante de su constancia. Pero ¿la quitará esto de que se rezele de todo por su hijo? Ninguna cosa basta

para que subsane en su interior la debilidad de aquel niño. ¡Que cosa tan admirable es la de que una criatura tan pequeña y reciente en el Mundo dé razon de su fé y la defensa!

¡O gran Dios! ¿Si sostendrá vuestra bondad, al modo que lo hizo con el jóven Daniel en la corte de un príncipe idólatra, al tierno *Ciro* en presencia de un juez, cuyo imprevisto aspecto admira, cuyo modo de mirar tan severo intimida, cuya amenazadora voz interrumpe, y cuyas inhumanas órdenes son otros tantos golpes que descarga su cólera? Solo una palabra indiscreta puede asegurar la vida de esta temerosa víctima, aunque á expensas de su creencia.

¡O Dios sumamente poderoso, que hiciste inaccesible el corazon del tierno Josef á los atractivos de la seduccion! ¿Hareis vos de modo que el corazon de *Ciro* sea impenetrable á los insinuativos ataques de un espíritu artificioso, que sabe disimular para atraer, acariciar para herir, prometer para seducir, y, en una palabra, que parece quiere salvar para mejor perder? Aquella misma fé que la ternura maternal no había hecho, digámoslo así, mas que insinuar, podria hacerla tal vez caer una ternura fingida y disimulada.

¡O Dios protector de la virtud! Dios, que inspiraste al mas jóven de los Macabeos aquellas fuertes y eficaces palabras con que supo confundir al impío Antíoco, ¿no inspiraréis al tierno *Ciro* aquel incontrastable valor que sabe resistirse á la cólera, despreciar las amenazas y confundir á los tiranos? Si la formidable vis-

ta de los suplicios, y la espantosa imagen de la muerte pueden hacer titubear al mas grande héroe, ¿que estrafio será que le espanten á un niño, le sobrecojan y aterren?

Tales eran las crueldades dudas que destrozan el corazon de *Fulita*, haciéndola conocer que debía conservar á su hijo aun á costa del mismo crimen, que no la daban lugar á pensar jamas de que ella le iba á perder de todos modos por medio de su constancia.

Dexad ya esas inquietudes, Madre afligida: dexadlas, que vuestro Hijo es tan digno de vos como de la Religion en que acaba de entrar. Es verdad que es un niño; pero tambien es un héroe. No fué otra la lengua que publicó en otro tiempo la gloria y las alabanzas del Señor (1). Dios se sabe valer de los mas débiles instrumentos para perpetuar la Religion, así como se sirvió de ellos para establecerla. Un niño es el que ha de deshonorar á la idolatria y consolar á la Iglesia. Por él va á triunfar la Religion. *San Ciro* ¡que nombre acabo de pronunciar! ¡y que pintura os voy á hacer á vosotras, ó tiernas y sensibles madres que me escucháis! *Fulita*, pues, aplaudia la inesperada firmeza de su hijo: se llenaba de gozo al ver que en su sangre se reproducia el amor que ella tenia á la fé. Pero ¡ó crimen! ¡ó crueldad! ¡ó bárbaro juez! ¡ó tirano implacable! ¿A donde te lleva ese furioso acceso? ¿No ves que viene de los reyes la sangre que corre por sus ve-

(1) *Ex ore infantium, et lactentium perfecisti laudem.*
Ps. 8. v. 3.

venas? ¿Te atreverás, no obstante, á derramarla? ¡Pero ah! ya se descargó aquel terrible golpe. Desde lo mas alto de su tribunal arrojó al niño de una manera sacrilega. La imagen de la inocencia y del candor, está ya indignamente profanada: las gradas del tribunal, reciben á este nuevo mártir: ya se ve salir su sangre á borbotones: hasta la madre saltaron sus chorros: su degollada cabeza no dexaba á la vista otra cosa que el craneo que estaba descubierta, los ojos empañados, el rostro desfigurado, y un cuerpo sin movimiento. Hasta el mismo tirano se avergonzaba de su barbaridad á vista de este triste espectáculo. Quisiera, aunque tarde, subsanar un crimen que le llenaba de confusion: sentia no poder animar un cadaver, á quien no podia mirar sin estremecerse.

¿Quales os parece que fueron los sentimientos á que se entregó *Fulita* desde este instante tan terrible? ¿Escucharía acaso la compasiva voz de la naturaleza? ¿Atendería á la de la Religion que aun es mas imperiosa? Una y otra hablaban á su corazon. ¿Y que habia de hacer en este caso? Sostenida por una gracia misteriosa contemplaba á su hijo; pero únicamente para felicitarle y felicitarse á sí misma por una dicha semejante. Desde este instante se mudaron sus temores en heroismo.

El rezelo de perder á su hijo habia suspendido hasta aqui la actividad de su zelo. La habia hecho excusarse de dar á la protestacion de su fé aquel animado vigor y santo entusiasmo con que parece se insulta y menosprecia á los ti-

tiranos. Desde el punto en que espiró su hijo, no tenia ya que respetar ninguna consideracion: por lo mismo se atrevió á decir con la lengua todo quanto interiormente pensaba.

¡Quanto celebraria yo verme enriquecido con el fuego de sus expresiones! ¡Con que suma alegría daba gracias al cielo porque habia coronado al hijo antes que á la madre! Ni aun con los suspiros se interrumpia su voz. Estos son indicios de flaqueza. A mí me parece que la oygo exclamar con los sagrados libros: yo ya no poseo á mi hijo, pero él posee á su Dios. Tú le amas mas, Señor, y por lo mismo le has quitado de entre los pecadores con quienes vivia: le has subido á tu gloria, para que de este modo no se corrompiese su espíritu con el ayre contagioso que se respira en el Mundo. No, no haya miedo de que las ligeras y tumultuosas pasiones tengan ya dominio sobre su corazon (1). El es cierto que ha vivido poco; pero para eso ha llenado el curso de una dilatada carrera.

De esta suerte explicaba *Julita*, sin atender á los respetos humanos, los dichosos sentimientos de su corazon. Por una parte daba al Eterno Padre las mas expresivas gracias porque la habia dexado sobrevivir á su hijo para recoger sus últimos suspiros, y armarse de su sangre como de un escudo impenetrable contra los ataques de su perseguidor: por otra fixaba, llena de compasion, la vista sobre el desfigurado cuerpo de su querido hijo. Su sal-

(1) Sep. 4.

vacion, decia ella, es cierta: su vida era la causa de mis inquietudes: su muerte es para mí el mas justo motivo de consuelo... (1). Pero la sangre de un mártir nunca es suficiente para vengar á los ídolos. Ministros de los césares, acabad de cumplir vuestra órden. El hijo ya ha perecido: inmolad ahora á la madre.

Sí, hermanos míos, ella morirá. Su discurso irritó al tirano: apoderóse de él un estremecimiento asombroso: sus ojos centelleaban en medio del impetuoso movimiento que le agitaba, disponia á un mismo tiempo una multitud de tormentos todos diversos: sus atropelladas órdenes se confundian mas bien que sucesivamente se penetraban: los executores de sus decretos aun no las cumplian con tanta brevedad como las renovaba su impaciencia. De este modo, pues, haciéndose *Julita* superior á sí misma, parecia que se aceleraba por medio de sus deseos el decreto de su condenacion.

¡Que hermoso y penetrante espectáculo es el que me presentan las actas donde se describe por menor su martirio (2)! Por ellas se reconoce la firmeza con que menospreciaba la vida y la muerte. Allí se ve, no sin indignacion, aquella augusta descendencia de tantos monarcas tendida sobre un potro infame, como si fuera un justo castigo del crimen; des-

(1) Vida de San Ciro y Santa Julita (á 18 de Mayo) por Baylet.

(2) Actas de los mártires por D. Ruinart, carta de Teod. Obispo de Icona.

carnada con un hierro artificiosamente construido con el fin de que formase otras tantas profundas llagas quantas eran las agudas puntas que tenia; consumida, pero siempre fiel aun en medio de los inexplicables dolores que sentia con aquella aceyte hirviendo que incesantemente echaban en cada una de sus heridas.

Las trabajos y sufrimientos forman las delicias de un corazon christiano. El acumular tormentos á *Fulita*, era lisongear su zelo, sin llenar todavia sus deseos. El Hijo estaba en el cielo, y aun permanecia la madre en el mundo. Aquel habia salido victorioso, y esta aun estaba incierta de la victoria. El hijo habia ascendido á la patria de los Santos, y la madre estaba todavia en el lugar de su destierro. Ah! ¡quanto se la alargaba el tiempo! ¡ó tierra! ¡ó cielo! escuchad, escuchad ambos la voz de *Fulita*; unid por medio de la muerte á dos corazones que fueron inseparables durante la vida. Haced que la madre siga al hijo, y que, cabiéndola la misma suerte, participe de la propia corona. No hay que temer: ya se cumplirán sus deseos. Su constancia va á triunfar de los últimos esfuerzos que emplearán los enemigos de Jesu-Christo para abatirla.

Levantando el juez su voz desde aquel sangriento tribunal, en el que solo la iniquidad pronunciaba, parecia que se habia olvidado de su crueldad para no escuchar mas que á la humanidad misma. Permitiosela el deleyte de la reflexion: amonestábasela para que no se opusiese ya por mas tiempo con su delinquente rebeldia á la soberana voluntad de los cé-

sares: se la decia que en quanto su nacimiento era mas ilustre, estaba mas obligada á dar un exemplo de entera sumision y obediencia. Ya has visto, la decian, perecer á tu hijo: no des lugar á que tú misma perezcas tambien. Repara tu rebeldia con la abjuracion de tu fé. En esto consiste que los emperadores te concedan la libertad y la vida. Es menester ceder ó morir....

¿Morir? ah! ¡que palabras tan dulces para *Fulita*! Solo pedia al cielo que la concediera la gracia de acabar el sacrificio sin decaer de su ánimo, así como ella le habia empezado sin temor. Al oír el nombre de su hijo, que ya era mártir, clamaba su zelo por la palma del martirio. Ministros encargados de darme la muerte, exclamaba ella, no desirais mas tan dichoso momento. Yo soy christiana. Los discípulos de Jesu-Christo saben menospreciar la vida; pero no ser traidores á su Religion.

A vista de una resolucion tan firme ¿que esperanza le podia quedar ya al juez? Pero esto no queria decir nada: aun estaba confiado. Cada vez se valia indistintamente, y con mas empeño, de los artificios, de las amenazas y de los tormentos. Esfuerzos inútiles. El que una alma debil sea inconstante, vacile y cayga á la multiplicidad de los reveses y contratiempos, solo da á entender, que es como un estanque helado, cuyas aguas se dilúen y toman su movimiento á vista de los rayos del sol. Pero una alma heróyca nunca varia. Los nuevos suplicios la conceden nuevas fuerzas. Es una roca firmísima que en medio de la mar irritada, des-

desafia á los vientos y á las tempestades.

Sorprehendido, desesperado y aun engafiado, como que todavía dudaba el juez, sin embargo de que por otra parte se le resistia *Fulita*. Sentenció por fin... Pero ¿que sentencia? La de muerte. No tardó en executarse el decreto. Espiritus de Esteban y de Lorenzo, favoreced á *Fulita*. Ya se ha desaparecido la tierra de su vista: todos sus deseos les tiene puestas en el cielo. Subió al cadabalso triunfante al modo que un conquistador sobre el trono. Aprovechóse de estos últimos instantes para dirigir tambien al cielo sus últimas súplicas. Pero ¿que mano tan bárbara es la que viene á cerrar esta boca tan pura que canta las alabanzas del Señor? Mandóse la callar; pero aunque permanecía sin el uso de la voz, la quedaba su corazon para gritar al Altísimo. Este era quien daba mas energía á sus sentimientos que la que ella les hubiera podido dar con sus expresiones. Ya iba otra vez á renovarles, quando se levantó el cuchillo. Consumóse el delirio, y se desgajó del cuerpo aquella augusta cabeza sobre la que el Asia hubiera querido ver reunidas todas sus coronas. Espiró, en fin, aquella preciosa muger, digna de vivir siempre, si es que el nacimiento y la virtud hacen inmortales á las criaturas. En un mismo dia perecieron el hijo y la madre: el hijo habiendo encontrado en su madre un apóstol, y la madre habiendo visto un mártir en su hijo.

Apenas espiraron ambos, quando la nobleza de Isauria se tomó el cuidado de recoger con fidelidad las actas de su martirio, conser-

varlas con respeto, y publicarlas con zelo. Todo concurría á perpetuar su gloria.

¿Si os recordaré yo aquella sabia disposicion de la Providencia con que desde luego fueron sus sagrados huesos cuidadosamente ocultos á las indagaciones de la idolatría, y expuestos despues á la veneracion pública? ¿Si os diré yo, que se veían concurrir todos los años á su sepulcro las mas antiguas familias de Licaonia, teniéndose por muy dichosas en que las correspondiese, y siendo ya en Tarsa el dia de su martirio un dia de triunfo para los christianos? Este, pues, aunque estuvo secreto mientras duró el siglo de las persecuciones, no tardó en hacerse público baxo el reinado de Constantino. ¿Con quanto zelo, y con que emulacion tan santa se disputaban entónces el Oriente y el Occidente la ventaja de poseer sus preciosas cenizas? Y tú, reyno de Francia, tú mismo has recibido con justo reconocimiento una parte de aquel precioso tesoro, de las manos de un santo pontífice (1). Esta parte de sus reliquias se extendió por diversas provincias como si fuese un manantial fertil de gracias y de prodigios.... Baxo la invocacion de *San Ciro* y *Santa Fulita* se levantan ya augustos templos y basílicas. A proporcion de lo mucho que su proteccion utiliza, se hace tambien mas universal su culto. Ya hemos visto como rápidamente se ha extendido y acreditado en el Languedoc, en la Provenza, en

(1) S. Amador, Obispo de Auxerre, y predecesor de S. Germano.

en la Auvernia, en Nivernois, en Berry, en Beauce, y en la Flandes. Así la madre como el hijo reciben en todos estos parages unos mismos homenajes en los templos christianos: estándoles determinado un culto igual, tanto en la Iglesia Latina, como en la Griega.

Baxo el Pontificado de Clemente VII y el Reynado de Francisco I, se hizo célebre Ville-Juit (1) en todo el mundo christiano, así por el nombre y las reliquias como por los milagros de *San Ciro* y *Santa Julita*, en quienes tienen los fieles su confianza. No desconozcais, christianos, con vuestras obras la verdad de vuestros padres y mayores. Vosotros conservais el beneficio que recibieron, con que conservad tambien por él el mismo zelo, reconocimiento y veneracion.

Para animar vuestros nobles sentimientos en esta parte, os pudiera citar aquí el exemplo de una casa respetable (2) que debe su origen á Luis el Grande; y á su zelo y piedad, mas que á su nobleza, su reputacion universal.

Vosotros honrais del mismo modo que ella, y aun antes, á una Santa y un Santo que se sacrificaron generosamente por la defensa del Christianismo. En el tiempo de las persecuciones se les vió del modo mas solemne profesar su Religion y morir por ella. ¿Dudaréis acaso vosotros hacer lo mismo en un siglo en donde ni causa vergüenza, ni exige delito el ser christia-

(1) Ville-Juit, comunmente Ville-Juifva. En latina *Villa-Julitta*.

(2) Real casa de S. Ciro.

tiano? ¿Temeréis las frívolas supercherías de un mundo despreciable, quando nuestros Santos no temieron las terribles amenazas de un mundo perseguidor? Y si á estos les encontraron firmes é invencibles los verdaderos perseguidores; ¿como os han de intimidar ni hacer titubear á vosotros las vanas excusas y amenazas? ¡Que infelicidad es, exclama San Gregorio el Grande, reverenciar á los mártires de la Religion y no imitarles!

Sí, hermanos míos, seguid á lo menos sus pasos por los llanos caminos de la fé, ya que no podais seguirles por las trabajosas sendas de los sufrimientos: decid con esfuerzo, como ellos, que sois christianos. Sí, confesadlo al mundo luxurioso, al mundo impenitente, al mundo incrédulo. No tengais vergüenza en manifestarlo con vuestra creencia y con vuestras obras: confesadlo así siempre en qualquier parage que os halléis. Vosotros no verteréis vuestra sangre por la Religion; pero tendréis pasiones que sacrificarla, espíritu que someterla y corazon que consagrarla. Sin tener vuestra victoria el resplandor del martirio, participará de su mérito, y unos combates mucho menos difíciles, serán para vosotros igualmente un seguro garante de la eterna bienaventuranza.



PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO XAVIER,
Religioso de la Compañía de Jesus, y
Apóstol de las Indias y del Japon:

PRONUNCIADO

*El dia de su fiesta, á 3 de Diciembre,
en la Capilla de las Misiones
extrangeras.*

*Terra illuminata est à gloria ejus.
Toda la tierra está llena de su gloria.
Apoc. 18. v. 1.*

A la verdad que es una dicha rara y maravillosa la de aquel hombre, cuya gloria tiene por límites los de todo el Universo. Yo no niego que le pueda tocar tambien una suerte tan feliz á un héroe profano, pero es mas seguro que forme, como regularmente se observa, la recompensa de un héroe christiano.

Los que se tienen por tales en el mundo, emprenden, sin embargo, algunas cosas, y las executan, se exponen á los peligros, y los

desprecian: presentan combates, y consiguen victorias; pero podemos decir muy bien, que esta gloria fugitiva se obscurece muchas veces por la oposicion de sus vicios y flaquezas, mas permanentes, por desgracia, que su misma gloria. En el conquistador mas feliz se descubre ciertamente un grande hombre, y al paso que lo primero exige la admiracion del mundo, casi siempre lo segundo es el objeto de sus censuras, y algunas veces de sus menosprecios.

El héroe christiano, como que siempre es el mismo, no se ve expuesto á esta humilde alternativa. La virtud que dirige sus pasos consagra sus acciones. La Religion aprueba sus triunfos, porque siempre es el principio de ellos. Corona á un mismo héroe, tanto por conquistador, quanto por Santo. Su reputacion, de quienes son garantes el zelo y los sucesos, llama la atencion del Universo, y se asegura la aprobacion de todos los siglos. *Terra illuminata est à gloria ejus.*

Por esta primera idea, señores, conoceréis ya el carácter que distingue al Apóstol de las Indias San Francisco Xavier. Es decir, de aquel Héroe evangélico que en el décimo sexto siglo de la Iglesia nos presentó la Providencia para renovar las maravillas del Cristianismo, que aun estaba entónces como naciendo.

Aunque se viese extirpada la heregia, confundida la impiedad y santificada, digámoslo así, toda la Europa, no por eso debemos de creer, que semejantes ventajas manifestaban otra cosa que los preludios ó insinuaciones de

sus brillantes sucesos. La destruccion de los templos de los ídolos, la sumision de los reyes del Oriente al império de Jesu-Christo, y el triunfo de la fé en las Indias y en el Japon, que, aunque convertidos, eran ántes el centro de la barbarie, no descubren otra cosa que un ligero bosquejo de los acontecimientos únicos que componen el quadro de sus acciones. Todo, todo da á entender en *Xavier*, que es un Héroe como Santo, y un Santo como Héroe.

Xavier era un Héroe Santo, porque hacia que la Religion triunfase de sus enemigos.

Punto primero.

Xavier era un Santo y un Héroe, porque conseguia que la Religion fuese respetada de sus enemigos. *Punto segundo.*

En uno y otro se verá como la gloria de *Xavier* atravesó la suma distancia de todos los climas, se sostuvo, perpetuó y tuvo á todo el Universo por su teatro, y á todos los hombres por sus panegiristas. *Terra illuminata est à gloria ejus. AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

Los hombres que se deben distinguir entre todos los demas, se conocen por sus sentimientos ántes que por sus acciones. Desde el principio de su carrera parece que se nos indica el lugar que han de ocupar por medio de felices presagios. Emprenden vastos proyectos por los nobles deseos que les animan. Inmediatamente procuran ensayarse en aquella penosa carrera que les empeña, y á la que les

lla-

llama la voz del cielo; de tal suerte, que sus últimas expediciones hacen casi olvidar al Universo admirado aquellas primeras maravillas á que se debe la celebridad de su nombre.

Para distinguir el apostolado de *San Francisco Xavier*, no es necesario valerse de otros rasgos. No, porque ellos nos le pintan como un Héroe, pero como un Héroe santo que debe hacer triunfar á la fé de sus enemigos, y llenar de su gloria todas las partes habitables de la tierra. *Terra illuminata est à gloria ejus.* Concedida á *Xavier* la potestad de hacer milagros, no tuvo dificultad en manifestarse capaz de emprenderlo y ejecutarlo todo. En el Mundo que hasta entónces habitaban los christianos, se dispuso para los inmensos trabajos que debia sufrir en aquel que solo vivian idolatras. Sus primeras expediciones se deben mirar como otros tantos prodigios en el órden de la gracia. Se ensalzaba y adelantaba al modo que un gigante, *exultavit ut Gigas* (1). Su carrera la empezó por donde otros muchos se alegrarian haberla acabado, y no la concluyó sino hasta dexar á sus sucesores un piadoso ardor para seguirle, sin casi esperanza de poderle igualar.

Describamos, si es que se puede, un plan fiel de su apostolado. Este fué precedido de unos deseos generosos, acompañado de unos admirables trabajos, y coronado con unos sucesos únicos: por todas partes se dexaba descubrir en él un Héroe; y por todas manifes-

E 3

ta-

taba ser un santo: en ninguna dexaban de ser confundidos los enemigos de la Religion, ni esta de salir triunfante. Tú fuiste, Religion santa, tú fuiste la que desde luego le impediste que fixase sus impetuosos deseos. Como de un espíritu fragil, vivo y penetrante: de ingenio vasto, ardiente y sublime, pero guiado por una frívola ambicion, se apartaba *Xavier* de los rectos caminos. Estaba poseido enteramente de la vana idea de realizar una imaginaria reputacion que casi estuvo para perderle.

Aquella alma tan grande, á quien no bastaba todo un mundo entero, se encerró dentro de los límites de la célebre universidad de París; pero sin embargo, no era este un lugar proporcionado para un corazon que sentia la nobleza de su origen, y no sabia degenerar de la sangre de los reyes, de quienes procedia. Sí, la sangre que corría por las venas de *Xavier* era la de los reyes; y aquellos príncipes á quienes cuenta por sus soberanos el reyno de Navarra, son tambien los que puede contar nuestro Santo entre sus abuelos.

Pero vos le destinásteis, ó Dios mio, para instrumento de las mayores maravillas en la tierra. Por estos medios tan extraños, hicistéis que se cumpliesen vuestros impenetrables designios. Aun aquellos dias que se conceden, digámoslo así, á la ilusion y á la humana gloria, no serán para él mas que una fantástica quimera. Habiendo llegado á ser desde Filósofo el oráculo de la filosofia, dexó el delicado y dificultoso modo de sentir de las ciencias

ciencias

por consagrarse enteramente á la Religion. En un amigo le proporcionó el cielo desde luego un vencedor, que no tardó en ser su guía, y despues su padre mismo.

En la capital del reyno Español se disponia entónces un nuevo Moysés para formar tambien un nuevo pueblo de Dios. España le vió nacer: la Francia ignoraba aun, tanto la cuna de donde procedia, como los designios que le animaban; y aunque no menos desconocidos á la Italia, debia ésta y toda la Iglesia admitirles, protegerles y respetarles. En ellos se observaba un ingenio reflexivo, profundo, sublime y prudente. Era singular en sus proyectos, amigo de combinar todos los medios de que se valia, feliz en sus recursos, y aun mucho mas en sus sucesos: como superaba todos los obstáculos, ninguna cosa le admiraba. Firme é inflexible en sus resoluciones, prevenia los peligros de ellas, y se atrevia á despreciarlos. Como por razon de su estado era guerrero, llevaba siempre consigo las gloriosas señales de su braveza y valentia; ocultando el alma de un héroe baxo el exterior modesto de un penitente. Hábil en conocer las ideas y desmenuzar las disposiciones, sabia aprovecharse de ellas con acierto, y hacer que sirviesen á sus intentos conocidos, y aun anunciados. En aquel tiempo, pues, trabajaba San Ignacio para perfeccionar el plan de su Compañia, y con este motivo buscaba para ella, no protectores, sino sugetos. ¡Que grande fué en la persona de *Xavier* el que le descubrió su excelente discernimiento! Sí,

E 4

chris-

christianos, en él descubrió Ignacio el apóstol del nuevo Mundo. Mas era necesario convertir primero á este que habia de convertir tantos pueblos. Empezó Ignacio esta obra.

¡O *Xavier!* le dice, ¿que le sirve al hombre cautivar la estimacion de los demas, y precizarles á que se admiren por la superioridad de los talentos y el resplandor de los sucesos? *Quid prodest?* Un tesoro todavia mas precioso exige tus cuidados y debe fixar tu ambicion. Hay una eternidad, y tú tienes una alma. Piérdela y veras como todo se perdió para tí. La grandeza del mundo es nada *Quid prodest homini, si mundum universum lucretur, anima verò suæ detrimentum patiatur* (1). Hablaba Ignacio, y reflexionaba *Xavier*. Siguió aquel hablando, y éste se desengañó, se convirtió, y se hizo penitente.

Los mismos deseos que habia puesto en este miserable mundo, los volvió ácia la Religion christiana. A la fútil esperanza de adquirir un nombre famoso, se le siguió una insaciable sed por las humillaciones. Sobre el sepulcro de los Apóstoles á quienes honra la Francia, como á sus verdaderos padres en la fé, se formó en el apostolado como humilde discipulo de Ignacio. Yo creo que quien le animaba é inflamaba era la sangre de los mártires, pues que santamente envidiaba su suerte. Ya no suspiraba sino por el martirio: el tiempo no le proporcionaba, tan pronto como sus impacientes deseos querian, la favorable oca-

(1) Math. 16. 26.

ocasion de correr al peligro y despreciar la muerte. Sus primeros sentimientos eran propios de un apóstol, de un héroe, de un santo.

En Venecia se mezcló desde luego entre los miserables enfermos que en aquellos hospitales habia. Allí se dispuso con las pruebas mas rigurosas para las empresas mas dificiles, familiarizándose con ellas, si así se puede decir. Allí fué donde vencida la naturaleza por la gracia, nos presentó á la vista un estimable objeto. ¡O que espectáculo! No haya miedo, señores, que yo le exponga á vuestra consideracion. Espantada tal vez vuestra delicadeza, se resistiría al oír lo que el valor invencible de *Xavier* no se detuvo en executar. El que quiera triunfar algun dia de los reyes, debe triunfar antes de sí mismo.

Adornado ya con el sagrado carácter del Sacerdocio, se habia dedicado con fervor á todo quanto podian exigir de él las necesidades de la Religion en un tiempo de libertinage, de heregia y de cisma; es decir, en el siglo de Lutero, de Calvino y de Enrique VIII. En Boloña se habia levantado ya contra el vicio, y hecho que empezase á reynar la virtud sobre su ruina.

Ya contaba en Roma á los príncipes de la Iglesia por sus admiradores. Entre ellos lo fué Paulo III. Aquella ciudad se habia propuesto observar en los tiempos de miseria pública todo lo que él quisiese, como que remediaba las desgracias por los ingeniosos recursos de que su caridad se valia. Por lo tanto respetó Roma

en

en él, no solo á su modelo, sino á su apostol y libertador.

Pero aun en medio de estos sucesos, ¡quan poco satisfecho estaba de sí mismo! Aquellos primeros prodigios de su zelo, solo le parecian unas débiles é indignas insinuaciones de lo que quisiera y debía hacer por la gloria de su Dios: entre aquellos maravillosos éxtasis que le arrebatavan corria y volaba á todas partes. Creía que se tardaba demasiado para hacer que se abrasase el Universo con el divino fuego que le consumía.

Con motivo de haberle asaltado un sueño misterioso, le habia quedado de él en su espíritu una imagen sensible. Se le representaban á su sorprendida consideracion mares dilatados y horribles precipicios. Creía haber descubierto la ocasion de subministrarse infinitos trabajos y de superar continuamente obstáculos inaccesibles. En el honroso ministerio que debía exercer, le habian de acompañar precisamente una infinidad de peligros, de muertes y de contratiempos. Se preguntaba á sí mismo, y de results de su interrogacion sentía á su alma toda llena de una alegría secreta. Quantos inconvenientes le amenazaban, eran para él otros tantos atractivos. Siempre deseó que la imagen de sus sufrimientos se le presentase menos horrible que lo que en realidad era.

A mí me parece que le oigo exclamar en medio del fervor de su zelo, diciendo á Dios: ¡O Señor, quan dulces son las tribulaciones que me reservas! No, no haya miedo que me

con-

concedas jamás tantas fatigas y contradicciones, quantas yo he deseado siempre (1). *Amplius, Domine, amplius.* No Señor, nunca me las concederás, porque tu gracia es siempre su garante: jamás igualará el rigor de la persecucion á la constancia que en mi corazon se halla. *Amplius, Domine, amplius.* Tú, Señor, has dispuesto que me vaya á vivir entre unos pueblos bárbaros: así lo haré: así lo ejecutaré. Aun haré mas: los buscaré y amaré. *Amplius.* Tú me ofreces humillaciones: las sufriré: á exemplo de San Pablo me gloriaré de ellas mismas. *Amplius.* Descarga, descarga sobre mí los golpes que quieras, que yo adoraré la mano que me hiere: siempre serán para mí preciosísimos: mis desgracias serán todas mis delicias. La muerte entre los suplicios será para mí el triunfo mas dulce: aquella que sea mas cruel corresponderá mas bien al ansia de los deseos que has excitado en mi corazon. *Amplius, Domine, amplius.* Así hablaba nuestro Santo. Sus acciones justificarán sus sentimientos. El language de un héroe, es la expresion fiel de su conducta.

Yo dexo aplaudir por ahora á Portugal el zelo de *Xavier*. Dexo tambien á este Santo en la corte de Juan III, que, aun á pesar del exemplo de este príncipe, el mas religioso Monarca de su siglo, era sumamente licenciosa (1). Le dexo persuadir en ella, y estimular

al

(1) *In vit. S. Fran. Xavier.* Bartol. Turcel.

(2) *Vida de San Francisco Xavier por el Padre Boucher.* lib. I. pag. 40.

al fervor por sus útiles predicaciones á todos sus habitantes, consiguiendo el que felizmente reynase la humildad christiana donde ántes era el centro del orgullo y de la vanidad. Un campo tan dilatado, sería en otra ocasion suficiente para diversos cultivadores. Pero á nuestro Santo no le bastaba. El proyecto que habia concebido su santa ambicion, se extendia á las Indias, al Japon, á la China y al Mundo entero. Hubiera deseado que todo el Universo profesase la Religion de Jesu Christo, y fuese fruto de su ministerio esta feliz mudanza. Lo que deseaba, procuraba conseguirlo y ejecutarlo.

El Mozambique, que era el sepulcro fatal de los christianos, le admiraba al ver lo cuidadoso que estaba para oponer á las malignas influencias de un ayre contagioso todos los esfuerzos de un zelo tierno, activo é inagotable. Su llegada á aquel parage, está señalada con las conversiones mas admirables. Aunque se veía vencido el Mahometismo, fugitivo el error y reconocida la verdad en medio de Melinda, no era todo esto mas que un leve pronóstico de lo que debia esperar de *Xavier* la Religion. En efecto, el Mozambique solo se puede decir que le poseyó para luego sentirle. Por fin, llegó el afortunado dia que deseaba aquel nuevo apóstol. Respetad vosotros sus designios, vientos y tempestades. ¡Y quiera Dios que á tí, pequeña y dichosa embarcacion, que llevas la esperanza y la salvacion de las Indias, te favorezca el cielo y te conduzca con felicidad al puerto de Goa! En efecto,

to, hermanos míos, llegó *Xavier* y empezaron sus trabajos. Un santo será capaz de obscurecer la gloria de los mas grandes conquistadores. Nuestro Héroe llevará la luz de la fé mucho mas allá de lo que llevó Alexandro su ambicion, su furor y sus esperanzas.

Siempre paramos la vista con nueva admiracion sobre los anales de la primitiva Iglesia. Aquella fuerza é intrepidez de los primeros héroes que produjo el christianismo, nos choca, nos arrebatá y nos admira. Nosotros nos perdemos con gusto en una encadenacion de acontecimientos milagrosos; y no se acerca nuestro espíritu á estos últimos tiempos, sino para hacernos sentir justamente la falta de los primeros. Sin embargo, no debemos desear aquellos afortunados dias: aun en el de hoy se renuevan y perpetúan. ¿Acaso no ha tenido la fé en todos los siglos sus héroes? Aquel en que vivió *San Francisco Xavier* ¿no nos representa el de los apóstoles en que se veía edificada la Iglesia, temblar la heregia y estar abatida la idolatría? Este, pues, hermanos míos, no es un paralelo ó comparacion excesiva: para comprobar todas estas aserciones, bastará que sigamos á nuestro Santo con la contemplacion por el inmenso, árido y abandonado campo que le destinó el orden de la Providencia.

¡O tristes objetos! ¡Con que viveza heristeis su vista! Vosotros enterneceis su corazon y le hicisteis verter sus lágrimas. Ya no subsistia en las Indias la fé pura, que un apóstol formado en la escuela de Jesu-Christo

to (1) había sellado en otro tiempo con su sangre en aquellas infieles regiones. Sobre las ruinas de la verdadera Religión, se había levantado un culto supersticioso, que era un monstruoso conjunto, tanto del Christianismo, casi extinguido, como de la idolatría que empezaba á renacer. En vano los Portugueses, guiados por la noble audacia de Vasco de Gama, habían hecho concebir á la fé en sus rápidas conquistas la esperanza de un nuevo triunfo; porque este se acabó aun casi ántes de haberlo empezado. Los proyectos ambiciosos hicieron olvidar á aquellos felices conquistadores los santos objetos que les había inspirado la piedad. Ellos mismos desfiguraban la Religión por sus exemplos en aquellos parages en donde se lisongeaba la Iglesia de haberla restablecido por su autoridad. Los vicios de los vencidos llegaron á ser bien pronto los de los vencedores. Entre esta horrible mezcla de tinieblas y de luz, se veía á los christianos con indignacion, profesar una Religión sin practicarla, y reconocer un Dios sin adorarle. Sostenido el Mahometismo por los potentados, llegó á acreditarse de tal modo, que destruía ó profanaba los altares, y pervertía ó perseguía á los christianos: se veía que los idólatras multiplicaban sus Dioses á proporcion de sus arrogantes deseos: lo sacrificaban todo á estas fantasmas que divinizaba su capricho, y deshonoraban la humanidad con los mas vergonzosos excesos, sufocando todos los sentimientos de su

(1) s. Thom.

corazon, olvidándose de la misma naturaleza, y, por una piedad bárbara, inmolaban sus hijos, haciéndoles víctimas de su crédula supersticion. La ilusion es madre de todos los delitos.

Aquella tierra ingrata, pues, era la que *Xavier* debía regar con sus sudores y mudarla en una tierra nueva y fecunda. A vista de las profundas tinieblas que la cubrían, se llenó de horror, pero no por eso desmayó, ni se dexó abatir. Aunque admire á las almas comunes la multiplicidad de los obstáculos, no por eso dexan de lisongear á los héroes las victorias que son dificultosas. Otros trabajos que no hubiesen sido tan penosos, no serían dignos de él. Los consideraba su corazon, sin que jamas les hubiese temido.

Al considerarle yo puesto en Goa, me parece que le veo instruir, admirar y cambiar, digámoslo así, á sus habitantes. A los primeros golpes que descargó contra la impiedad, hizo temblar el infierno. He dicho en Goa; pero ¿cáso no me he engañado yo en esto? Una sola ciudad no debía detener á un héroe y á un apóstol. La costa de la Pesquería, el cabo de Comorino y el pais de los Paravas fueron los parages por donde se extendió *Xavier*, de cuyas instrucciones se aprovecharon.

Los Bracmanes, aquellos diestros impostores, cuyo orgullo asegura su poder, cuyo retiro oculta sus malos hechos, y cuyo interés sostiene á los Pagodes: aquellos hombres digo, cuya conducta es tan misteriosa como su origen; y porque se alaban de pertenecer á

los Dioses, engañan á los pueblos, haciéndolos cómplices de sus errores, víctimas de sus pasiones y esclavos de su despotismo: aquellos hombres fecundos en iniquidades meditadas, en tramoyas iniquas ó invenciones fabulosas: aquellos hombres reverenciados, temidos, queridos, imitados y casi adorados: los Bracmanes digo, combatidos por el zelo de *Xavier* y advertidos de su reputacion, sorprendidos de sus talentos, poco firmes al oír su eloqüencia, movidos de su santidad y confundidos, en fin, á vista de sus milagros, le aclaman por su maestro, su oráculo y su vencedor: le siguen, le escuchan y le admiran por quantas partes le hacen ir los intereses de la Religion, y las necesidades de la Iglesia. Pero ¿donde no le llaman estas necesidades é intereses?

Este nuevo mundo, pues, era el que justamente brillaba en los reynos de Travancor, Macazar y Ternate. Los rayos que despedia su luz, se extendian por todas partes y no dexaban de tocar á ninguno de los pueblos de aquellos diferentes estados. Si le contemplo en las islas de Manan, y Zeilan, como que me creo testigo de sus trabajos y observo que todo aplaude los maravillosos frutos de su zelo. En aquella inmensa extension de ciudades, provincias y reynos, no dexaba parte que no anduviese, ni cosa para que él solo no bastase. La viveza de mi discurso no puede seguirle en la rapidez de su carrera. Casi se puede decir, que le daba alas la fé para volar de islas en islas, de dominios en dominios, y hacer á todo el mundo

mundo expectador y conquista de sus trabajos. *Quasi pennatus totum peragravit orbem* (1).

¡Imágen noble y sublime por cierto, con la qual señalaba en otro tiempo el apostolado de San Pablo San Juan Chrisóstomo! Ah! ¡Con que primor habeis pintado al sucesor é imitador del apóstol de las naciones (ó por mejor decir á su ribal) *San Francisco Xavier*, Apóstol de las Indias! Este varon tan grande, penetraba casi al mismo tiempo la dilatada extension de las mas sombrías florestas, superaba la cumbre mas difícil de las montañas, se entregaba al arbitrio de los mares alborotados, despreciaba las olas y tempestades, y se burlaba de los peligros. Casi al mismo tiempo estaba en Malaca que en Firando, y en medio de las Indias que á la extremidad del Japon. *Quasi pennatus totum peragravit orbem.*

El Japon, pues, aquel conjunto de islas infinitas, ó por mejor decir, el mundo que formaban en los confines del Asia; aquella region digo, cuyas montañas casi inaccesibles como que quieren tocar con su extremidad en el cielo, y cuyos incultos campos, demuestran mas bien un dilatado desierto que una tierra fértil, pareciendo que con sus excesivos frios eternizan el império del invierno. El Japon, en donde las guerras son frecuentes, y mucho mas aun las revoluciones. El Japon, vuelvo á decir, en el que tiene sus discípulos el Ateismo, la Idolatría sus sectarios, el Sol sus altares y el Demonio sus templos: donde la

Tom. III.

F

su-

(1) *Joan. Chrysost. de laud. Divi. Paul.*

superstición cuenta sus zelosos partidarios, y tambien sus víctimas: donde las diferentes sectas tienen sus diversas ceremonias: donde los Bonces, sacrificadores reverenciados, políticos devotos, hipócritas penitentes, falsos y sistemáticos sabios, habitantes de los desiertos, huéspedes de las ciudades, poderosos en la corte, vigilantes de su autoridad, y en fin, zelosos por su Religión aun mucho mas que por su fortuna, exáminan, juzgan, y condenan todo lo que contradice sus opiniones, todo lo que ultraja su vanidad y todo lo que perjudica su crédito. El Japon, en fin, donde domina la curiosidad y reyna el libertinage, cuya situación nos han delineado en sus cartas los geógrafos, cuyas costumbres nos han hecho conocer los historiadores, cuyos grandes escritores admiramos, y, en una palabra, donde consideramos el comercio y advertimos la apostasia.

Tal es el nuevo teatro en donde debia *Xavier* exercitar sus talentos, su zelo y su paciencia. Quando se le consideraba aun en las Islas del Mora como víctima de la fé, siempre invencible entre las persecuciones de aquellos feroces é inhumanos isleños, se habia abierto ya un paso libre para la corte de Saxuma. Empezó á predicar en ella, y llegó, digamoslo así, con el Evangelio hasta sobre el mismo trono. Por fortuna reynaba allí un príncipe sabio é instruido, incapaz de preocupaciones, y susceptible á la razon. Instrúyete *Xavier* en lo perteneciente al Christianismo; y aunque aquella no era todavía una conquista de

de las que solia conseguir para la fé de Jesu-Christo, era á lo menos un protector el que la grangeaba. De Saxuma se fué á Meaco, Cangoxima, Firandi y Amanguchi, donde le oyeron con sumo gusto, y no le perdieron por entonces sino con la esperanza de volverle á escuchar.

Permitidme, señores, que omita una multitud de nombres bárbaros, y que encamine vuestra consideracion hasta fixarla en el centro del Japon. En aquellos diversos reynos, los cuales casi puedo decir que componen un mundo entero, ¿que reyno hubo que no recorriese? ¿que ciudad en donde no se detuviese? Si le consideramos quando estaba en algún pueblo particular, nos veremos casi precisados á creer, que era él solo el objeto de sus trabajos. Si le contemplamos en la rápida sucesion de sus viages, nos veremos obligados á confesar, que atravesó con una precipitacion imponderable las montañas, los desiertos, las ciudades, y aun las provincias. Bien se puede decir, que en tan corto tiempo habia hecho bastante en extender su vista y hacer una observacion indiferente sobre aquellos parages, quanto mas el exercitar en todos, como lo hizo, su infatigable zelo. Aun mas breve que un relámpago, parece que se multiplicaba y se extendia al mismo tiempo por todas partes. ¡Que cosa tan admirable poseer todas á un tiempo al propio Héroe, y en distintos parages! Desde las Indias iba inmediatamente al Japon, y desde este volvía á pasar á las Indias. Casi se puede decir, que en un mismo dia

é instante se le veía en las dos extremidades del Mundo. *Quasi pennatus totum peragravit orbem.*

Siempre en un continuo movimiento, y superior á las mas penosas fatigas, no despreciaba otra cosa que su descanso mismo. ¿Acaso suspendió jamas la carrera de sus expediciones Evangélicas? Llevaba la mira de recoger en el sepulcro de Santo Thomas los generosos sentimientos de que este habia sido penetrado en otro tiempo. Sus cenizas inspiraban en *Xavier* una nueva fuerza. ¿A quanta especie de trabajos se expuso con el vivo fuego que le animaba? Instruir y persuadir, disputar y confundir, es el único objeto y fruto de todas sus misiones. Como si fuera un padre con sus hijos, catequizaba á los niños, reprehendia á los pecadores como juez, y consolaba á los afligidos como amigo. Al ver que era el oráculo de los pueblos, la guia de los grandes, el protector de los pobres y el árbitro de los soberanos, no es mucho que se concibiese la idea de los diferentes ministerios á que se dedicaba: pero aun esta me parece incompleta. No puede alcanzar á comprehender la consideración todo aquello á que *Xavier* se atrevia. En quanto se empeñaba salia con felicidad como lo manifestaban los sucesos. La brillantez de sus triunfos correspondia con la inmensidad de sus trabajos.

¿En que términos, pues, explicaremos aquellos admirables triunfos que ensalzan su apostolado? Con vosotros hablo, conquistadores de la tierra, con vosotros, cuyos mas bien tra-

trazados proyectos, y cuyos mejores concertados designios, jamas tienen un fin dichoso. Norabuena que forme la prudencia el plan de vuestras empresas y procure executarlas la intrepidez. Vosotros os empeñaréis en el horror de los combates, y haréis prodigios de valor; pero la constancia de vuestro valor; no os preservará siempre de aquellas fatales revoluciones que son inseparables de la suerte de las armas. Ah! ¡quantas veces se os escapa la victoria de las manos por mas dignos que seáis de ella! La mas noble audacia no es siempre garante del suceso. Esto corresponde á una alta providencia que dispone la suerte de los mortales.

Esta es la que dispensa con sus manos la fortuna y la desgracia, la gloria y las humillaciones, los triunfos y la opresion, la vida y la muerte. Por lo mismo debeis tener entendido, que tanto entre la humillacion de las desgracias, como entre la gloria de los sucesos, debemos siempre adorar y respetar la impenetrable profundidad de sus juicios.

Aquellos héroes christianos que han contemplado con admiracion en el Japon y en las Indias los rápidos y durables sucesos de *San Francisco Xavier*, parece que han ignorado la vicisitud de los acontecimientos. Lo cierto es, que él siempre fué pasando de conquistas en conquistas. Favoreciendo el cielo sus deseos, é interesándose por sus triunfos, se tomó el cuidado de hacer que fuese la mision mas ingrata la mas abundante. Por lo que á él hacia, se convertian en medios útiles los

obstáculos que se le oponian. Por el número de sus combates se cuenta el de sus victorias; y estas no haciendo casi mención de los parages que recorrió, sino por los trofeos que erigió á la Religión por todas partes. Como imagen de la divinidad sobre la tierra, puede decir nuestro *Xavier*, que desde que sale el Sol hasta que se pone es celebrado y engrandecido su nombre entre las naciones. *Ab ortu solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in Gentibus* (1).

Señor, decía San Juan Chrisóstomo, ¿quien se negará á prestar homenaje á vuestro poder, si piensa con reflexion el héroe que habeis dado al Mundo en la persona de San Pablo? *Quis non loquetur potentias tuas, Domine, quia talem virum orbis terrarum ostendisti* (2)? ¿Quien podrá igualmente desconocer, ó Dios mio, el poder de vuestra mano en el admirable exemplo que disteis al Universo con el Pablo de los últimos siglos, el conquistador del Asia, el fundador de la Religión en el nuevo mundo? Se puede creer, continúa el eloqüente panegirista de San Pablo, que la victoria se adelantaba á sus deseos. Mas bien se descubria por todas partes el triunfo que el combate. *Ad promptam, expeditamque veniens victoriam*. Trastornaba, confundia y destruía las astucias, los esfuerzos y los furores del inferno. *Evertens, dejiciens, destruens diaboli munitiones*. Andaba sin detencion desde aquellos

(1) Malach. I. v. II.

(2) Joann. Chrisost. de laud. Div. Paul.

á quienes habia convertido á los que intentaba convertir. *Avolat ab bis ad illos, vix mora interposita*. Es un rápido vencedor, que cada día y á cada instante adquiere nuevas riquezas á la Iglesia. *Singulis diebus, imò singulis horis, trophæo exigens*. Las ciudades se rendian á su vista. *Urbes capiebat*. Los pueblos se apresuraban para sujetarse al yugo que les imponia teniéndose por muy dichosos en ser sus cautivos. *Omnnes accurrebant*. Veía armado contra él á todo el Universo por la fuerza de las preocupaciones, y se destrufan estas á su vista, sometiéndosele todo el Mundo. *Adversus orbem terrarum, omnia perficiebat*. En su acelerada carrera imitaba, y aun excedia, á la ligereza de los vientos. *Vento celerius* (1).

¿Son estos, pues, los sucesos que cuenta de San Pablo el eloqüente Arzobispo de Constantinopla? ¿Son acaso diferentes los triunfos que predicaba de *Xavier*? No por cierto. De los mismos colores se valia para pintar á un héroe que á otro.

Pero ¿qual es la época en que debemos fixar las victorias de nuestro Santo? ¿Será la de aquel memorable dia en que el zelo ahogó santamente en su corazon la tierna voz de la naturaleza, no permitiéndole tan siquiera el inocente deseo de ver á una madre á quien queria, y que tal vez no la volveria á ver jamas? ¿Será la de aquel singular acontecimiento tan favorable á su ministerio? Vosotros, pueblos bárbaros, vosotros fuisteis los que os admirasteis

F 4

(1) Joann. Chrisost. de laud. Div. Paul.

teis de este acontecimiento, y reclamabais el testimonio de vuestra vista. Vosotros fuisteis los que oisteis hablar á *Xavier* todas las lenguas, quando aun no podia haber aprendido una sola. Vosotros creisteis que iba á iluminar vuestro horizonte un nuevo fenómeno. Vosotros le escuchasteis como á un oráculo: y, en fin, vosotros pensasteis, que era mas bien un Dios que un hombre, y si no le erigisteis altares, os dedicasteis por lo menos á consagrarle á aquella misma divinidad á quien queria que adoraseis; esto es, á Jesu-Christo que era el Dios de *Xavier*, y llegó á ser el vuestro.

Entre la multitud de objetos que el elogio de San Pablo presentaba á San Chrisóstomo, no sabia sobre qual de ellos debería extender su pluma y sus alabanzas. En el elogio de *Xavier*, sucede igualmente lo propio, porque no se sabe qual de los diversos acontecimientos, que justamente fixan el pensamiento y la consideracion, se deberá escoger. Todo choca, sorprende y admira. ¡Que encadenacion de prodigios! Por él se vieron deshechos los ídolos y sepultados baxo las ruinas de sus templos; por él se erigieron altares al verdadero Dios, enarbolando la cruz en una infinidad de reynos distintos, y por él se vieron los nuevos triunfos que le esperaban en cada ciudad, y que al parecer vaticinaban sus sucesos. *Ad promptam, expeditamque veniens victoriam.* La verdad triunfaba del error, la hipocresía estaba descubierta, restablecida la justicia, unidos los christianos á la perfeccion del christianismo, sujetas al império de la Iglesia in-

numerabias naciones, adquirido y ganado para Jesu-Christo un mundo entero de infieles, quienes lograron instruirse en nuestros misterios, y ser discípulos, apóstoles y mártires de la fé, humillado y confundido el infierno, y precisado á rendir vasallage á la verdad, y respetar á un vencedor, y, en una palabra, un quadro de maravillas como el que estoy trazando, cuya conclusion el mas vasto y dilatado ingenio no se prometeria verificar. *Eventens, dejiciens, destruens diaboli munitiones...* Mi entendimiento se pierde entre una multitud de prodigios que se suceden mas bien que se confunden. Semejante *Xavier* á aquellos impetus de la guerra que rompen los mas fuertes atrincheramientos, se dexaba ver entre los pueblos mas opuestos por su carácter, sentimientos y religion, y sin embargo lograba hacer en todos ellos quantas conversiones intentó. *Avolat ab bis ad illos, vix mora interposita.*

El primer parage donde empezó sus trabajos, y consiguió sus victorias, fué Goa. Ya hacia mucho tiempo que esta ciudad, pareciéndose á una nueva Nínive por sus iniquidades, provocaba la venganza del cielo. Levantó nuestro Héroe la voz, como si fuese otro Jonás, en medio de este pueblo prevaricador, y de tal modo combatió la impiedad, que ya no se podia sostener sino por la impostura. Mudóse esta en furor, y con él se hizo poderosa. Da tambien contra la idolatría, y logra que espire á la fuerza de los golpes que sobre ella descargó. Aquellas tristes

tes sombras que *tenian cautivada á la verdad*, se disiparon. Todo cedia á los redoblados esfuerzos de un zelo que, al paso que se reia de los obstáculos, les destruía enteramente. Se buscaba en Goa á Goa misma, y no se encontraba sino á Nínive penitente. Cada dia, y aun cada instante, se señalaban con nuevos trofeos. Parecia que habia renacido la Iglesia de Jerusalén, de Antioquia y de Roma. *Singulis diebus, imò singulis horis, trophaa erigens.*

Aquel pueblo que solo era christiano en el nombre, é idólatra por costumbre, no se resistió desde luego á la constancia de *Xavier*, sino para someterse despues con mas brillantez á sus vivas exórtaciones. Aunque se rebelaba contra sus discursos, no podia resistirse á sus beneficios. Por él concluyó gloriosamente una guerra difícil y sangrienta, y en uno de sus decisivos combates debió á nuestro Santo toda la ventaja que consiguió sobre sus enemigos. Esta victoria justamente, vino á ser la señal de su conversion. En medio de sus conquistas, se tuvo por muy dichoso en ser la conquista del Evangelio. *Urbes caviebat.*

¡Quantas inesperadas mudanzas podria yo aun referir! Preséntase *Xavier* en las Islas del Mora, y cambian los habitantes de aquellas salvages regiones el fanatismo y el odio que tenían á su ministerio en respeto por sus virtudes. Olvidan la ferocidad de sus costumbres, y toman otras diversas con el auxilio de una nueva creencia. Dóciles á las dulces inspiraciones de la gracia, de las que nuestro Hé-

roe

roe era el intérprete, se declararon sus mas obedientes discípulos, al paso que habian sido antes sus mas obstinados perseguidores. *Omnes accurrerant.* Los Bracmanes en las Indias, y los Bonces en el Japon, que con frívolas amenazas habian pensado sorprehender y turbar la credulidad de los pueblos, confesaron sus iniquas ideas, y sus errados caminos: se avergonzaban de la pluralidad de sus deidades, y publicaban su defecto. Aquellos fieros defensores de los idolos llegaron á ser humildes adoradores de la cruz del Redentor. Solo por el zelo de un apóstol, se consiguió que una multitud de enemigos de la Religion christiana fuesen sus mas fieles discípulos.

Tal vez no habrá dado el fervor en aquellas nuevas Iglesias un exemplo de mayor edificacion que el que se vió en la isla de Manar. Porque ¿quien no diria que aquellos hombres eran unos nuevos Lorenzos, unos nuevos Ciprianos y unos nuevos Irenéos, cuya sangre hacia correr el cuchillo homicida? ¿No parece que el tiempo de las persecuciones mas crueles estaba reservado para que le viese renacer nuestro Santo? Si, en la isla de Manar llegaron á ser victimas de la fé las conquistas de su zelo. Alteróse en ella la política, se armó la venganza, pronunciaron las leyes; se desenfrenó el furor, herian los tiranos... Creyendo la idolatria que de este modo vengaba sus pérdidas, se acarreó muy léjos de ello otras no menos grandes y nuevas. Los suplicios acrecentaban los christianos: y de en medio de las llamas salió una Iglesia

se-

señalada con la sangre de los mártires, y fecunda en apóstoles y santos. El único fundador, la única alma, la única cabeza, la única guía y el único modelo de ella fué *San Francisco Xavier*. Aquel mundo entero de enemigos, coligados para sepultar esta Iglesia con los despojos de su cuna, solo sirvió para darla fundamentos mas sólidos, acrecentamientos mas rápidos, y una forma mas estable y duradera. Puede decirse con verdad, que los mismos esfuerzos que se hacian para trastornarla, contribuyeron para establecerla, fixarla y mas bien perpetuarla. *Adversus orbem terrarum omnia perficiebat.*

Y vosotros, príncipes y monarcas de las Indias y del Japon, vosotros digo, ¿no es cierto que desde luego contemplásteis con un justo temor aquellos resplandecientes triunfos de una Religion que os era desconocida? Vosotros estuvisteis tentados á pedir vuestros ídolos al apostol que les habia hecho dexar á vuestros vasallos. Formasteis contra él mil vengativos proyectos, y procurasteis con otros tantos la destruccion de la fé; pero el héroe que ésta tenia os supo uncir, digámoslo así, al carro del Evangelio, é hizo que brillasen con él, á vuestra propia vista, los rayos mas luminosos. Como profeta os descubrió los mas profundos misterios de la fé: como controversista os explicó sus mas oscuros dogmas: como intérprete os inculcó las máximas mas sabias; y como orador os hizo conocer los consejos sublimes, las defensas judiciales, las amenazas terribles y las recompensas magní-
fi-

ficas. Os refirió sus milagros, é hizo admirar sus mártires: os pintó las virtudes de sus discípulos, y, con sus dulces persuasiones, consiguió el que insensiblemente naciese en vuestros corazones el deseo de aumentar su número. De modo, que entónces no parecia ya *Xavier* á vuestra vista un pérfido seductor de vuestros pueblos, sino un apóstol embiado por el cielo para vuestra instruccion y para la felicidad de vuestros impérios.

¿Se ausentó de vuestra presencia? pues vosotros mismos diputasteis á los grandes de vuestra corte para hacerle que volviese á ella: descendisteis de vuestro trono para recibirle: os teniais siempre por nuevamente dichosos en oirle, y os impusisteis la precisa obligacion de presidir aquellos religiosos combates que presentaba á vuestros sacrificadores. De tal suerte, que admirados de su ciencia, movidos de sus discursos, y encantados de su moderacion, no podiais menos de proteger sus empresas, favorecer su Religion y aplaudir su zelo: llegasteis á ser casi con él unos apóstoles; y á pesar de la tímida politica, haciais gala de parecerlo. Entónces se vió en varios reynos subir al trono el christianismo, al modo que en otro tiempo lo hizo sobre el trono de los césares con Constantino. Se disipaban las sombras del paganismo al paso que se extendia la luz de la fé; y se observó, que se practicaba lo que encarga el Evangelio, se respetaba la Iglesia, se adoraba á Jesu-Christo, y que á pesar de la supersticion del error, del vicio y del infierno, se hizo por el zelo de

Xavier de un mundo idólatra un mundo cristiano.

Tal es la pintura que nos hacen de la divinidad los sagrados libros, quien, llevada sobre las alas de los vientos, llenó de su magestad á toda la tierra. Así que, yo me figuro á nuestro Héroe, que, llevado sobre las alas de la caridad, atraviesa con rapidez la Europa, las Indias y el Japon, estando, si así podemos hablar, siempre detenido y siempre andando, y siendo creador de un nuevo pueblo y gefe de una nueva Iglesia en medio de los templos que levantaba, de los altares que consagraba, de los fieles que formaba, de los mártires á quienes animaba, de los ídolos que destruía, de los reyes á quienes dirigia, de un mundo entero á quien gobernaba y santificaba, y, en una palabra siempre excediéndose á sus trabajos por medio de sus proyectos, á sus proyectos por sus deseos, y fixando él solo la suerte del Universo, *vento celerius*.

Yo, señores, quisiera preguntaros ¿si en él os he demostrado, en efecto, un Héroe y un Santo, y si es esta la idea que vosotros mismos os habiais formado á vista de mi proposicion? Sí: *Xavier* es un Héroe, porque imita á los conquistadores profanos en la inmensidad de sus deseos, en la rapidez de su carrera, y en el resplandor de sus victorias: un Héroe como santo. En efecto ¿qual fue el objeto de sus nobles deseos? La propagacion de la fé. ¿Qual es el fin y la conclusion de sus infinitos viages? El reyno de Jesu-Christo. Sus victorias fueron las mismas que las de

de la fé. Pero ¿que digo yo? Como era un Santo y un Héroe, pareció á los ojos del Universo una viva prueba de la Religion cristiana, de su sabiduria, de su poder y de su divinidad. Como prueba de su sabiduria, quando ella le preparó para sus designios: como prueba de su poder, quando le sostuvo en sus contratiempos: como prueba de su divinidad, quando, en remuneracion, le coronó sus trabajos. *Xavier* pareció á las naciones idólatras como una prueba de la santidad de la Religion, quando por sí mismo la llevó hasta el colmo del heroismo, y quando por medio de su conducta manifestó la expresion fiel del Evangelio que predicaba. Mas, si su zelo acarreó triunfos á la Religion, sus costumbres la hicieron respetable: respetable por quantas partes se oía su voz; y por quantos parages la predicaron sus exemplos, no menos que sus discursos.

Héroe *Xavier* como santo hizo triunfar á la Religion de sus enemigos, y el universo aplaudió su gloria.

Santo *Xavier* como Héroe, hizo respetable la Religion á sus enemigos, y el universo se aprovechó de sus virtudes. *Terra illuminata est á gloria ejus*.

SEGUNDA PARTE.

El Señor se detuvo y midió la tierra. *Stetit, & mensus est terram*. Echó la vista sobre las naciones, y, por decirlo así, las abismó baxo su poder. *Aspexit, & dissolvit Gentes:* las

las montañas del siglo fueron reducidas á polvo. *Et contriti sunt montes sæculi.* Las colinas del Mundo fueron humilladas baxo del Eterno. *Incurvati sunt colles mundi, ab itineribus æternitatis ejus* (1).

¿No parece que con estas sublimes ideas trazó el Profeta Habacuc el retrato del héroe evangélico, cuyos deseos acabo de analizar, de contar sus trabajos y de celebrar sus victorias? Fixado en Europa, midió las tierras infieles que pensaba sujetar al yugo del Evangelio. *Stetit, & mensus est terram.* De este modo le he representado quando hice ver el plan que se formaba á sí mismo de su apostolado. Transferido á las Indias y al Japon, llevaba sus miras sobre las naciones idólatras: se levantó contra sus errores y contra sus ídolos, y aquellos pueblos armados con las supersticiones y los sofismas, se vieron precisados á ceder á los poderosos encantos de su elocuencia, ó, por mejor decir, no se pudieron resistir á los impulsos de la gracia, de quien era el ministro y la viva voz. *Aspexit, & dissolvit Gentes.* Tal os le he representado en la penosa carrera de su laborioso ministerio, el qual aunque agotó muchas veces sus fuerzas, jamás hizo decaer su constancia. Los poderosos del siglo, los señores del Mundo, y en fin, aquellos fieros y altivos potentados del Oriente, se humillaron al yugo de la fé que les predicaba. Ensalzaron su gloria al infinito por los voluntarios homenages que prestaban al

Dios,

(1) Abacuc 3. 6.

Dios, de quien ellos creían era él su imagen. *Et contriti sunt montes sæculi: incurvati sunt colles mundi.* De esta manera le he caracterizado á vuestra presencia, á vista de que en el campo mas ingrato recogió los preciosos frutos de la mas rica mision.

Pero ¿á que poderoso encanto debió estos prodigiosos sucesos? ¿Qual será la cadena invisible con que sujetó al carro de la Religion á sus mas fuertes y obstinados enemigos? ¡Ah! sus victorias son el utilísimo fruto de sus virtudes. No se valió de otro modo para hacer triunfar al Evangelio de la idolatría, que del de hacerle respetable con su conducta á vista de los mismos idólatras. Aun mas Santo que héroe, admiraba al nuevo mundo, no tanto por sus empresas quanto por sus exemplos.

Todas aquellas naciones, de quienes era el apóstol, veían que reunia en sí todo género de santidad, y hacia, que, por medio de un enlace dichoso, se hermanasen las virtudes mas opuestas, llevando cada una al mas sublime grado de perfección que era posible. Yo no hablo aquí de una virtud, cuyo mérito estriba en lo oculto de un profundo é ignorado retiro: trato sí, de una santidad, cuyo resplandor chocea al mundo y precisa á que la tribute su admiracion y sus alabanzas. Prueba es de esto mismo el que hasta los enemigos de la fé, que habian llegado á ser testigos de ello, se apresuraban para declararse sus panegiristas. Hablo de una santidad siempre igual, humilde en los sucesos, é inmu-

table en las desgracias, que abundando en recursos sabe ganar adoradores para Jesu-Christo, y abrirse en medio de la carrera mas dilatada y penosa otra nueva por donde poder correr al cumplimiento de sus laudables deseos.

Estas son las alabanzas que han dado unánimemente á *San Francisco Xavier*, no solo los hombres que se interesaban en celebrar su gloria, sino los historiadores mismos á quienes iba á decir mucho en obscurecerla; esto es, aquellos historiadores que eran enemigos de la fé, de la Iglesia, de sus ministros y de sus triunfos. Todos, pues, han reconocido en *Xavier* una santidad universal, auténtica y constante. A vista de un testimonio tan irrefragable ¿á que orador no se le permitirá publicar el mérito de esta misma santidad, ensalzar su brillantez y fixar su permanencia? Un Héroe como este, que hace respetar á la Religión, debe ser respetado por todas las naciones que la profesan. *Terra illuminata est á gloria ejus.*

Quando *San Juan Chrisóstomo* concluyó la brillante relacion de todas las maravillas que se habian obrado en el mundo por el ministerio de los apóstoles, decia á los de su pueblo, que para confirmar sus ideas y las que ellos tenían, no necesitaba de mas exemplo que del de *San Pablo*. Este apóstol practicó quantas virtudes habian exercido los demas. *Adducam eum in medium hæc omnia facientem* (1).

(1) *Joan. Chrysos. de laud. Div. Paul.*

¿Si por medio de una luz profética querria dar á conocer el Arzobispo de Constantinopla á *San Francisco Xavier* en la persona de *San Pablo*? ¡O *Xavier*! ¿Qual será la virtud que tú no hayas exercido de las que ha admirado la Iglesia en los hombres apostólicos? Lo cierto es, que los exemplos que dió *San Pedro* en Roma, *San Andres* en Acaya, *Santiago* en Jerusalem y *San Juan* en Efeso, los hizo revivir *San Pablo* y los renovó *Xavier*. *Adducam eum in medium hæc omnia facientem.*

Era el modelo del zelo mas vivo y ardiente, arreglado por la prudencia: de la caridad que inspira el cielo y no limita el mundo: de la penitencia siempre nueva en sus austeridades: de la humildad constante en honor de la gloria: del desinterés noble, generoso y universal: de la pronta y meditada obediencia: de la pureza victoriosa en los lances mas arriesgados: de la paciencia inagotable siempre, y siempre invencible, y de la dulzura precautiva é inalterable: de suerte, que reunidas en él todas estas virtudes, formaban, como otros tantos astros luminosos, el dia mas claro y resplandeciente. Si se trata en particular de alguna virtud, no parece sino que ella únicamente es la que, obscureciendo á las demas, llama todas nuestras atenciones.

Yo, decia *S. Chrisóstomo*, siempre me admiro y sorprendo de nuevo quando contemplo en un solo hombre felizmente reunidas todas las virtudes, pareciendo que se quieren disputar entre sí el imperio de su cora-

zón. Obstupesco hominem unum universas simul virtutes feliciter consecutum esse. Aquel eloquente Doctor hablaba de este modo por San Pablo: ¿acaso lo hubiera hecho de otra suerte por *Xavier*?

Este fué el modelo de un zelo vivo y ardiente, pero arreglado por la prudencia. Deseoso de la salvacion de las almas; pero ¿que es lo que he dicho? ¿Me he olvidado de que hemos seguido los pasos de este Santo Apóstol en Francia, Italia, Portugal, Mozambique y en las Indias y el Japon? ¿Por ventura voy yo á hacer una nueva conmemoracion de sus trabajos? No por cierto: yo únicamente os quiero hacer juzgar de la extension de su zelo por aquellas súplicas tan ardientes que dirigia al cielo por la conversion de los idólatras. ¡O Dios eterno! decia: *acordador de que las almas de los infieles son obra de vuestras manos. El infierno se ha llenado de ellas en deshonra de vuestro nombre. Permitid ya que la sangre de Jesu-Christo derramada por los idólatras les sirva de algun consuelo. Movéos por las oraciones de la Iglesia, olvidaos de su infidelidad: haced que lleguen á ser christianos, y permitid que se salven. Concludid mi obra respecto de que no es otra que la vuestra. Mis deseos solo aspiran á vuestra mayor gloria.*

Así hablaba *Xavier*: de este modo debe hablar el zelo. Era tal el de nuestro santo que se comunicaba sin distincion de edad, estado, ni sexo: esto es, era un zelo que se prestaba todo para todos: todo para el infiel, á fin de desengañarle: todo para el mahometano, con

el obgeto de convertirle: todo para el christiano, con la idea de reformatle; y todo para todas las naciones para no componer de ellas sino un solo pueblo en Jesu-Christo. Con los idólatras, se insinuaba como amigo: á los nuevos católicos les consolaba como padre; y con los que gemian en la opresion, era un protector que intercedia por ellos, como lo hizo con el rey de Portugal, consiguiendo de él la rebaxa ó disminucion de los tributos de sus vasallos, que con tanta facilidad les habia impuesto, con tanta severidad se les exigía y eran tan gravosos á todos sus pueblos.

En el zelo de *Xavier* se igualaba la prudencia al ardor. Por la prudencia desarmó la furiosa locura de un Bonza en el fuego de la mas acalorada é interesante disputa, consiguiendo, á presencia de un rey alucinado por toda una corte idólatra, hacer de su mas soberbio rival el mayor admirador de su fe y de sus virtudes. En su prudencia encontró nuestro Santo un ingenioso artificio para destruir en Goa, desde el primer instante en que entró en ella, los vergonzosos excesos de un libertinage tolerado y aun autorizado. Mal funesto, que, una policia poco reglada y una impunidad escandalosa, parecia habia hecho degenerar en costumbre, en ley y en necesidad. De la prudencia fué de la que se valió para substituir en la embarcacion en que caminaba á las detestables diversiones de un juego sutil en sus reglas y fatal en sus consecuencias el inocente recreo de un juego en donde presidiese la moderacion; prescribiése

límites la sabiduría, y se desentendiese la virtud de todas las demás diversiones perjudiciales. Vosotros, hombres, á quienes el nacimiento sostenido por la fortuna os proporciona la desgraciada facilidad de suministrar indiferentemente al sexo corrompido un asilo favorable: vosotros que sois víctimas de una pasión que siempre renace y jamas se extingue, y no es silencio prudente, aunque terrible, de nuestro Santo, el que sabiéndose oponer á vuestra desenfrenada audacia, os hace reflexionar con utilidad sobre el horror de una conducta tan depravada, y por fin, aterrar y ahuyentar el vicio despues de haber sido por largo tiempo su escandaloso apoyo? Yo bien conozco que se escapan á mi vigilancia muchas particularidades apreciables de su vida; pero solo con los exemplos que acabo de exponer, y no se podrá percibir claramente que la prudencia es la virtud singular que forma su carácter? Pero me engaño; porque yo discurro que mas bien se reconoce su carácter por su caridad.

Si alguno quisiese, decia San Juan Crisóstomo, conocer todo el mérito y el heroísmo de la virtud de la caridad, no tiene mas que observar á San Pablo. Este es su hijo y su héroe, queda de ella las lecciones mas útiles y los mas admirables exemplos. *Si quis cupiat virtutem charitatis cognoscere ad hujus alumnum se conferat, et ille ipsum docebit.* (1). Los mismos exemplos y lecciones se advierten en

Xa-
(1) Joan. Chrysost. de laud. Div. Paul. q. 23. abob

Xavier: su corazón, es la imagen de un fuego, cuyas sensibles llamas se extienden y comunican. Al parecer suspendia el curso de sus expediciones para entregarse á unas piadosas insinuaciones que imprimian en los pueblos el respeto á la Divinidad, por la que tanto amor mostraba. ¡De que gusto le servia hablar de Dios, y oír á los demás quando hablaban de él! ¡Quan eloquente era su zelo quando pintaba el vivo interés que le animaba por la causa de Jesu-Christo, y le hacia decir: *Si, mejor quisiera morir que ver ultrajar por los impios á Jesu-Christo, á no tener el consuelo de haberme concedido la gracia, ó de advertirles su yerro, ó de reparar sus ultrajes!* ¡Que no hubiera podido dar á su Dios sufrimientos por sufrimientos, sangre por sangre y vida por vida! El que no sabe ser mártir, decia él, no es digno de ser apóstol. Mi mayor suplicio consiste en que los hombres mas crueles dexen de serlo para mí. ¡Ah! Yo veo que me honran donde no quisiera encontrar mas que cadahalsos en que morir.

Quando se ama á Dios de este modo, es preciso que se ame tambien á sus semejantes. Bien pueden estar seguros todos los mortales, de qualquier parage y religion que sean, de que tienen parte en el misericordioso corazón de Xavier. Vosotros, á quienes affige la naturaleza, vosotros á quienes la miseria oprime, y á quienes tienen abatidos las enfermedades: vosotros sois los privilegiados objetos de su tierna solícitud: á vuestras necesidades es á quienes cede todos los recursos que la Europa

le proporcionó en Asia para sí mismo. Vosotros sois los que heridos por el hierro enemigo en los horrores de la guerra, y llevando á vuestra patria mil cicatrices y el aspecto solo de unos cuérpos animados, hallareis en *Xavier* una caridad industriosa para proporcionaros los socorros que no os permite buscar vuestra deplorable situacion. Y á vosotros, tristes cautivos, ¿quantas veces os ha enjugado las lágrimas, dulcificado las cadenas y abreviado vuestro rescate, ó santificado vuestros suplicios? Si, si él obra milagros por la propagacion de la fé, no son menos con los que se distingue por el alivio de los pobres. Movido el Oriente á vista de unos exemplos tan prodigiosos, le dió con igual veneracion el título de señor de los elementos y taumaturgo de los desgraciados. Los hombres bienhechores parece que son los Dioses de la tierra.

A todo me resisto excepto á la caridad. *Omnibus resisto, sola charitate excepta* (1). Estas son las palabras que San Chrisóstomo puso en boca de San Pablo. ¿Están acaso imprópiamente colocadas en la fe de *Xavier*? Puede decirse, que no es este bienaventurado el que obra con caridad, sino que, semejante á San Pablo, llega él á ser la caridad misma. *Charitate succensus, totus factus est charitas* (2). ¿Qual fué aquel fervor que le transportó é hizo, digámoslo así, que voluntariamente se

(1) *Joann. Chrysost. de laud. Div. Paul.*

(2) *Idem, ibid.*

arrojase en medio de un horrible precipicio, donde casi debia prometerse una muerte inevitable? ¡Ah! El hacia esto por salvar á un desgraciado que iba á perecer en la culpa, y se hallaba en aquel punto sin socorro. En vano queria suspender la rapidez de sus pasos una tímida reflexion; porque no escuchaba mas que la voz de su corazon, el qual no advertia el peligro: solo consideraba al desgraciado que le llamaba en su socorro. Su caridad allanaba todos los obstáculos. Extendia siempre su misericordiosa mano á la triste víctima que le hacia escuchar su voz. La arrancaba de los brazos de la muerte y del infierno, dexando á la providencia el cuidado de sí mismo. Pero esta velaba sobre la conservacion de su vida. Hasta el cielo parece que la respetaba, como se vió con especialidad quando fijado en los asilos de la caridad recogió en ellos los envenenados suspiros de un pueblo moribundo y herido con el mas terrible azote.

En aquellos horrorosos lugares, testigos de toda clase de trabajos y miserias, puso *Xavier* su vista sobre la persona de un nuevo pródigo, triste juguete de una inconstante fortuna, y víctima moribunda de un pérdida libertinage. Arrojado y abandonado en un tenebroso lugar, suftia y se veía perecer sin remedio: insensible la humanidad á sus males, justamente merecidos, le dexaba sin la esperanza del consuelo que pedia y de un director que deseaba. Desfallecida ya la naturaleza, le daba á entender su próximo instante. Viéndose tan abatido y gimiendo continuamente, no tenia mas

remedio que morir. En efecto que sentimientos se apoderaron del corazón de nuestro Santo á vista del espectáculo que le presentaba esta muerte? Lo cierto es, que aquella caridad, santamente indignada, le hizo superior á sí mismo. Acercábase á aquel miserable, y al contemplarle se movía á compasión y llenaba de ternura. El pestilente hedor que exhalaba aquel vivo cadáver acrecentaba su ardor en lugar de extinguirle. Procuraba sacarle, á pesar de su repugnancia, de aquella triste situación en que le veía perécer. Dividía con él un lecho que causaba admiración por juntar en sí tantos vicios y tantas virtudes. Exhortaba á la muerte á aquel que tanto había abusado de la vida: le consolaba y hacia nacer en su corazón sentimientos de compunción y de arrepentimiento. El pestilencial aliento que despedía no era bastante para entibiar su zelo: antes que le dexase morir, le hizo venir á penitencia: espiró, en fin, en sus brazos aquel dichoso cristiano, lleno de respeto y reconocimiento por nuestro Santo. ¡Ah! señálenseme rasgos mas heroycos de caridad que estos: de lo contrario confesaré, que él es el Héroe de la caridad.

Charitate succensus, totus factus est caritas.
Del mismo modo que de la caridad, fué tambien el héroe de la penitencia. En uno mismo me parece que descubro dos hombres distintos. Yo no creo de ninguna manera, que el espíritu pueda conciliarse estas ideas tan opuestas: quiero decir, un hombre que con mas velocidad que un rayo corré desde un polo á otro: un hombre que está consumido por una

una infinidad de fatigas, siempre nuevas, que le aniquilan: un hombre que nunca dexó de ser ingenioso tirano de sí mismo, é inocente víctima de una mortificación voluntaria: un hombre que manifiesta á las naciones idolátras la viva imagen de Pacomio, de Arsenio y de Bernardo, cuyas santas austeridades les anuncia: este hombre, pues, no me parece que puede ser otro que Pablo: Pablo digo, que despues de haber sido su cuerpo reducido á esclavitud, tenia el prudente temor de reprobarse á sí mismo aun despues de haber predicado á los demas. Por todas partes era su fiel é inseparable compañera la penitencia: jamas interrumpieron su curso las inmensas ocupaciones que tenia. Los sucesos y los contratiempos que experimentaba le servian de otros tantos motivos para aumentar sus rigores. El que es apóstol de un Dios penitente, manifiesta en su conducta una exacta semejanza. Pero ¿que es lo que digo? ¿acaso la penitencia de Xavier no fué hasta él desconocida? Díganlo sino aquellas estrechas cadenas de que, como de un artificio singular, se valia para corregir las gracias de una ligereza natural, á quien él tenia por delito. Dígalo tambien aquella incomparable accion; quiero decir, el no haber penetrado jamas aquella espesura sombria de la selva en donde se lisongeaba haberse ocultado, sino hubiera su fervor burládose de su modestia, é inutilizado sus precauciones. Este exemplo único de penitencia es bien conocido y celebrado en los fastos de la Religion. En ellos leemos que un militar vuelto en sí mismo des-

pues

pues de los extravíos de una juventud disipada, habia hecho á *Xavier* en el tribunal de la penitencia una humilde confesion de sus culpas. Creyó desde luego encontrar en él un ministro justamente severo; pero se sorprendió al ver sus prevenciones, su moderacion y su dulzura. Sí, christianos, en efecto se sorprendió; pero luego dexó de maravillarse de esto. Siguióle sus pasos por las sendas espesas y sombrías de un bosque solitario, y se quedó admirado, con muy diverso motivo que antes, al verle exercer sobre sí mismo la penitencia de que su zelo creía debia exonerar, por lo sumamente rigurosa, tanto á la edad, como á las llagas y al fervor de un guerrero, que siendo sincero christiano, sinceramente se habia convertido.

La penitencia de *Xavier*, es un presagio nada equivoco de su humildad, desinterés y obediencia. ¡Que rasgos tan admirables caracterizan á la profunda, ó, por mejor decir, á la extrema humildad de este Santo? Llega á las Indias lleno de los privilegios con que la corte Romana juzgó debia adornar el ministerio que le confiaba, y superior á estas gloriosas señales de distincion, se impuso la severa obligacion de someter á la autoridad del obispo de Goa los derechos y prerrogativas que le dispensaban la qualidad de Legado apostólico. Los Santos nunca abusan de sus facultades; pero tampoco se aprovechan de ellas. Respetado en la corte de los reyes de Oriente, de quienes era el consejo y la guia, y colmado de gloria, se abatia al acordarse de su nada. Sus

Sus sucesos, al parecer, no eran obra suya: eran triunfos de la gracia. Vencedor hasta de los mismos soberanos, léjos de complacerse con estas victorias, no tenia mayor gusto que quando á vista del santuario se olvidaba de sus trofeos. Si algunas veces daba lugar á esta lisongera recordacion, era por ofrecer á Jesu-Christo las coronas de los monarcas á quienes habia hecho militar baxo los estandartes de la Cruz. *Xavier*, aquel Santo tan grande, aquel oráculo del Asia, escribia en Europa que su único mérito consistia en *conocerse á sí mismo, y advertir que era inútil para todas las cosas*. Sus pecados, decia, le hacian indigno del ministerio evangélico que exercia: pedia que intercediesen por él, al paso que el cielo le sujetaba por otra parte reynos enteros. Sin embargo de que era el suyo el ingenio mas vasto y delicado, nunca se atrevió á confesar que tenia algo de talento. ¡O mortales, exclama S. Juan Chrisóstomo, ved y admirad en San Pablo el menosprecio de la gloria humana y el triunfo de la christiana modestia. *Cernis in ipso vana gloria contemptum modestiamque et miraris* (1). El mismo testimonio hubiera dado Chrisóstomo de *Xavier*. Este fué un hombre, que tanto en sus virtudes como en sus trabajos, siempre imitó á San Pablo.

¿Quien habrá que desmienta esta proposicion por lo que hace al desinterés? ¿Sereis acaso vosotros, que le habeis observado constantemente fiel en el camino de la pobreza evan-

(1) Joan. Chrisost. de laud. Div. Paul.

gética, y generosísimo para despreciar una brillante fortuna, maxime quando para obtenerla no tenía mas que desearla? Con que sentimientos tan nobles se excusó á admitir los beneficios con que se empeñaba en colmarle el rey de Portugal, y los ricos tesoros con que le querían engrosar los monarcas del Japon! En sus infinitos viages, siempre fué su única riqueza la limosna, su recurso la confianza, y su seguridad la amistad de los pueblos. Simple y modesto, queria, valiéndose de estos medios de simplicidad y modestia, reprimir el luxo asiático, cuyo orgullo habia ido á abatir. Era menester sorprehender su vigilancia para remediar los piadosos excesos de su pobreza.

El Santo mas humilde y desinteresado, precisamente habia de ser el mas obediente y sumiso á Dios. Concurriendo en él estas apreciables virtudes, consultaba al Señor todas sus empresas: La voluntad de Dios es su ley. En la tempestuosa carrera de su ministerio, conservaba siempre nuestro Santo la tranquilidad de su alma, porque en sus fervorosas oraciones sujetaba á las órdenes de la Providencia sus proyectos, sus deseos y sus sucesos. En medio de los peligros que le presentaba el cielo sobre una mar borrascosa donde se percibian como desencaxados los vientos, entre los cuales resonaban los formidables truenos de la tempestad, se puso enteramente en las manos de Dios para que aquel divino Señor tomase á su cargo la conservacion de su vida, y la estabilidad de su obra. Los apóstoles, decia

cia él, establecieron la Religión á pesar del mundo; pues á despecho de éste es menester tambien oír á aquella y perpetuarla. Dios me lo encarga así por boca de la Iglesia, con que precisamente tengo que obedecer. En efecto, obedeció, y salió triunfante. Pero que disponga el Señor lo contrario, y renunciará su ministerio. En este caso no acabará la obra que comenzó. Solo al oír la voz de Ignacio, su superior y su padre, no era ya Xavier nada absolutamente. Hable aquel, y se verá que este como hijo fiel y sumiso (1), vuelve á Europa y se emplea en los mas viles ejercicios de su Compañía. Así lo escribia y publicaba nuestro Santo. Haganse pruebas con él y se verá como todo lo executa. Hable Ignacio, y se conocerá que Xavier sabe sacrificar en su obsequio sus trabajos, sus esperanzas y los intereses de la fé y de la Iglesia. Hable digo aquel, y mostrará éste, baxo de su obediencia, lo mucho mejor que sabe respetar la autoridad agena que exercer la suya propia.

Yo no tendré por mérito en el Héroe de la humildad, del desinterés y de la obediencia, el haber conservado hasta el último instante de su vida, la preciosa y delicada virtud de la pureza, tan rara entre las naciones idólatras, tan respetable en un christiano y tan necesaria en un apóstol; pero no puedo menos de dar á entender el grandísimo amor que tuvo á esta virtud, respecto de que supo triunfar en un sueño del infierno y de sus astucias

(1) Lib. 4. Epistola 6. de S. Francisco Xavier. (1)

cias por medio de las agitaciones mas vivas, de los mas violentos combates, y por la sangre que vertió para libertarse de semejante impulso. Desde luego confieso que esta victoria fué involuntaria, pero tampoco dexa de probar que es propia de un Santo, y de un Santo como Héroe. Solo el indicio mas leve del vicio, le horrorizaba: y si esto es así, como en efecto lo es, ¿como era posible que se dexase seducir por los detestables encantos del vicio mismo? Quando uno se estremece solamente con la idea, está muy distante de ceder á la realidad.

Todas estas virtudes estaban coronadas en *Xavier* con las de la paciencia y la dulzura, que eran las mas esenciales á su ministerio. ¿Quereis saber de quanto sirve para sujetar al yugo de la fé á las naciones idólatras la paciencia en los peligros y la dulce amenidad en las costumbres? Pues preguntad á San Juan Chrisóstomo y os dirá, que escuchéis y reconocais á San Pablo. *Paulum audi, et vide* (1). Escuchad y ved á *Xavier*, puedo yo decir tambien. Todo el Oriente está lleno de sus beneficios, y á pesar de ellos encuentra por todas partes lazos, peligros y enemigos que le rodean: lazos, porque la política, el interes y la venganza se arman de concierto contra la Religion de quien es el apóstol: peligros, porque el cielo hace sufrir á los Santos antes de recompensarles; y enemigos, porque tenia virtudes y conseguia sucesos. Pero sin embargo de

(1) *Joann. Chrysostr. de laud. Div. Paul.*

de todos estos ultrajes, calumnias y persecuciones siempre era el mismo. Como en medio de las tempestades nunca dexaba de estar tranquilo, confundia su paciencia á los enemigos, logrando que fuesen sus admiradores y sus discipulos. ¿Qual era su conducta aun con aquellos mismos? ¿Qual su dulzura? Bien lo sabes tú ingrato gobernador de Comorino: en el mismo tiempo en que intentabas fuese *Xavier* tu víctima, hallaste en él un amigo y un libertador.... *volver bien por mal, es vengarse de una manera divina*. Tal era la máxima de nuestro Santo y su conducta. Mas entendimientos instruyó, y mas corazones cautivó con los encantos de su insinuativa dulzura, que con la fuerza de su victoriosa eloqüencia.

Un hombre semejante, pues, concluía el panegirista de San Pablo, ha unido en sí el mérito y el ornamento de todas las virtudes. *Homo unus omnia virtutum ornamenta in se colligit* (1).

Ademas de que, por el poderoso atractivo de todas las virtudes habia él únicamente conseguido ser admirado de todos aquellos bárbaros idólatras, y atraídoles á todos á la luz de la verdad. *Solus inter barbaros, solus inter gentiles, mirandus universis, universos ad veritatem traduxit* (2). Si, señores, *Xavier* se presentó en las Indias y en el Japon como una pintura animada de la christiana Religion, cuya excelencia y divinidad anunciaba. Su modo

(1) *Joann. Chrysostr. de laud. Div. Paul.*

(2) *Joann. Chrysostr. de laud. Div. Paul.*

do de obrar, hizo patente á los infieles la sabiduría y la pureza del Evangelio, cuyas sublimes máximas les explicaba inculcándoles al propio tiempo sus santos consejos. Ved al lo que les chocó, movió, persuadió, convenció, edificó y convirtió.

Llevemos á los propios parages á aquellos hombres célebres de su siglo, en quienes la Europa tenía puestas sus miras: trasladémos allí entre los pontífices que gobernaban á la Iglesia á un Leon X. y á un Clemente VII. Entre los monarcas que daban leyes al Mundo á un Carlos V. y á un Francisco I. Y entre los heresiarcas que pretendian reformar al mundo á un Lutero y á un Calvino. ¿Acaso hubieran tenido en aquellos parages todos estos papas, reyes y novadores los mismos sucesos que *Xavier*? Si hubieran llevado al nuevo mundo sus virtudes, no hay duda que hubieran podido conseguir en él iguales triunfos: mas encargados de predicar la Religion á aquellos pueblos infieles, y manifestando en ellos su conducta una no pequeña parte de los vicios que condena la propia Religion; sin duda hubieran impedido mas bien que asegurado la propagacion del Evangelio. Leon X. era demasiado pronto en sus venganzas; Clemente VII. muy sensible á sus contratiempos; Carlos V. sumamente codicioso de conquistas; Francisco I. amigo en extremo de sus placeres; Lutero muy colérico en sus arrebatos; Calvino sumamente interesado en sus cosas, y por lo mismo hubieran parecido todos estos hombres como otros tantos contrarios de la moderacion, de

de la constancia, de la humildad, de la penitencia, de la dulzura y del desinterés, cuya práctica hubieran querido exigir. Los pontífices hubieran descargado sobre aquellos infelices sus excomuniones; los monarcas les hubieran intimidado con sus exércitos y armadas; los heresiarcas sorprendido con su aparente reforma: y en este caso hubieran desechado los idólatras esta monstruosa contradiccion de los documentos y acciones, y hubieran permanecido sepultados en las tinieblas del error.

Pero en *Xavier*, observan, estudian y admiran un Apóstol y un Santo; un Santo que practica lo que enseña, un hombre zeloso que predica el zelo; un hombre prudente que predica la prudencia; un hombre caritativo que predica la caridad; un hombre penitente que predica la penitencia; un hombre humilde que predica la humildad; un hombre desinteresado que predica el desinterés; sumiso que predica la sumision; obediente que predica la obediencia; casto que predica la castidad; sufrido que predica la paciencia; y, en fin, un hombre dulce que predica la dulzura. Las virtudes que en él se advierten, acreditan, confirman y hacen respetable, del mismo modo que á él, á la Religion que anuncia; perfeccionando el inimitable ascenso de sus exemplos, las conversiones que la autoridad de su ministerio habia empezado. *Mirandus universis, universos ad veritatem traduxit.*

Una santidad que reunia en si todos los caracteres de una santidad perfecta, ¿como era posible que no atrajese sobre *Xavier* y su apos-

tolado, tanto los homenages de la tierra, como las bendiciones del cielo? A la verdad que ella era una santidad universal, en lo que consistia su mérito; y una santidad auténtica, que fué la causa de su gloria. Yo os la he hecho ver en toda su extension, ¿quien podrá ignorar su brillantez?

No, decia aun San Juan Chrisóstomo, los señores del Mundo y los césares, no han recibido jamas tantos honores como recibe el héroe de la Religion San Pablo. *Nullus unquam extitit imperator, qui tanto honore potitus sit* (1). Teniendo Xavier las propias virtudes, ¿no hubiera podido conseguir los mismos honores? El cielo, el infierno y la tierra, ofrecen igualmente en todos los tiempos homenages á su santidad. El oriente fué el teatro de sus trabajos: el Universo lo es de su reputacion.

No siempre es esta un seguro garante del mérito, ni Dios quiere que un brillo equivoco me haga decidir imprudentemente á favor de toda santidad. Muchas veces tiene aquel resplandor visos de realidad sin serlo verdaderamente. No son pocas tambien las que el vicio se adorna con apariencias de piedad para sorprehender la estimacion de los hombres, y acreditarse. La credulidad de los pueblos no siempre penetra esta máscara de la impostura. Suelen ofrecer sus respetos á aquel que, si bien se mirára, excitaria su indignacion. La exterioridad de la conducta, oculta algunas veces los sentimientos del corazon, y el hombre

(1) *Joann. Chrysost. de laud. Div. Paul.*

bre menos virtuoso, disfruta de quanta gloria pertenece á la virtud. Mas esto no puede permanecer: el triunfo de la impostura solo es pasajero y momentaneo: insensiblemente se la van borrando los agenos colores de que se sirve: desde aquel mismo instante dexa ya de chocar la pintura infiel. El hombre parece lo que es, despues de haber representado lo que no era: le eclipsa su gloria; cae su reputacion, y no le queda otra cosa que la confusion misma.

Mas la santidad sostenida con buenos ciemientos es invariable. Superior á todas las pruebas que se la quieran hacer, triunfa hasta de los mas delicados exámenes. Desarma la malignidad de la censura. Confunde el furor de la embidia, y cautiva todas las atenciones, fixándolas sobre si, como que siempre es igualmente digna. Tu eres, ó gran Dios, quien la justificas á vista de las naciones por las maravillas con que coronas su ministerio. La haces depositaria de tus gracias, la comunicas todo tu poder, y por un testimonio tanto mas glorioso, quanto es menos de sospechar, obligas al silencio ó al respeto á la incredulidad.

El nombre de Xavier, señores, os seria enteramente desconocido, si con estas ideas generales no hubierais concebido la que particularmente se debe formar de su reputacion, de su gloria y de su poder. Jamás puede que ningun santo se haya presentado en el teatro del mundo con mas brillantez. Carlos V. en España, Francisco I. en Francia, Juan III. en Portugal, y Henrique VIII. en Inglaterra, eran

eran menos honrados y respetados que nuestro Santo en las Indias, en el Japon, en todo el Oriente y en toda la Iglesia. *Nullus imperator, qui tanto honore potitus sit.*

En efecto, ¿que es lo que viene á ser *Xavier*? Si pregunto á los diversos pueblos que instruyó, dirigió, gobernó y edificó, me responderán, que es un hombre en quien no parece hallarse ninguna flaqueza; un hombre que junta á los mayores talentos todas las virtudes, no pudiéndose concebir como bastaba él solo para todos los trabajos, como allanaba todos los obstáculos, y como se hacia superior á todos los peligros; un hombre cuyo apostolado era diario y continuo, y que si reflexionamos el tiempo que consagraba á sus profundas meditaciones, nos veremos precisados á creer, que era mas bien un contemplativo que un apóstol, y que si era el propagador de su Religión por su zelo, era también el ornamento de ella por su santidad.

Si pregunto á los Bracmanes y á los Bonces, confesarán claramente, que se han admirado tanto de los exemplos que les dió, quanto de la erudicion que en él advirtieron. Declararán asimismo, que á sus persecuciones tanto secretas como públicas, opuso constantemente la paciencia, el perdón y los beneficios, y que dexaron de ser enemigos de su Religión al considerar solamente las heroicas virtudes que ella le hacia practicar.

Si pregunto á los príncipes y á los reyes del Asia, me diran, que en su corte, se conduxo del mismo modo que á presencia de los demas pue-

pueblos; quiero decir, sabio dispensador de la doctrina evangélica, é imágen del mismo Evangelio, cuya dulzura y santidad les hacia ver. Asegurarán, que admirados de tantas virtudes, se impusieron la obligacion de ser sus panegiristas y defensores: expondrán, que vieron á sus vasallos, que despues de haber observado cuidadosamente sus acciones, pretendieron, antes de abjurar la idolatría, que se le colocase al igual de sus Dioses, porque se habian creído reconocer en él las augustas señales de la divinidad; pero que sin embargo, les condenó siempre con una santa indignacion sus altares, sus inciensos y su culto, hallando mayor complacencia en conquistarles para la fé que en recibir sus adoraciones.

Xavier, pues, es un hombre poderoso en obras y palabras, órgano del Espiritu Santo, angel de la Iglesia, columna de la Religión, espectáculo del Oriente, y maravilla de su siglo: parecia que en su persona se advertia la de San Pablo mismo, y que renovaban en las Indias y en el Japon, quantos prodigios obró este grande Apóstol en otro tiempo, tanto en Epheso, como en Icona, Antiochia, Corinto y Roma. Tales son los excelentes elogios que hacen de nuestro Héroe todos los que fueron testigos de su ministerio. Elogios á que se hizo acreedor en Asia, confesándoles por tales la Europa y comprobádoles la Iglesia con su autenticidad.

Si este juicio honroso, y estos votos unánimes á su favor, no se fundáran mas que en la estimacion y en la arbitraria opinion de los

hombres, tal vez se encontrarían algunos que no los creyesen. La incredulidad siempre se deleyta en degradar la gloria de los Santos. Pero nuestro Francisco, es un testimonio tan decisivo, que no es posible le contradiga la razón humana. Sus milagros son tan admirables, útiles, probables y subsistentes, que manifiestan bien patentemente la obra de Dios, y la defensa de la Religión y de sus Santos. Estos milagros, pues, eran muy necesarios á su misión. La fé se debía establecer en el Oriente por medio de los prodigios, al modo que fué establecida en toda la tierra quando empezó á nacer el Christianismo. Para demostrar que su Religión era la del verdadero Dios, se hacia preciso que este manifestase en él su misericordia, su justicia y su poder. Si *Xavier* no hubiera hecho tantos milagros, tampoco hubiera logrado tantos sucesos.

No haya miedo que se os pregunte, espíritus mundanos, si desechais como dudosas las maravillas con que fué favorecido su ministerio. Vuestra vana y altiva sabiduría podría negarse á la voz de la evidencia: pero se os dirá con San Agustín, que si un mundo idólatra llegara á hacerse christiano sin el socorro de los prodigios, sería este sin duda el mayor de todos los que se obrasen (1).

Apoyado con esta decision de S. Agustín, no me detendré ya, pretendidos espíritus fuertes, en decir que *Xavier* es un Profeta, un Taumaturgo, un Moyses por sus éxtasis y vi-

(1) *Aug. de vera Relig.*

siones, un Isaías que penetra las obscuras sombras de lo futuro y los mas recónditos secretos de los corazones, y un Eliséo que exerce un absoluto dominio sobre toda la naturaleza. Solo la imposibilidad de hacer en toda su extension este precioso tejido de maravillas, me detiene y suspende mis ideas. Todos los pasos, y todas las acciones de nuestro Santo llevan consigo el sello de aquel poder que solo concede Dios á los hombres á quienes encarga la suerte de su Religión.

El ministro escogido por el cielo para establecer esta Religión divina, como dice San Juan, es Pablo. Este, segun San Chrisóstomo, desbarata las tempestades. *Tempestatem impedit*. Hace andar á los coxos. *Claudum sanat*. Por él recobran los ciegos su vista. *Cecos illuminat*. Hablan los mudos *Loquentes mutos introducit*. A su vista se disipan las tempestades. *Mala pellit*. Resucitan los muertos. *Mortuos suscitatur*. En una infinidad de lugares, existen aun una multitud de monumentos y milagros diversos con que se distinguió su misión, honró su ministerio y se aseguró el triunfo del Evangelio. *Multa multis in locis miraculorum ab ipso factorum extant monumenta* (1).

Iguales maravillas que aquellas acompañan á su ministerio y predicacion, tan semejantes con la de San Pablo. Se puede tener como por milagro, dicen los historiadores menos crédulos, el tiempo en que *Xavier* no obra ninguno. En las Indias, el Japon y todo el Oriente re-

(1) *Joan. Chrysost. de laud. Div. Paul.*

suenan todavía sus predicciones, otro tanto mas admirables, en quanto con mas exâcitud se han visto verificadas. *Exstant monumenta.*

Siempre se acordará Malaca de la desgraciada suerte con que la amenazó. Aquel pueblo habia decaido de su primitivo fervor: llegaron á dominarle los antiguos vicios, y las cenizas de la impiedad habian vuelto á nacer, y reynaban en él con una desenfrenada libertad. Nuestro Héroe, pues, echó en medio de sus Evangélicas expediciones una terrible mirada sobre aquel pueblo prevaricador: suspiraba y gemia al modo que lo hacia Jesu-Christo quando lloraba las desgracias de Jerusalem. ¡O ciudad desgraciada, exclamaba nuestro Santo! ¡como te entregas á todos los vicios y excesos con una seguridad fatal, como si fueras otra nueva Jerusalem! ¡Ah! tiembla, tiembla, pues que se disipará bien pronto esa presuntuosa é impía seguridad. Al decir esto ya estaba aquella desgraciada ciudad expuesta á las desdichas de un contagio sutil al fuego de una sangrienta guerra, y á otros mil contratiempos que vaticinaban su ruina. En medio de aquella carnicería en que se habia empeñado Malaca, reconoció que era justo castigo de un Dios terrible y vengador, que no suspende el golpe de su mano sobre los delinquentes, sino para descargarle con mas rigor, confundir á sus enemigos y justificar el vaticinio de *Xavier*. He aquí el Profeta.

Otros diversos acontecimientos le hacen acreedor del mismo título. La prediccion de una victoria quando todo hacia perder la espe-

peranza de conseguirla; y el anuncio de una revolucion en ocasion que todo prometia la paz mas constante, desempeñaron á su palabra, é hicieron respetar al Dios que predicaba.

Todo el nuevo mundo era el objeto y el testimonio de su poder. Tomad el mapa en la mano, y vereis al reconocerle como presenta cada lugar á vuestra vista alguna singular é interesante señal de lo que digo. Entre ellos encontrareis aquel en que atrajo á la viva fé de un padre desconsolado á una hija única que acababa de arrebatarse la muerte á su ternura en la edad mas temprana. *Mortuos suscitât.* Veréis tambien aquella isla tan célebre por la milagrosa cruz, que hizo se siguiese en ella repentinamente una preciosa abundancia á la mas miserable esterilidad. En el mapa percibo asimismo aquel dificultoso camino que emprehendió sobre una débil embarcacioncilla, desde donde provocaba, digámoslo así, al furor de las olas, apaciguaba la tempestad, atraía la calma y mandaba á la mar misma. *Tempestatem impedit.* Allí se ofrece á vista de los pueblos aquel nuevo templo erigido á Jesu-Christo, en donde arrebatado en éxtasis parecia que gozaba de un cielo anticipado. Los cojos caminaban por su propio pie para demostrar á la idolatría su inesperada curacion. *Claudum sanat.* Los ciegos reconocian la mano bienhechora que acababa de abrir sus ojos á la luz, confundiendo la obstinacion y pertinacia de los que no les querian creer. *Cæcos illuminat.* Hablaban los mudos y publicaban su recono-

cimiento, diciendo que no habia otro Dios que el de *Xavier*. *Loquentes mutos introducitur*. Díganse todos los males y desgracias que remedió, y enumeraré yo tambien todos los beneficios que dispensó. *Mala pellit*. Id incrédulos, id si no haceis caso de mis expresiones á todos los parages del Asia en donde se exercitó su zelo, y encontraréis en ellos monumentos siempre permanentes que comprueban el poder de Dios y el de su ministro. *Multa multis in locis miraculorum ab ipso factorum existant monumenta*.

Este poder sostenido por la santidad de sus obras, fué quien le concilió, y le hizo acreedor á la confianza de los pueblos, á la proteccion de los reyes y al respeto y estimacion de los mismos infieles. Este poder juntó con la brillantez de sus virtudes, fué quien hizo respetable á su Religion hasta en aquellos hombres que mas bien se interesaban en combatirla. Apenas dexó en el Asia nuestro Santo, no digo yo idólatras y Mahometanos, sino aun hereges, á quienes no precisase á hacerlo. Sí, oyentes míos, los hereges se vieron obligados á engrandecer su sólida reputacion. Envidiaban su Religion y confesaban las maravillosas señales que daba por todas partes de ella y de sí mismo. ¡O gran Dios! ¡que cosa tan admirable es ver celebrada la gloria de uno de vuestros mas santos ministros por vuestros mayores enemigos! ¡Quan glorioso es para él este homenaje! ¡Quan glorioso para su Religion! El tener por apologistas á un Baldeus, á un Hakvit y á un Tavernier, cuyas obras admi-
ra-

ramos, al mismo paso que detestamos sus errores, es tal vez un privilegio mas honroso para *Xavier* y su Religion, que el de haber formado santos y mártires en el nuevo mundo, y conservar todavia discipulos en él.

Su santidad, pues, es una santidad auténtica, además de ser una santidad constante. Despues de haber admirado en ella su brillantez, es menester determinar tambien su permanencia y duracion.

Las últimas expediciones, son por lo regular para los héroes la época decisiva que las coloca en el templo de la gloria, ó les aleja de ella para siempre. Hubo algunos, cuyos sucesos siguieron siempre la gloriosa senda por donde parece que habian corrido mas bien á la victoria que al combate. Sin embargo, se quedaron á la mitad de su carrera; porque creyeron falsamente haber adquirido con justicia el distinguido honor de descansar á la sombra de sus laureles; pero su reputacion no estaba todavia bastante bien establecida para que ninguna otra cosa pudiese obscurecer su resplandor. Su mismo retiro es causa de que caiga sobre ellos una sospecha de inconstancia y de debilidad, dexando el mundo de confesarles por héroes desde el mismo instante en que ellos dexaron de parecerlo.

¡O mundo injusto! Muchas veces te engañas en la idea que formas de esos hombres útiles que merecen tu reconocimiento, sin embargo de que no te defienden.

No sucede así con el héroe christiano. Toda su vida debe ser un continuado combate: siem-

siempre tiene que aspirar al mérito de una perfeccion mas sublime: su virtud no puede dexar de exercitarse continuamente con nuevas esperiencias por medio de nuevos sacrificios. En un Apóstol debe siempre de sostenerse con mas brillantez: el triunfo de las virtudes no es perfecto en él, sino mientras le dura la constancia: esta es la prueba del heroísmo christiano.

El de nuestro Santo, pues, no resplandece menos en sus últimos deseos que en sus primeros proyectos. Siguiendo siempre con fidelidad los pasos de San Pablo, puede decir como este Apóstol, que honró santamente su ministerio por la verdad de sus trabajos, por la continuacion de sus sufrimientos, terminando asimismo gloriosamente la penosa carrera en que Dios le habia puesto. *Cursum consumavit* (1). Animado de un zelo inagotable, cuenta tantos triunfos como fueron los dias que vivió. Toda la Europa vió la aurora de este nuevo astro. Su primera y reciente luz se llegó á poner sobre la Francia, Italia y Portugal. Ella esparció el dia mas claro en las Indias, en el Japon y en toda el Asia, y ¿quien ha visto el fin de su horizonte? Decidlo vosotros, mares dilatados, ciudades innumerables, provincias y reynos por donde ha peregrinado. ¿En que ocasion se ha manifestado distinto de lo que era? Vosotros le habeis visto coronado por la gloria, y en medio de los ídolos hechos ceniza, llevado por encima de los

(1) II. Ad Thim. 4. v. 7.

despojos de sus templos como si fuera sobre un carro triunfal; pero ¿acaso se ha olvidado de su virtud en los dias de la mayor complacencia de su gloria? ¿Acaso no se ha mantenido siempre el mismo? En efecto, ¡quan heroyca es la santidad de un Apóstol que, estando siempre persuadido de que solo es un vil instrumento de que se vale el Eterno Padre para manifestar su poder, exclama en los mayores accesos de su fervor: esto, Señor, es ya llenarme con exceso de vuestras gracias y beneficio! Moderad, moderad vuestros consuelos y favores. Esto es recompensar de un modo extremadamente magnífico un zelo imperfecto. *Satis est, Domine, satis est* (1). ¡Quan heroyca es la santidad de un Apóstol que, animado del deseo de ganar para Jesu-Christo á todo el universo, escribe por la Europa solicitando á otros como él para que vengan á aumentar sus piadosas empresas! En efecto, así lo hizo, y sus cartas patentizan eloqüentemente lo que era su corazon.

Leedlas, pues, todos los que os preciais de ser christianos: en ellas advertiréis todo el fuego de su zelo, toda la elevacion de su ingenio y todo el heroísmo de sus sentimientos. Las cartas de *Xavier* son un precioso residuo de su espíritu, y en donde parece que todavia respira: en ellas se manifiesta su grande alma baxo aquellos ingeniosos y nobles rasgos que á nadie pertenecen mas que á él propio: expresiones simples y sublimes: imágenes fuertes y que al mismo tiempo mueven: reflexiones

(1) *In vit. S. Franc. Xaver.*

nes sólidas y luminosas : ideas muy extensas y atrevidas : mociones tiernas y piadosas : exhortaciones vivas y animadas ; y en una palabra , todo admira é interesa en ellas. Parece que se oye á la misma Religion que describe sus desgracias , da á entender sus sentimientos , descubre sus recursos , reclama sus derechos , resucita sus esperanzas , llama á sus zelosos defensores , dirige sus pasos , conduce sus empresas , prepara sus sucesos y anuncia sus triunfos. Nada quiere decir que estas cartas se reconozcan en diversas lenguas , porque en todas ellas se advierte siempre el mismo : Apóstol y Apóstol hasta en sus escritos , y por consiguien- te hasta su último aliento.

Por el mismo tiempo escribía tambien otro hombre tan ageno de *Xavier* en sus ideas , como opuestos en sus motivos. Este era Lutero. Lutero escribía para que se levantasen contra la verdad sus discípulos : *Xavier* para adquirir defensores á la fé. El primero intentaba que los potentados del Norte tomasen partido en su revolución : el segundo procuraba hacer sensibles á la causa de la Religion todos los monarcas del Mundo. El uno lisongeaba á los sabios con la esperanza de la independenciam : el otro les convidaba con las señales del martirio. Aquel se esforzaba para juntar víctimas á su furor : éste se apresuraba para formar imitadores de su zelo. Las cartas de Lutero demuestran bien claramente el implacable odio que tenia á la Iglesia : las de *Xavier* patentizan siempre el invariable respeto ácia ella. El Heresiarca solo estaba poseido de la detes-

table ambicion de perder , de disipar y de destruir á todos : el Apóstol no la tenia puesta en otra cosa que en la laudable mira de restablecerlos , edificarlos y conservarlos. Lutero es un Nabucodonosor que trastorna y abate el culto del Señor y de sus Santos , á quienes quisiera ver perecer con la fé y sus ministros : *Xavier* es un Josías que procura al culto todo su esplendor , á los altares su gloria , é intenta perpetuar mas allá de sí mismo los utilísimos frutos de sus triunfos.

Pero ¿que digo yo? Aun intentaba conseguir otros mayores , porque todo un mundo convertido todavia no le bastaba. En el plan que se habia formado pensó hacer mas de lo que hizo. Sujetados al yugo de la fé el imperio de la China y el de los Tártaros , se habia prometido volver á Europa por el Setentrion. Aquí , pues , intentaba exercitar su zelo , tanto en combatir el cisma en Inglaterra , quanto el Luteranismo en Alemania y el Calvinismo en Francia : reformando al mismo tiempo las costumbres , y restableciendo la disciplina antigua para reanimar el fervor.

Desde Europa pasaría á Africa y vengaría la muerte de San Luis con la destruccion del Mahometismo : desde Africa iria á buscar otros reynos á la Asia ; y ya á impulsos del ardor que le animaba dexó las Indias , y estuvo para tocar á las puertas de la China.

¡ Dichosos pueblos ! Ya llegó el favorable instante en que debéis aprender la única ciencia que ignorais. Vuestro precioso ingenio es susceptible de todos los conocimientos. En vo-

sotros mismos reunis todos los talentos. Os habeis instruido y exercitado en todos los secretos de la naturaleza, y habeis agotado todos los recursos del arte. ¡Ah! ¿Quanto mas digna es de vosotros la ciencia de Jesu-Christo y de la Religion? Bien podeis emplear en favor de la Religion christiana todas esas luces que os grangean la admiracion del Universo. Bien puede *Xavier*....

Pero ¡ó impenetrabilidad de los juicios divinos! No, no se ejecutarán estos nobles proyectos. Semejante á Moysés, verá la tierra de promision y no entrará en ella. ¡O Sanciano, término fatal de sus trabajos y de su vida! ¿Pues que? ¿No ha de respetar la muerte á un Apóstol y á un Héroe, cuyo poder ha experimentado tantas veces? ¡O triste dia el que disipa todas las esperanzas de la Religion! *Xavier* va á morir, y sin embargo le lleva toda su atencion la conversion de los Chinos. Los obstáculos que le ponian por delante la envidia, el interés y la venganza, parece que aumentaban el fuego de su zelo, y le daban una nueva actividad. Viéndose débil y abatido, echaba su triste vista sobre aquel desgraciado reyno en donde se reunian todos sus deseos. ¡Ah! ¡Quan gustoso sería para él arrancar á la tiranía del infierno el mas vasto imperio de la tierra! Pero no Señor, exclamaba él, vos no os dignaréis emplear un instrumento tan vil para una empresa tan grande.

A impulsos de su trémula mano se formaron unos preciosos caractéres, que, extendidos sobre el papel, iban á comunicar á Europa sus pro-

profundas miras, sus bien meditados proyectos, sus próximas esperanzas, sus heróycas resoluciones, sus postreros sentimientos y su última carta. Pero ya andaban al rededor de su aislado retiro las sombras de la muerte. ¡Ah! Aun todavía se abrió su vista casi extinguida para tributar lágrimas á la muerte en ocasion que funesta é imprevistamente iba á morir un desgraciado que se habia escapado á su zelo. Como si fuera un Profeta, anunció el terrible castigo de aquel ingrato y rebelde corazon. Con la cruz en la mano exhortaba siempre como apóstol á los demas á la piedada: haciéndolo tambien asimismo para resignarse. Toda su esperanza la tenia puesta en Dios. Así se lo repetía una y mil veces á este Señor. *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum* (1). Apoderóse de su espíritu una repentina alegría, y su alma, aquella alma tan grande y tan exemplar, rompió las cadenas de su muerte. Ya acabó *Xavier* con su vida.

Pero ¿que hemos de hacer? Su cuerpo incorruptible en el seno de la tierra anuncia desde luego que recibe en el cielo la justa recompensa de sus trabajos. El grato olor que exhalaba parecia que daba á entender la dichosa suerte de aquella alma que esparcia por todo el Oriente la fama de sus virtudes. Entregadas sus preciosas reliquias al impulso de las aguas, como que imperaban sobre los vientos y las tempestades. Transportadas desde Sanciano á Malaca, vinieron á ser allí un obgeto de ve-

(1) Ps. 30. v. 1.

neracion para los christianos, para los mahometanos y hasta para los idólatras mismos. Allí es donde produgeron milagros de terror con la desgraciada muerte de un gobernador impío; y milagros de beneficencia con haber cesado las mas peligrosas calamidades, y conseguido la paz en medio de la discordia.

¡O dichosa Goa! Tú eres la ciudad destinada para poseer siempre ese sagrado depósito como primer testigo de su apostolado en Asia. ¡De quanta complacencia me sirve considerar á tus ciudadanos santamente apresurados para recibir las venerables cenizas de su Apóstol y su padre, y reprehendiendo á las aguas por no haberlas, segun sus deseos, conducido mas brevemente, arrojarse á las espumosas olas para abreviar la llegada de su protector, que, aunque inanimado, siempre será digno de serlo! ¡Que demostraciones de alegría! ¡que honores! ¡que respeto! y tambien ¡que nuevo enlace de maravillas! Yo no sé lo que admire mas, si la justa veneracion que Goa manifestó á *Xavier*, ó los distinguidos beneficios con que este pagó á su piedad, y los nuevos derechos que se adquirió sobre su reconocimiento. La profunda veneracion de los pueblos da á entender la aprobacion de la Iglesia. Ellos invocaban en nuestro Santo el Angel tutelar de las Indias. El culto de sus imágenes se autorizó con el exemplo que dió de él el Obispo de Goa. Baxo su invocacion se consagraron muchos templos al Eterno Padre. Parecia que aquel precipitado fervor se justificaba por la continuacion de milagros que veía. Hasta los mis-

mismos enemigos de la fé llaman á *Xavier* el *bombre de los prodigios*, el *amigo del cielo* y el *dueño de la naturaleza* (1): le reverenciaban al mismo tiempo. Hasta en el centro del Mahometismo dedicó el rey de Travancor altares en honor de *Xavier*, á quien invocaba. El Japon imitaba á las Indias. Roma condescendió por fin á las miras del Oriente, y pronunció en su favor. Quando Paulo V. gobernaba la Silla Pontificia, recibió este Santo los primeros honores de la Iglesia. Gregorio XV. acabó la obra que habia empezado su predecesor; y el *Apóstol de las Indias*, que así se le tituló por un oráculo solemne, logró que todo el Universo se interesase por su gloria, admitiese su culto, publicase sus milagros, celebrase sus virtudes y honrase en él al sucesor de los Apóstoles, al fundador del Christianismo en el mundo nuevo, á un Héroe y á un Santo, cuyas eloqüentes cenizas predicán todavia el amor y el zelo de la Religion, y la adquieren defensores en todas las partes del Mundo. *Terra illuminata est à gloria ejus.*

En las regiones infieles siguen las huellas de *San Francisco Xavier* algunos apóstoles capaces de sucederle. Imitan sus deseos, renuevan sus trabajos y perpetúan sus sucesos. Hacen respetable á la Religion por su santidad, y consiguen que triunfen todavia de sus enemigos. Pero acaso entre los que me escuchan habrá muchos que miren su zelo con indiferencia, y siendo nada menos que unos tios

I 3

(1) Bouhous, Vida de Francisco Xavier. lib. 6. pág. 335.

bios admiradores de *Xavier*, no se interesarán en los progresos de la Religion, haciendose insensible á sus desgracias, y aumentando tal vez sus sentimientos por sus escándalos é incredulidad. ¡Ah! Si pudiera el exemplo de *Xavier* resucitar en vuestros corazones el amor á la Religion, os aprovechariais á lo menos de este modo de su apostolado, podriais aplicaros los frutos de él, y aun que no hiciéseis resplandecer todo el heroísmo de su grande alma, podriais solo con el deseo de imitarle aspirar á la recompensa de que él se hizo acreedor, y á vosotros os deseo.



PANEGÍRICO

DE SAN VICENTE DE PAULO,
Fundador de la Congregacion de la
Mision, y de los Fieles de la
Caridad:

PREDICADO

En la Iglesia de San Lázaro.

Inimicos ejus induam confusione. Lle-
naré de confusion á sus enemigos.
Ps. 131. v. 18.

Siempre tuvo la santidad sus enemigos; pe-
ro nunca dexó el cielo de sacarla triunfante.
En vano se empeña el vicio, el error y la im-
piedad en eclipsar la gloria de sus vencedores;
porque esta se dexa ver con mucho mas res-
plandor entre las espesas nubes con que teme-
rariamente procuran encubrirla sus enemigos.
Inimicos ejus induam confusione.

Yo no sé, hermanos míos, si la reflexion
que he hecho, habreis percibido la conexion
que tiene con el carácter de *San Vicente de*
Paulo

bios admiradores de *Xavier*, no se interesarán en los progresos de la Religion, haciendose insensible á sus desgracias, y aumentando tal vez sus sentimientos por sus escándalos é incredulidad. ¡Ah! Si pudiera el exemplo de *Xavier* resucitar en vuestros corazones el amor á la Religion, os aprovechariais á lo menos de este modo de su apostolado, podriais aplicaros los frutos de él, y aun que no hiciéseis resplandecer todo el heroísmo de su grande alma, podriais solo con el deseo de imitarle aspirar á la recompensa de que él se hizo acreedor, y á vosotros os deseo.



PANEGÍRICO

DE SAN VICENTE DE PAULO,
Fundador de la Congregacion de la
Mision, y de los Fieles de la
Caridad:

PREDICADO

En la Iglesia de San Lázaro.

Inimicos ejus induam confusione. Lle-
naré de confusion á sus enemigos.
Ps. 131. v. 18.

Siempre tuvo la santidad sus enemigos; pe-
ro nunca dexó el cielo de sacarla triunfante.
En vano se empeña el vicio, el error y la im-
piedad en eclipsar la gloria de sus vencedores;
porque esta se dexa ver con mucho mas res-
plandor entre las espesas nubes con que teme-
rariamente procuran encubrirla sus enemigos.
Inimicos ejus induam confusione.

Yo no sé, hermanos míos, si la reflexion
que he hecho, habreis percibido la conexion
que tiene con el carácter de *San Vicente de*
Paulo

Paulo. ¿Si me habré engañado en ella? Yo creo que encierra en sí, tanto las diferentes circunstancias de su vida, como el singular asunto de su elogio.

San Vicente de Paulo no es un Santo de aquellos que vieron á la Iglesia desde su cuna. Las virtudes que distan mucho de nosotros parece que no nos interesan tanto. Este es un Héroe que se formó en los últimos tiempos de la Iglesia para demostrar al Universo que siempre ha tenido Santos. ¿Como es posible que un exemplo tan reciente no pueda hacer sobre nuestros corazones las impresiones mas fuertes y duraderas? *San Vicente de Paulo* vivió en esta parte del Mundo que habitamos. Nuestros mayores fueron unos testigos que se admiraron de las maravillas con que se ilustró su ministerio. La Francia fué el teatro de sus virtudes, de sus trabajos y de sus sucesos; pero ¡ah! En ella misma se han visto atacadas por la calumnia sus virtudes, minorados sus trabajos por la malignidad, y desconocidos sus sucesos por la venganza. Este Santo, pues, peleó contra los enemigos de Dios y de la Religión; pero estos se empeñaron, aunque en vano, en obscurecer su gloria para desmentir su vil accion, ó á lo menos para encubrirarla. Que se presenten hoy dia en este templo, y veréis como quedan confundidos. *Inimicos ejus induam confusione.*

Si, señores, para dar una idea del carácter de *Vicente de Paulo*, enterarse de sus acciones, analizar sus empresas, apreciar sus triunfos, y representar con unos rasgos admirables

y distinguidos á este nuevo Apóstol, luz de la Iglesia, terror del vicio, rayo exterminador de la herejía, oráculo de la corte, padre de los pobres y ornamento de su siglo; es menester considerarle, ya como un Santo que ataca y persigue siempre á los enemigos de su Dios, y ya como un Santo á quien ellos, aunque injustamente, se atreven á manchar su reputacion, disminuir su mérito y hacer sospechosa su santidad.

En el poder de *San Vicente de Paulo* sobre los enemigos de Dios consistieron sus empresas. *Punto primero.*

La imposibilidad de estos mismos enemigos contra *Vicente de Paulo* le acarrearón sus sucesos. *Punto segundo.*

Las dos partes de este discurso se comunicarán, digámoslo así, una fuerza mutua para llenar de confusion, tanto á los enemigos del Señor, quanto á los de su ministro. *Inimicos ejus induam confusione.* AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

El llenar de una confusion, tanto útil como temerosa, y siempre honorífica á la Religión, á los hombres que sacrilegamente se declaran enemigos de Dios, de su Providencia, de su misericordia y de su severidad, no es estár siempre con el cuchillo en la mano para atemorizarles, amenazarles y exterminarles. La persuasión consigue no pocas veces efectos mas útiles que el rigor.

Algunos hombres blasfeman del nombre de Dios

Dios porque no le conocen: estos son unos ciegos á quienes es preciso iluminar. Otros hay á quienes sus vergonzosas costumbres les encaminan al vicio, como que son llevados á él por el contagio del exemplo: estos son unos enfermos á quienes es menester curar. Y hay otros que se entregan al error, ó porque se le causó la preocupacion, ó porque el encanto de la novedad los seduxo: estos son unos cautivos á quienes es necesario rescatar. ¡Felices aquellos que pueden disipar las tinieblas de los primeros, desarraigar los vicios de los segundos, y romper las cadenas de los últimos!

Este será justamente el privilegio de que goce *Vicente de Paulo*. En efecto, ¿quienes son los enemigos de Dios á los que él se empeña en instruir, combatir y confundir? Son unos hombres entre los quales hay algunos que pecan por ignorancia, otros por libertinage y otros por sistema. Los enemigos de Dios por ignorancia, son aquellos que, ó por desgracia de los tiempos, ó por falta de educacion, no han sido instruidos. A estos, pues, les proporcionaba *Vicente de Paulo* mil recursos; y he aquí el origen de sus misiones. Los enemigos de Dios por el libertinage, son aquellos á quienes el mundo corrompido tiene sujetos al imperio del vicio: *Vicente de Paulo* fué su terror, y ved ahí el objeto de sus trabajos. Los enemigos de Dios por sistema, son aquellos á quienes seduce el error, y gana el espíritu de ilusion: *Vicente de Paulo* reprimia su audacia ó inutilizaba sus designios; este era cabalmente el triunfo de su prudencia, y este su po-

der, ¡ó Dios mio! siempre vencedor de vuestros enemigos. *Inimicos ejus induam confusione.*

En todos tiempos presenta la Providencia hombres capaces de remediar sus males. El siglo en que nació nuestro Santo habia sido precedido de unos tiempos tan revoltosos como funestos para la Religion. Unas guerras siempre nuevas y renacientes, habian aislado al estado y á la Iglesia. La heregia habia formado christianos infieles á la fé, y vasallos rebeldes á su príncipe. Entónces se vió volverse la sangre contra la sangre; espirar al hermano á manos del hermano; consumidos y aniquilados los campos; teñida la corriente de los rios con la sangre humana; vacilar el trono; abrasearse el reyno, y estar la Francia armada contra la Francia. Incierta por mucho tiempo la victoria, no se vino á declarar sino para ser tan funesta á los vencedores como á los vencidos. La guerra es el sepulcro de la felicidad pública.

En medio de aquellas intestinas divisiones subió un príncipe sobre el trono. Habiendo conquistado á su reyno, causó su felicidad: desengañado, por fortuna, se habia adquirido, por medio de su conversion sincera, un nombre cuya celebridad habia publicado ya la victoria. Siendo, pues, Henrique el Grande el apoyo de la justicia, y el padre de sus vasallos, procuraba agotar las fuentes de las calamidades de que habia sido testigo. Mas, por desgracia, reynó muy poco; y no bastaba un siglo entero para remediar los daños de la guerra,

ra, aplacar el furor de la heregía y enjugar las lágrimas de la Religion.

Representósele á *Vicente de Paulo* la espantosa imágen de todos estos rayos destructores. Consideró en ellos como reunidos todos los horrores y desgracias, y se dedicó, por decirlo así, á recogerlos entre aquellos infelices pueblos que en algun modo estaban separados de la sociedad civil por los términos en que necesariamente se veía su estado. Yo hablo aquí de aquellos desgraciados hombres, que viéndose tristemente desamparados en medio de las arrasadas campiñas, eran el juguete, y la víctima de una miseria casi sin recurso, ó de una ignorancia que carecía de instruccion. Así una desgracia como otra son fuentes inagotables de muchos vicios. Si aquellos hombres rodeados de tinieblas y cólmados de desgracias seguían alguna ley, era mas bien por costumbre que por piedad. Apenas entré los despojos de los templos subsistia la confusa idea de un Dios, de una Iglesia y de una Religion. Unos pastores sin talentos, formaban unos christianos sin principios. Hallándose el entendimiento sin cultura, habia multiplicado los extravíos del corazon. El fraude, la venganza y la deshonestidad, reynaban con una desenfrenada licencia, y parecia que dexaban de ser criminales porque eran unos delitos establecidos por el uso, autorizados por el exemplo, y sostenidos por la impunidad.

¡O Santo Dios! ¡Quantos males habia allí que remediar! ¡Quantos escándalos que exterminar! ¡Ah! ¿Quien será aquel que se pueda li-

hóngear de conseguir esta empresa tan difícil? *Vicente de Paulo* fué el que se atrevió á pensarlo con las mas bien fundadas esperanzas de conseguirlo. Desde luego se dedicó á la instruccion de aquellos pueblos indisciplinados. Las campiñas eran los parages donde su humildad se deleytaba en vivir. Confieso que sus talentos merecian otra carrera mas vasta y brillante. A pesar de la bajeza de su nacimiento, era ya conocido en la Iglesia su nombre.

Siendo víctima de la fé antes que apóstol, le habia visto Tunez, que, cautivo de *Jesu-Christo*, distinguió su cautividad por medio de no pocas victorias. Hizo ver al Mahometismo admirado, que la palabra de Dios es libre hasta entre las cadenas. *Verbum Dei non est alligatum* (1).

Cargado con los despojos que habia quitado á los enemigos del nombre christiano, se presentó en Roma al modo que en otro tiempo lo hizo en Israel el vencedor de aquel soberbio cabeza de los Filistinos. Veníansele á la mano los honores; pero se habia impuesto la obligacion constante de rehusarlos. Roma admira su fé, su zelo y desinterés.

Habiendo fixado su mansion en una casa ilustre (2), formó desde ella unos grandes héroes para el estado, y unos excelentes vencedores para la Religion. Encargado por algun tiempo de un ingrato y penoso ministerio, lle-

(1) II. Tim. 2. v. 9.

(2) La casa de Gondl.

naba en Clichy las obligaciones de pastor, de apóstol y de padre. Los Santos en todas las ocupaciones se distinguen.

Las que llamaban la atención de *Vicente de Paulo*, eran á la verdad nuevas y diversas. A la dirección de los pueblos incivilizados y olvidados, digámoslo así, por el ámbito de las campiñas, era á la que le llamaba la divina Providencia. Revelósele á nuestro Santo esta vocación: obedeció; y edificada la Religión, esperaba oírle inflamado de su zelo unas expresiones semejantes: ¿que? ¿es posible que los ministros de Jesu-Christo hayan de hacer que resuene su voz en las ciudades y en la corte faltando este mismo socorro á los miserables pueblos que están esparcidos por todas esas campiñas? ¿Por ventura es menos glorioso ser apóstol de los pobres que de los reyes? ¿No es el Evangelio uno mismo para todos? Unios, unios á mí todos quantos os interesais en la salvación de las almas. *Omnis qui zelum habet legis exeat post me* (1). La cosecha es abundante. *Messis multa* (2). Los obreros son pocos. *Operarii pauci*. El trabajo es útil y honroso: las fatigas son inmensas: el suceso es poco gustoso; pero el objeto muy digno de un christiano: el mérito se acrisola otro tanto mas en quanto la vanidad tiene menos parte en la empresa: vamos, vamos á llevar la luz de la fé á esos pueblos que tanto tiempo hace están sin socorro y sin esperanza de él. La gloria y el

(1) I. Macch. 2. 27.

(2) Luc. 10. v. 2.

el honor no seguirá seguramente nuestros pasos; pero recogeremos sufrimientos: seremos asimismo muy bien recompensados.

El apóstol siempre obra del mismo modo que habla: su conducta justifica sus discursos. Por entre mil peligros marchaba, corría y volaba nuestro Santo. Las mas tenebrosas cavernas, las montañas mas inaccesibles y las mas impenetrables selvas, no eran impracticables al santo ardor de su zelo. Predicaba, catequizaba, visitaba, consolaba y persuadía. Era un nuevo Amós, que por medio de un language comun, pero insinuativo y lleno de dulzura, atraía y fixaba en la verdadera creencia á los pueblos menos susceptibles de sentimientos: se le presentaban obstáculos y los allanaba: renacían las dificultades y las despreciaba: solo su caridad bastaba para todo, y todo cedía á su caridad: por quantas partes se presentaba, coronaban sus esfuerzos, y aun excedían á sus esperanzas los mas consoladores sucesos. Reedificábanse los templos, desaparecía la ignorancia y renacía la piedad. Lo mismo era hablar, que todo mudaba de aspecto. La fé se seguía á la impiedad, la sabiduría á la superstición, el pudor al libertinage, la justicia al fraude, la paz á la discordia, y la amistad al odio y al rencor. De modo, que la Francia admiraba christianos en aquella parte del reyno en donde apenas habia encontrado hombres nuestro Santo.

Pero, ¿que puede la voz de un solo apóstol? El mejor de todos no es mas que un hombre, y un hombre mortal. ¡Ah! si *Vicen-*

cente de Paulo pudiera sobrevivirse á sí mismo, permanecerian los frutos de su ministerio mucho mas allá del siglo en que vivia. Asi lo deseaba, y al fin consiguió la dicha de que se cumpliese aquello por que tanto anhelaba. Esperémos desde luego que su zelo tendrá imitadores. En la capital de este império se formó un proyecto con el que se empezaron á observar muy en breve sus felices efectos en las primicias de una congregacion piadosa, zelosa y sábia, cuyo particular destino era el de anunciar el Evangelio á los pobres. *Pauperibus evangelizare* (1). Pasad, pasad vosotros, espíritus de Norberto y de Domingo, pasad á residir en el de este nuevo legislador. El plan está ya trazado: la obra se va á comenzar: la Guyena y la Picardía se disputan la honrosa ventaja de dar á *Vicente de Paulo* los primeros individuos de su congregacion: el sacerdocio y el imperio caminan de acuerdo para favorecer una obra tan gloriosa á la Religion. Por todas las partes de la Iglesia se extienden las útiles y saludables aguas de esta corriente.

¿De que hombres debería yo hacer aquí mencion? Todo su objeto se dirigia á ensalzar la gloria de Dios con la santificacion de los pobres: su única ocupacion consistia en entregarse á los honrosos é ingratos trabajos de unas misiones que á cada paso se renovaban: respandecia en ellos la humildad, y estaba su zelo dirigido por la caridad, moderado por la dulzura y recompensado por los sucesos.

Ah!

(1) Luc. 4. v. 18.

¡Ah! si siguiéramos á estos hombres, á quienes anima el espíritu de nuestro Santo hasta por medio de los mares tempestuosos, cuyos peligros despreciaban hasta los pueblos bárbaros, cuyo furor no temian, y en fin, si les siguiéramos hasta en las persecuciones y en los suplicios con que sufrieron la muerte, se veria claramente, que substituian los sólidos principios á las preocupaciones, la verdad á la ilusion y la piedad á los escándalos. Victorias otro tanto mas difíciles de conseguir, en quanto era muchas veces preciso enseñar á aquellos neófitas, sin inteligencia, las leyes de la humanidad antes que las obligaciones del christianismo. Tanto en los hijos como en el padre, encontraban los pobres protectores, apóstoles los campos, consejeros los pontífices, guia los sabios y la Iglesia defensores. Los trabajos de los discípulos renovaban los del maestro: los frutos de su ministerio eran ademas sus triunfos: solo un profeta produjo otros muchos. A imitacion de *Vicente de Paulo* llevaban la luz entre las tinieblas, y hacian reynar, así bien, la virtud entre el vicio. *Inimicos ejus induam confusionem.*

Quando se observa un diluvio de males parece que exíge una multitud de recursos. Sin embargo de esto, puede decirse al contemplar á nuestro Héroe, que la destruccion de todos los vicios estaba confiada á los cuidados de un solo hombre. Reparemos sino en el delicado ministerio á que desde luego le llamó el cielo; ¡O Marsella! ¡que objetos tan tristes ofreces á su zelo! En aquella ciudad, pues, se presen-

taron á su vista varios hombres condenados por la justicia, en quienes desde luego se veían unas víctimas al doble miserables, tanto por el sentimiento de su presente estado, quanto por la memoria de sus pasados crímenes. Las enormes cadenas que les oprimian y sujetaban, eran para ellos un suplicio menos cruel que los remordimientos siempre vivos de su conciencia, ¡O infelices desterrados, abandonados de los hombres é insufribles á ellos mismos! ¡Ah! casi me estremezco al decirlo: su vida era una anticipada imagen de la muerte.

¿Quién podrá comprehender el sentimiento que causó en el corazón de este Santo Apóstol tan tierno y compasivo espectáculo? Sus acciones os harán conocer todo el heroísmo de su zelo. En efecto, vió, se presentó y acercó á aquellos desgraciados hombres, tan dignos de serlo: amonéstoles con dulzura, dexó ver su prudencia, y esparciendo y reproduciendo su caridad hacia milagros: sus lágrimas parecían que quitaban á sus cadenas todo el rigor, y á su cautividad toda la amargura: sin saber como, resplandecía en aquellas prisiones, que vagaban sobre las aguas, un día desconocido hasta entónces. La esperanza y la virtud renacia entre aquellos hombres condenados á semejante afrenta, sin que por otra parte supiesen consolarse ni convertirse. Amaban y respetaban en *Vicente de Paulo* una guía y un bienhechor, que les enseñaba á un mismo tiempo la duplicada ciencia de sufrir las desgracias sin murmuracion, y abrazar con gusto la penitencia.

Pero un apóstol siempre caminó de trabajos en trabajos. Habia triunfado Pablo en Efeso y le faltaba instruir á Athenas y á Roma. Al zelo de nuestro Santo se le ofreció un campo mas dilatado. La Providencia le conduxo y fixó en París. Sí, en París digo, centro de la Religion y de la impiedad, asilo de todos los vicios y santuario de todas las virtudes; donde los grandes por una ruinoso pompa se exceden á su misma grandeza, y en donde el pueblo imita ciegamente su fausto. En esta ciudad, pues, Ribal de Athenas y de Roma, en donde reynan las artes y las ciencias; pero donde éstas á fuerza de querer profundizar se entregan muchas veces á la peligrosa temeridad de dudar de todo: París, donde la política tiene sus sabios, y no pocas veces superficiales; la Iglesia sus apóstoles, y algunas veces sus ministros prevaricadores; el libertinage sus maestros y sus discípulos: París, donde parece que es un título la opulencia, y el crédito un mérito; en fin, donde el atrevimiento, el orgullo, la maldicion y la calumnia son casi medios seguros para llegar á ser todo lo que se puede desear: París digo, fué la brillante, pero espinosa carrera por donde nuestro Santo debia andar. ¿Que cosa será la que le determine á abrazarla en una ciudad que abunda tanto en vicios? A la verdad que para qualquiera que fuese como ella se requeria el zelo de muchos apóstoles. Pero *San Vicente* de nada se admira, ni nada le detiene. Al oír su voz temblaba, retrocedía y huía la iniquidad. Daba contra los desórdenes de su siglo,

y advertía los que se habian de seguir al tiempo de su apostolado. *Ipse directus est divinitus in penitentiam gentis* (1).

El medio mas seguro de detener los desórdenes en sus principios, es el de hacer revivir desde luego en la clerecía el espíritu y vigor de la antigua disciplina. Esta importante obra fué la que justamente se propuso emprender. El idearla y concluir la, fué el estimable fruto que consiguió en un breve y mismo instante. Baxo sus auspicios se levantaron unos asilos sagrados, en donde desde luego fueron los jóvenes Levitas la esperanza, y despues el recurso de la Religión. ¡O admirables escuelas del sacerdocio, cuyo origen debeis á San Carlos Borromeo, y cuyo restablecimiento á San Vicente de Paulo! En vosotros es donde este dispone al espíritu igualmente que al corazón: en vosotros donde se examina con escrupulosidad la conducta de aquellos que se destinan al ministerio de los altares; donde se cultivan cuidadosamente sus talentos, se exercita constantemente su zelo, y se prueba su vocacion con rigor. ¿Acaso se podrá levantar voz mas favorable para procurar la reforma de la clerecía, si esta hubiera tenido necesidad de ello? El proporcionar á la Iglesia ministros virtuosos, era condenar con la mayor fuerza á los ministros prevaricadores.

Ahora me lleva la atencion un asunto todavía mas interesante. Mi entendimiento se confunde al considerar aquellas angustas asambleas,

(1) Eccli. 49. v. 2.

bleas, de quienes era la cabeza, el oráculo y el alma. Se me figura un Esdras piadoso que se impone la obligacion de explicar la ley y sostener la Religión contra los ataques del error y contra los sofismas de la impiedad. Discutía en ellas con exactitud y precision los puntos mas interesantes de la fé, y las mas dificultosas cuestiones de la moral. ¡Conferencias sabias, por cierto, que desde luego despertaban y desengañaron á la maligna curiosidad, y con las que, sin poderlo impedir, excitó muy en breve la admiracion universal! En ellas se descubrian con respeto y asombro las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, quales fueron Bérula y Bossuet, quienes se ven humildemente incluidos entre los discipulos de nuestro Santo. Una numerosa clerecía le consultaba, escuchaba, recibía sus decisiones y se aprovechaba de ellas. No, no respiraban sus discursos aquella eloquencia lisongera, estudiada y profana: ese era un arte fútil y miserable, que aunque le conocia despreciaba: sus profundos y bien meditados discursos llevaban estampado el sello de una eloquencia sólida, persuasiva y luminosa. ¡Que documentos tan útiles! Sus preciosos frutos se comunicaban á la capital y á las provincias: en toda la Francia producian sucesos rápidos, maravillosos y eternos: en todas partes eran como unas armas victoriosas de la ignorancia, del escándalo y de la impiedad. Solo á la eloquencia verdaderamente christiana pertenece hacer conversiones.

La mejor prueba de esto eres tú, illustre comen-

mandador de Silleri, tú, que estabas acostumbrado al bullicio de la corte, y eras tan sábio en el arte de las negociaciones mas difíciles y delicadas. ¿Que vencedor impulso fué el que sepultó en la piedad del retiro los talentos de un raro ingenio? Ya hacia mucho tiempo que el comendador de Silleri, como un relajado mundano, pensaba que no habia podido distinguirse lo bastante, ni brillar como le correspondia con la suntuosidad de su luxo. Desengáñale *Vicente de Paulo*, y consigue, por fortuna, persuadirle con la mayor energía á que abrazase, del mejor modo posible, la simplicidad christiana, y se impusiese la obligacion precisa de parecer mas grande á los ojos de la Religion por medio del instructivo ingenio de su penitencia, que lo habia sido á los del mundo por su gerarquía, sus empleos y su mérito. Quando uno practica por sí mismo la virtud, con facilidad se la inspira á los demás.

Siendo nuestro Santo su modelo y su apóstol, no le costó mucho el asegurarla contra las injurias del tiempo, formando varios retiros. Retiros estimables por cierto, á donde iba el pecador que con utilidad propia habia meditado sobre sus extravíos: donde el hombre mundano hacia un saludable reconocimiento sobre sí mismo: donde el levita se disponia para poseer el espíritu del sacerdocio, y donde el prelado y los presbíteros se instruían y consumaban en las angustas funciones de su ministerio: retiros nunca bastantemente frecuentados, respecto de que se corregia en ellos

el

el vicio, desarraigaba la costumbre, alimentaba la piedad, formaba la santidad y estaba el espíritu de *Vicente de Paulo* sobre el de muchos otros para edificacion del mundo, consuelo de la Iglesia, engrandecimiento de la Religion, gloria de Dios y salvacion de las almas.

¿Triunfará acaso del error con el mismo suceso que del vicio? Si christianos. Sobre qualquier punto de vista que le mireis, le hallareis siempre fatal para los enemigos de Dios. *Inimicos ejus induam confusionem.*

La heregía siempre es tímida quando empieza: si tiene protectores, llega á ser audaz: si se extiende su império, se muestra cruel, sanguinaria y tiránica, y halla su mayor gusto en el bárbaro placer de inmolar sus enemigos á su venganza. Superior á sus contratiempos, menosprecia los golpes que se descargan sobre ella, y se lisongea de sostenerse por su mafia ya que no puede tener la esperanza de acreditarse por su fuerza.

Esta era la razon por que permanecia todavía en Francia el Calvinismo á pesar de las humillaciones y derrota que habia sufrido. Aunque es cierto que no habia podido conseguir que tomaran parte en sus intereses el rey, los príncipes, ni la corte, tenia no obstante en la preocupacion de una nobleza desgraciadamente seducida un poderoso apoyo: defensores fanáticos en la pluma de algunos sabios alucinados; y en la credulidad de un pueblo ignorante, vanos entusiastas, supersticiosos zeladores y mártires abandonados y perversos.

K 4

To-

Todos estos males, y aun acaso otros mas horrorosos, llamaban la atencion de nuestro Héroe á la provincia de Bresa, que acababa de reunir á la Francia Henrique IV. Confiada á su vigilancia la ciudad de Chatillon, que era una de las de aquella provincia, se le representaba una imagen de la de Génova. Despues de esta capital era Chatillon el seguro antemural de la heregia, el centro del fanatismo y el teatro de la rebelion. Los ministros sin autoridad que habia en ella, manifestaban un menosprecio odioso á los que estaban autorizados por la Iglesia. Allí reynaba el espíritu de libertad, de independencia, de seduccion y de entusiasmo; y baxo el falso exterior de una pretendida reforma, triunfaban la hipocresía, el libertinage y todos los vicios. Los hereges siempre alaban la virtud: pero rara vez la practican.

¿Quereis saber, pues, el poderoso encanto de que se valió *Vicente de Paulo* para conseguir la instruccion de sus entendimientos, y cautivar sus corazones? Pues no hizo otra cosa que emplear el tierno language de la moderacion y de la caridad, con el que consiguió desarmar hasta los mas obstinados. La prudencia y la dulzura de un apóstol acarrearán no pocas veces al error golpes tan decisivos, que exceden á los mas funestos azotes de los anatemas. ¿Acaso hay boca tan eloqüente que baste para contar las infinitas instrucciones de nuestro Santo, ni las controversias en que se empeñaba y las victorias que conseguia? No, no tienen que alabarse los ministros de la pre-

ten-

tendida religion-reformada, de que le han de hacer caer en los imperceptibles lazos que le tienden. Vuestra lengua, les decia con San Agustin, no está consagrada por la antigüedad, ni yo reconozco en ella el modo de sentir de la Iglesia. La verdadera doctrina es la de Jesu-Christo, de los Apóstoles, de los Santos Padres y de los concilios: la vuestra es toda sacada de vosotros mismos, ó tomada como de prestado de algunos hereges, cuyas espressiones heterodoxas copiais: estos se engañaron ántes que vosotros, y vosotros os engañais con ellos. *Nova dicitis: falsa dicitis*. Con tanta fuerza como sabiduria, descubria y confundia nuestro Santo apóstol la política y sus sutilezas, el disimulo y sus arrodéos, la duplicidad y sus artificios, la supersticion y sus engaños, la calumnia y sus excesos, el odio y sus furoros. Por mas diestramente que se hubiera preparado el veneno, sabia descubrirle con su habilidad. Hablaba sin ofender, disputaba sin animosidad, persuadia con su prudencia: y por sus trabajos, zelo y constancia, defendia, vengaba y ponía en salvo á la fé católica en una provincia donde la maquinadora heregia se habia prometido trastornarla, destruirla y desarraigarla. Solo un Judas Macabeo basta para aterrar á todos los enemigos del Señor.

Siendo, pues, tan fogoso para combatir los antiguos errores, ¿pondrá menos atencion en advertir y remediar las nuevas opiniones? Al oír este nombre de opiniones nuevas, no penseis que son unas reflexiones malignas, unas

im-

imputaciones escandalosas, ni unas odiosas declamaciones. No: yo expondré los hechos y ahorraremos las discusiones. En el mismo siglo en que vivía nuestro Santo, se presentaron dos hombres unidos por la amistad y por los sentimientos. El uno era Pontífice de la Iglesia, y el otro ministro de los altares: uno mas sabio, y otro mas político: aquel capaz de producir un sistema, y este muy á propósito para acreditarle: el uno, sepultado entre los pantanos de la Flandes, era sutil en sus ideas, y tal vez inconsiderado en sus juicios: soltaba proposiciones sin empeñarse en defenderlas, y anunciaba por otra parte su sumisión á la Iglesia y á sus Pontífices. Estas mismas opiniones estaban sembradas por el otro en la capital de Francia, y baxo de un nombre reverenciado en la Iglesia desde el quinto siglo las daba á conocer con destreza, y buscaba partidarios para asegurarlas: como era de un espíritu traidor, disimulado é insinuativo, se habia lisongeadó de que la amistad de *Vicente de Paulo* le proporcionaría en él, no solo un hombre que se dexase sorprehender con facilidad, sino un apoyo y un otro sí mismo. Pero no, no haya miedo. Incapaz nuestro Santo de dar oídos á la ilusion, no cedia á los engañosos encantos que se le presentaban. Se decia á sí mismo con el rey Profeta: los hombres artificiosos han procurado hacerme caer en sus lazos; pero fiel á la verdad respetaré yo constantemente sus oráculos: guiado por este camino, ni puedo extraviarme, ni perderme. *Posuerunt peccatores laqueum mihi; & de*

man-

mandatis tuis non erravi (1). Manteniáse firme; y la amistad no tenia ningun derecho sobre su corazon quando la Religion estaba interesada. El hubiera respetado á un amigo sabio, docil, virtuoso, y si por desgracia era facil para dexarse engañar, que fuese mucho mas generoso y fiel para retractarse; pero su delicada, é invariable fé, no le permitia confesar por amigo á un hombre que se hallaba con la suficiente instruccion para conocer una detestable y reprehensible doctrina, y aunque adornado con algunas virtudes, demasiado preocupado para salir de su obstinada ceguédad.

Vosotros me disimularéis el que os haga observar la cuidadosa atencion que puso *Vicente de Paulo* para descubrir la ilusion con que, en vista de los muchos arrodéos de que se valia, intentaba siempre eludirse, tanto de los anatemas quanto de la sumision de la Iglesia. A nuestro Santo le parecia, y con razon, que una fé que desde luego no se descubria como decisiva, era sospechosa. No quiero pasar mas adelante. ¡Desdichado de mí si he querido agriar los espíritus demasiado llenos ya de amargura, y traspasar unos corazones excesivamente traspasados! ¡Que no me fuera permitido desde luego reprehender á todos los espíritus con la verdad, y unir por la caridad á todos los corazones! Tal fué siempre el prudente modo de obrar de *Vicente de Paulo*. ¿Podrá haber quien le imite?

Lo cierto es, que él desde sus principios

(1) Ps. 118. 110. *mandatis tuis non erravi*

luminó la ignorancia, combatió despues al vicio y amonestó, en fin, y confundió al error. A esto es en resumidas cuentas á lo que yo dixé que se reducía el poder de *Vicente de Paulo* sobre los enemigos de Dios. ¿Qual es la imposibilidad de estos contra nuestro Santo? *Inimicos ejus induam confusione* En la segunda parte de su elogio lo veremos.

SEGUNDA PARTE.

Los enemigos de Dios y de su Religion acusan al zelo de los Santos de temeridad, á su caridad de ostentacion y á su fé de flaqueza. En todos tiempos se ha atrevido la impiedad á esparcir sobre la santidad las mas injustas é injuriosas sospechas.

La santidad de nuestro Héroe glorioso supera á todas estas acusaciones. El testimonio de los Grandes, de quienes era su oráculo y consejo, establece sin disputa la pureza de su zelo: el de los pobres, de quienes era protector y padre, anuncia el desinterés de su caridad; y el de la universal Iglesia, de quien era la gloria y el ornamento, comprueba la integridad de su fé. Todo esto se dirige á confundir á los enemigos de los Santos y de la santidad. *Inimicos ejus induam confusione.*

¡Que contraste de maravillas se advierten en la vida de *Vicente de Paulo*! Un hombre nacido entre la obscuridad de la indigencia, se ve ensalzado por la Providencia divina al mayor de los honores. *Suscitans à terra inopem,*

ut

ut collocet eum cum Principibus (1). Bien puedes tú, mundo crítico, que respetas la elevacion de Moysés, bien puedes respetar tambien la de nuestro Santo. No creas que llegó á ser el consejo y el oráculo de los Grandes por otra cosa, que por constituirse el apoyo y el mas zeloso defensor de la Religion, haciendo ver en sí mismo los mas nobles y heróycos sentimientos.

En efecto, se presentó en la corte y en medio de aquel orgullo y ostentacion, manifestó siempre un zelo humilde: en el centro de la lascivia, admiró igualmente con su penitente zelo: en aquel teatro de falsedad, se hizo respetar con un zelo siempre verdadero y enemigo de la disimulacion; y en medio de sus alteraciones, estaba su zelo siempre firme é inflexible, y no conocía sino la obligacion, que desempeñaba exáctamente.

El vivir en la corte como christiano, hablar como apóstol, tratar como profeta y grandearse la admiracion sin valerse de los halagüeños rodéos del amor propio, es una especie de milagro aun mas admirable, tal vez, que los milagros mismos. Este, pues, justamente es el mérito singular de *Vicente de Paulo*.

Apenas se dexó ver en la corte quando se llevó la atencion de los ministros, del príncipe y de toda la Francia. ¿Quien fué el que desde luego se interesó en los sucesos de sus piosas empresas? ¿De que ministro mereció la confianza, amistad y respeto su eminente santidad?

To-

(1) Ps. 112. v. 7.

Toda la Europa veía entonces sostenido el trono de Francia por uno de aquellos poderosos ingenios nacidos para dar leyes al Universo, qual era el del Cardenal de Richelieu: ingenio profundo, consumado en los mas refinados sistemas de la política, y en los misterios mas impenetrables del gobierno: ingenio muy á propósito tambien para gobernar el espíritu del monarca; encaminarle á cosas altas y grandes, y conducirle á la verdadera gloria: resuelto á mantener la autoridad real con indispensables exemplos de severidad; y de suma atencion para hacer contener dentro de los límites de la obediencia á los Grandes del reyno, que al parecer querian sacudir su yugo baxo el especioso pretexto de un supuesto descontentamiento: ingenio temible para los enemigos del estado, y mucho mas aun para los de la fé: ingenio vasto y dilatado por la grandeza de sus empresas: sólido por las medidas que tomaba para executarlas, penetrante para allanar y superar los obstáculos, firme é inalterable, y en fin, un hombre á quien nada era capaz de separarle del intento que habia formado. La humillacion de los enemigos poderosos y ribales, la destruccion de la heregía, el restablecimiento del comercio, de la navegacion, de las artes y de las ciencias, son de ello unas pruebas gloriosas, eternas é incontrastables.

A *Vicente de Paulo* le habia servido su santidad de un poderoso motivo para que formase de él aquel ministro el mas alto y favorable concepto. Todo hombre grande venera en la

la santidad alguna cosa mayor que las que hay en él. Por lo mismo no nos deberémos admirar si Richelieu confia al esclarecido zelo de nuestro Santo los mas delicados é importantes asuntos de la Iglesia, y se vale de sus luces sin dexar tampoco de aprovecharse de sus consejos. Aquel ministro, depositario de la autoridad soberana, habia formado la segura y meritoria intencion de repartir su crédito y su gloria con un Santo. ¡Quanto imperio tiene la santidad sobre el espíritu y el corazon de los hombres! A los unos les enseña el modo con que han de vivir, y á los otros el de morir bien.

La idea de la muerte, señores, recuerda la que sufrieron vuestros causantes quando se experimentaron aquellos funestos acontecimientos en los que llegó á ser la lúgubre imagen de una triste soledad, en donde los placeres se convertian en tristeza, el silencio sucedia al tumulto, y el sentimiento que se llevaba dentro del corazon se manifestaba en los tristes y llorosos ojos. La muerte de un rey siempre es una verdadera desgracia para el reyno. Resentida y atemorizada entonces la política se entrega á los mas justos temores y sobresaltos: los sentimientos mas tristes se apoderan del trono: la corona está como titubeando sobre la cabeza del monarca; y parece que á cada uno le va á anunciar la destruccion de su fortuna. La Francia es inegable que debia á Luis XIII. los mas vivos sentimientos de ternura, respeto y reconocimiento: aquel monarca era amado y merecia serlo: sus enemigos-

migos habían temido su valor y experimentado su poder; siempre fiel la victoria para seguirle, había hecho que se le colocase entre el número de los héroes: sus vasallos habían encontrado en él un padre: formaba sus designios la justicia, les dirigia la prudencia y les coronaba el suceso. Monarca grande sin disputa, que aun lo sería mucho mas en la historia sino hubiera tenido á Henrique IV. por padre, y á Luis XIV. por hijo y sucesor suyo.

¿Qué razon hay para que los príncipes que forman las delicias del mundo no sean inmortales? Ah! La sentencia está ya pronunciada. Es verdad que ha reynado Luis; pero él va á morir sin remedio. Los dias de Ezechias están contados. ¿Quién será el que tenga la fortuna de ser el confidente de sus últimos sentimientos? ¿Tendrá uno acaso que ir, como en otro tiempo, hasta las montañas de la Calabria para buscar al hombre de Dios (1)? No por cierto: el Profeta está en la corte. *Profeta magnus surrexit in nobis* (2).

Este es *Vicente de Paulo*. ¡Quan digno es su zelo de aquellos respetables hombres, cuyo delicado ministerio desempeña! El supo atraerse la confianza del príncipe sin adularle, instruirle sin fastidiarle. Representaba á Luis la terrible pintura de la muerte y de la eternidad; pero esta era poco temible á aquel monar-

(1) San Francisco de Paula, fundador de los Mínimos, quien fue llamado a la corte de Luis XI.

(2) Luc. 7. v. 16.

arca. Un rey que hizo reynar á Dios sobre la tierra, debia reynar con él en el cielo. Es verdad que espiró Luis; pero tambien murió entre los brazos de nuestro Santo, lleno de respeto y penetrado de reconocimiento por su zelo, heredero de un apostólico espíritu. Los reyes virtuosos siempre honran á los Santos.

Al llegar aquí se presentan á mi consideracion otros nuevos acontecimientos. Todos se interesan en la gloria de nuestro Santo. Todos concurren al triunfo de su zelo. Pasó Luis el Grande desde la cuna al trono; y la regencia de una reyna sabia y magnífica, vaticinaba á la Francia uno de sus mas grandes reyes. Regencia célebre, por cierto, á causa del discernimiento con que supo Ana de Austria escoger ministros dignos del estado y de si misma.

Vicente de Paulo, pues, ocupaba un lugar distinguido entre aquellos poderosos y acreditados hombres. La esclarecida política supo imperar sobre la elevacion de los demas; y la virtud sola preparó y cimentó la elevacion de nuestro Héroe. Tambien supo conocer y colocar en el ministerio á dos hombres capaces de sostener una regencia y un gobierno difícil. El uno era Mazarino, espíritu diestro, insinuativo, de gran persuasion, político sutil y habil para ceder siempre en las negociaciones, del modo mas fino, todo aquello que no podia conseguir por medio de la fuerza. El otro era Seguier: de una instruccion consumada en el conocimiento de las leyes, orador eloquente, juez íntegro, ciudadano virtuoso y protector de los sabios. Pero estos hombres tan

inteligentes, no eran mas que, propiamente hablando, unos hombres de estado: aquel á quien la reyna colocó en el consejo para que fuese el hombre de la Iglesia y de la Religión, era nuestro *Vicente de Paulo*. ¡Ah! ¡Quien correspondió mas bien que él á esta gloriosa eleccion por su piedad, su zelo, su prudencia, su caridad y su desinterés! El era el conducto por donde se derramaban todas las gracias, y no solo las dispensaba como Apóstol, sino como Santo.

Venid, venid aquí hombres ambiciosos, sostenidos por el crédito y el favor, venid aquí á exponerle vuestros fingidos derechos á los honores de la Iglesia. El os dirá como en la dispensacion de los bienes del santuario, no se debe conceder nada á la hipocresía, poco al favor, alguna cosa al nacimiento, mucho al mérito, y todo á la virtud reunida con los talentos. En efecto, él sabia descubrir la virtud modesta, y dar á conocer el mérito ignorado. A quien únicamente consulta como juez es á la conciencia. Si premia á los talentos, es á aquellos que están consagrados á la Religión.

No era posible que una conducta tan christiana como esta dexase de adquirirse enemigos. ¿Que es lo que venian á condenar en él aquellos que, al paso que tenían menos poder, eran los mas injustos? ¿Dirán acaso que abusaba de la justa confianza que merecia á la reyna? ¿Por ventura no estuvo siempre á cargo de su humildad? ¿Quantas veces se negó á los honores que con importunidad se le

ofrecían? Huía de ellos aunque iban á buscarle. ¿Se encontrará alguno que diga que por haberse valido de unos recursos secretos, y de unas ilícitas negociaciones, logró algun destino en la Iglesia que excediese á los que le correspondian por su nacimiento? ¿No se podrán oponer siempre á esto las constantes liberalidades de los grandes en su favor? ¿No desechó siempre con la mayor modestia todas aquellas gracias con que se le queria enriquecer? No porque jamas quisiese pedir nada hubiera dexado de conseguirlo todo. Lo que únicamente deseaba conservar era la virtud, que es la riqueza de los Santos.

Pero ya, señores, me excedo demasiado en el hablar, porque *Vicente de Paulo* deseaba riquezas, las pidió y las obtuvo. Pero ¿eran para él mismo? Nada menos que eso. Todo quanto pedia era en favor de los pobres y de los desgraciados: para ellos reclamaba la proteccion del trono, el crédito de los grandes y la liberalidad de los ricos. El testimonio de estos mismos grandes, de quienes era el consejo y el oráculo, establece la pureza de su zelo: el testimonio de los pobres, de quienes era el padre y el protector, anuncia el desinterés de su caridad. *Inimicos ejus induam confusione.*

Hay hombres á quienes presenta el cielo para ser á la vista del mundo sorprendido las vivas imágenes de su misericordia. La humanidad les hace sensibles, la fé generosos, y la providencia inagotables. Su universal caridad, se atrae todas las atenciones, haciéndose tambien acreedora de mil prodigios y mi-

lagros. Muchas veces, aunque por sí mismos sean pobres, iguala y aun excede su poder al de los mayores monarcas. Son para la indigencia lo mismo que el sol para el mundo.

Aun quando yo no nombrase á nuestro Santo, ¿se podría desconocer su imágen á vista de este verdadero retrato de su corazon? No tengo embarazo en exponerle á las venenosas asechanzas de la envidia, de la critica y de la calumnia. Todos estos enemigos sirven de muy poco contra él. No haya miedo que la interesada malignidad pueda realizar jamas las sombras con que procura obscurecer el mérito de un Santo, de un apóstol y de un héroe de la caridad. Hasta en los parages mas distantes de la tierra, se publica, una y mil veces, la gloria de *Vicente de Paulo*. Todos los desgraciados le dan en este dia, por medio de mi lengua, las legítimas alabanzas que se deben á la tierna memoria que conservan por sus beneficios, y defienden con el mayor primor su reputacion. *Elemosynas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum* (1).

Salid, salid vosotras, familias miserables, á vista de este generoso Tobias que os ha librado de la ruina: brillad vosotras, casas ilustres, pero empeñadas, brillad ya que por medio de una opulencia aparente supisteis privar á los ojos del mundo de la compasiva escena de vuestra miseria. Sostenidas por las liberalidades de nuestro Santo, no solo subsististeis, sino que os volvisteis á levantar y en-

(1) Eccli. 31. v. II.

grandecer, no temiendo ya desde entónces ningun reves ni contratiempo. Su caridad ha salido por vuestro garante. Ella es quien por vosotros, por vuestra seguridad y por la de todos los infelices, supo eternizarse con aquella sabia institucion (1), cuya idea solo habia encontrado dentro de su corazon mismo. Ella se perpetuó tambien en aquellas asambleas desconocidas hasta él, donde se podia apreciar el mérito por la utilidad, y en donde la caridad era su único objeto y motivo. En ellas se vió á un nuevo Paulo (2) que, baxo los auspicios de un nuevo Gerónimo, se habia hecho su modelo. Este es el que aun sirve tanto en el dia, y dirige por su espíritu en sus piadosas asociaciones á todas aquellas personas del bello sexò que, respetables por su cuna y sus riquezas, lo son todavía mucho mas por el christiano uso que hacen, tanto de sus bienes como de su nacimiento. De este modo consiguió la caridad de *Vicente de Paulo* proporcionar recursos en todos tiempos.

En aquellos, que fueron testigos de su tierna solicitud para con los pobres, habia muchos infelices que merecian sus atenciones, cuidados y socorros mucho mas que los otros. El funesto desórden que deshonnaba entonces á la humanidad, excitaba las lágrimas de la Religion. Quando vivia nuestro Santo, no se favorecia al libertinage, sino que antes bien se sabian notar sus perjudiciales efectos. An-

L 3

tes

(1) Juntas de las Señoras de la Caridad.

(2) Madama le Gras.

tes de él se condenaba ya el vicio, y se sentian sus víctimas. Sin embargo permanecia vquel, perecian estas, y ociosa la caridad, se veia precisada á gemir á vista del mismo mar, sin determinarse á tomar oportunas medidas para agotar su origen. Pero, ¿como se habia de consumir? ¿como asegurar una suerte fija y permanente á aquellas tristes criaturas, cuyo primer dia de claridad era muchas veces el de su nacimiento y muerte al mismo tiempo? Como precisos frutos del crimen y de la indignidad, se miraban con deshonra, y se sacrificaban por la crueldad. ¡Que desgracia! En los delinquentes autores de su vida, encontraban muchas veces los autores todavia mas culpables de su muerte. Como unas desgraciadas criaturas, sin apoyo y sin recurso alguno, no encontraban mas consuelo para sí que el de sus lágrimas: ¡Y quantas veces se siguieron á sus primeras lágrimas sus últimos suspiros! Vosotros lo sabeis, ministros del Dios omnipotente: vuestro estado os hace todos los dias confidentes de este páfido secreto: á vista de él gemis llenos de sentimiento: reclamais los derechos de la naturaleza y de la caridad, y el mundo se mantiene insensible.

¿El mundo ha llegado á ser tan bárbaro? ¿Pues que? ¿No es susceptible de sentimiento la humanidad? ¿Es posible que no se han de renovar ya los tiempos de Ambrosio y de Borromeo? Si, aun se renuevan todavia en Francia aquellos dichosos dias. Un hombre en el que parece que reviven los Ambrsios y los Borromeos, va á hacer ver á este edificado rey-

reyno, que siempre tiene sus héroes la caridad. No tardará en abrirse por su santa é ingeniosa industria un camino favorable para tantas inocentes víctimas de la iniquidad. Si christianos, *Vicente de Paulo* ha reflexionado sobre este asunto, y su caridad todo lo halla fácil. En efecto, poseido de estos sentimientos proporcionó á aquellas abandonadas criaturas los socorros, alimentos y vida que intentaba quitarles inhumanamente la naturaleza, como si fuera una mala madrastra.

Pero ¡quantos obstáculos se oponian, y de quantos medios habia que valerse para la execucion de un establecimiento á quien al parecer debia todo favorecerle! La piedad se quejaba, murmuraba el zelo, se apagaba la caridad y los poderosos se resistian. Hasta la misma Religion parecia que se oponia á los proyectos que meditaba la caridad. Apenas se habia empezado la obra quando hubo que abandonarla. Lo mismo fué volver á emprenderla que se levantaron contra ella nuevos clamores. ¡O generosa fé! ¡O tierna caridad! Ayudad á *Vicente de Paulo* con aquellas expresiones patéticas y victoriosas, que chocan, persuaden y mueven á todo el mundo. A vosotras es, almas sensibles y piadosas, á vosotras es á quienes se dirige: á vuestros corazones es á quienes se manifiesta. En efecto, hermanos míos, nuestro Santo triunfó de todos los inconvenientes, cesaron los obstáculos, encendióse la caridad, renació la emulacion, repartiéronse las riquezas, y en fin, se perfeccionó la obra. Levantóse aquel nuevo templo

de la misericordia, se concluyó del todo, y hasta el dia de hoy, subsiste y se mantiene. *Vicente de Paulo* fué su fundador, la Providencia es su apoyo, nuestros monarcas serán sus protectores. La empresa mas útil de todas no se debe jamás arruinar.

La que puso sobre nuestro Santo todas las atenciones del Universo, parecia que le debia detener, porque no podria bastar para ella. Esta fué la de haber recogido, alimentado y sostenido las desgracias, no solo de un pueblo entero, sino de toda la Lorena.

Acababa *Cárlos III.* Duque de este titulo, de experimentar lo fatal que era el tener á los Franceses por enemigos. Habian sido forzadas sus trincheras, tomadas sus ciudades, saqueados sus estados; y á los desastres que produce una guerra fatal y desgraciada, se siguieron los horrores de una hambre general. Agobiados sus vasallos, buscaban su salvacion en la huída. Pero ¿donde encontrarán algun refugio en esta ocasion tan crítica? En Francia. Mas ¿que pueden esperar unos enemigos de los que lo son suyos? Milagros de caridad. Esta percibia en aquellos fugitivos, míseros y debilitados hombres unos objetos dignos de su conmiseracion. Acude pueblo fiel, acude á tu príncipe: la Francia no te juzgará delinquente por esta fidelidad: en París está otro *Joseph* que te llama y te espera: fíate en sus cuidados: acude, corre, que la caridad de *Vicente de Paulo* se extiende á todas las naciones, y alcanza á todos los miserables. Tus desgracias son el único titulo que debes presentarle.

Asom-

Asombran á la prudencia humana unos beneficios tan generalmente repartidos. Pero el modo de proceder de nuestro Santo se tenia por indiscreto: admiraba, y se le censuraba. La reflexion y la experiencia concilió en su favor todos los ánimos, y le proporcionaron mas socorros de los que él se podia prometer: todo aplaudia su caridad. Se hacia mas aun: se la imitaba. ¿Quien no ha de creer á vista de esto, que un continuado milagro multiplicaba las limosnas entre las manos de este hombre depositario de la confianza pública? Bien se puede asegurar, que los mas poderosos monarcas no se atreverian á emprender lo que él executó. Por sus vigilantes cuidados no carecia de nada un pueblo entero, á quien le faltaba todo, como no fuesen las debidas expresiones para corresponder á tantos beneficios. Semejante á aquellas benignas nubes que fertilizan á todas las partes del mundo con sus útiles y saludables aguas, repartia desde París, en donde le habian fixado sus ocupaciones, y en donde solo una de sus fundaciones se veia ser un general recurso para todos los desgraciados (1), los tesoros de la caridad en Francia, Lorena, Flandes y todo el Mundo. No tardarán en asaltar hasta estas nuevas centellas del precioso fuego que le abrasaba. Baxo el estandarte de la caridad acababa de juntar un gran número de Virgenes fervorosas, que se consagraron á los mas humildes ejercicios y á los sentimientos mas sublimes. Sal,

(1) El Hospital general.

sal tú congregacion útil y necesaria, sal en medio de los aplausos de la Iglesia para ser el modelo de la piedad, el ornamento de la fé y el honor de la humanidad. Y vosotras dichosas ciudades, reynos y provincias, acudid, acudid á recoger el espíritu de nuestro Santo en el tierno zelo de esas heroínas christianas, destinadas á servir al mundo en un nuevo género de apostolado. ¡Que humildad! ¡Que ardor! ¡Que constancia! A mí me parece que estoy viendo en ellas la caridad dulce, oficiosa, paciente, activa, é invencible con todos aquellos caractéres propios de esta singular virtud. Sí, en los tristes parages en donde yacen todo género de miserias, es donde se fixan y concentran esos generosos y desinteresados corazones. El sexó olvida su delicadeza con el fin de sobrepujar á la naturaleza, y no escuchar mas que á la Religion. Pero, ¿acaso debe admirar su heroísmo? No por cierto: los corazones formados á imitacion del de nuestro Santo, solo deben producir milagros. ¿Y que milagros de caridad no multiplican á nuestra vista esas generosas Martas? Sin embargo, no penseis que la extension de su ministerio iguala á la de su fervor, siempre uno mismo. En efecto, donde ellas no participen, ó no quieran participar de las desgracias, es evidente señal que no hay infelices. Ah! Publique en horabuena un solo pueblo los beneficios de las Isabeles y de los Tomases de Villanueva: la Iglesia toda, el universo y todos los siglos se interesarán, como en efecto lo hacen, para publicar los beneficios de *Vicente de Paulo*. Habien-

biendo formado muchas almas á su imitacion, se adquirió justamente la admiracion y el reconocimiento de todos los hombres. *Elemosinas illius enarrabit omnis Ecclesia sanctorum.*

¿Se atreverá el odio y la venganza á levantar el grito contra esta voz general? En vano lo intentará: una caridad desinteresada y activa, útil siempre é inagotable, debe ser otro tanto mas superior á la censura quanto lo es á los elogios mismos. Los que correspondian justamente al heroísmo de su caridad, se debian tambien á la integridad de su fé. Que se presenten, pues, que se presenten esos injustos enemigos de nuestro Santo, y serán todavia humillados, aterrados y confundidos. *Inimicos ejus induam confusione.*

La fé es el primer carácter de un christiano, y debe ser la primera virtud de un Santo. En todos tiempos formó esta virtud solitarios, apóstoles, mártires y doctores. Aquellos en los quales son sus enemigos mas poderosos, se debe mostrar mas viva, animada y firme en sus discipulos.

Como sumamente fiel á esta fé, que es la que heredó de sus padres, hizo resplandecer nuestro Héroe sus sentimientos en todas las ocasiones de su vida. *In fide sua probatus est propheta* (1). En Aquitania fué el discípulo de esta virtud; en Africa el panegirista; en París el defensor, y el modelo en toda su conducta. Su singular zelo por los intereses de la fé, le unió santamente á los trabajos de todos aque-

(1) Eccli. 46. 17.

llos que peleaban por defenderla: esto es, á los trabajos de Bernla, Olier, Bourdoise, Vachet, Lumague y Miramion. El la consiguió apóstoles hasta en el nuevo mundo. Su fé era igual á la de un Noé, un Abraham, un Jacob y un Eleazar *In fide sua probatus est propheta.*

Su fé era siempre humilde como que nunca se confiaba de sí misma. Yo soy el último de los hombres, decía á sus discípulos, y me llamáis vuestro fundador y padre. ¡Ah! No me deis ese nombre tan honorífico y vanidoso. Sacerdote de Jesu-Christo es mi único título. Hombre y pecador son las qualidades que me asisten. El lugar que me corresponde ocupar, es el último de nuestra congregacion.

Vosotros, quien quiera que seais los que la componeis, y que conoceis muy bien sus virtudes como que las imitais mejor que yo, podreis decir qual era la humildad de su fé. Los honores de la Iglesia, que reusaba, la obscuridad de su origen, cuya memoria no solo deseaba tener presente, sino que le parecia tener en ella su mayor gloria, aquella evangélica simplicidad, que invariablemente conservó en el mundo y en la corte, y otras muchas circunstancias que concurren en él, son muy á propósito para probar, que una fé siempre humilde fué la causa, no solo de su mérito sino de su perpetua y activa caridad.

La fé de este gran Santo, pues, siempre era pura. Ninguna obscuridad pudo eclipsar á este luminoso astro en su peligrosa carrera. Es tal la pureza de su fé, que el testimonio de *San Vicente de Paulo* es en nuestro siglo el oráculo

sobre quien está apoyada la Iglesia para defender la fé de la bienaventurada Chantal, y proponerla para nuestra imitacion.

Ademas de esto, es innegable, de que su fé resplandecia siempre por todas partes. Las cátedras teológicas resonaron con sus expresiones: los reyes y la clerecía de Francia se aprovecharon de sus talentos, y toda la Iglesia creyó que debía aplaudir su erudicion. Erudicion á la verdad respetable, como lo demostró el príncipe de Condé; pero no aquel cuyo nombre bastaba para inspirar terror á los enemigos y á quien se le puede dar el título de héroe y Alexandro de la Francia, sino al digno padre de tan glorioso hijo. A aquel fué á quien dió nuestro Santo las mas decisivas pruebas de una sabiduría universal. De modo, que siendo el príncipe de Condé el apoyo de la regencia por su zelo, prudencia y autoridad, tenia especial gusto en empeñarse con nuestro Héroe en las mas acaloradas y abstractas disputas. Los asuntos mas intrincados de la Religion eran el motivo de ellas. Le preguntaba al Santo con malicia, se le examinaban con severidad sus respuestas, se le estrechaba vivamente, y se le contradecía con sutileza. Seguro de sus principios, sólido en sus pruebas, esclarecido en sus razonamientos y justo en sus conseqüencias, respondia sabiamente, se explicaba con precision, refutaba con fuerza, triunfaba con modestia, y vencedor admirado por un príncipe, que era él mismo la admiracion de los sábios, logró oír de su boca lo mucho que se complacia en haber hallado

do un Santo que no se desdénaba de instruirle.

Yo, señores, citaria con gusto una infinidad de testimonios si me fueran precisos para apoyar tan magnífica y constante idea. Sin embargo, nombraré solamente al Ambrosio y al Agustín de la Francia. Con el primer nombre se reconocia á Francisco de Sales, cuya santidad igualaba en aquel pontífice á la ciencia, habiendo vencido á la heregia por la uncion de su dulzura, y sido el oráculo de la corte, el apóstol de Saboya y el defensor de la Iglesia: este nuevo Elías buscaba otro Eliseo que pudiese transmitir su espíritu al pueblo santo que acababa de formar. ¿Sobre quien recaerá su eleccion? Ah! No conocia, como él mismo dixo, sino á *Vicente de Paulo*, que fuese á propósito para sostener en la Visitacion su primitivo fervor: á lo que Francisco de Sales entendia, era nuestro Santo un vivo exemplo de todas las virtudes. Pero ¿acaso habia confiado el obispo de Génova el gobierno de su nueva órden al zelo de un hombre, cuya fé no hubiese sido igualmente segura y luminosa que la suya? No podia un Santo escoger sino á otro Santo para perpetuar mas allá de sí mismo tanto su zelo como sus sucesos. Francisco de Sales veia revivir en nuestro Héroe las virtudes de medio siglo: y si el órden de la Visitacion reverencia con justa causa al primero como su fundador, tambien debe venerar al segundo como propagador suyo.

Permítaseme añadir al testimonio de este nuevo Ambrosio, San Francisco de Sales, el

de

de Bossuet, que es en este caso como el de otro Agustín. Si, el de aquel hombre digo, cuyo sublime y magestuoso ingenio, y cuya superior y patética eloqüencia eleva, transporta y arrebatá. Historiador conciso, teólogo profundo é invencible controversista, respetaba en nuestro Santo, como él decia, una *guia y un maestro*. Es de maravillar, que se confunda aqui el elogio del maestro con el del discípulo. El haber tenido á Bossuet por admirador y por discípulo, es para *Vicente de Paulo* una gloria tan singular, como fué la que logró San Basilio el Magno por haber tenido por panegirista á San Gregorio Nacianceno.

En fin, estos honoríficos testimonios debian de ratificarse por el de la Iglesia, que es aun mucho decisivo. Agobiado nuestro Santo con el peso de su edad, terminó su penosa, larga y brillante carrera, llegando casi á ser el tiempo de su muerte el mismo de su culto: el templo depositario de su precioso cuerpo, vé salir de sus sagradas cenizas una poderosa virtud con la que llena de confianza á los corazones de los fieles hace desesperar á la heregia, y que sea eterno su nombre y su gloria en los fastos de la Iglesia. En vano intentará la calumnia oscurecerle su reputacion, con las expresiones mas bajas y denigrativas. Lo que únicamente consigue con esto es añadirle nuevos triunfos. Si encuentra *Vicente de Paulo* ingratos en un reyno y en una ciudad, que aun en el dia se aprovechan de sus beneficios, y les desconocen; para eso castiga la Religion á la ingratitud por el culto que consagra y

los

los altares que erige al Héroe de la fé, al apóstol de la humanidad, y al bienhechor de París y de toda la Francia. El nombre de nuestro Santo será siempre estimado de los espiritus despreocupados y de los corazones reconocidos.

El destierro de la ignorancia, la proscripción del vicio y la confusion del error, anuncian y manifiestan desde luego su poder sobre los enemigos de Dios. Su zelo, su caridad y su fé se hallan justificadas por el testimonio de los grandes, de los pobres y de la Iglesia. Estas son, christianos oyentes míos, las victoriosas pruebas que sin oposicion manifiestan el ningun poder de los enemigos de Dios contra nuestro Santo. *Inimicos ejus induam confusione.*

Aprended vosotros, ministros del Señor, aprended de *Vicente de Paulo* el dificultoso arte de instruir á la ignorancia, combatir el vicio y confundir el error. Instruir á la ignorancia con nuestros talentos, combatir al vicio con nuestras virtudes y confundir al error con nuestra sumision, es nuestra obligacion principal. *Vicente de Paulo* es nuestro modelo y el de todos los christianos por su zelo, su caridad y su fé. Su zelo puede tener imitadores en todos los estados: para todos es un verdadero apostolado. Su caridad debe servir de regla á los grandes y á los ricos: por ellos es por quien con especialidad está establecido el precepto de la limosna. Su fé debe ser la de todos los christianos: los discípulos de una misma Religion deben tener los propios sentimientos.

No

No le separéis, hermanos míos, de vuestra memoria: os lo repito encarecidamente una y mil veces. *Vicente de Paulo* es un Santo que casi toca á nuestros dias; y nos condena por ser tan cercano con mucha mas razon que los otros, sino lo somos nosotros mismos. Aprendamos nuestras obligaciones en sus virtudes; pues el llenarlas como nos corresponde, es hacernos acreedores de la recompensa de que él está gozando por una eternidad.

En la Iglesia Paroquial de su mismo nombre.



UNIVERSIDAD
 TOMA DE NUYO
 AL DE BIBLIOTECAS
 Tom. III. M PA-



PANEGÍRICO

DE SAN SULPICIO, ARZOBISPO
de Bourges:

PREDICADO

En la Iglesia Parroquial de su mismo
nombre.

In medio magnatorum ministrabit. Entre
los grandes ejercerá su minis-
terio. *Eccli. 39. 4.*

No siempre lleva Dios por caminos obs-
curos á sus elegidos. La soledad no es la heren-
cia de todos los Santos. Aunque entre los fas-
tos de la Iglesia se hallan los nombres de mu-
chos héroes christianos que se santificaron en
el silencio de los desiertos; tambien es cierto,
que con un ministerio resplandeciente, á la
sombra del trono y de los honores, entre los
grandes de la tierra, vemos otros muchos, que
sin dexar de ser grandes ellos mismos, se san-
tificaron entre el bullicio del mundo.

La solemnidad de este dia, christianos oyen-
tes,

tes, ofrece á vuestra consideracion un Santo
que, sin haber vivido en el retiro, logró ser
contado entre los modelos de la perfeccion
evangélica: un Santo criado entre las delicias
de la corte, y un Pontífice colocado por el cie-
lo sobre una de las primeras Sillas de la Igle-
sia Galicana: un Santo que por su estado se
veía precisado á tratar continuamente con los
grandes: ser testigo de sus vicios sin partici-
par de ellos, é indiferente por los honores que
son el objeto de su ambicion; y un Santo, en
fin, que se ve elevado á las primeras dignida-
des, y no las acepta sino para llenar sus de-
beres, ni se hace tampoco sensible al vano res-
plandor que las es inseparable.

Si señores, en la corte de los reyes, sobr e
el brillante teatro de las grandezas humanas,
sobre el trono de la Iglesia, y en las augustas
funciones de su Episcopado, será donde
Sulpicio haga sucesivamente su ministerio in-
teressante, útil, glorioso é instructivo. *In me-
dio magnatorum ministrabit.*

Sulpicio vivió entre los grandes del mun-
do, instruyéndoles con sus exemplos. *In me-
dio magnatorum. Punto primero.*

Sulpicio vivió entre las grandezas de la
Iglesia, santificándolas con el uso que hizo
de ellas. *Ministrabit. Punto segundo. AVE MARIA.*

PRIMERA PARTE.

El mundo es el centro del vicio. Sus má-
ximas le autorizan, sus exemplos le sostienen
y sus elogios le coronan. La virtud austera

parece en él como forastera, é infinitas veces muy debil para resistir al torrente del contagio que lo arrastra todo ácia sí, y causa en él un triste naufragio. La nociva floxedad, los seductores encantos del placer, el amor á la libertad y la tiranía de la costumbre, parece que se conjuran unánimes para perder á la inocencia.

Pero en el mundo aun encuentra muchos mas peligros la virtud: la corte es la escuela mas refinada del vicio. Los grandes que por sus destinos viven en ella, y á quienes su mismo estado pone en la precision de satisfacer á todos sus deseos, se saben aprovechar muy bien de esta funesta ventaja. Dominados por sus pasiones, y viendo que no hallan obstáculo alguno, solo escuchan y siguen los desarrreglados pensamientos de su corazon. Estas son las únicas leyes que conocen, ó por mejor decir, esta es la única Religion que parece profesan en muchas ocasiones.

¡Ah! ¡con quanta facilidad se comunican las malignas influencias de un ayre contagioso! Es una sutil ponzoña que se desliza y se extiende sin sentir. Su curacion es poco menos que imposible. Apenas nos manifiesta un solo exemplo de ella la multitud de siglos que nos han precedido.

Pero el séptimo nos ofrece justamente uno en *San Sulpicio*. En este siglo tan conocido en las historias de esta monarquía por las fatales revoluciones que se experimentaron en él, por las desgraciadas guerras y por la precipitada muerte de sus soberanos: en este siglo, vuel-

VO

vo á decir, fué en el que se nos manifestó con nuestro Héroe tan maravilloso exemplo. Siglo tan célebre en los anales de la Iglesia por el gobierno de ciencia, virtudes, milagros y obras de S. Gregorio el grande, que fué un eloqüente panegirista de la Francia, conquistador dichoso de la Inglaterra, extirpador del cisma y de la heregía, y oráculo y padre del mundo christiano::: Si, oyentes míos, el séptimo siglo fué el que vió nacer á *Sulpicio*, y admiró sus virtudes. La historia no nos dice el nombre, empleo y qualidades de sus mayores; pero nos dá á conocer la nobleza de su origen. *Ortus à claris parentibus* (1). Por ella sabemos, que desde su infancia se instruyó en las letras divinas y humanas, y que hizo en ellas los mayores progresos. *Is à puero sacris Litteris eruditus*. En ella leemos, que su piedad igualaba á sus talentos. *Omni virtute præluxit*; y que antes de unirse al santuario, tenia ya, en medio del mundo mismo, el espíritu y la vocacion al Sacerdocio: *Etiam Laicus*. Ella nos hace ver también, que apenas se habia instruido quando enseñaba á los demás, y parecia disponerse, por medio de un prematuro apostolado, á las augustas funciones del Episcopado. *Alios instruit*. En ella encontramos, que desde el principio de su vida parece se habia apoderado la gracia de su corazon. *Aderat ei divina gratia* (2). Nos le muestra desde

M 3

su

(1) *In vita Sancti Sulpitii*, anonim. Autor Goetan. Apud Bollad. cap. I.

(2) *In vitâ Sancti Sulpitii*, cap. I.

su juventud en la corte, en donde por su nacimiento mereció el favor del príncipe. *Castris regalibus altus* (1); atrayéndole en ella el heroísmo de su santidad los respetos de aquellos mismos que no le imitaban. *Bonis operibus deditus* (2). La obligacion dirigia sus pasos; y la Religion alejaba de ella su corazon. Declamaba contra los extravíos, y se declaraba por enemigo de los vicios. La conducta de los que estaba obligado á practicar, llegó á ser el contraste de sus costumbres. Vivió como penitente en la mansion de la licencia, como solitario en la de la disipacion, y como Apóstol y Profeta en la de la incredulidad; y de este modo conseguía instruir á los grandes de la tierra por medio de sus virtudes y exemplos. *In medio magnatorum ministrabit.*

La facilidad de entregarse al gusto de los placeres parece que es disculpable en una edad en que nacen las pasiones, y ciegamente se apartan de las reflexiones útiles á quienes tanto temen. Entónces se deleyta el espíritu de independencia en sacudir el yugo de la sujecion, y el corazon agitado conspira en algun modo contra la virtud, aunque en su propio daño. La libertad hace que nazcan los deseos que excita la ocasion y fortifica el exemplo: la juventud piensa que todo lo que desea la está permitido. Así se ve, que todos sus pasos son, como dice San Gerónimo, resbaladizos. *Lubricum adolescentiae iter.* Su ligereza no la de-

(1) *In secunda vita, cap. 1.*

(2) *In secunda vita Sancti Sulpitii, cap. 1.*

dexa percibir sino los atractivos encantos del placer. El veneno fatal que este oculta en sí, no detiene á su espíritu incapaz de atencion. Ella solo considera las flores que cubren el precipicio, y no permite recaigan sobre estas sus distrahidias miradas.

¿Qual será, pues, el modo de obrar de Sulpicio, abandonado á sí mismo en medio de una corte profana y luxuriosa, donde los objetos mas seductores se presentaban á cada paso á sus deseos, y donde para satisfacerles no le costaba mas que abrazarles y fijar su atencion en ellos? ¿Quan dificultoso es que las pasiones que le incitan, los placeres que le llaman y los escollos que le rodean no puedan suspender su razon apenas descubierta! ¿Quien no se ha de persuadir, que triunfarian de su virtud, con otra tanta mayor facilidad, en quanto no era capaz de oponerles una constante resistencia? En este desigual combate sabrá como un nuevo Daniel aterrar á los infinitos monstruos que opone la seduccion á su vigilancia.

Bien sabeis, señores, qual era la corte de Thierry II. En un corto espacio de tiempo habia mudado tres veces de señor esta tempestuosa capital, y tomado sucesivamente los vicios ó las virtudes de sus diferentes reyes. Baxo el gobierno de Gontrano, que era un príncipe piadoso y de ingenio apocado, guerrero mas bien por necesidad que por ambicion; monarca, cuya bondad inspiraba mejor la licencia y desenvoltura que el deber; cuya dulzura y humanidad eran mas bien efecto de la

timidez que de la reflexion : amado de su pueblo, pero sin saberse hacer respetar ; pródigo en favor de los pobres ; demasiado confiado con sus ministros, y en fin, un hombre que mostraba ser un gran santo mas bien que un gran rey : baxo el mando de Gontrano, pues, fué la corte de Borgonia el centro de la politica, de la hipocresia y de la supersticion. En el de Childerberto, que era un príncipe de mucho valor, no se escuchaba mas que su resentimiento y venganza ; en el vigor de su juventud solo hablaba de combates y ambicionaba victorias, siendo la corte al propio tiempo cruel, guerrera y sanguinaria. Baxo el gobierno de Thierry II. que siempre fué un príncipe valiente, aunque muchas veces imprudente y algunas despreciado, no dexaba de serlo sino para dar á sus pueblos el triste espectáculo de un monarca demasiado facil en condescender á extrañas sugeriones : esclavo de un ministro desarreglado y demasiado mañoso para su ambicion : monarca atrevido en sus proyectos : conquistador rápido : vencedor orgulloso, hijo sin sumision y hermano sin ternura : monarca infiel á sus palabras, é inconstante en sus procederés : mas zeloso de sus intereses y de sus gustos, que de su reputacion y de su gloria ; y, en una palabra, baxo el mando de Thierry era la corte de Borgonia la mansion de la intriga, de la desenvoltura, del odio y del furor. En ella se veía una alternativa asombrosa de festejos y de duelos, de confusion y de crueldad, de diversion y de tristeza. Las pasiones mas opuestas entre sí, formaban allí

hom-

hombres sin costumbres y sin sentimientos : hechos á pasar desde los desarreglos á los combates, desde los combates á los desarreglos ; y casi siempre sin respeto á las leyes, á su señor, ni aun á sí mismos.

En aquel tiempo fué quando se dexó ver *Sulpicio*, tiempo en que reynaba en la corte de Thierry, baxo la autoridad de su nieto, aquella célebre princesa Brunehaulda, que fué el singular contraste de las qualidades mas brillantes y de los defectos mas horribles ; muy vituperada por la calumnia y alabadísima por la adulacion : princesa á quien no puede negársela en verdad, ni grandes virtudes, ni grandes crímines. La historia de su reynado encierta una continuada série de horrores ; pero tambien se la debe conceder un consumado ingenio en el arte de gobernar ; una alma grande, capaz de perdonar á la misma perfidia ; un firme carácter, á quien no pudieron abatir los reveses de la fortuna ; un corazon generoso, que conocia el mérito del beneficio ; una piedad liberal y magnífica, que inmortalizan una infinidad de monumentos en los fastos de la Francia y de la Iglesia. Se la reprehenden rasgos de crueldad, meditadas traiciones, iniquas venganzas, excesiva avaricia y la muerte de diez reyes ; se la tacha tambien de una muger, cuyas costumbres estaban llenas de escándalo y de licencia ; pero sus acusadores son los destructores de su sangre y los enemigos de su gloria ; sus perseguidores y sus jueces, tenian interes en manchar su reputacion ; lo cierto es, que ella era una prince-

sa

na disimulada, política, zelosa, vengativa y tal vez cruel; pero tambien prudente, animosa, activa y constante. Rival temible, muger imperiosa y regente despótica; pero esposa fiel, madre tierna y reyna grande: mas desgraciada que culpable, y digna de ser deseada en muchas cosas; infinitas son las qualidades que la hacen acreedora á las alabanzas (1).

En esta corte tan fecunda en vicios fué donde la Providencia fixó la suerte de *Sulpicio*. En ella es donde empezaron á brillar los primeros rasgos de su virtud. Poco susceptible á los frívolos objetos que se presentaban á su vista, no se descubría su razon, sino para alegrar de ellos á su corazon. En el seno de su conciencia, sentía una imperiosa voz que le decía, que todo quanto percibía no era mas que vanidad. Aun no se conocia á sí mismo, quando ya penetraba la nada de la engañosa fantasma que le rodeaba. Un íntimo sentimiento le habia convencido de que la amargura se seguía al placer, que la inquietud es inseparable de la opulencia, y que no hay verdadera felicidad sino en nuestra Religion sagrada. Convencido de estos sólidos pensamientos, advertía el peligro y le evitaba, vivía en medio del mundo y no era ni su ídolo, ni su adorador. Los abusos que veía reynar imperiosamente, llegaban á ser para él motivos de penitencia. Ya que no tenia que suspirar por sus propias flaquezas, quería castigar en sí mismo los extravíos de los demas. Se negaba

(1) Hist. de Francia del Abate Veli, tom. I.

ba á los festejos de la corte por ir á visitar el sepulcro de los mártires. ¡Que cosa tan admirable! Se afligia por no haber vivido en el tiempo de las persecuciones de la Iglesia para haber menospreciado el furor de los tiranos, y sacrificado su virtud y su vida en honor de la fé. Baxo la brillantez del oro, ocultaba la mortificacion y el silencio. Cada día y á cada instante resplandecía con las señaladas victorias que conseguía sobre los enemigos de su inocencia. *Propositum obtinuit castitatis*. Quanto mas batallaba con él el infierno, mas se resistía. Asombrados los demonios, huían de un héroe que estaba siempre armado para combatirles y confundirles. *Dæmones fugat*. Aquellos favorables instantes que cubre la noche con su negro manto, les escogía él para entregarse, sin que nadie le viese, á una fervorosa contemplacion. *Silentia noctium profunda cum fierent* (1). ¡Ah! El vivir sin hablar á su Dios, sería para él lo mismo que sino viviese. El tiempo que le quitaba una ventaja tan preciosa como esta, le era muy sensible. Como víctima de la mortificacion mas austera, consagraba á los ejercicios de la oracion las horas destinadas para la dulce tranquilidad del reposo. Pero ¿que reposo? El espíritu de penitencia le quitaba de él lo que la misma necesidad exígia concederle. Una cama de zarzas y espinas era lo que oponía nuestro Santo á la suma delicadeza de los cortesanos. ¿Quantas veces se quitó el sueño que le agob-

(1) *In vita Sancti Sulpitii*, cap. 2.

biaba y rendia? *Somnis spretis*. ¿Quantas veces amaneció el dia encontrándole en éxtasis al lado del Santuario? Tales son, señores, para *Sulpicio* las diversiones de su infancia. *Hic ludus ejus infantie* (1). La oracion y la penitencia, son armas muy poderosas contra las pasiones y vicios de la corte. Mas ¿con quanta atencion procuraba ocultar aquél héroe á los ojos de los grandes y del príncipe, tanto los ejercicios de su fervor, quanto el ignorado lugar donde los hacia, que era el único é inexcusable testigo de ellos? *Sanctum elaborabat propositum occultare* (2).

Entre los horribles despojos de las sangrientas guerras que la Francia habia experimentado, permanecian los tristes residuos de un templo cuya ruina aun no habia reparado el zelo. *Ecclesia penè diruta* (3). Guiado por la piedad, se dirigió á él para olvidar el espectáculo seductor de una corte licenciosa. *Per noctare pergebat* (4). A vista de él contemplaba con la amargura de su corazon lo que habian sido aquellos altares y lo que eran: allí era donde mientras la obscuridad de la noche redoblabá los rigores de su penitencia. ¡Oh! ¡quan dichoso se creeria él si pudiera regar con su sangre una tierra en donde le descubre su fé casi borrado el rastro de la sangre de Dios! ¡Quanto hubiera celebrado poder juntar aquellas piedras dispersas, y dar á aquel templo del

(1) *In vitá Sancti Sulpitii, cap. 1.*

(2) *Ibid. cap. 2.*

(3) *In vitá Sancti Sulpitii, cap. 2.*

(4) *Ibid.*

del Dios eterno con sus propias manos el primer esplendor y magestad que antes tenia! A su fervor se le figuraba que la noche se acababa demasiado breve. Dexando aquellos piadosos ejercicios aunque á pesar suyo, se iba á la corte, y no llevaba á ella sino reflexiones melancólicas y sumo disgusto; pero obligado á hacerlo así, se veía ser el modelo de toda ella. En efecto, señores, es de admirar que un cortesano sea un santo. La brillantez del trono, cuyos rayos reflexan sobre los que le rodean, no deslumbraban á *Sulpicio*. Tan enemigo del fausto como del orgullo, se contenia dentro de los límites de la modestia y de la simplicidad: el único placer que tenia en la corte era el de no concederse ninguno de los que habia en ella: el exemplo, que es el tirano mas imperioso, no influía nada sobre él. Un Dios crucificado era el modelo que se habia propuesto: el participar de su cruz era el colmo de la felicidad á que aspiraba *Christo confixus sum cruce* (1).

¿Se mantendrá siempre acaso esta heroica virtud de *Sulpicio*? Lo cierto es, que el mundo tiene muchos encantos para seducir los corazones. La disipacion es uno de ellos: quanto mas peligrosa parece que lo es menos. Pero yo no debo temer nada de nuestro Héroe. Su corazon está en su Dios de quien jamas le apartarán. Si fué penitente en la mansion de la licencia y del desenfreno, tambien será solitario en la de la disipacion.

(1) Galat. 2. v. 19.

Y tú, ó tumultuosa region, en donde las pasiones del corazon mantienen los espíritus en un movimiento continuo; donde la ambicion está siempre atenta para elevarse en perjuicio del mérito y ocuparse sin cesar en atar el nudo de mil intrigas; donde la política, inagotable siempre en sus recursos, piensa á un mismo tiempo formar proyectos sigilosos y penetrar hasta la violacion de los de los demas; donde la envidia, interesada siempre en la destruccion ajena, no estudia mas que en derribar á sus dichosos ribales; donde el ansia de adquirir protectores, empeña en una multitud de debéres proscriptos siempre por la decencia, y desempeñados muchas veces por la fuerza; donde la esperanza del favor y el temor de las desgracias precipitan á un abismo de inconseguencias que á cada paso se renuevan, y parecen no prometer una felicidad futura sino á costa del bien presente; donde el vario espectáculo de los objetos, la rápida sucesion de los acontecimientos, el principio y ruina de las fortunas, quitan el hombre al hombre mismo; corte de los príncipes, abundante region en falsedades, en monopolios y en perfidias; donde la disipacion es el menor de los abusos y la falsedad el vicio mas pequeño; corte de los príncipes, mansion del desasosiego, de la turbacion y de las tempestades; á tí te digo, ¿que vienes á ser con todo ese aparato en comparacion de *Sulpicio*?

La corte, pues, es para él una nueva Tebayda, y admirado el mundo le parece que contempla en este Héroe otro Antonio. Siempre

pre le advierte el mismo fervor, la misma humildad y el propio recogimiento. El resplandor de su reputacion iguala ya al de su mérito. Desde la corte de Borgonia pasó á la de París. *Clarescere cepit* (1). Todas las provincias de este reyno, están llenas de su gloria y de su nombre. *Fama longè lateque dispersa* (2)... Pero aunque ingenioso para ocultarse á aquella rápida multitud tras la que se dexan arrastrar gustosos los hombres propios de corte, no esperéis que afecte el exterior de una virtud poco sociable. No por cierto: él se niega al mundo como sabio y se presta á él como benéfico: trata con los hombres sin alejarse de Dios: en medio de las disipaciones, forma una soledad en su corazon: entregado siempre á sí mismo triunfaba tanto de los objetos exteriores que le incitaban, como de los malos pensamientos que le podian sobrevenir. Sabia gozar de un pacífico retiro entre las ocupaciones mas propias para turbarle. Ya que su destino no le permitia vivir como solitario, tenía por lo menos el deseo de conseguirlo.

Pero hablemos con mas propiedad. *Sulpicio* supo romper los vínculos que le tenían ligado á la corte. *Laqueis sæculi ruptis* (3). En un retiro doméstico se habia hecho su fervor, como dueño de sí mismo, una impenetrable muralla á las ilusiones del mundo. *Domestica*

so-

(1) *In vitâ Sancti Sulpitii*, c. 2.(2) *Ibid.*(3) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 2.

solitudo (1). Como ardiente contemplativo, apenas le bastaban los mas largos dias para el dulce comercio que tenia con su Dios. *Dulce contemplatione* (2). ¡Quantas maravillas podria yo decir acerca de esto! Mas la humildad de nuestro Santo, quiso quitar á nuestra curiosidad y contemplacion la relacion de los favores sobrenaturales que acompañaron á su retiro. Retiro por cierto tan recomendable, que no le interrumpia sino para entregarse á los mas Santos ejercicios de la Religion; dulcificar tanto con sus liberalidades quanto por medio de sus discursos el miserable estado de los desgraciados hombres, á quienes ó la justicia tenia privados de su libertad, *multos, vinculorum pœnis liberare* (3), ó la desfallecida naturaleza habia hecho recogerse á los asilos abiertos á la indigencia; *miseris auxilium ferre* (4). Sí, hermanos míos, el destruir en Berry las reliquias de la idolatría mal subyugada, ó renaciente de sus propias cenizas, eran las santas ocupaciones que llevaban la mayor parte del retiro de nuestro Santo y de sus diversiones.

¡Digna obra de un hombre á quien el cielo queria llevar hasta el honor del sacerdocio y del episcopado! En efecto, *Sulpicio* fué llamado al ministerio de los altares; el deseo y la piedad le dirigian por este camino: llegó por fin el precioso instante de una decidida

(1) Ibid.

(2) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 2.

(3) Ibidem, c. 3.

(4) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 3.

vocacion: en la voz de un virtuoso pontífice le parecia que oía la del mismo Dios. El ilustre y piadoso primado de Aquitania, que era el exemplo y la gloria de Berry, y el santo obispo de Bourges Austregisilo, que era admirador de *Sulpicio*, enterados de sus designios le embiaron á Thierry II. Representóle aquel último prelado, que un hombre que era el ornamento de la corte, lo seria precisamente mas bien del santuario. *Oposuit Austregisilius* (1). Quedóse indeciso el monarca, pues, como honraba y amaba á nuestro Santo. Sentia perderle. Sin embargo respetaba su vocacion, y así condescendió con sus religiosos deseos, y con los sabios consejos de Austregisilo. Permite, pues, á *Sulpicio* que siga la voz del cielo, y desempeñe su vocacion. *Regia defertur auctoritas* (2). ¡O que luz tan brillante se va á descubrir en la Iglesia de Bourges! Desde sus primeras órdenes exerció las respectivas funciones del Sacerdocio. Como ministro fiel, no tardó en ser el apoyo y el recurso de la Religion, el consejo, el alma y el consolador de Austregisilo. Apenas se dexó ver este nuevo astro de la clerecía de Berry, quando todo mudó de semblante. Disipar las tinieblas del error, destruir el escándalo y hacer que triunfase la virtud, fueron los primeros sucesos de su zelo. Mas por muy grandes que estos sean, me admiran menos que el espíritu de recogimiento que emprendió como parte principal

Tom. III.

(1) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 3.(2) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 3.

de todos los trabajos. Prestado enteramente al Pueblo sin dexar de velar sobre sí mismo, ninguna cosa podia turbar la paz de su corazon. Llevaba consigo la soledad aun en medio de las funciones mas propias para distraerle de ella.

Al pontífice y su discípulo les animaba una noble emulacion. El uno hacia hablar la voz de la autoridad, y el otro empleaba el lenguaje de la persuasion. El primero mandaba con dulzura, y el segundo incitaba con su bondad. Aquel establecia utilísimas reglas y este las hacia observar. El pontífice enseñaba con sus escritos y su discípulo movia con sus predicaciones. Ambos juntaban los exemplos al zelo, y los beneficios á la instruccion. De este modo dividian Pablo y Timotéo las funciones del ministerio, y aseguraban con sus sucesos el triunfo del Evangelio.

Mas el mundo envidiaba ya á la Iglesia el héroe que poseia. Este se habia desasido de la corte de Thierry, y fué llamado á la de Clotario. Ah! Si no hubiera consultado mas que á su zelo ¿quantos esfuerzos hubiera hecho para que no recayeran sobre él las gracias del príncipe? Pero es menester obedecer. El deseo de los reyes es como una órden indispensable. Aquí teneis ya, pues, á *Sulpicio* vuelto á su primitivo estado; esto es, á aquel estado tan peligroso que nunca dexó de temer. Mucho mas que nunca se propuso caminar por las sendas de la justicia. Ninguna cosa habrá que le pueda hacer mudar de sistema. Siempre será el mismo penitente en la mansion del li-
ber-

bertinaje, solitario en la de la disipacion, y apóstol y profeta en la de la incredulidad.

Dios no quiere, que por medio de un zelo indiscreto venga yo á recordar á los grandes los vicios que no tienen. Si la incredulidad reyna en la corte de los príncipes, tampoco se verifica universalmente en quantos la habitan. Si ya no gozamos de aquellos felices dias en que la fé triunfaba de todos los corazones, no limitemos sus conquistas en términos tan estrechos. Lo cierto es, que ella cuenta sus héroes entre los grandes como entre el pueblo. Pero tampoco lisongemos al hombre en sus defectos. Confesemos que su soberbia razon gusta muchísimo de abrirse una senda libre en perjuicio de la Religion. ¿Quantos grandes con menos conocimientos tal vez que el resto de los hombres, aunque mas á propósito para preocuparse, no quieren otros maestros en la fé que á sí mismos? Una preocupacion forma sus opiniones, y estas son para ellos unas leyes que les precipitan en mil extravíos. La fé verdaderamente estará sujeta en este caso á las débiles luces de la razon: á esta la vence la tirania de las pasiones, y las pasiones vienen á ser el principio fatal de la incredulidad. Los grandes que creen saberlo todo, confiesan muchas veces por sí mismos, que de ninguna cosa ignoran mas que de las cosas de nuestra verdadera creencia.

La corte de Clotario II, habia puesto mucho cuidado en el olvido de la Religion, en el menosprecio de sus leyes, de sus deberes y de sus sentimientos, por la indigna madre de
N 2 aque

aquel virtuoso príncipe. Reyna odiosa por cierto, cuya muerte acababa, en fin, de terminar la carrera y los atentados; pero que su espíritu parecia que aun la sobrevivía para la infelicidad de la Francia. Hablo, señores, de la famosísima Fredegonda, cuyo ingenio parecia que se habia consumido en discurrir proyectos horribos, y que intrépida siempre para el crimen habia coronado los mas viles excesos con otros aun mucho mas horribles. Una corona conservada por la firmeza de su conducta; un esposo restablecido por medio de sus intrigas sobre el trono de que le habian hecho caer sus maldades; una menor edad sostenida con toda la industria de la mas refinada política; una regencia memorable por dos victorias, y el haber asegurado á su hijo el reyno de Borgoña, no serán nunca méritos bastantes para borrar las siniestras impresiones que han hecho contra ésta fogosa princesa las iniquas tramas de su ambicion, los trágicos espectáculos de sus venganzas y las sangrientas escenas de su crueldad y de sus furiosos. Por tal qual rasgo de prosperidad y de gloria, nunca se podrá olvidar jamas, que Fredegonda hizo perecer al rey su esposo; y que no se avergonzó de inmolar á su embidia dos reynas virtuosas; dos hijos del rey, y otras mil victimas illustres. El justo horror que deben inspirar tantos atentados, no será nunca disminuido por el vano resplandor de algunos sucesos. Merecerá en su siglo el aborrecimiento público, y en todos los restantes se verá el nombre de Fredegonda manchado con los odio-

supa

2 VI

sos

sos títulos que caracterizan á una reyna indigna de serlo, á una muger que casi se puede llamar monstruo, y que por lo mismo está justamente abandonada á la exécracion de la posteridad.

La muerte de Fredegonda aun no habia purificado en la corte de Francia el ayre pestilencial que habia hecho respirar el contagio de sus exemplos. *Sulpicio*, pues, no ignoraba nada de esto. El mismo se habia bosquexado la pintura fiel de la mansion que debia habitar; y así, valiéndose de su piedad, arregló su conducta sobre este quadro. Confióse á sus cuidados un importante y delicado empleo, que le hacia ser mirado con respeto de todas las órdenes y gerarquias del reyno. Este se reduxo á haberle nombrado por gefe y cabeza de todos los Levitas y Sacerdotes, que el ministerio de los altares une al príncipe y fixa, digámoslo así, en su palacio. En él se van á poner todas las atenciones y cuidados. Mas ¿lo deberá temer? No por cierto. Firme en la piedad, inmóvil en la virtud, y como roca inmutable entre las olas de una mar continuamente agitada, atraerá la calma. Tanto por sus exemplos quanto por sus discursos, vendrá á ser el teatro del orgullo, de la licencia, de la insensibilidad, de la venganza y de todos los vicios; el santuario de la humildad, de la penitencia, de la caridad, del perdón de las injurias y de todas las virtudes.

En efecto, señores, del mismo modo que pareció San Pablo en el Areópago, se presentó *Sulpicio* en la corte de Clotario II. Pablo

N 3

ins-

instruía á los filósofos, *Sulpicio* ilumina á los cortesanos. Las obras de uno y otro vienen á ser una misma. Valiéndose Pablo de la fuerza de su predicacion, sabia hacerse absoluto señor de los espíritus mas extraviados: y *Sulpicio* merece por la prudencia de su zelo las alabanzas de los hombres que mas interés tenían en censurarle. Pablo obscurece á las lumbres mas brillantes de la Grecia. *Sulpicio* encanta y persuade á los pretendidos oráculos de la corte. Pablo anuncia el Dios á quien adora Atenas sin conocerle: *Sulpicio* se atreve á decir, que la corte no adora al Dios que reconoce. Como era tan hábil para pintar la notable diferencia que hay de lo que son los grandes á lo que deben ser, no necesitaba su eloqüencia para confundirles de otra cosa que á ellos mismos. Todos hallaban en él un censor caritativo, una prudente guía, un oráculo y un modelo. A todos prescribia sabias reglas para conducirse por el áspero camino de la virtud. Muchas veces les atraía á sus deberes y obligaciones, y siempre les exórtaba á que no se apartasen de ellas. *Hortabatur ne legem amoverent á corde suo* (1).

Y á vosotros, ministros del Señor, que habeis sido llamados á la corte para desempeñar en ella las funciones del mas augusto ministerio, ¿quantas importantes lecciones os ha dado *Sulpicio* sobre las estrechas obligaciones, y los deplorables abusos de vuestro estado? ¿Con quanta dulzura (pero con que firmeza)

(1) II. Mach. 2. v. 8.

os repite, que vuestro zelo debe ser siempre superior á las baxezas de un vil interes; que el adelantamiento de vuestra fortuna, no debe ocupar tanto vuestra atencion como la gloria de vuestro Dios; que las riquezas son muchas veces causa del suplicio de aquellos que las poseen, y que los bienes de la Iglesia, de que sois los depositarios, no están en vuestro poder sino para repartirles entre la indigencia? Su zelo os mueve, y su santidad os persuade. En vuestro superior hallais una viva imágen de vuestras obligaciones. Vosotros leéis en su corazon todos los sentimientos que procura grabar en los vuestros. *Hortabatur ne legem amoverent á corde suo*.

A vosotros, á quienes el esplendor de vuestra nobleza, la superioridad de vuestra gerarquía, el crédito y la autoridad os hacen la mas brillante porcion de la corte; vosotros, que, divididos entre los penosos trabajos de la guerra y los dulces encantos de la paz, no seguís en uno ni en otro tiempo, sino el torrente de una desenfrenada licencia; vosotros, á quienes el nuevo espectáculo de un apóstol en la corte os da ocasion para burlarse de él; decidnos, decidnos pues ¿con que invisible cadena os atrae y sujeta *Sulpicio*? Decidnos ¿en que consiste que tenga su eloqüencia para vosotros mayores atractivos que los deleytes? Ya veis que él os representa á vosotros por vosotros mismos: os descubre vuestros torcidos caminos; vuestras pérdidas disimulaciones; vuestra cruel ambicion; vuestros vicios y vuestras pasiones. Ello es que en nada

os lisonjea y vosotros no podeis resistirle; sus discursos son otras tantas llamaradas que penetran los secretos lugares de vuestros corazones, y les muda. ¿En que puede esto consistir? ¡Ah, hermanos míos! Yo creo que no pende en otra cosa, que en que la conducta de *Sulpicio* reprehende eloqüentemente á la vuestra; y que las leyes que os impone con prudencia, se las impone á sí mismo con severidad. *Hortabatur ne legem amoverent à corde suo.*

¡Quanto siento el no tener una pequeña parte de los talentos que distinguir á nuestro Santo para emplearles en bosquejar el interesante quadro de sus sucesos! La corte está llena de admiracion de ellos. Apenas puede creer las maravillas de que ha sido testigo: pero aun la van á sorprender otras nuevas y no mas pequeñas. Admira en *Sulpicio* un apóstol, y ahora va á ver en él un profeta.

Ah! ¡en que estado tan deplorable se hallaba entónces la corte! Clotario II era tranquilo poseedor del trono y único monarca de la Francia, aunque casi siempre dividida entre diferentes soberanos desde la muerte de Clovis, estaba criado entre los estragos de la guerra, y era hijo de un desgraciado padre y de una madre perversa. Niño en fin todavía, quando ya era conquistador; de modo, que este monarca formaba las delicias de sus vasallos despues de haber sido el terror de sus enemigos. Como se hallaba adornado de un grande entendimiento era amigo de las letras; un rey filósofo y filósofo christiano, reparaba

ba con la dulzura de su gobierno las bárbaras providencias que habia exigido de él la imperiosa Fredegonda. Severo alguna vez por necesidad; bienhechor siempre por inclinacion; remiso en castigar y fácil para perdonar; consumado en el arte delicado de reynar; valiente sin imprudencia; prudente sin disimulo; moderado sin baxeza, y condescendiente y afable, gozaba de la confianza de sus pueblos. Una equidad inflexible, una inalterable dulzura y una piedad sincera y juiciosa, le atraían los respetos públicos. El cuidado que tenia en restablecer las leyes á su antiguo vigor y la sabiduría de sus reglamentos, le hacian acreedor á ser contado con honor entre los legisladores: era caritativo con los pobres y los desgraciados, liberal para con los templos del Señor, zeloso por la observancia de los santos cánones, y eficacísimo protector de la virtud y de aquellos que la profesaban, recibiendo por lo mismo otros tantos elogios, quantos eran los beneficios que repartia. De tal suerte, que aun quando la monarquía general de la Francia no le hubiera sido concedida por los derechos de la sangre, la hubiera adquirido por la unánime voz del reconocimiento.

La felicidad del estado era la del Monarca. ¿Por que no habrá sobre la tierra una felicidad sin turbacion y sin amargura? Por todo el reyno se extendió un espantoso sentimiento y consternacion con un acontecimiento fatal. Las sombras de la muerte rodeaban el trono. Clotario II fué herido, y á impul-

sos del golpe, cayó y espiró. *Rex crudeli afficitur morbo* (1). Desde aquel punto no anunciaba ya al príncipe aquel arte que se alaba de curar á los hombres, sino su imposibilidad y los espantosos horrores de la muerte. Ya casi no dexaban percibir en la respiracion (que es como precursora débil de algun tiempo mas de vida) sino un monarca á quien se le escapaba la corona de su cabeza. *Præcepit ad mortem festinat* (2). Figuraos en este lance lo que es tan difícil de pintar; quiero decir, imaginaos á la reyna agobiada con la fuerza del dolor, casi muriéndose á los pies del monarca que veia espirar. *Regina deflet* (3). La corte envuelta en llanto, llena de sentimiento y toda la Francia turbada y llena de dolor. *Turbatur domus* (4). Ya parece que hemos llegado al momento en que se van á manifestar todas las desgracias con que ha gemido el reyno por tanto tiempo: ya se representaba la horrible pintura de las terribles guerras que iban á destrozar el corazon del estado: ya se empezaban á susurrar los partidos, presagio muy funesto de las próximas disensiones. Parecia que el monarca y el reyno iban á ser sepultados en un mismo sepulcro.

¡O infeliz Francia! depon, depon tus temores. Como libertador del príncipe y del estado detendrá *Sulpicio* el rayo que os amenaza-

- (1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 12.*
 (2) *Ibidem.*
 (3) *Ibidem.*
 (4) *Ibidem.*

naza. Su modestia le impidió manifestarse desde luego á vuestras imprecaciones. *Ad virum concurrunt* (1). A él le pareció dudar del poder que tenia despues de Dios. Pero no podrá ocultaros sus lágrimas y sus oraciones. *Fundit preces* (2). En un profundo retiro redoblará los rigores de su penitencia y el fervor de sus súplicas: no interrumpirá la austeridad de sus ayunos, sino quando el cielo se muestre propicio á sus deseos. No consideréis ya, ó consternados habitantes de la corte, no consideréis ya á vuestro rey sobre el lecho de la muerte: esta ya se ausentó: *Sulpicio* os anuncia el feliz momento en que va á revivir para su pueblo el monarca mas querido y mas digno de serlo. *Pollicetur* (3). En efecto, habla el Santo y llega el dia prometido y esperado. *Dies adest expectata* (4). Verifícase el oráculo. *Promissa complentur* (5). Escápase el príncipe del peligro que le amenaza; y vive despues para bien de sus vasallos, tranquilidad de su império, interés de la Religión y gloria de *Sulpicio*.

Hasta la misma incredulidad, como testigo de este prodigio, no puede negar á nuestro Santo su admiracion y su respeto. Todo el mundo apláude su triunfo. *Omnium manibus glorioso triumpho attollitur* (6). El divide con su

- (1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 12.*
 (2) *Ibidem.*
 (3) *In vitâ S. Sulpitii, c. 22.*
 (4) *Ibidem.*
 (5) *Ibidem.*
 (6) *Ibidem.*

príncipe el amor de todos sus vasallos. *Carus omnibus* (1). Toda la Francia se juzga dichosa por poseer en él otro Isaias. Su reputacion se extendió por toda la Iglesia; pero él temblaba al mirar su reputacion y su gloria. Quisiera borrarla, si pudiera; pero lo intentaba inútilmente. El reconocimiento no permitió al príncipe que escuchase la humildad del Santo. Presentóse la ocasion de coronar el mérito y aprovechóse de ella Clotario: en una palabra, *Sulpicio* fué elevado á las primeras dignidades del Santuario ::: Yo entro sumamente gustoso á considerarle entre los honores de la Iglesia despues de haberle admirado entre los del mundo. Como penitente en la mansion del libertinage, solitario en la de la dissipacion, y apóstol y profeta en la de la incredulidad, vivió entre los grandes de la tierra y supo instruirles por medio de sus exemplos. Obtiene las grandezas de la Iglesia, y las santifica por el uso que hace de ellas. *In medio magnatorum ministravit.*

SEGUNDA PARTE.

Acababa la muerte de llevar á uno de los mas ilustres Pontífices que la capital de Berry habia contado entre aquellos que habian honrado la Silla de su Metrópoli: á un Pontífice cuyo episcopado puede ser tenido por una de las maravillas del sexto siglo: á un Pontífice recomendable por su nacimien-

(1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 22.*

to y mucho mas distinguido por sus virtudes: en una palabra, á San Austregisilo. Desde aquel instante empezaban ya á mudarse los primeros sentimientos del pueblo en justa veneracion. La memoria de Austregisilo era otro tanto mas preciosa, en quanto se creía por casi imposible darle un sucesor que le imitase. Estaban discordes los votos, y parecia que con motivo de las mas poderosas facciones no se podrian reunir tan pronto. Dividida la Clercia por las intrigas de la corte, suspendia sus deliberaciones y su eleccion. La ambicion de muchos rivales que los sostenian igualmente, retardaban el nombramiento del príncipe:: No permitais, pues, ó Dios mio, la division de los pareceres, sino para fixarlos mas brevemente y con mayor resplandor en una perfecta uniformidad de opiniones. Austregisilo debia ser reemplazado y del modo que pedian sus deseos. Manifiéstase la intencion del cielo: levántase la voz, y unidos todos los votos proclaman con aplauso á *Sulpicio*. La piadosa reyna Sichilda, á quien la historia nos da á conocer con la imágen de la virtud, representó á Clotario la santidad y los milagros de nuestro Héroe, y los derechos que tenia sobre el reconocimiento de su Señor. *Gloriosa ad vivi memoriam revocabat* (1). Solicita, importuna y no se detiene en persuadirle. Consulta el monarca á un mismo tiempo á su Religion y á su corazon, y nombra á *Sulpicio*. Aun le parece una débil recompensa

(1) *In vitâ S. Sulpitii, c. 13.*

sa la primacia de Aquitania, segun la obligacion que reconoce tener al mas santo de sus vasallos. *Emeruit primæ Aquitaniæ sedem* (1). Solo *Sulpicio* es contra *Sulpicio*. Pero ¿que podrá contra él su tímida modestia? No le sirvió de otra cosa que de confirmar mejor lo bien que merecia los honores que rehusaba. Obligado á admitirlo, no solamente igualaba, sino que excedia tambien al mérito de su predecesor. Despues de haber sido el oráculo de la corte vino á ser tambien el ornamento del episcopado. Esta dignidad tiene sus ventajas, mas no siempre hacen ellas el mérito y la gloria de un Pontífice. Esto no consiste en la autoridad que exerce, en las riquezas que posee, ni en las prerogativas que goza: pende sí, en el uso que hace de sus deberes, de sus bienes y de sus privilegios, que es lo que le hace el objeto de las alabanzas ó de las censuras públicas. La autoridad del episcopado debe apoyar el zelo de un Pontífice. Sus riquezas deben arreglar los beneficios de su caridad. Y sus prerogativas no le deben ser conocidas, sino para hacer resplandecer su desinterés. ¿Acaso no habré trazado yo, ó glorioso Santo, al manifestar las obligaciones de un Pontífice zeloso, caritativo y desinteresado, el retrato de tu mismo episcopado? El zelo de nuestro *Sulpicio* triunfa con brillantez por la autoridad que su dignidad le dispensa: su caridad distribuye santamente las riquezas que el episcopado le acarrea: su desinterés le

(1) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 13.

le hace renunciar sin reparo los privilegios que le concede; y así es, que por sus trabajos, por sus beneficios y por su abdicacion, santificó los honores de la Iglesia. *In medio magistratorum ministrabit.*

La autoridad, pues, es indispensable al zelo, y este necesario á la autoridad. Sin ella no puede nada aquel. Reducido á formar proyectos impracticables, no puede extenderse mas allá de sí mismo. Es un fuego que se consume sin comunicarse á otras partes. Es una voz débil que solo se levanta para caer. La autoridad sin el zelo se hace temible por una dominacion odiosa. ¡Quantas veces obliga á los espíritus sin reynar sobre los corazones! En este caso, no es otra cosa que un trueno que despide rayos en lugar de ser un amante que cautivase con sus atractivos. Pero quando el zelo y la autoridad se prestan una fuerza y un mutuo socorro, ¡quan amables y poderosas son sus leyes! Entónces no experimenta el Pontífice contradicciones, sino que consigue sucesos.

Así lo veremos por la conducta de *Sulpicio*. Menos lisonjeado por los honores que se le proporcionaban, que por los trabajos que le esperaban, solo conocerá sus deberes y escuchará su zelo. *Oneri occubuit, non honori* (1). Mas ¿que zelo se igualará al suyo? No hay que temer de que para sostener su autoridad, baxo el especioso pretexto de asegurar la gloria de la Religion, se entregue á las impresio-

nes

(1) *In secunda vita S. Sulpitii.*

nes de un zelo imprudente: no de que como un indiscreto sea siempre enemigo de la paz, porque así lo juzguen sus preocupaciones: no de que sea continuamente perjudicial á la verdad, porque esta vil accion sea como parcial de sus juicios: no siempre falso en su modo de pensar, porque camine sin principios y solo por las sendas de las alabanzas de una falsa conciencia: no siempre desgraciado en sus empresas, porque las trate sin sabiduría, y cause de este modo el peligro: no perjudicial en sus conseqüencias, porque sea inflexible por obstinacion, y se resista á la evidencia misma: no siempre odioso á la equidad é incondescendiente á ella, porque haga resonar el golpe ántes que hablar la Ley ::: No, *Sulpicio* causaba al mismo tiempo las delicias de su pueblo y la edificacion de la Iglesia. Esta aplaudia su firmeza y su prudencia: su pueblo encontraba en él un pastor y un padre. Su vigilancia igualaba siempre á su bondad, y su dulzura no dexaba nunca de ser la regla de su zelo. La Iglesia le llama el hombre del pueblo. *Gregius Pastor*. Su pueblo le llama el hombre de Dios. *Vir Dei* (1). Si sostenia sus trabajos por su autoridad, y si el título de Pontífice le daba sobre los demas espíritus un poderoso ascendiente, tampoco se aprovechaba de estas ventajas para abusar de ellas.

Dos hombres conocidos con un mismo nombre, y casi en el propio siglo, gobernaron

(1) *In secunda vita S. Sulpit.*

ron la misma Iglesia, y merecieron por la sabiduría de su régimen ser ambos colocados sobre los altares. *Sulpicio el Severo* adquirió por la gravedad de sus costumbres un nombre que no le hizo decaer nada la dulzura de su carácter: *Sulpicio el Piadoso* consiguió por la afabilidad de su espíritu un nombre que no impidió en nada á la firmeza de su zelo. Criados uno y otro en la corte de Borgofia, se distinguieron en ella por sus virtudes, y colocados ambos en el episcopado, se singularizaron en aquella capital por sus sucesos. *Sulpicio el Severo* debió su elevacion á Gontrano; y la de *Sulpicio el Piadoso* fué obra de Clotario. El primero se hizo célebre por su eloqüencia y erudicion; y la celebridad del segundo está asegurada con conversiones y milagros. Ambos manifestaron igual solitud y prudencia. El uno restableció la decaida disciplina: el otro la mantuvo en su vigor. Los talentos de aquel fueron útiles al concilio de Macon: la autoridad de este fué respetada por el concilio de Rheims. *Sulpicio el primero* gozó siete años el episcopado: *Sulpicio el segundo* le tuvo tan glorioso, pero mas largo. Por él se señalará é inmortalizará siempre.

Vosotros no dexaréis de oír con edificacion las interesantes maravillas que acaecieron en él. Tan pronto como se le vió, formó su esclarecida vigilancia, zeloso de las leyes y del espíritu eclesiástico en Berry, una claridad sabia, religiosa y útil; y por medio de caritativas reprehensiones, mantuvo su moderacion á los pueblos en tan dulce dependencia.

cia, que mas bien parecia un beneficio que un yugo de sujecion. Le veo ademas, que puesto á la cabeza de los sínodos que juntaba, combatia y desarraigaba los acreditados y envejecidos abusos, reprimiendo asimismo y haciendo enmendar las licenciosas costumbres. Le veo tambien sembrar por todas partes la misteriosa semilla de la palabra evangélica, y recoger los mas saludables y abundantes frutos. *Salutaria semina per omnem terram latius ferens* (1). Y en fin, le veo ensiñar muchísimo con sus discursos, aunque infinitamente mas con sus exemplos. *Multa verbis; plura docebant exemplis* (2). Todo el Occidente tenia puestos sus ojos en él. Sus trabajos son inmensos. La Aquitania y la Francia toda, apenas bastaban para el infatigable ardor de su zelo. Era como otro Josías que por todas partes ensalzaba la piedad sobre las ruinas de la irreligion. *Tulit abominaciones impietatis, & in diebus peccatorum corroboravit pietatem* (3).

¿Que sucedió, pues, quando se presentó entre los Obispos congregados en la capital de Champaña para ratificar las decisiones de los concilios precedentes, y fixar en aquel otras nuevas? El que los mas ilustres metropolitanos de la Iglesia Galicana, qual eran un Sonnace de Rheims, un Thierry de Leon, un Sindulfo de Viena, un Modegisilo de Tours

(1) *In secunda vitâ S. Sulpit.*

(2) *Ibidem.*

(3) *Eccli. 49. v. 3. y 4.*

y un Richet de Sens le representaban como á Doctor y oráculo de la Religion. *Religionis Doctor* (1). Parecia que *Sulpicio* dictaba á los Aarones y Onías de su siglo las sabias leyes que prohiben la enagenacion de los bienes consagrados al Santuario: las que castigan las intrigas de los levitas contra los pastores; las que exterminan el resto de la heregia en las Gaulas; las que excluyen de los cargos públicos á los hombres sujetos con los lazos de un ilegítimo matrimonio; las que declaran la miseria y muerte de los pobres, como causa de los culpables detentadores de los bienes destinados para su subsistencia; las que ordenan que se refuten las blasfemias de los Judios contra la Religion christiana, y condenan á los agüeros como una supersticion; y las que indican los sugetos dignos del episcopado; señalan á los que no se les debe conceder tal dignidad, y excitan el respeto que los Obispos deben tener á las órdenes del rey, á las leyes del Estado, á los decretos de los concilios y á su propio ministerio (2): Las leyes que establecia *Sulpicio* en toda la Iglesia de Francia eran la verdadera imágen de los admirables exemplos que daba por sí mismo á su pueblo.

Ya se habia hecho oír su triunfante voz hasta en los mas distantes parages de su Diócesis. Habia penetrado hasta por los campos

(1) *In secunda vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

(2) Diversos Cánones del Concilio del Rheims celebrado en el séptimo siglo.

que habian assolado las desgracias de la guerra; llevado la semilla de la divina palabra á los infelices pueblos, que desde mucho tiempo á aquella parte estaban abandonados á su triste suerte; roto las cadenas de los pecadores mas rebeldes á la gracia; abolido las peligrosas costumbres de un culto profano, que eran sacrílegos residuos de un paganismo mal extinguido :::: ¡O que débiles son estos ensayos para el zelo de *Sulpicio*! Agobiado de fatigas no suspendia la rapidez de su carrera apostólica, sino para entregarse á mas penosos trabajos. Dexaba solo de combatir contra el vicio para destruir la impiedad. *Tulit abominaciones impietatis.*

Por aquel tiempo amenazaba á la capital del Berry un funesto contagio. En la Iglesia de Jesu-Christo se procuraba introducir una reciente sinagoga. El judaismo se insinuaba, acreditaba y sostenia allí á costa de un usurario comercio. Una porcion de este pueblo, tan querido antes de Dios, formaba en Bourges un cuerpo bastante poderoso para hacerse temer. Levantados sobre las ruinas de las familias á quienes constituía en la miseria, á título del cruel socorro que las ofrecia, empezaba á extenderse por todos los parages de la provincia. No hubiera tardado el Berry en indemnizarle de los daños padecidos en la Judea si su triunfo hubiera sido durable. Pero ¡ó gran Dios, y justo vengador del crimen! ¿como permites que esta nacion deicida exerza todavía por mas tiempo su tiránico império sobre tu pueblo? Mas ya, ya arma el cie-

lo

lo contra ella la autoridad y el zelo de *Sulpicio*. Este habia formado el ánimo expreso de no consentir en su Diócesis ningun herege, idólatra, ni judío. *Nullum sinit aut Hæreticum, aut Gentilem, aut Judæum* (1). En efecto, así lo habia concebido, y quiso ponerlo por obra. Quantos discursos pronunciaba, otros tantos trofeos erigia á la Religion. Cada dia se multiplicaban sus conquistas. Aquellos empedernidos corazones, se hacian dóciles á su voz. Ya no se distinguia el judío y el gentil, ó por mejor decir, se veía que en lugar de estos eran ya solo christianos los que habia. Adoradores sumisos de la cruz, á quien ellos miraban como un escándalo y oprobio: abjuraban hasta los mismos Sacerdotes de la sinagoga sus antiguos errores. *Antiquos penitentes errores* (2); y daban el mas glorioso testimonio á la verdad de la Religion. El mismo *Sulpicio* se encargó de repartir sobre aquellos hombres penitentes las saludables aguas del bautismo. *Ab ipso Pontifice baptizati sunt* (3). Si descubria á alguno que permanecia en su ciega opinion, rehusando condescender á la ley evangélica, no cesaba de trabajar en su conversion. Les combatia y perseguia obligándoles á sujetarse á su victoriosa autoridad, ó á buscar lejos de Berry un asilo favorable á sus preocupaciones y á su impiedad. *Tulit abominaciones impietatis.*

O 3

¿Os

(1) *In secunda vita S. Sulpitii, apud Bolland.*(2) *Ibidem.*(3) *Ibidem.*

¿Os parece que limitará sus sucesos á esta primera victoria? No por cierto; vencedor del judaismo meditó nuevos proyectos. Ya que su zelo habia convertido ó confundido á los enemigos de la Religion, le restaba procurar la paz y tranquilidad de todo el reyno, como lo hizo. Pero ah! ¿Será acaso necesario recordar aquel sin número de males que experimentó la Francia con aquellos tristes dias de turbacion y de horror en los que para reunir el dividido poder de sus principes fué teñido el mas floreciente império de la Europa con la sangre mas noble y pura de sus vasallos? Dias tristes y deplorables por cierto, en los que victoriosa y vencida á un mismo tiempo la Francia, mudaba por si misma en cipres sus laureles; y dias funestos, en fin, de quienes fué *Sulpicio* testigo, y en los que gemía delante de Dios hasta conseguir que disminuyese ó disipase las desgracias por la sabiduria de su conducta. Diestro en manejar los espíritus é instruir á los corazones, llevaba hasta el trono, como si fuera un *Angel de paz*, sus saludables consejos. Hábil en conciliar los intereses diversos de los potentados opuestos, se le oía hablar un nuevo lenguaje de política. ¡Con quanta fuerza probaba que las preocupaciones del ciego interés debian ceder á la quejosa voz de la naturaleza; y que los principes de una misma sangre en lugar de engrandecerse con recíproco perjuicio deberían discurrir el modo de sostenerse mutuamente, y el de vengarse de sus comunes enemigos! Sin romper los límites del respeto que debía á los poten-

tentados, resplandecia su zelo con una santa indignacion, haciendo ver al principe con la mayor eloquencia la triste pintura de la desolacion pública; de los pueblos oprimidos, de los campos arrasados, de los tesoros agotados y lo poco distante que estaba la pérdida del reyno:: sus lágrimas supian por su eloquencia; y su mismo silencio hacía todavía mas sensible lo que queria, y no se atrevía á representar.

En esto consiste que la historia de su vida le llame un Héroe de la Religion que hace temblar á los de la tierra. *Bellator egregius* (1). Cede el monarca á las instancias del Pontífice, y se muda la suerte de la Francia. De tal manera, que si se extinguió el fuego de la guerra, si Clotario II. llegó á ser solo el señor del império Frances, á las lágrimas y oraciones de *Sulpicio* es á quien debeis conceder esta milagrosa revolucion. A lo menos todas las órdenes del reyno reconocen y creen la obra de su zelo. No podia hacer este Santo de su autoridad un uso mas christiano. Pero ¿es menester un uso menos respetable de sus riquezas? Ah! Si hizo servir su autoridad para su zelo, tambien hará servir sus riquezas para su caridad.

¡Dichosos aquellos tiempos en los que los Prelados de la Iglesia eran victimas de una gloriosa indigencia, y brillaban solamente por el resplandor de sus virtudes! Pero ¿si me atreveré yo á decirlo? En aquellos felices dias,

O 4

aun-

(1) *In secunda vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

aunque contentos con su suerte los ministros de la Iglesia, les faltaba un requisito para hacer su dicha perfecta. Se gloriaban si de su pobreza; pero no tenían el dulce consuelo de poder socorrer la de los demas. Por fin, llegó el tiempo en que la liberalidad de los fieles llenó sus nobles deseos. ¡Ah christianos! No, no critiquéis esta novedad. Aunque depositarios de los tesoros de la Iglesia, no eran los Pontífices ni aun poseedores de ellos. El cuidado de repartirlos entre los miserables que estaban á su cuidado, no les dexaba el arbitrio de invertirlos malamente. Y si tal vez se encontraba alguno, cuya infiel conducta le hiciese desdecir de su ministerio, ¡quantos otros se hallaban que aun se excedian generosamente á las rígidas obligaciones que su estado les imponía! De sus liberales manos salian como de un fecundo raudal aquellos útiles beneficios que reponian á las familias que estaban para perecer, aquellos beneficios que procuraban asilos á la desesperada miseria, haciendo construir unos santos y laudables establecimientos en donde se aprovechaban reciprocamente la humanidad y la Religion; y, en fin, aquellos beneficios que llevaban, por decirlo así, la riqueza y la esperanza hasta en el seno mismo de la pobreza y de la desesperacion.

De este modo se presentó en el séptimo siglo á vista de toda la Francia el libertador del Berry *San Sulpicio*. Como zeloso protector de todos los desgraciados, no ambicionaba otra gloria que la de ser su libertador. Se conten-

ta-

taba con padecer el mismo con tal que pudiese dulcificar los trabajos y miserias de su pueblo; y como santamente pródigo se creia demasiado feliz en poderlo sacrificar todo para levantar del polvo de la tierra á las tristes victimas de una fortuna inconstante. Mas ¿como es posible que os represente yo sus cuidados y atencion en remediar por medio de la multitud de sus limosnas las desgracias que acarrea la calamidad de los tiempos? ¿Que nombre darémos al inocente artificio que empleaba para descubrir los ocultos rigores de una verdadera indigencia, á pesar de la exterioridad de una cómoda situacion? Aplicado á descubrirla y pronto en socorrerla, solo temia que su infiel memoria le hiciese faltar á su caridad. Iba precipitadamente: pero ¿que digo yo? No, no le parecia oportuno ir con la precipitacion que su zelo exigía: creia, y con razon, que tomando un camino indiscreto le sería sensible á qualquiera tímida delicadeza. La miseria estaba oculta, y no queria que sus beneficios fuesen públicos. Sabia hacer correr por imperceptibles conductos las saludables aguas que habian de fertilizar á las tierras estériles, haciendo que ignorasen aquellos mismos de cuyos ojos arrancaba lágrimas su caridad, quien era su consolador.

Siendo tan universal como prudente su liberalidad, no conocia odiosas excepciones. Bastaba ser desgraciado é infeliz para encontrar en él los mismos sentimientos y experimentar los propios beneficios. Así, pues, estuvo siempre sintiendo el haber dexado en manos

ex-

extrañas la vida de un niño que habia estado largo tiempo espuesto al rigor de la inclemencia. Formémos, si es posible, una justa idea de su vivo y profundo dolor al ver que por este hecho habia aprehendido, que la muerte que acababa de sobrevenir á aquella criatura le habia quitado el mas precioso tesoro. ¡Ah! quanta crueldad se reprehendia á sí mismo por haber llegado tan tarde el socorro de que él no tenia culpa! ¡Quan sensible le era no haber podido remediar los tristes efectos de una involuntaria negligencia! En su mismo rostro mostraba con pálido color los movimientos de su piadoso corazon. Puede decirse, que solo su ternura le impidió seguir al desgraciado, de cuya muerte le parecia haber sido causa. Pero, ó gran Dios: tú, tú que eres testigo de sus lágrimas, ¿te negarás á justificar su caridad? Concede, pues, concede á sus ardientes súplicas este desgraciado niño, en cuya suerte tomará parte con la mayor presteza, y haz que por medio del resplandor de este milagro gane hacia sí todos los corazones. *Ad vitam revocat* (1).

Solo el corazon de su pueblo era el tesoro que deseaba *Sulpicio*. ¡Digna ambicion de la humanidad! Pero no, no era esta solamente la que producía en el alma de nuestro Santo su tierna compasion para con los desgraciados hombres. Con ser criatura tenia un título suficiente para que se interesase en su fortuna. Este es un deber de la naturaleza que hablaba á

(1) *In vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

á su corazon, pero habia un motivo mas poderoso que apuraba la ternura de sus sentimientos en favor de la miseria, qual era el de la Religion. Esta añadia un nuevo realce á los heróycos esfuerzos de su generosidad. En la triste caída de una arrogante fortuna, le manifestaba la humanidad la imágen de sí mismo: la Religion de quien experimentaba este contraste, le descubria la imágen de su Dios. Quando le presentaba el retrato de un otro sí mismo, no podia exigirle la humanidad otra cosa que el que tomase parte en sus desgracias; pero quando le ofrecia la Religion en un infeliz la imágen de su Dios, exigía de él un heroísmo mas perfecto y hasta el sacrificio de sí mismo. Convencido, pues, de que era esta la indispensable obligacion de todo christiano, ¿como era posible que no comprehendiese hasta que punto se debia extender para un Pontífice?

Esto fué causa de que distribuyese aquellas inmensas riquezas por todas las partes de su Diócesis. Su palacio llegó á ser el asilo universal de todos los pobres. Ellos eran los que componian su primero y principal ornato: ellos los que formaban en él la mas brillante decoracion. Es evidente; pero llama otro asunto en este instante mi atencion, que no dexa de admirarme. Este no es otro que el verse el mismo *Sulpicio* rodeado de esta lúgubre corte. Escuchaba las quejas de los infelices: meditaba sus deseos y tenia su mayor dicha en hacerlos felices. Su corazon deseaba que el poder fuese sin limites para no ponerles á sus liberalidades.

des. Tres célebres fundaciones se vieron casi á un mismo tiempo instituidas por sus cuidados, las que se sostienen por sus larguezas y serán eternos monumentos de su gloria. Establecimientos ventajosos, proporcionados al sexo femenino, cuya miseria exponia á la inocencia: socorros útiles para los jóvenes levitas, á quienes sufocaba la indigencia inutilizando tanto sus talentos como sus virtudes; sostenidos, ó reedificados los templos de la misericordia, y adornado y enriquecido el santuario, con otros mil interesantes proyectos que no tengo presentes, y fueron solo el prelude de los milagros que su caridad debía obrar en la mas crítica ocasion á favor de su pueblo.

En aquel tiempo tenia las riendas del imperio Frances Dagoberto Primero, como hijo y sucesor de Clotario Segundo. Estimado desde luego de sus vasallos, supo conducirles con imperio y sabiduría, y librarles de sus tiranos. Respetados de los Potentados vecinos, habia sido el árbitro y el mediador entre ellos. Colocado en el templo de la gloria por los ministros del Señor, repartió entre ellos con profusion sus magníficas larguezas. Poco temible por su valor y mucho por sus generales; y aunque admirable siempre por su generosidad, llegó á ser por fin vituperable á causa de sus desarreglos; de tal modo, que aquellos mismos que alababan los milagros de su caridad, no pueden excusarse de confesar el borron que echó sobre su rey no con la esclavitud de la mas vergonzosa pasion.

Aunque el amor de sus vasallos sostuvo
mu-

muchos dias á aquel monarca, llegó por fin con la desgracia de tos tiempos á mendigar del favor de los particulares el recurso que necesitaban sus agotados tesoros. Asegurado el pueblo de los sentimientos del príncipe habia recibido con respeto tan pesada carga. Parece que las leyes mas duras dexan de serlo quando el que las expide violenta su corazon para imponerlas. ¡Pero quantas veces es la conducta de los ministros subalternos poco conforme á las sabias intenciones del príncipe! Las mismas leyes, cuyos rigores habia mitigado la bondad del monarca, llegaron á hacerse pesadas por las determinaciones de un exáctor. Con este tirano de las provincias degeneraba la justicia en crueldad, encubriéndose ésta temerariamente con la autoridad real de que abusaba. La desmedida codicia no respetaba la elevacion de unos ni las necesidades de otros. Los ricos se veían despojados y los pobres abatidos. Todo el mundo gemia baxo la mas violenta persecucion. La desolacion era general, y ninguno se determinaba á llevar hasta el trono las justas quejas de una providencia con que se veían expuestos á perecer muy en breve baxo el peso de sus desgracias. A vista de esto, ó tierna caridad de *Sulpicio*, ¿como es posible que te hagas insensible á la afliccion de tu pueblo? ¿Observarás tú un silencio político y detestable? No por cierto. *Sulpicio* exhortó dulcemente al cruel ministro. *Assessore* *alloquitur blandè* (1).

Ah!

(1) *In vitâ S. Sulpitii, apud Bolland.*

Ah! era muy poco para él haber multiplicado sus limosnas y llegado á ser el primer pobre de Berry. Lo sacrificaré todo, decia, y aun me sacrificaré á mi mismo por cambiar la triste suerte de mi rebaño. Iré y hablaré, y dexarás tú, desgraciado pueblo, de ser la víctima de una injusta y odiosa vexacion. *Descendam, & loquar, & non graueris* (1). No me contentaré con derramar estériles lágrimas; llevaré hasta el trono del Soberano la causa de la inocencia oprimida. *Descendam*. Le manifestaré mis quejas: haré mis súplicas: y pediré venganza al cielo y á la tierra. *Loquar*. La desgracia de mi pueblo es el suplicio de mi vida. Sino es menester mas que mi muerte para librarle de los rigores de una indigna esclavitud, ya tarda en cumplirse á mi corazon este importante y justo deber. El príncipe me oirá, me remediará y dexará mi pueblo de ser desgraciado. *Descendam, & loquar, & non graueris*.

Lo que *Sulpicio* no pudo conseguir de un tirano é incontrastable exáctor, se atrevió á pedirlo al Dios de justicia. Pidió, no la ruina del bárbaro enemigo que oprimía á su pueblo, sino su conversion. Dispuso un ayuno general para que cesase aquel terrible azote. Hasta los pies del trono fué con sus vivas súplicas y sus terribles predicciones. Hizo saber al monarca, que apenas le quedaba tiempo de remediar una próxima muerte por una pronta penitencia. *Celestem interitum; nisi fuerit ce-*

(1) Núm. II. 17.

Ierius emendatum (1):: Llenóse Dagoberto de terror con esta amenaza. *Rex metu deterritus*. Aplaudió el monarca su zelo, condescendió con sus súplicas y se aprovechó de sus advertencias. Aboliéronse los impuestos. *Aboletur census*. Se castigó al tirano. *Perit assertor*; y Dagoberto publicó, estando para morir, que á *Sulpicio* solamente era á quien se le debía el haber remediado una injusticia tan grande; conocido á un ministro indigno de serlo, y librado á un pueblo á quien hacia desgraciado sin él saberlo. *Salus tribuitur populo* (2). De este modo murió el monarca con señales de arrepentimiento. Pereció su ministro lleno de oprobio y cesaron las desgracias. Mas no por eso dexaba nuestro Santo de ser caritativo. ¡Cuanto hizo para remediar con nuevos beneficios las antiguas desgracias y estorbar que sobreviniesen otras! Como pastor fiel, solo hacia servir las riquezas del Obispado para las necesidades de su rebaño, mostrandose por su desinterés, superior á los privilegios que la dignidad le concedia, aun mucho mayor que sus propias grandezas.

Ninguna cosa contribuye tanto para seducir el corazon del hombre como el falso brillo de los honores. Las prerogativas que parece están anexas á ellos por las leyes y los usos, ó los abusos de que gozan, tienen no se que atractivo, de quien algunas veces es dificultoso desentenderse. Lo cierto es, que él lison-
jea

(1) *In secunda vitá, S. Sulpitii, cap. 7.*(2) *Idem.*

jea al amor propio, á la vanidad y á la ambicion. De tal suerte, que no se avergüenza de menospreciar las obligaciones de su empleo al paso que es sumamente zeloso para mantener sus prerogativas.

Jamás tuvo *Sulpicio* semejante ilusion. La sencillez evangélica fué siempre su herencia. *Simplicitatem Apostolicam observans* (1). Acostumbrado á no estimar en el Episcopado sino la santidad del ministerio de que se hallaba revestido, y no aquella frívola y exterior gloria que en nada aumenta el mérito, se habia impuesto la obligacion de caminar siempre por las sendas de Jesu-Christo humillado, y ser él mismo tambien humilde. *Humilitatem Christi emulari studet* (2). Tan enemigo del fausto como de las alabanzas, sabia distinguir lo que únicamente lisonjea al hombre y lo que debe realzar á un Pontífice. Como justo apreciador del sagrado carácter, menospreciaba siempre aquellas fútiles ventajas que el orgullo de los hijos del siglo busca con tanto afán, defiende con tanto calor y venga con tanto estrépito. Quando llegó á ocupar el puesto de las grandezas caminaba por las sendas de la virtud y honraba á su estado y dignidad por su desinterés. Quando consiguió los honores sin ambicion, vivia entre ellos sin fausto y los menospreciaba sin sentimiento. Suplicaba á su Soberano con el mas vivo encarecimiento, que le permitiese asociar á sus trabajos un

(1) *In vitâ S. Sulpitii*, c. 7.

(2) *Idem.*

un ministro capaz de sucederle. Consiguió por fin lo que pedia, aunque para él no era favorable. Este Pontífice que fué el honor del Sacerdocio, el apóstol de Berry y de toda la Francia, el amigo, el defensor, la victima de su pueblo. *Sulpicio* en fin, renunció el episcopado, y en su dimision consiguió todo el mérito de una voluntaria pobreza. Si la autoridad del príncipe y la voz pública se empleaban para con él, era para apartarle y no para hacerle seguir el proyecto que meditaba. El Berry aplaudió el tierno espectáculo de un pueblo bañado en lágrimas que se esforzaba á detener los pasos de su protector y padre, formando al rededor de él una impenetrable muralla para suspender su resolusion y retardar su ausencia. Quanto tienen de persuasivo los espíritus llenos de tristeza, se empleó para detener á *Sulpicio* en una ciudad y Diócesis á quienes habia acarreado su felicidad: ¡O afligido pueblo! Yo bien veo que tus tiernas lágrimas mueven á *Sulpicio*; pero no le harás mudar de determinacion. Se ha escogido un sucesor que ocupará para con vosotros, como si fuera él mismo, la dignidad que dexa. Con haberse entrado en la obscuridad de un desconocido retiro, se libró ya de vuestras importunas y presentes solicitudes.

¡O desconocido retiro! No, no creais que este dexé de ser útil. *Sulpicio* llegará á ser el padre y el legislador de un numeroso pueblo. La santidad de su vida será el poderoso encanto que atraiga á largas distancias de las ciudades á los virtuosos Sacerdotes y á los fer-

vorosos Religiosos. Todos le elegirán por su maestro y su guía. Aprenderán por sus ejemplos y se mostrarán dignos de ser sus discípulos. Le imitarán, y aunque por diferentes caminos perpetuarán el heroísmo de su desinterés, la severidad de su penitencia y los milagros de su piedad. En aquellos lugares tan solitarios es donde consumó *Sulpicio* su santidad y gloria, estando recogido, y siendo siempre activo en el trabajo. Allí es donde con el fervor de una sublime contemplacion consagró los últimos dias de una extenuada vida. Allí fué donde con un reposo siempre útil á la Iglesia se dispuso santamente para comparecer ante el tribunal del *justo Juez*. Padre de los pobres hasta la muerte, y hasta ella oráculo y modelo de una santa posteridad, á quien veía multiplicarse felizmente despues de haberse pasado muchos y completos dias: murió, en fin, siendo él solo insensible á la reputacion de un mérito que reverencia toda la Francia.

¡O que muerte! ¿Quién podrá dar á entender el justo dolor que manifestaron sus discípulos, su pueblo, su clerecia, su sucesor, todo el reyno y la Iglesia entera? Cada uno le parecía morir con él porque temia sobrevivirle. Pero ¡ó inesperada revolucion! Las lágrimas y los sentimientos se mudaron en confianza y veneracion. El dia de su pompa fúnebre llegó á ser el primero de su culto. Todos á una voz publicaban su elogio ya que hasta entónces habia obligado á callarle su humildad. El templo que era depositario de
sus

sus cenizas y estaba consagrado á su nombre vino á ser el testimonio de su poder. Sobre el altar que le sirve de sepulcro atrae este mismo poder á los Reyes, á los Pontifices, á los pueblos, á la Francia, á la Europa y á todo el Universo. La serie de los siglos produce en él una nueva sucesion de maravillas. Desde que murió *Sulpicio*, no ha dexado nunca de ser lo que era durante su vida: esto es, el bienhechor de su nacion, y el conducto por donde se obran mil prodigios.

Si señores: si yo hubiera querido admiraros mas bien que instruiros, os hubiera dicho con los historiadores contemporaneos de *Sulpicio*, que á su poderosa voz recobraban los ciegos la vista, los sordos el oido, los mudos el habla, y que andaban los paralíticos y resucitaban los muertos. *Cecis visum, surdis auditum, locutionem mutis, claudis gressum, vitam mortuis reddebat*. Os hubiera dicho, que á su imperiosa voz suspendian las aguas sus inundaciones: detenia el fuego su actividad: la tempestad se apaciguaba: se cubria la tierra de exquisitos frutos; y que todos estos milagros tuvieron por garantes y defensores á los mismos hombres que, como se sabe, son los menos á propósito para admitirles, los mas ingeniosos para obscurecerles, y los mas atrevidos para contradecirles. Os hubiera citado los irrefragables, seguros y universales testimonios que dieron igualmente de estos milagros Clotario Segundo, la reyna Sichilda, Dagoberto Primero, San Desiderio, San Oüeno, San Eloy, San Gregorio de Tours,
P 2 San

San Antonino, el Venerable Veda, Vicente de Beauvais, Usuardo, Guiberto, Galesino, Odon, Raban, Surio Aymon, Bollandis, y aquel severo crítico, á quien los filósofos modernos no acusaron de credulidad, ni de supersticion. Os hubiera hecho ver, que todas estas maravillas se perpetúan en las diferentes ciudades, cuyo zelo las estimula á solicitar alguna parte de sus mortales despojos ::: Vosotros sois, Paris, Villafranca, Puen-tefrancesa, Vaviera; vosotros sois entre otras las que os habeis distinguido en solicitarlos, y con particularidad esta dichosa ciudad que poseyó á *Sulpicio* y le vió morir. Vuestra piedad, pues, no aumenta con menos fuerza la celeridad de su culto, que la continuacion de sus prodigios.

No me parecen menos acreedores á este título las maravillas que se advierten en el orden de los acontecimientos que acompañaron, digámoslo así, á los principios: apresuraron los progresos, é hicieron concluir la obra de este templo el mas precioso de la Europa, que baxo la invocacion de *San Sulpicio* se ve consagrado al Eterno Padre::: ¡Bien puede el sabio y piadoso Esdras, que fué el que con tanto zelo conduxo esta brillante empresa, contemplar muy despacio su obra, gozar de sus sucesos, y eternizar su gloria con la de *Sulpicio*! ¡Bien pueden los pueblos que acabaron de oír la relacion de estas admirables acciones con que se distinguió el Santo Pontífice, no olvidar jamas de que *Sulpicio* fué á un mismo tiempo su protector y su padre! ¡Bien pueden

den los Grandes de la tierra, á quienes el exemplo de nuestro Santo parece que particularmente instruye, aprender de él el arte de vivir penitentes en la mansion del libertinage, recogidos en la de la disipacion, y fieles á la fe en la de la incredulidad! ¡Bien pueden hacer como él, que sirva su autoridad para su zelo, y sus riquezas para su caridad! Y, en una palabra, menospreciando generosamente la vana brillantez que les rodea, pueden edificar á los pueblos y hacerles ver patentemente, que la grandeza no sirve de obstáculo para la santidad. De este modo conseguirán que *Sulpicio* no dexede ejercer entre los grandes un ministerio siempre útil y edificativo. *In medio magnatorum ministrabit.*

¿Será acaso ya tiempo de formar otras ideas? ó gran Santo: tú fuiste en otra época el consejero de nuestros reyes, con que sed en el día el protector de una monarquía tan estimada de sus vasallos como temible á sus enemigos. Aunque pacífica por inclinacion, haz que sostenga sus derechos por medio de la guerra. Y supuesto que conocen ya á un Héroe sus sucesos, concededle que vuele rápidamente de victoria en victoria: que asombre al Universo con el terror de sus armas y la rapidez de sus conquistas: que obligue á que los potentados armados contra él ajusten una paz que sea para su corazon la mas amable, y forme el triunfo mas precioso. Y nosotros, hermanos míos, no cesemos como testigos de su gloria de dar eternas gracias por ellos

dos los héroes evangélicos al que la Providencia les dió por protector. Pero este es un abuso. Por muy ardiente que sea el zelo que os interesa en las abanzas de *Santiago*, no preponderaré yo sus virtudes, acciones y sentimientos en perjuicio de aquellos de cuyo ministerio y sucesos ha participado... En la pintura de su vida y en las circunstancias de su muerte, encontraré los asuntos mas esenciales para diferenciar su vocacion, su apostolado, sus privilegios, su martirio, sus cenizas, su culto y su poder; ó por mejor decir, me fixaré en una sola idea á la que unirá todas las demas.

Santiago fué el primer mártir entre los apóstoles. *Cecidit ipse primus*. Este es un mérito que solamente le pertenece á él; y esta es la proposicion general que servirá de base á este discurso, cuyo designio es este.

El privilegio de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio, es para *Santiago* la recompensa de su fidelidad. *Punto primero*.

El privilegio de haber precedido á los apóstoles en la carrera del martirio, es para *Santiago* el motivo de su gloria. *Punto segundo*.
AVE MARIA.

PRIMERA PARTE.

Todos los apóstoles, como dice Tertuliano (1), estaban destinados para el martirio, pero uno solo de ellos debia abrir á los demás

(1) Apol. de Tertul.

mas aquel camino sangriento por el que le debian seguir: esta gloriosa prerogativa estaba reservada para *Santiago*... El primer individuo del colegio apostólico que verá perecer la Iglesia con suma afliccion suya, será aquel hombre que no contaba delante de sí despues de Jesu-Christo, sino á San Andres y á San Pedro; aquel hombre de quien tuvo San Agustin la vocacion, de quien San Christótopo alaba los sacrificios, y de quien San Gerónimo asegura los triunfos; en una palabra, será *Santiago el Mayor*.

¿Qual es lo que yo deberé admirar mas desde luego, el amor de Jesu-Christo por *Santiago*, ó el amor de *Santiago* por Jesu-Christo? El amor de Jesu-Christo ácia *Santiago*, se conoce por la eleccion que hizo de él para ser su discípulo en la dignidad del apostolado, á la que le elevó con los distinguidos favores con que le honró, y con las importantes lecciones que le dió. El amor de *Santiago* ácia Jesu-Christo, se manifiesta por su pronta obediencia, por su generoso sacrificio y por el ardor de su zelo; siendo á este amor fiel al que debió el privilegio de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio. *Cecidit ipse primus*.

Ya habia empezado Jesu-Christo á ejercer su ministerio público. Desde el centro de su retiro se extendió por los espinosos campos por donde estaban los dispersos rebaños de la casa de Israel. Por sus lecciones y exemplos, daba á entender la grande y maravillosa obra que debia consumir la redencion del

mundo, poner en claro el Evangelio y mudar la Religion del Universo..... Para executar esta dificultosa empresa juntó discipulos, que no tardó en hacer apóstoles..... Andres y Pedro eran solo los únicos que habia conquistado quando se dexó ver en las riberas del mar de Galilea. *Procedens* (1). Allí fué donde alcanzó á ver á *Santiago* y Juan, hijos del *Zebedeo*, que baxo las órdenes de su padre se exercitaban en la obscura ocupacion de la pesca. *Vidit* (2). Esta era su ciencia, su trabajo y su riqueza. A esto se extendia su modesta ambicion, y, como dice *San Basilio*, no se hallaban con tan buen ingenio que pudiesen tentar mayores proyectos. Como eran unos hombres sin letras, sin conocimiento y sin crédito, estaban olvidados del mundo, y aun ellos mismos ignoraban los honores y peligros que habia en él. Extendió sobre ellos Jesu-Christo la vista lleno de bondad y de complacencia. Les llamó. *Vocavit eos* (3). Mas les llamó para colocarles entre sus discipulos. Tal es la vocacion de *Santiago* y la primera prueba del amor que le dió Jesu-Christo.

Apenas fué *Santiago* su discípulo quando se vió colocado en la clase de los apóstoles. Doce hombres fueron separados del resto de los demas, y escogidos por Jesu-Christo, *duodecim* (4), para que fuesen testigos de

(1) Matth. 4. 21.

(2) Ibidem.

(3) Ibidem.

(4) Marc. 3. 14.

sus acciones, depositarios de sus secretos, intérpretes de su doctrina, predicadores del Evangelio, fundadores de la Iglesia y victimas de la Religion. Entre aquellos hombres escogidos ocupaba *Santiago* el tercer lugar... *Boanerges*, hijo del trueno, fué el misterioso nombre que recibió: nombre del que llenará toda la significacion.

Pero si el amor de Jesu-Christo para con *Santiago* se dexaba ver con el honroso ministerio que le confiaba, con mucha mayor claridad lo podremos distinguir por los singulares favores con que le colmó.

Jesu-Christo acababa de obrar en Galilea el primer milagro que le atraxo la confianza de los pueblos, la envidia de la sinagoga y los homenajes de sus discipulos. Así, pues, se ocultó por algun tiempo al estrépito de los aplausos..... Se fué á un parage solitario para gozar del delicado placer de tener amigos y descubrirles su poder. Mandó á nuestro Santo que fuese con él á la casa de *Simon Pedro*, que estaba llena de tristeza y sentimiento. La nuera de este apóstol gemia postrada en una cama, llena de dolor. Una fiebre ardiente denotaba en sus venas un fuego destructor que parecia la iba á conducir rápidamente al sepulcro. Imploró *Santiago* por ella el poder de Jesu-Christo. Pero ¿será oida su súplica? Sí por cierto: por medio de un repentino milagro se sucedió la fuerza á la languidez, y penetrada de reconocimiento la que era el objeto de esta maravilla, llenó de admiracion á los que lo presenciaron. Este

es el privilegio de *Santiago*.... Apresuraos, gran Dios, para coronar esta primera gracia con un segundo favor.

Jayro, hombre distinguido en la Sinagoga, de quien era el gefe y cabeza, habia puesto todo su consuelo y esperanza en una hija única que causaba la dulzura de sus dias. ¡O fatal acontecimiento! Una temprana muerte la arrebató á su ternura. Ya no existia aquella hija querida, y digna de serlo. Las lágrimas del padre regaban el inanimado cuerpo de la hija; y sus tristes sentimientos buscaban todavía, por si le podian encontrar, el remedio de aquella que causaba sus penas.... Llega Jesu-Christo.... ¡O que maravilla tan asombrosa se dispone! El hombre que tiene fe ruega, y el Dios de poder obra. Manda Jesu-Christo á la muerte, y cede su presa. Esta es la primera resurreccion con que el Salvador dió al mundo un interesante exemplo. Mas, ¿si será solamente Jayro el que se aproveche de un milagro que no parece corresponder mas que á él? No por cierto, no: el Hombre Dios escogió tres discípulos privilegiados, á vista de los quales quiso obrar este insigne prodigio. *Santiago* era también uno de aquellos que habia dispuesto le acompañasen. Segundo favor.

A este se seguirá el tercero, que excederá á todos los demas. Mi consideracion llega hasta el Thabor, en donde Jesu-Christo manifestó un rayo de su gloria... Los que entre los discípulos de Jesus no seais tan favorecidos como Pedro, *Santiago* y Juan, permaneceréis

éis al pie de la montaña. Pero vosotros tres, ó dignos discípulos de su confianza, seguiréis sus pasos á vista de la gloria con que el cielo le va á reconocer como á Hijo del Eterno Padre, y en el mismo parage en donde Moisés y Elías van á tributar homenajes á su divinidad.... *Santiago* ve lo que jamas han descubierto los ojos del hombre.... ¡Que ruido aquel! Las nubes se despedazaban. ¡Que resplandor! El sol parecia que se dexaba caer sobre la tierra. ¡Que magestad! Un hombre parecia un Dios. Ah! no, no le estaba permitido á *Santiago* referir lo que se le concedió admirar. ¡Quan eloquente le hubiera hecho el reconocimiento si lo hubiera podido expresar!

Pero se le habia impuesto un riguroso silencio. La observacion fiel que hizo de él, le mereció nuevos beneficios. Aquel á quien Jesu-Christo habia hecho testigo de sus grandezas y de su gloria, debia ser también el expectador de sus dolores y de su agonía. Llegó el dia en que el Hijo del hombre habia de experimentar la traicion por la ingratitud, y ser entregado por la perfidia. Salíó Jesu-Christo del Cenáculo, y adelantándose ácia el jardín de las olivas, se le representó la imagen del Calvario á sus tristes reflexiones. Pensaba sobre ella; se entristecia, y rogaba á su Padre. Sudaba gotas de sangre, y se le decaían las fuerzas. El Dios de sabiduría y de poder, no parecia ya sino un hombre débil, abatido y moribundo.... ¡O amigos fieles de Jesu-Christo! vosotros única-

camente sois los que debeis recoger los suspiros de vuestro Maestro en aquel crítico momento, sumamente á propósito para derribar vuestra constancia. La de *Santiago*, pues, fué la prueba de todos los acontecimientos. Si huvó, no fué, como dice San Juan Crisóstomo, porque temiese morir con Jesu-Christo, sino por el horror de verle sufrir, que era lo único que le había hecho mover sus pasos. Ah! si sus poderosas manos le hubieran podido proporcionar los eficaces socorros que su corazon le deseaba, hubiera escusado la voz del Angel que iba á dar á Jesu-Christo todo su ardor y su zelo... En la escuela de un Dios sufrido debia hacerse *Santiago* á los sufrimientos. Debia aprender á humillarse con la memoria de sus propias flaquezas. ¿De sus flaquezas? ¿Pues como era posible que despues de tantos favores se advirtiese ninguna en él? ¿Tenia acaso algunos ambiciosos pensamientos? Sí, hermanos míos, y el amor de Jesu-Christo debia reformar el corazon de su Apóstol, iluminar su espíritu y corregir sus afectos. Tal vez puede que concediese mas grande favor á *Santiago* quando se dignó instruirle, que quando á su vista tuvo á bien multiplicar sus milagros.

La nacion Judayca estaba imbuida en una injusta preocupacion. Se representaba al libertador de Israel con la brillante imágen de un monarca, que vencedor del Universo debia conquistar un reyno, cuyos límites serian los del mundo. Criados con estas naciona-

nales ideas *Santiago* y su hermano, no conocian el reyno espiritual que Jesu-Christo les anunciaba: se figuraban que iba á poseer un trono; á distribuir unos grandes empleos y á dispensar muchos honores. Llenos de la ilusion que les encantaba, hacia su madre que tomasen interes en su suerte, como que era tan crédula como ellos, y tal vez mas ambiciosa..... ¡De quanta indignacion se llenaron los otros discípulos quando vieron que postrada esta indiscreta madre á los pies de Jesu-Christo le suplicaba la gracia de que colocase á sus hijos respectivamente á la derecha é izquierda del Salvador en su reyno! Madre imprudente, hijos interesados, conced vuestro error. Vosotros estais creidos de una fantasma que jamas se realizará... Bien se pudiera, como hizo San Ambrosio, echar un artificioso velo sobre este extravío, y vengarle de la sospecha de una horrorosa codicia. ¿Pero hay colores bastantes con que poder adornar una accion á quien Jesu-Christo condena? Júzguese, pues, su modo de pensar por su respuesta. Vosotros, les dice, pedis tronos, y yo os reservo cruces. ¿Como podreis beber del cáliz que yo he de gustar antes que vosotros? *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum* (1)? Para reynar conmigo es menester aprender á sufrir conmigo. ¿Como os ha de ser la muerte insensible? *Potestis*? Así representó el amor de Jesu-Christo á *Santiago* el terrible espectáculo de los

con-

(1) Matth. c. 20. v. 22.

contratiempos, y los tormentos del martirio que tenia que padecer. Antes de que pudiese esperar la corona, le manifestó los oprobios.

Santiago respondió al amor con el amor. Sí señor, dixo á Jesu-Christo, todo nos lo podemos prometer, pues que nos concedereis la gracia de executar lo todo. *Possumus*. Podemos asegurar que seremos las víctimas de la Religión, respecto de que nos llamais para ser los apóstoles. *Possumus*. Un discípulo tan fiel como éste bien podía asegurar que sería constante.

En efecto, digo un discípulo fiel porque Jesu-Christo hizo oír á los hijos del Zebedeo aquella poderosa voz que atrae con dulzura y arrastra sin violencia. *Vocavit* (1). Así, pues, se verificó una pronta obediencia á la mas leve insinuacion. *Statim*. Para *Santiago* era esta primera gracia un atractivo poderoso que triunfaba enteramente de sí mismo. Pero ¿era menester dexar las redes y la navicilla que componian todo su caudal y fortuna? Pues desde luego las abandona. ¿Era necesario dexar á un padre á quien ayudaba á sobrellevar los trabajos, y de cuyos bienes disfrutaba? Pues desde luego le dexa. *Relictis rebus et patre* (2). ¿Era preciso olvidarlo todo y sacrificarlo? Pues de todo se olvida y todo lo sacrifica. Quando Dios da á entender su voluntad se hace el hombre dichoso en condes-

(1) Matth. c. 4. v. 21. y 22.

(2) Idem.

descender con ella. Ya no tenia *Santiago* en la tierra otra cosa que al Maestro á quien se unió. En Jesu-Christo lo hallaba todo. El era su riqueza, su esperanza y su padre. A nadie conocia ni escuchaba, sino á Jesu-Christo. A él se entregó enteramente y para siempre. Le siguió, y á imitacion suya su hermano. El exemplo de *Santiago* era para San Juan la mejor leccion. *Secuti sunt eum* (1).

Pero seguir á Jesu-Christo es abrirse un camino lleno de contradicciones y de oprobios; abrazar la pobreza y la penitencia; desairse de la carne y de la sangre, y renunciarse á sí mismo. Nada queria decir todo esto para *Santiago*: el sacrificio mas heróyco le parecía el mas perfecto. La multitud de las pruebas jamas igualará á la inmensidad de sus deseos. Las empresas mas dificultosas nunca alcanzarán á su zelo. ¿A quien será posible, si se considera su zelo, dar á conocer cabalmente su ardor, medir su extension y describir sus sucesos? Ya penetraba este hijo del trueno por la nube que le tenia cautivado. Brillaba la luz en sus ojos, salia el fuego de su boca, y sus manos quisieran traspasar á la maldad en todos los enemigos del Hombre Dios... Vosotros sois, perversos habitantes de la infiel Samaria, vosotros sois los primeros objetos contra quienes se inflama lleno de indignacion su zelo. Vosotros reusais dar asilo á Jesu-Christo dentro del recinto de vuestros muros. *Santiago* no consultó mas que á

Tom. III.

(1) Matth. c. 4. v. 21. y 22.

su

su amor á vista [de esta ofensa. Con el ardor que le arrebatava, solo pensaba en vengar la injuria y castigar los autores de ella. Deseoso de acabar con la ciudad entera, hubiera querido que baxase la llama del cielo, y que por un horrible estrago hubiese consumido hasta la última piedra de los cimientos de ella. Pensaba, Señor, que si vos lo disponiais así, obedecieran los elementos á vuestra voz. Era tal su fé, que, como dice San Ambrosio, no le quedaba ninguna duda sobre el poder de Jesu-Christo. Es verdad que su fé era laudable; pero aun era mucho mas impetuoso su zelo. Tú no sabes, le dixo el Salvador, qual es el espíritu que te debe animar. *Nescitis cujus spiritus estis.* El espíritu de mi ley, no es el de la venganza, sino el del perdon. El terror confunde á los hombres, y la moderacion les gana y atrae. Un zelo excesivo y demasiado severo es peligroso. Es menester atraer á los pecadores por los beneficios, y no desesperarles por las maldiciones.

¡Quan bien sabrá aprovecharse *Santiago* de estas sabias lecciones y documentos! Vencedor Jesu-Christo de la muerte, y estando para subir al cielo, ordenó á sus apóstoles que repartiesen entre sí la conquista del Universo. En este repartimiento fué comprehendido *Santiago*... Desciende sobre la tierra, espíritu divino, descendiende sobre la tierra y comunicalle tus diversos dones; quiero decir, el don de inteligencia, de sabiduria, de intrepidez y de constancia para desempeñar el penoso ministerio que debe exercer. Pero ¿en que parages

ó regiones lo pondrá en práctica? Cada parte del Mundo tendrá su apóstol. *Santiago* el Justo permanecerá en Jerusalem, y será escogido para ser el primer pontífice, y *Santiago el Mayor* ratificará, como dice San Clemente Alexandrino, esta misma eleccion. Andres enseñará en Acaya, Pedro en la Judéa, Thomas en las Indias, y Juan en todas las Iglesias del Asia. ¿Pues por donde ha de ir *Santiago el Mayor* para ser el *Angel de la Providencia*?

Aquí es donde se presenta á la crítica un tenebroso laberinto, y donde niega sus luces la verdad para caminar por los pasos de *Santiago* en el curso de su apostolado. El silencio de los libros santos han dado lugar á muchas opiniones; de estas opiniones se han originado dudas, y estas dudas han producido objeciones vivamente sostenidas y aun con mucho mayor vigor combatidas. Entre este cúmulo de contradicciones, ¿como es posible sacar la luz del obscuro caos que la encierra? Yo estoy seguro, hermanos míos, de que no habrá quien os declare lo que el Espíritu-Santo tuvo á bien de callar, pero no por eso lo dexaremos de asegurar con una tradicion admitida por las autoridades que la establecen. Si despues de haber llevado la luz á las tinieblas, hallase aun contradictores el entendimiento mas sólido, dexaremos á los sabios con sus congeturas, á la incredulidad con su preocupacion y á la España que dispute sus pretensiones. *Santiago* no necesita de títulos contradictorios, ni de triunfos imaginarios para estampar en su apostolado el sello de la inmortalidad.

Este apostolado, pues, le empezó en la Judéa. Ella fué el primer teatro de sus empresas y de sus sucesos. A los Judíos es á quienes reprendió por la muerte de un Dios, cuya sangre aun está palpitando; á los Judíos digo, que sentían los progresos de la reciente Iglesia y á quienes irritaba el zelo de los apóstoles; á los Judíos, que estaban siempre supersticiosamente adheridos á sus leyes y ceremonias; á los Judíos, en fin, que eran otro tanto mas implacables en su furor, quanto mas orgullosos en su sabiduría. *Santiago* mereció por sus trabajos ser tenido en la Judéa por una de las *tres columnas* de la Iglesia. Así lo siente San Gerónimo. El sabio Barónio añade, que por la santidad de su vida, por la gloria de las mas resplandecientes acciones, y por la rápida propagacion de la fé, se aseguró *Santiago* en la Judéa una reputacion universal. Pero ¿acaso se cifieron solo á su patria sus peregrinaciones y sus victorias? ¿Seria solo por este pueblo por el que hubiese mudado Jesu-Christo el nombre de este Apóstol? ¿Es posible que no habia de resonar este trueno mas que en Jerusalén? ¿Por que no hemos de creer, que el Hijo de Dios le habia destinado para llevar á los climas mas remotos de la tierra las luces de su doctrina, el império de su eloqüencia y el resplandor de su zelo?

Muchos pueblos se persuaden que deben á la predicacion de *Santiago* los primeros rudimentos de su fé. Por su ministerio es por medio del qual pretende la Cerdeña haber recibido el presente de la Religion christiana; y aun-

aunque buscan títulos para apoyarlo, se hallan infinitas razones para destruirlo. Ninguno hay que, acerca de esto, pueda justificar la frivola opinion de los que aseguran que nuestro Santo ha llevado la fé á la Hibernia, á las Gaulas, á la Italia, á la Inglaterra y hasta la Armenia. Esto seria mas bien debilitar su gloria y fundarla sobre suposiciones que combaten la cronología, la autoridad de la tradicion y la unanimidad de los sentimientos.*

En títulos mucho mas respetables, aunque no dexan de ser algunas veces contradictorios, se gloria la España ser deudora á *Santiago* de la fé que profesa.... Aumentad ahora, hombres armados de obgeciones obscuras, aumentad ahora vuestros ataques, haced que resplandezca vuestro saber, agotad vuestros razonamientos, comunicad vuestras dudas y atraeos imitadores y partidarios, que siempre nos será permitido oponer á vuestras pomposas decisiones una irrefregable autoridad, qual es la de la voz de la Iglesia. Esta es la que habla. Escuchad sus oráculos... Despues de la Ascension de Jesu-Christo, dice, predicó *Santiago* la divinidad del Salvador en la Judéa y en la Samaria. El fué el que puso baxo los estandartes del Evangelio á un gran número de pueblos. Luego salió para España. *In Hispaniam profectus*. Algunas conversiones fueron en aquellos dilatados parages el dichoso fruto de su zelo. *Ibi aliquos ad Christum convertit* (1).

Q 3

¿Se-

(1) *1a Offic. S. Jacob. Breu. Rom.*

¿Será necesario añadir á este auténtico testimonio alguna nueva prueba que le confirme? Pues echemos la vista sobre aquella preciosa coleccion con la que muchos hombres ilustrados han tomado á su cargo el cuidado de transmitir á las generaciones futuras las *Actas de los Santos* (1). Como disertadores curiosos y profundos recogieron todos los títulos que aseguran á *Santiago* sus conquistas, á la España sus derechos, á la Iglesia su decisión y á la tradicion todo su vigor y evidencia. Abrase aquel venerable monumento que nació por decirlo así, con el Evangelio, y cuenta la célebre Abadía de Marchena entre sus riquezas, y se verán estas decisivas y terminantes palabras: *Santiago* predicó en España. *In Hispania predicasse* (2)... Quando, como dice un respetable autor, no tuviera la España para sostener su causa mas que una tradicion inmemorial, bastaria esta para su defensa siempre que estuviese apoyada, como lo está, en la fé de todos los tiempos. La creencia de todos los siglos, siempre debe triunfar de qualquiera particular preocupacion ó reparo.

Italia, Francia, Inglaterra, Rusia y las Indias, concurren de acuerdo á mantener esta creencia, cuyos fundamentos toca destruir á la incredulidad moderna.

Pero ¿como se ha de colocar en el lugar de los hechos apócrifos una verdad que al parecer insinuan San Justino, Tertuliano, Ori-

(1) *Acta Sanctorum, Bullan.*

(2) *Manus. Monast. Marchiceni.*

genes y Arnobo? ¿una verdad solemnemente atestiguada por San Gerónimo, San Isidoro, San Julian de Toledo, San Vicente Ferrer, S. Antonino y San Hildeberto? ¿una verdad contra la qual arguyó el Cardenal Baronio, y que en breve tiempo tuvo que respetar como convencido de ella? ¿una verdad que el Cardenal Bona no creía susceptible de ninguna dificultad real, y que el Cardenal de Aguirre defendió con tanto zelo como sabiduría? ¿una verdad que confirman las primeras Liturgias de España, un antiguo martirologio de Auxerre, Godofredo de Viturbo, Notkero, Adon, Usuardo y Belarmino? y en fin, ¿una verdad de quien se declaran por garantes muchos soberanos Pontífices, como fueron entre otros Leon III, Calixto II, Juan X, Pio V, Clemente VIII, Urbano VIII y Gregorio XIII? y ¿por que no habia de haber tenido la España su Apóstol, siendo así que fué á los apóstoles á quienes se confió la conversion del Universo? Merezca, pues, *Santiago* en vuestro concepto, hermanos míos, la ventaja de haber sido el primero que iluminó á la España con los rayos de la fé. Armese aquel reyno con firmeza contra la critica audaz que se atreva á quitarle con *Santiago* á su Apóstol y padre. Jamas nos impedirá inspiraros un profundo respeto á las tradiciones sostenidas por el consentimiento de tantas Iglesias particulares, y ratificadas por la autoridad de la universal Iglesia. Los sabios los pueden ofuscar pero la Iglesia jamás os engañará. Quando sien-

fiende la causa de *Santiago*, pelea tambien por la de la Religion.

Nuestro Apóstol fué el predicador no solamente de España, sino tambien, como dice San Gerónimo, de las doce Tribus de Judá, dispersadas por diversos parages de la tierra. En un corto espacio de tiempo desempeñó un ministerio para el qual se creeria necesaria la duracion de un siglo entero.

¿Que es lo que yo he dicho en tan corto espacio de tiempo? ¡Ah hermanos míos! Aquella cabeza tan preciosa para el mundo christiano, debia caer muy en breve baxo el cuchillo de los tiranos. El fruto de una pronta obediencia y de un zelo sin limites, será la corona de un breve y cruel martirio. Sí, *Santiago* será entre los apóstoles la primera víctima de la Religion. *Cecidit ipse primus*. El privilegio de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio, es para él la justa recompensa de su fidelidad. Este mismo privilegio le servirá tambien de un eterno manantial de gloria.

SEGUNDA PARTE.

La prerogativa de preceder á los apóstoles en la carrera del martirio es para *Santiago* una eterna fuente de gloria. *Cecidit ipse primus*. Para descubrir esta verdad bastará conocer los motivos de su martirio, enterarse de sus circunstancias y seguir los efectos; y en caso de desechar estos diversos objetos, me parece que serán suficientes los honores hechos á sus cen-

nizas, la celebridad de su sepulcro, la autenticidad de sus milagros, la generalidad de su culto y los elogios que ha merecido en todo tiempo.

Siempre fué Jerusalem enemiga de los profetas. *Santiago*, pues, comenzó su carrera apostólica en esta supersticiosa, cruel é ingrata ciudad, y en ella es donde la debia concluir. Cargado con los trofeos que habia erigido á la Religion, y vencedor de muchos pueblos á quienes habia ido á buscar entre las *sombras de la muerte*, para conducirles á la luz de la verdad, reparó en la capital de la Judéa.

En ella reynaba un príncipe á quien Jerusalem miraba como su soberano, y Roma como su vasallo; esto es, Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo, nieto de Herodes el Grande, que habia hecho correr tanta sangre en sus estados, y biznieto de Herodes Antipas, que en medio de sus pecaminosos excesos habia sacrificado al mayor de los hijos de los bombres, Juan Bautista. Sentado Agripa sobre un trono vacilante que le habian confiado los Romanos, como señores del Mundo, era un rey dependiente y un monarca esclavo, siguiendo en el centro del judaismo las impresiones de la idólatra Roma. Era zeloso de su autoridad, la que no venia á ser mas que una pura fantasma; cuidadoso en agradar á los césares, de quienes recibia las órdenes y temia el poder; cauteloso contra los Judios, en quienes conocia un génio inquieto, y cuyo odio, menoscipio ó revolucion queria evitar; político por sistema; llano y popular por interes; cruel por

dor complacencia, y, en fin, susceptible á todos los sentimientos porque estaba dominado de todas las pasiones....

Una ciudad como la de Jerusalem, que era la contagiosa mansion de la corte, y en donde el príncipe, como enemigo del christianismo, observaba los pasos, los discursos y las acciones de aquellos que se declaraban en ella por sus discípulos y apóstoles, no bastó de ningún modo para hacer afloxar el zelo de *Santiago*. Con aquella noble libertad que desprecia los peligros, los tormentos y la muerte atacaba á la supersticion, descubria la impostura y la falsedad, condenaba el vicio y predicaba á Jesu-Christo. Al oír referir sus sucesos, se estremecía la sinagoga, y se veía agitada con mil sospechas: empezó á murmurar contra él, y á meditar proyectos de venganza. Hasta los pies del trono llegó la voz de la nacion contra *Santiago*. Este era el primer perturbador de la tranquilidad pública: por lo mismo debía ser la primera víctima inmolada para el sosiego del imperio. He aquí, hermanos míos, el fogoso lenguaje del aborrecimiento. Ahora vereis los generosos esfuerzos del zelo.

Hermógenes y Fileto, que eran dos hombres muy mañosos para seducir, y oráculos reverenciados, como sabios pretendidos, produxeron mil embustes baxo colores supuestos. La supersticion estaba encubierta con el velo de la piedad. Los encantos del prestigio y del error fueron presentados con el grato y favorable nombre de milagros... ¿Y que es lo que opu-

opuso *Santiago* al peligro que amenazaba á la Iglesia? Lecciones y exemplos de verdad á los de la impostura, que estaban revestidos con unas engafiosas señales de incontrastables prodigios. El fué el que injurió, asombró y aterró á los maestros del error. El el que llevó á su pervertida alma los remordimientos de arrepentimiento con que les sujetó á la fe. *Magistros erroris convertit*. Ah! ¿será forzoso que un triunfo tan brillante llegue á ser un triste presagio para la Religion? Irritóse la envidia de los Judios, animóse su resentimiento y encendióse el fuego de la sedicion. *Santiago* fué sujetado por las manos del furor, y conducido al tribunal de Herodes. Tal vez respetaria este al Santo Apóstol; pero quería agradar al pueblo, y conservar su fortuna. *Videns quia placeret Judæis* (1). Declaróse el primer perseguidor de la Iglesia. *Misit ut affligeret quosdam de Ecclesiâ*. Pronunció contra *Santiago* la sentencia de muerte. Murió por fin, y con su muerte llegó á ser el segundo mártir de la Iglesia, el primero entre los apóstoles, y el único entre ellos de quien los sagrados libros aseguran el martirio, habiendo este sido precedido por la conversion de su acusador.

Quando anuncio á *Santiago* como el segundo mártir de la Iglesia, hablo con respecto á los anales de la Religion, al testimonio de San Gerónimo, y á los martirologios de la Iglesia Griega. En las actas de la reciente Iglesia se refiere desde luego el martirio de San

(1) Actor. 12. v. 2.

San Esteban, y despues el de *Santiago*. San Esteban era poseedor antes de éste de una corona que no tenia que repartir con ningun discipulo de Jesu Christo; pero esta corona indivisible hasta entónces la dividió *Santiago* con él. Reunida y junta su sangre, compuso la dichosa y fecunda semilla que produjo un numerosísimo pueblo de christianos. San Esteban y *Santiago* son, como dice San Gerónimo, las primicias de los mártires. *Primitie martyrum*. En la propia ciudad, baxo el gobierno del mismo príncipe, y casi á un tiempo expiaron ambos héroes. Su sangre combida, en quantas partes hay en el Universo, á los imitadores de su constancia. ¿Que otra cosa son los Laurencios, los Pothinos, los Vicente y los Dionisios? A la verdad que estos vienen á ser unos hombres á quienes otros mil héroes christianos señalaron el camino de la virtud, y unos hombres, en fin, á los que S. Esteban y *Santiago* abrieron primeramente la senda del martirio. *Primitie martyrum...*

S. Epifanio tiene por gran mérito en nuestro Apóstol el haber sido discipulo de Juan Bautista antes que de Jesu-Christo, y haber juntado la corona de la continencia á la del martirio. Todas estas alabanzas las adopta la Iglesia latina; pero la Griega se atreve á disputarlas. No obstante, se impuso la obligacion de consagrarle un elogio á quien respetan todas las Iglesias. Le canta en sus oficios, y todos los pueblos le repiten con ella, diciendo. *Santiago es el primer mártir del christianismo despues de San Esteban. Alter post Stephannum*

num Martyr. ¡O santa Religion, y quantas esperanzas os deben dar unas victimas semejantes! Quando la cabeza de los Diáconos regó con su sangre tu cuna, no te atrevas á creer que habias de encontrar discípulos capaces del mismo heroísmo. Esteban os pareció un exemplo mas á propósito para asombrar la tierra que para formar en ella imitadores suyos; pero quando siguiendo los pasos del primer mártir, se atrevió otro á volar á la muerte; y quando *Santiago* sacó con la sangre de Esteban una intrepidez capaz de menospreciar la rabia de los tiranos, creiste percibir ya en su exemplo un presagio y un garante de lo que podrian en todos tiempos por defenderte los hombres verdaderamente zelosos de tu gloria.

San Esteban sirvió de modelo á *Santiago*, y este á los demas apóstoles... *Primus omnium apostolorum subiit martyrium*. El primero de los apóstoles padeció el martirio. Ved ahí el único título con que creyó San Juan Chrisóstomo debia adornar el panegirico de *Santiago*. El es el primer mártir entre los apóstoles. *Primus omnium*. El es el primero que los manifestó su suerte, su fin y su recompensa. El el primero que les enseñó, no como debian de vivir, obrar y combatir (respecto de que vivian segun él como Santos, obraban como Apóstoles y peleaban como héroes), sino el modo de que habian de morir. El murió antes que ellos. *Primus omnium*; y fué el primero que los enseñó, que era preciso seguir á Jesu-Christo en el Calvario como sobre el Thabor; que era menester caminar á la gloria por los suplicios,

cios, y que sobre las abatidas columnas de la Iglesia levantaria esta su império, cimentaria sus triunfos y eternizaria su duracion. *Primus omnium*. El primero que los manifestó el fruto que debian esperar, la corona que debian comprar y la victoria que debian conseguir. *Santiago* es Apóstol como los demas. Su gloria es comun con ellos, y antes que todos consiguió la palma del martirio, y quando aun no tenían mas que la esperanza de conseguirla. Este es su singular privilegio y su única gloria. Mirado con este respeto, es innegable que tiene la primacia sobre todos los apóstoles. A S. Pedro es á quien toca la primacia del poder; á San Andres la de la vocacion; á San Mateo la de los Evangelistas; á San Juan la del amor, y á *Santiago el Mayor* la del martirio, y el honor de ser en este particular la cabeza, guia, maestro y doctor de los apóstoles. *Primus omnium apostolorum subiit martyrium*.

¡Admirable contraste por cierto entre los dos hermanos apóstoles *Santiago* y San Juan! El uno muere el primero, y el otro el último de los apóstoles. *Santiago* abre el camino, y San Juan le cierra. El uno muere con sus compañeros para instruirles por medio de sus sufrimientos, y el otro les sobrevive para reproducirles en su ministerio. *Santiago* muere el primero para fecundizar con su sangre á la Iglesia, y San Juan el último para defenderla con sus escritos.

Además de ser *Santiago* el primer mártir entre los apóstoles, *Apostolorum proto martyr*, es tambien el único entre ellos de quien nos ha-

haya transmitido el Espíritu Santo la memoria del martirio. *Solus ille de cujus martyrio nos Spiritus Sanctus certo reddere voluit*. En efecto, en los sagrados libros se encuentra el nombre de los otros apóstoles, su vocacion, sus trabajos y sus triunfos; pero de ningun modo se halla en ellos su muerte. Es únicamente á la tradicion y no á la fé á quien debemos la relacion de ella. La fé nos enseña, que San Pedro estableció su silla en Antioquía, que San Pablo fué el doctor de las naciones; Santiago el Justo habló en el primer concilio; S. Andres fué el último en seguir á Jesu-Christo por las riberas del mar de Galilea; Santo Thomas se convirtió en el cenáculo, y que San Felipe asistió á la milagrosa multiplicacion de los panes en el desierto; pero la tradicion únicamente es la que nos instruye sobre la muerte de San Pedro y San Pablo en Roma; sobre la de Santiago el Justo en Jerusalén; de San Andres en la Acaya; de Santo Thomas en las Indias, y de San Felipe en la Frigia. Su martirio no es para nosotros mas que el objeto de una piadosa creencia; mas *Santiago* es el único cuyo martirio sea para nosotros un objeto de fé. *Solus*. Esta, pues, sale por fiadora del tiempo en que se verificó, los términos en que fué y la ninguna duda que hay en ello. Heródes, dice el espíritu Santo, hizo morir por medio del cuchillo á *Santiago*, hermano de Juan. *Herodes occidit Jacobum, fratrem Joannis, gladio* (1).

(1) Actor. 12. v. 2.

A esta fiel y sagrada relacion, añade San Clemente Alexandrino algunas circunstancias dignas de nuestro respeto, aunque no salga la fé por garante de ellas. Atendiendo, pues, al testimonio de este Santo Padre, os debeis figurar á *Santiago* conducido por el odio y el furor á la plaza pública de Jerusalén. Hacedos el cargo, de que el mismo lugar de su martirio llegó á ser el de su mayor gloria. Considerad el milagro que precedió á su sacrificio. Este fué el de haber quedado sano un paralítico á la mas leve insinuacion de su voz, y no parando aquí el prodigio, se vió acompañar á su muerte una admirable conversion. De modo, que aquel que acababa de conducir á *Santiago* al tribunal de Herodes; aquel que habia tenido á mucho honor el haberle llevado cargado de cadenas al lugar de su suplicio; aquel orgulloso escriba que era un mercenario delator suyo, admirado del intrépido zelo que manifestaba el Santo Apóstol, llegó á ser un hombre nuevo y diferente en su creencia. Llamóle, pues, la gracia, vióse atormentado de los remordimientos, y se declaró christiano. Este mismo deseaba con ansia el martirio desde aquel instante. El perseguidor de *Santiago* dividió con él su corona, y perdiendo la Iglesia un Apóstol, adquirió á un mismo tiempo dos Santos.

Es de advertir, que el tiempo en que fixa San Lucas la muerte de nuestro Santo, es el mismo en que señala la época del arresto y prision de San Pedro. Un mismo dia, pues, era de triunfo y de duelo para la Iglesia. El
mar-

martirio de un apóstol redundó en gloria suya y el cautiverio de otro era para ella una verdadera desgracia. Al paso que concedia al primero su veneracion, se llenaba de sentimiento por el segundo. Creía que *Santiago* gozaba de la gloria, y se honraba á sí misma con esta consideracion: sabia por otra parte que la tenia mucha cuenta el que aun viviese San Pedro sobre la tierra, y sentia su prision. Celebraba la victoria de aquel, y reclamaba la libertad de éste. Dividida de este modo entre dos sentimientos tan opuestos, se entregó la Iglesia á la alegría y al terror. Dexa no obstante, Iglesia de mi Dios, dexa esos sentimientos. Entrégate á la justa alegría que debes tener. Ya se rompen las cadenas de San Pedro; ya se abre su prision; ya vuelve otra vez á ser tuyo, y habiendo redundado en gloria tuya, la de *Santiago* te va á ofrecer un conjunto de maravillas de que todavía no has tenido exemplo.

¿Es cierto, hermanos míos, de que Herógenes y Fileto, discípulos ambos de *Santiago*, ocultaron su precioso cuerpo á las vivas diligencias é indagaciones de sus enemigos? ¿Es cierto que despues de haber confiado á las olas de la mar este sagrado depósito, le pudieron llevar milagrosamente á una tierra extraña para que le sirviese de sepulcro? ¿Es cierto que antes de su muerte habia anunciado *Santiago*, como Profeta, que sus cenizas serian transportadas á España? Yo bien conozco que no faltan autoridades, aunque ninguna de la mayor opinion, con
Tom. III. R que

que se puedan disputar estos diferentes hechos, y se llegue, aunque sin justificarles, tal vez á combatirles. El zelo indiscreto decide sobre suposiciones: el que es sabio no sentencia sino con relacion á la verdad.

Esta da lugar desde luego para asegurar, que muchos pueblos se alaban de poseer las inanimadas reliquias de *Santiago*, y que no obstante esto, es uno sólo el que las tiene. Sus sagrados huesos fueron llevados desde Jerusalem á España. La verdad puede garantir este acontecimiento; porque la historia lo atestigua así, la critica lo respeta y la Iglesia lo publica. Esta es la inteligencia en que se ha estado en todos tiempos.

Tres ciudades se conocen en la Iglesia christiana, quales son Jerusalem, Roma y Compostela, que fueron muy ilustres por el concurso de los fieles. En Jerusalem se visita con fé y respeto el sepulcro de Jesu-Christo. En Roma se ve que el zelo y la piedad concurren al sepulcro de San Pedro y San Pablo. En Compostela atrae la confianza sobre el sepulcro de *Santiago* á todos los pueblos de la tierra. Yo no extraño que este concurso siempre nuevo é igual haya podido excitar la irrisión de los hereges; pero lo que Juan Hus y Gerónimo de Praga llaman fanatismo, y lo que Lutero y Calvino llaman superstición, lo autoriza, consagra y reverencia la Iglesia, empleando contra las imputaciones de los novadores los mismos discursos y razonamientos de que Theodoro se valía contra los incredulos de su tiempo.

¡O

¡O Iglesia Compostelana, tan olvidada anteriormente! ¡Quanta brillantez te ha comunicado el rico tesoro de que eres depositaria! Iria te daba la ley, y ahora eres tú la que se la das. Tú dependias de sus Pontífices, y ahora dependen de los tuyos; y como Augusta Metrópoli posees una Basílica aun mas preciosa que ella: Basílica cuyos privilegios mereces á los Romanos Pontífices, la decoracion á los reyes de España y la primacia al concilio general de Letran.

Allí es, hermanos míos, á donde la gloria y poder de *Santiago* llevaron, segun se dice, en el octavo siglo á aquel famoso príncipe Carlo Magno, que era el terror de la Europa, el defensor de la Iglesia y el padre de la Francia. Allí es en donde á exemplo de los mas grandes Potentados del Universo acudió en el noveno siglo Alfonso II. rey de España; el famoso Godescalco en el X; S. Simeon Heremita y San Theobaldo en el XI; el bienaventurado Alberto; San Guillermo, San Morando, y Sofia, condesa de Holanda en el XII., y en otros diferentes siglos reyes y reynas, Pontífices y Sacerdotes, sabios y santos: en una palabra, geutes de todos estados, sexós y naciones.

Esta reputacion, concurso y celebridad tienen su causa y principio. El primer homenaje que se hizo á las reliquias de *Santiago* fué un tributo del reconocimiento. Habia recibido la España de él grandes beneficios, y ella le tributó honores. El origen de una confianza tan grande dimanaba de grandes milagros.

R 2

Yo

Yo no quiero, como otros, hermanos míos, detener vuestra consideracion con la pesada enumeracion de mil prodigios mas bien sospechosos que averiguados, y mas propios para favorecer la malicia de los hereges y las dudas de los incrédulos que para alimentar la piedad de los fieles. A nosotros se nos echa muchas veces en cara una supersticiosa, ridícula y pueril credulidad, porque tal vez en alguna que otra ocasion autoriza el zelo indiscreto estas fútiles y obscuras calificaciones. Lo que no tiene duda es, que por la intercesion de *Santiago* se han obrado una infinidad de milagros. Pero nosotros no admitimos sin exámen quantos la ignorancia cita sin prueba. En este caso seria tanta temeridad el producirles, como dificultoso el justificarles. Vosotros, oyentes míos, no observaréis en la pintura de *Santiago* sino únicamente aquellas maravillas que han recogido cuidadosamente y con la mayor formalidad, y atestiguado las ciudades, provincias y reynos: los príncipes, reyes, soberanos Pontífices, historiadores, sabios y santos; y en fin, un Vicente de Bauvais, un Gilberto, Abad de Nogent, un Cesario Heisterbaco, un Venerable Beda y un Fortunato Poitiers.

A vista de esto quiero que dudeis, si baxo la proteccion de *Santiago* ha recobrado la inocencia, la reputacion y la vida quando acababa de padecer un suplicio infame: si baxo el inanimado cuerpo de *Santiago* se humillaron las olas de la mar para conducirle al lugar de su destino; pero guardaos de negar,

gar, que por su socorro é intercesion han obtenido los christianos cautivos baxo la tiranía de los Moros su libertad: que en el reyno de Leon hizo que se dexase ver un sol benéfico que mudó la esterilidad en abundancia: que por la mediacion de nuestro Santo experimentó la república de Venecia que cesase repentinamente un diluvio, cuyos horrorosos desagües parecia que la debia causar irremediabilmente su ruina; y, en fin, que á su proteccion atribuyen las Indias la célebre jornada de Goa, tan fatal al Mahometismo, como gloriosa á la Religion christiana.

Desde luego podeis asegurar tambien, que la militar Orden de *Santiago* establecida en España tomó su origen de mil señalados beneficios que de él habia recibido. Asegurad, así bien, que los reyes de España Ramiro, Fernando y Alfonso, tributaron á este Apóstol infinitos homenajes por las mas brillantes victorias, y que con los votos hechos al templo consagrado á su nombre, manifestaron los eternos monumentos de su reconocimiento.

Ya hacia mucho tiempo que Fernando II, mantenía contra los Sarracenos una continua y funesta guerra. En un desigual combate, cayó este príncipe baxo el número y fuerzas de sus enemigos. Por todas partes se descubría el peligro en que estaban su vida y estados. Por fin, al cabo de algun tiempo que estaba indecisa la victoria, se declaró á favor de los infieles. Pero ¡o prodigio del Altísimo! Desde la mansion de la gloria llevó

Santiago á aquel consternado monarca el ramo de *Oliva*. Parecia que esta señal, como defensora de España, caminaba al frente de sus tímidos batallones. Con una guía tan prodigiosa caminaba Fernando de sucesos en sucesos. Sus nobles esfuerzos infundieron el terror en la armada Musulmana. El furioso enemigo, no podia resistir al invencible valor que le atacaba y perseguia, como que el cielo y *Santiago* peleaban por España. Venció Fernando; y de aquel formidable poder que exercian los moros con tanto orgullo en un reyno donde habian sido introducidos por la perfidia, no quedan ya mas que débiles despojos, que baxo la proteccion de *Santiago* y en diferente siglo exterminó y dispó otro Fernando. En esto consistió la fama de aquellos milagros, que lleva la gloria de nuestro Santo con la celebridad de su sepulcro y la brillantez de su culto á todos los climas.

El culto de nuestro Santo, pues, es casi tan antiguo como él mismo. Es imposible, como dice San Epifanio, señalar la época del primer templo que le consagró Jerusalem en el lugar donde se cree que sufrió el martirio. ¡Y quantos están consagrados á su nombre en las quatro partes del Mundo! No hay casi ciudad en España, Italia, Francia, Alemania y Flandes en donde no le hayan erigido sus altares. Entre los Moscovitas ya se conocian algunos, casi ántes que otra ninguna nacion los tuviese; la Iglesia Griega celebraba particularmente la fiesta de *Santiago*, quando la latina la confundia ó equivo-

ca.

caba con la de los otros Apóstoles. La gloria de nuestro Santo estaba ya extendida por todo el Oriente, quando estaba el Occidente todavia haciendo inútiles indagaciones para descubrir sus cenizas. En tiempo de San Agustín estaba este culto autorizado en la Iglesia de Cartago. En la Iglesia Galicana se habia aprobado ya en el de Carlo Magno. En el de Carlos el Calvo estaba generalmente establecido. La Inglaterra conserva á *Santiago* el respeto que no tributa ya á otros muchos Santos. Sus altares y su culto, subsisten todavia en aquel reyno á pesar de las innovaciones de un cisma que condena quanto la Iglesia aprueba. Mas ¿que puede pretextar un pueblo christiano para no reverenciar á un Santo, que es el primer martir entre los Apóstoles, el segundo del Christianismo, y, en una palabra, un mártir de quien el Espiritu Santo ha dado las mas respetables pruebas por la relacion que no se ha desdeñado trazar de él? ¿Como era posible que la gloria de *Santiago* publicada en las Sagradas Escrituras tuviera ociosa la eloqüencia de los Santos Doctores, y no mereciese los elogios de la Iglesia y se traxese el homenaje de todos los siglos? Su nombre se ha hecho célebre en las historias de todas las naciones, y en las Iglesias de todo el Universo. Por todas partes se repiten las magníficas alabanzas que hemos dado á la santidad de su vocacion, á la singularidad de sus privilegios, á la inmensidad de su zelo, á la primacía de su martirio, á la continuacion de sus milagros

R 4

y

y á la universalidad de su culto; y confirman Tertuliano, Orígenes, Anastasio, Hilario, Ambrosio, Chrisóstomo, Agustín, Gregorio, Pedro Chrisólogo, Epifanio, el B. Eusebio, Alexandro III., Guillermo de París y San Carlos Borromeo. Tal vez se habrán dado igual número de elogios al sepulcro de

Santiago como al apostolado de San Pablo.

¡O hermanos míos! no olvideis jamas, que el Angel titular de este templo debe en parte la brillantez de su celebridad al privilegio de haber sido el primer mártir entre los Apóstoles. *Cecidit ipse primus*. Con este título es con el que he manifestado su mérito y su gloria en un panegirico del que me he encargado con otro tanto mayor zelo, quanto á mí mismo me es mas precioso su nombre, que vosotros estimais tambien infinito ::: *Santiago* abrió á los Apóstoles el sangriento camino del martirio. Así, pues, debe dirigir á todos los christianos por la amarga carrera de los sufrimientos. La vida y la muerte de este Santo han sido una continuacion de pruebas, de contradicciones y de suplicios. Nosotros ya no tenemos estos que temer. Ya no hay mártires, ni tiranos. Pero ¡quantas pruebas y contradicciones se hallan en la mas dichosa y pacífica vida! ¡Quantos reveses de fortuna! El mundo es el centro de las revoluciones, y siempre debemos temer que á cada paso se nos renueven. Para sobrellevarlas con paciencia y humildad implorémos el socorro de un Santo que no solo es nuestro modelo, sino nuestro protector. Pidámosle, que para beber

ber una parte del cáliz que él bebió, hasta en su mayor amargura, nos consiga un rayo de aquel hermoso fuego que animó su caridad, su zelo y su constancia. ¡Quiera Dios que á tantos milagros como confirman su poder, se añada el de nuestra santificacion! Es necesario imitar á los Santos en la tierra para reynar con ellos en el cielo.



PANEGÍRICO
 DE SAN DESIDERIO.

Quæcumque sancta :::: *hæc cogitate quæ vidistis in me.* Empleaos en cosas santas, segun el exemplo que os he dado. *Philip. 4.*

Al mismo tiempo que los Santos son protectores nuestros, nos sirven tambien de modelo. No debemos aprovecharnos menos de sus exemplos, que de su mediacion. El invocarles nos es de obligacion; pero aun es mucho mas grande la que tenemos en imitarles.

¿Como imitareis, pues, christianos oyentes, al Pontífice illustre y glorioso mártir, cuyo nombre habiendo sido tan precioso para vuestros padres y mayores, no debe de ser menos apreciable para vosotros? ¡Ah! Si se presentase en este templo, que tantos siglos hace está consagrado á su nombre, desde luego creo que os diría lo que dixo San Pablo á los fieles de la primitiva Iglesia; esto es, empleaos en todo lo que sea santo, segun el exemplo que os he dado ::: *Quæcumque sancta, hæc cogitate quæ vidistis in me.*

En

Panegirico de S. Desiderio 267

En efecto, *Desiderio* nos ofrece tanto en la pintura de su vida quanto en las maravillas de su muerte los exemplos de una santidad, cuya brillantez y permanencia sirven de otras tantas instrucciones útiles, penetrantes y sensibles. Voy inmediatamente á descubrirlas: aplicaos á entenderlas.

Desde un estado obscuro le conduxo á *Desiderio* al Episcopado una resplandeciente santidad; haciéndose su dignidad illustre por las únicas señales de su zelo. *Punto primero.*

Una santidad constante conduxo á *Desiderio* desde el Episcopado al martirio; siendo este coronado con únicas señales de su celebridad. *Punto segundo.* AVE MARIA.

PARTE PRIMERA.

Dos son los Santos de un mismo nombre que reciben en este dia los homenages de la Iglesia universal, y con mas particularidad de la Iglesia Galicana. Su fiesta se celebra en diferentes provincias y son varios los pueblos que se interesan en su culto. Como uno y otro son Pontífices, y mártires ambos, tienen muchos rasgos de semejanza; mas sin embargo, se advierte en ellos un carácter de santidad propio; y un mérito personal que distingue al uno del otro. El primero, que es á quien honrais con la presente funcion, es *San Desiderio*, Obispo de Langres: el segundo es *San Desiderio*, Obispo de Viena, cuya gloria os es absolutamente extrangera. Aquel á quien venerais como protector, nació en Genes ácia el

el fin del tercer siglo: el ejercicio del campo fué el objeto de sus trabajos, y toda la Francia el teatro de su gloria. El otro San Desiderio nació en el sexto siglo, siendo la Borgofia su cuna; Childeberto I. su maestro; el Delfinado su conquista; Brunehauldo su enemigo, y San Gregorio el Grande su defensor::: La ocupacion del Obispo de Langres, no fué el estudio de las ciencias, sino que entre los ejercicios campestres aprendió el grande y dificultoso arte de gobernar á los hombres. Al espíritu de Dios debió sus conocimientos, sus virtudes á la gracia y su elevacion á la reputacion de su santidad. El Obispo de Viena se distinguia por su nobleza y era celebrado por sus talentos, y como formado por un santo Pontífice, merecia serlo tambien él mismo. Su eloqüencia hizo resonar su gloria hasta en la capital del mundo christiano. Su zelo, firmeza y sucesos le adquirieron amigos y perseguidores. Protegido por Thierry, rey de Borgofia (que fué condenado por el concilio de Chalons, é inmolado por unos hombres mercenarios é iníquos), mereció ser comparado á Elías y á Juan Bautista, y que reconocida la Iglesia le suministrase tantos honores, quantos eran los servicios que la habia hecho.

Yo me he creído obligado, hermanos míos, á daros á conocer exáctamente los dos Santos Desiderios para no exponeros á que atribuyais, con desdoro vuestro, las acciones, virtudes, combates y victorias del uno quando correspondan al otro. Aquel de quien celebrais

brais el triunfo, suministra en su vida, en su muerte y en su culto acontecimientos bastante diversos, é instrucciones suficientes para no llenar su elogio con un mérito ageno.

En el estado mas obscuro se señaló con heróycas virtudes. Estas le hicieron acreedor á mil prodigios, que le elevaron al Episcopado, en el qual se distinguió su zelo por medio de empresas útiles y sucesos permanentes.

Lo esclarecido del nacimiento de nada importa para la brillantez de la santidad. Bien puede uno ser de una cuna humilde y tener nobles sentimientos. Muchas veces se ha visto, que á un hombre vulgar estaban reunidas virtudes ilustres. Santa Genoveba es la Patrona de París, y fué una simple pastora. San Isidro es protector de España y Patrono de su corte, y era labrador. Así como qualquiera puede santificarse en todos tiempos, así tambien se puede santificar en todos estados y ejercicios.

Aquel en que desde luego colocó la Providencia á *San Desiderio*, es el mismo en el que ha puesto el cielo á la mayor parte de aquellos á quienes yo dirijo en este dia su elogio.

Es verdad que no fué su cuna la corte de los príncipes, ni tampoco en ninguna floreciente ciudad en donde empezaron á manifestarse sus talentos. El nombre y fama de sus padres, no habia salido del lugarejo que en Italia tuvo la dicha de darle la Iglesia, y de prepararle la gloria un Santo tan grande.

En

En las actas de su martirio leemos que era hijo de un trabajador del campo, cuya herencia era la miseria, y el trabajo su recurso, teniéndose por tan dichoso en su estado, que encontraba mas consuelo en la virtud, que el que podia hallar entre las grandezas del mundo. *Pauperis Agricola filius* (1).

Figurao á *Desiderio* en el mismo estado que á su padre, expuesto á la propia indigencia, destinado á las mismas ocupaciones y heredero de iguales sentimientos. Tenia un asiduo trabajo al cultivo de las tierras que estaban encomendadas á su cuidado: *terram aratro exercebat* (2). Se deleytaba en aquel ingrato y pesado ejercicio, porque el Señor le habia puesto en él. Ni los abrasadores ardores del sol, ni los penetrantes frios de las nubes y de los hielos, eran capaces de arrancar de su boca una indiscreta murmuracion, ni la mas leve palabra de descontento. ¿Os parece á vosotros que los breves instantes que le quedaban despues de sus penosas fatigas, los empleaba en frívolas diversiones, en indecentes desarreglos, en funestos entretenimientos, en juntarse con malas compañías? Pues nada menos que eso. Aquel tiempo de reposo y de descanso, le consagraba á la piedad: concurría al templo del Señor á cantar sus alabanzas, escuchar su palabra, implorar su misericordia, reflexionar sobre sus misterios y adorar su divinidad. Tales eran las

(1) *In Offic. Sancti Desider. Lecc. 6.*

(2) *Act. S. Desid.*

las diversiones que, á exemplo de *Tobías*, tenia únicamente *Desiderio*. *Tobias pevebat: ad templum: & adorabat Dominum* (1). Entregado enteramente á sus agrestes ocupaciones, quando la obligacion le llamaba á ello, se dedicaba tambien con el mayor conato á los ejercicios fervorosos, aun quando, como otros, se habia de estar divirtiendlo. Con esta continua alternativa de ocupaciones útiles y ejercicios santos, pasó los primeros dias de su vida en la inocencia evangélica: *Vir simplex* (2). Siempre permaneció firme é inmovil en el temor y en el amor santo de su Dios. *Immobilis tu Dei timore* (3). En su corazon se unian ya todas las virtudes que merecen las alabanzas de la tierra y atraen las gracias del cielo.

En él se admiraba, como dice el autor de su vida, un justo digno de tal nombre por su ternura para con los pobres, sin embargo de que él mismo tambien lo era: por una edificativa sobriedad, cuyos exemplos eran tan raros en su estado como en su siglo, y por una pureza de costumbres que servía de exemplo á los de su edad y de condenacion á los hombres mas viejos que él. Sus pensamientos, sentimientos y acciones llevaban comunmente consigo el distintivo de una humilde y penitente santidad, contándose siempre por dichoso en la situacion en que se ha-

(1) *Job. I. 6.*

(2) *Act. S. Desid.*

(3) *Ibidem.*

llaba, como que no apetecia otra cosa que lo que era. *Deo acceptabilis in omnibus* (1).

Si consideramos el humilde estado en que desde luego puso á *San Desiderio* la Providencia, no dexarémos de conocer las altas miras que sobre él tenia. Y así ¿ como es posible que nos persuadamos que un hombre rústico, cuyo talento no se extendia mas allá de la inteligencia que requerian las semillas de la tierra, el cultivo de los campos y el trabajo de la casa, fuese propio para la direccion de las almas, el gobierno de la Iglesia y la defensa de la Religion?

¡Quanta distancia hay entre el primero y el segundo estado! Pasar desde una choza á un palacio: cambiar el cayado en cruz: substituir la seda al paño burdo y grosero: desde un hombre desconocido y criado en el campo, llegar á ser un Obispo, y Obispo de los principales de la república: conseguir esta dignidad en un país extrangero, y llegarla á obtener (por solo la fe de un milagro) sin talentos, sin reputacion, y probarle por su conducta y hacerle comprehender que esta inesperada mudanza de estado y de funciones, era verdaderamente obra del cielo, es sin disputa la obra mas maravillosa. Tal vez sobre este particular ofrecerá la vida de *San Desiderio* un exemplo único y singular. Vosotros, hermanos míos, os hallais con derecho para oír la relacion de este acontecimiento tan particular; y supuesto que estoy obli-

(1) *Act. S. Desider.*

obligado á hacerla, no quiero privaros de este consuelo. Las historias de Italia y de Francia, y los fastos de Genés y de Langres, son los lugares en que yo me fundo, y deben ser vuestro apoyo.

En los confines de las dos Borgoñas, y sobre la cima de una montaña escarpada, se halla situada una ciudad, cuya antigüedad no forma su menor mérito. Era el muro y asilo mas fuerte de un pueblo llamado *Lingones* en tiempo que Julio Cesar añadió el imperio de las Gaulas al de Roma. Conocida despues en Francia con el nombre de Langres, la vemos situada en la Champaña, y tenuta por capital del Basigny. Desde el segundo siglo de la Iglesia recibió el conocimiento y principios de la fé *San Benigno*, que era uno de los discípulos de *S. Policarpo*, christiano zeloso, ministro fiel, predicador eloqüente y mártir invencible, habia convertido en Langres algunos hombres que despues de haber sido los héroes de la fé, llegaron á ser sus víctimas. Esta ciudad, pues, cuyos Pontífices fueron condecorados en el Reynado de Felipe Augusto con un título que solo gozan en la Iglesia Galicana los Obispos de Rheims y de Leon, no contaba todavía en el tercer siglo sino dos Prelados suyos. Senator fué desde luego destinado para cultivar el árido campo que habia regado con sus sudores el Apóstol de la Borgaña. Su zelo fué conservar á la Religion sus primeras conquistas y adquirirla otras nuevas: murió lleno de mérito y de gloria; y era digno de colocarse en los altares. Su sucesor fué justo

to. Este, cuyo nombre indica su carácter, caminó sobre las huellas de su predecesor, y honró á su ministerio con sus trabajos y sucesos. Empezó dando á la Iglesia de Langres esta brillante reputacion que sostuvieron con tan laudable empeño un San Gregorio, un Roberto de Torote, un Sebastian Zameto, un Gauthier, un Gui-Bernardo, un Guillermo de Durfort, un Cardenal de Givri, y un Dantino: esta reputacion, en fin, á la que en el dia pone un Montmorino el colmo por su zelo, por sus costumbres y su catolicismo. Despues de una larga, honorifica y peligrosa carrera vino Justo, segundo Obispo de Langres, á dar los últimos alientos entre los sentimientos y desconsuelo de su pueblo.

La voz de este anunciaba entónces la de Dios, para reemplazar con un digno pastor aquel de quien lloraban su perdida. ¿Sobre quien de la clerecía recaerá este unánime consentimiento y vocacion? En Langres habia hombres, segun nos pide San Pablo, para llenar las delicadas funciones del Episcopado: habia algunos de una fé constante y segura, de una irreprehensible conducta, y de una brillante reputacion, que merecian aquella dignidad sin desealarla. ¡De quanto gusto sirve tener por cabeza á uno de sus conciudadanos! Coloca, pues, afortunada ciudad, coloca y pon sobre tu silla ilustre á uno de esos venerables ministros de quienes te consta el zelo, la erudicion y las buenas costumbres. Mas ya veo que con tu incertidumbre dudas de la eleccion, y dividiéndose las opiniones re-

retardas tu decision. Para que sea conforme á las miras del cielo, y útil á tu salvacion, dirígete á la cabeza de la Iglesia y pónlo en sus manos. Consiente gustosa en que determine su autoridad tu eleccion. En fin, ya le diste el arbitrio. Mas ¿que es lo que determinará? ¡Ah hermanos míos! parece que se oye una voz muy superior á la del soberano Pontífice: un nombre misterioso y desconocido en Langres es el que, por medio de un Angel, se señala á sus habitantes. *Desiderio*: este, este es el hombre privilegiado á favor de quien dispone el cielo que se reúnan todos los votos; pero se ignora el lugar de la tierra en que habita: no se saben sus qualidades, ni su profesion; y aun quando su nombre no sea un misterio desconocido, lo es su persona, acerca de la qual se duda hacer algun descubrimiento. Pero ¿para que os he de tener yo suspensos por mas tiempo, hermanos míos? El cielo que designa el Pontífice que debe elegir Langres, indica tambien las irrefragables señales con que le podrá encontrar.

Ven, decia el Señor á Samuel, para que te envíe á Isaías de Bethlem, yo he escogido un rey entre sus hijos: tú consagrarás aquel á quien yo te señale: *Unges quemcumque monstravero tibi* (1). Yo discurro que el pueblo de Langres recibió la misma orden del Eterno Padre. Me parece que oigo decir al ministro que estaba encargado de comunicar á los mortales la voluntad del Altísimo, á fin de que este pueblo

S 2

(1) I. Reg. c. 16. v. 5.

blo no dudase de la eleccion de su Pontífice: Id, atravesad los Alpes, internaos en la Italia y dirigid vuestros pasos ácia Genés, que en un barrio cercano á esta ciudad está el que he determinado sea vuestro Pontífice. Su nombre es el de *Desiderio*: en sus manos lleva un tronco seco, árido y muerto; el qual cubierto de tierra volverá á retoñar y á tomar á vuestra vista una nueva vida. Reverdecerá, se cubrirá de hojas y llenará de flores. Este es el milagro que os manifestará, entre una infinidad de hombres, el que ha elegido el Señor para que gobierne vuestras almas. Le llevaréis á Francia y le haréis consagrar. Tal es el orden de la Providencia. *Unges quemcumque mostraveris.*

Los designios del cielo para con *Desiderio* serán tan bien cumplidos quanto milagrosamente manifestados. Salen con este objeto los Diputados de Langres, y no es al Vicario de Jesu-Christo á quien se proponen consultar para colocar sobre el trono de su Iglesia á un Pontífice digno de ocuparle, sino que tomando el camino de Genes, se prometieron desde luego hallar al hombre que se les habia asegurado segun la determinacion del Altísimo. En efecto, le encontraron::: Pero ¡que hombre era aquel! un hombre de humilde nacimiento y sin educacion alguna: ninguna cosa daba á entender que era él á quien buscaban: no parecia que indicaban otra cosa su simplicidad, su miseria y su exercicio; pero nada importa: es menester llegarse á él y preguntarle su nombre, acompañado de un admirable prodigio,

ha-

hará mudar el juicio tan poco favorable que hacen formar de él su lenguaje, su pobreza y su género de ocupacion. Pregúntasele::: y el nombre de *Desiderio*, que es el que habia manifestado la voz del Angel, fué la primera señal que admiró en esta sobrenatural vocacion: la segunda se siguió inmediatamente á la primera del mismo modo que se habia concebido: cumpliósse la profecía, y el milagro daba á entender su maravilla. Ya no habia duda en ello, ni tenian que estar perplexos en la determinacion. El cielo habia dado á conocer su eleccion, y á él era á quien tocaba justificarla.

El lo hará, pues, hermanos míos: no pongais duda en ello. En vano á la imprevista voz que le declaró su destino, exclamó *Desiderio*, como lo hizo en otro tiempo Jeremías, manifestando su incapacidad: en vano se esforzaba para sacudir el honroso yugo con que la Providencia le habia cargado. *Ecce nescio loqui* (1). El Señor le respondió por los intérpretes de su voluntad del mismo modo que lo hizo con el profeta: no alegueis vuestra insuficiencia, porque esto basta para separaros de los designios que tiene Dios acerca de vuestra persona. *Ireis á quantas partes os envíen sus órdenes. Llevaréis su palabra á los pueblos á quienes os diga que la anuncieis. No temáis presentaros delante de su vista aunque se asombren.* La gracia del Señor os acompañará en todos vuestros pasos y determina-

S 3

cio-

(1) Jerem. I. 6.

ciones. Su mano se extenderá sobre todas vuestras obras. Su espíritu dictará todas vuestras palabras. Arrancareis y destruireis todo quanto convenga. Hareis olvidar, y disipareis las preocupaciones. Edificareis y plantareis. Os estableceréis, como una *Ciudad fuerte, una columna de hierro y un muro de arena* sobre toda la tierra á donde Dios os destina. Los príncipes y los reyes *combatirán contra vos*, y no sacarán ninguna ventaja. Sus ineficaces esfuerzos causarán su deshonor y su desgracia, y harán vuestra felicidad y vuestra gloria.

Así como Jeremías no se opuso con una pecaminosa resistencia al mandato del Señor, sino que obedeció al instante: así tambien le sucedió á *Desiderio*, porque el maravilloso acontecimiento que le descubrió los adorables designios de la Providencia, le hizo condescender con igual sumision. En efecto, cedió al instante, partió para su destino y llegó á él. Ya habia sido su cabeza unguida en este tiempo con el oleo santo, y habia recibido por la imposicion de las manos la plenitud del sacerdocio. Colocado entre aquellos hombres que justamente eran llamados sucesores de los Apóstoles, y padres y pastores de los fieles, fué elevado por medio de un prodigio á la dignidad Episcopal. En ella se señalará con sucesos permanentes y empresas útiles.

¿Que idea formariais vosotros, hermanos míos, de un hombre que nacido en una humilde cuna y arrancado de un grosero ejercicio, se presenta como un don gratuito del cielo para gobernar una vasta y dilatada Diócesis?

Des-

Desde luego os figuraréis un unánime apresuramiento para recibirle, todas las miras puestas sobre él para observarle y reunida la esperanza para merecer de su ministerio otros tantos milagros quantas fuesen sus empresas. A la verdad que no os engañais. En medio de las mas vivas aclamaciones, y con el confuso murmullo de los aplausos, fué recibido *Desiderio* por una clerecía respetable y por un pueblo inmenso que en el rostro de su Obispo les pareció ver un presagio de su felicidad. *Magnano cum aplausu à Lingonarum civibus exceptus* (1). Aun no se le conocia y por sola su reputacion se le deseaba poseer. *Votis omnium expetitus* (2). Cada uno se figuraba al verle las resultas mas favorables; y poseidos de la ventajosa opinion que habian concebido del virtuoso pastor que Dios les daba por su misericordia, ninguno se quejaba, sino que ántes bien decian para sí: *Desiderio* es un Profeta á quien inspirará el cielo; es un Apóstol á quien dirigirá; es un Santo á quien bendecirá; en él tendremos una guia sabia, un padre tierno y un perfecto modelo. Dios, que es el que nos le ha dado para su gloria, nos le conservará para nuestra salvacion.

Despáchate *Desiderio*, despáchate á llenar tus obligaciones y la esperanza de tu pueblo:: Mas ¿pueden en un Pontifice suplir las virtudes por los talentos? Nuestro Santo no tuvo á la verdad en sus campestres ocupaciones la di-

S 4

cho-

(1) *In Offic. S. Desid. Lec. 6.*(2) *Fac. Vignerius, S. J. de Div. Desider.*

chosa facilidad de instruirse en las letras humanas, y profundizar en los augustos arcanos de la Religion; pero pudo, sin embargo, tener muy bien un ingenio propio para todas las ciencias. Aunque este es comun á todos los estados, no hizo nuestro Santo tentativa alguna sobre ningun género de erudicion. Del mismo modo que le habia presentado la naturaleza, le halló la dignidad episcopal. El mismo lo confesaba con una inocente sinceridad. *Cum se litterarum expertem profiteretur* (1). No temais cosa alguna, pueblos dichosos; porque así como un milagro ha hecho Obispo á *Desiderio*, será sabio tambien por medio de otro. El mismo Dios que le confió el cuidado de instruir á Israel, le comunicará la ciencia y el modo de enseñar. *Qui doctrinæ committit officium*, dice el bienaventurado S. Pedro Damiano, *docendi suggeret incrementum* (2): ¿Quien no habia de conocer desde los primeros pasos de su ministerio que era un hombre á quien Dios se habia encargado de instruir? Semejante á las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, se presentó desde luego á vista de su asombrada Diócesis con el don de la predicacion, el resplandor de la doctrina y el espíritu de gobierno. Lo que San Benigno habia empezado en Langres lo acabó *San Desiderio*.

Benigno habia llevado la luz de la fé entre las tinieblas de la idolatría. *Desiderio* á pesar de los esfuerzos que hacia esta, aunque estaba espirando, conservó á la fé sus conquistas.

(1) *Ferrar. de Dio. Desider.*

(2) *Petr. Dam. de S. Sever. Episc. Raven.*

tas. El Apóstol de la Borgofia habia trastornado los vanos simulacros de la gentilidad: el Obispo de Langres multiplicó los templos consagrados á la gloria del verdadero Dios. El primero habia hecho conocer el Evangelio; y el segundo le dió nuevo aumento. El uno habia plantado la vinya, y el otro la cultivaba. Aquel se abrió un camino lleno de sufrimientos y contradicciones; y este una carrera de sucesos y de triunfos. Benigno consiguió desengañar á los espíritus preocupados: *Desiderio* tuvo la gloria de cautivar los corazones. Langres debió al primero la conversion de algunos de sus habitantes; y todos ellos deberán al segundo su santificacion.

Yo confieso que ignoro el interesante por menor del ministerio que exerció nuestro Santo. La historia no nos ha transmitido una relacion fiel de sus acciones y victorias. Mas por lo que nos dice de él, nos hace sentir con razon lo que, sin adulacion, no hubiera podido añadir á la pintura de su gobierno. Sin embargo, nos dice, que habiendo ascendido *Desiderio* al Episcopado, brillaron en él las mas nobles y heróycas virtudes, *Sacerdos virtutibus præstantissimus* (1). Llevadas estas virtudes al colmo de la perfeccion, suponen una fé sumisa y activa; una esperanza sólida é invariable; una humildad profunda y universal; una rigurosa y continua penitencia; un favor ardiente y animado, y, en una palabra, una abnegacion tal, qual manda ó aconseja el Evan-
gél-

(1) *Act. S. Desid.*

gélío. Ved así sus exemplos:: La misma historia nos dice, que se entregó enteramente y sin interrupcion, en el discurso de su ministerio, á todas quantas obligaciones exige el cuidado pastoral. *Vigilantissimus Pastor* (1). Este cuidado, pues, manifiesta un zelo activo; cuidados graves, urgentes y constantes; continuas vigiliass; peregrinaciones penosas, y proyectos meditados con reflexion, dirigidos con sabiduría y executados con brillantez. Ved ahí su vigilancia:: Igualmente nos refiere la historia, que en todas las partes de su Diócesis, supo derramar con mano liberal millares de millares de beneficios: tan dificultoso de apreciar como corresponde su mérito, quanto lo es de calcular su número. *Innumera sunt bonitatis ejus insignia* (2). Estos beneficios indican limosnas prudentemente repartidas, socorros secretamente dados y establecimientos útilmente multiplicados. Ved así su caridad:: La historia nos dice, que este Prelado fué el mas intrépido y firme defensor de la fé. *Fidei vindex* (3). Decir que *Desiderio* fué el defensor de la fé, es lo mismo que darnos á entender que tuvo enemigos contra quienes combatir: que fué el rayo de la idolatría; el destructor de la heregía, y el terror del judaismo. Ved así sus trabajos. Asimismo nos refiere la historia, que se mostró siempre modelo de paciencia y de dulzura. *Patientiæ æquanimitas. Boni-*

- (1) *Fac. Vigner. S. J. de S. Desiderio.*
 (2) *Prolog. in act. S. Desid.*
 (3) *Hym. in Offic. S. Desider. ad Matutin.*

tatis mansuetudo (1). Esta paciencia y dulzura prueban bastantemente, que tuvo contradicciones que sufrir, obstáculos que vencer, rebeldes que apaciguar, preocupaciones que destruir, abusos que desarraigar, pasiones que reprimir, escándalos que disipar y ofensas que perdonar. Ved así sus pruebas. La historia nos manifiesta, que penetrado su pueblo de respeto ácia él, le honraba como á un Profeta; que era su amor y sus delicias, y que para un corazon ingrato que se hallase, encontraba un millon de otros que le estaban reconocidos. *A suis honoratus & dilectus* (2). Este respeto, reconocimiento y amor, nos hacen creer que se entregó *Desiderio* generosamente á la felicidad de su rebaño; y que por salvarle menospreciaba los peligros, las persecuciones y la muerte. Ved así sus sacrificios..... Nos dice la historia, en fin, que en el Pontificado de este hombre (que lo era verdaderamente de Dios) estuvo siempre floreciente la Iglesia de Langres; que el triunfo de la Religion fué en ella tan rápido como resplandeciente, y que cada día extendia sus límites el imperio de la fé, y contaba con nuevos vasallos. *Res christiana floruit: incrementi qui plurimum caput* (3). Estos progresos y victorias del Evangelio en la Diócesis de Langres demuestran constantemente, que por la eficaz predicacion de nuestro Santo se obser-

- (1) *Act. S. Desider.*
 (2) *Ibidem*
 (3) *Fac. Vigner. S. J. de S. Desider.*

servaban por toda ella muchas conversiones y piedad: que la verdad se ensalzaba á costa de las ruinas de la supersticion, y la fé sobre los tristes despojos del paganismo; que se veían en ella proscriptos los vicios y triunfante la virtud, y en una palabra, que un Santo Pontífice formaba un pueblo de Santos. Ved aí sus sucesos, su gloria y sus prodigios.

¡O hermanos míos! ¿Si os aprovechariais igualmente vosotros de sus exemplos en caso de tener á un *Desiderio* por modelo de vuestra conducta? ¡O Langres! ¡ó precioso lugar-cillo! ¿Si me atreveré yo á compararos en este día? Con el gobierno de un pastor que le dió á Langres la Providencia mudó de semblante, y no encerraba dentro de su recinto ningun desórden. ¿Y que se puede esperar de tí, ó bellissimo arrabal, con el pastor (1) que la misma Providencia te ha dado? ó por mejor decir, ¿que no se puede esperar de tí? El nuevo *Desiderio* que os guia tiene talentos para dirigiros: escuchad su voz, instruós, y sed dóciles: en él se hallan las virtudes necesarias para edificaros: observad su modo de proceder, enmendaos, y sed virtuosos. De este modo honraris á vuestro Santo protector, y seréis el consuelo de aquel que le representa cerca de vosotros.

Una resplandeciente santidad conduxo á *Desiderio* desde el estado mas humilde al episcopado.

(1) M. Quillet, Canónigo regular, y antiguo Bibliotecario y profesor de la Abadía de S. Victor, Dr. de la Sorbona y Prior curado de Dilliers-le-Bel.

copado, siendo ilustrada esta dignidad por rasgos únicos de zelo, como ya lo habeis visto.

Una constante santidad conduxo á *Desiderio* desde el episcopado al martirio, habiendo sido este coronado por señales únicas de celebridad. Esta es de su elogio la

SEGUNDA PARTE.

Hubo tiempos en que, como dice S. Agustin, era la vocacion al episcopado la señal de apetecer el martirio. En aquellos dias de odio, de crueldad y de barbarie, en que por el cuchillo de la idolatría corrian abundantes arroyos de sangre de los christianos; en los que para la destruccion de nuestra fé se reunian de comun acuerdo la preocupacion, el furor, la política y el poder, y en fin, en aquellos dias de ruina y de carnicería llegaban muchas veces á ser víctimas los pontífices de la Iglesia. Su zelo insultaba á los ídolos, y estos se armaban con defensores que les hacian perecer. Díganlo sino los Thimoteos, Policarpus, Hirenos, Ciprianos y *Desiderios*.

Nuestro Santo, pues, se entregó á los penosos trabajos de su dignidad. En el discurso de ellos se descubrió una repentina revolución, y esta fué justamente la que le preparó y conduxo al martirio, el que se vió coronado con singulares rasgos de celebridad.

Quando cito los trabajos á que se dedicó nuestro Héroe, quisiera, hermanos míos, que me digerais, ¿si vuelvo yo á recaer sobre sus ideas y acciones, y á referir otra vez lo que ya

ya tengo dicho? Mas no, no es así ciertamente. A la pintura que os he trazado la falta un lineamiento, que tal vez es el mas glorioso al episcopado de *Desiderio*, y un rasgo que nos asegura, que los frutos de su vigilancia se perpetuarán mas allá de él mismo. Instruido, pues, nuestro Santo formó discípulos. Pero ¿que discípulos? Un Vicente y un Valerio, que eran dos individuos de su Clerecia, distinguidos por sus talentos, edificativos por su piedad, y respetables por su zelo, ensalzados desde luego al Sacerdocio, empleados despues en las primeras dignidades de la Iglesia de Langres, capaces de amenizar al santo pontifice en su gobierno, destinados para ocupar su lugar despues de él, y bastante generosos para precederle, acompañarle y seguirle en el martirio.

Algunas historias poco fieles interrumpen á *Desiderio* el vigilante cuidado con que cultivaba estas preciosas plantas, haciéndole ir al concilio de Colonia y al de Sardica. Yo no seguiré en sus ficciones y errores á estos cronologistas sospechosos, con tanta razon como á los sabios que hemos tenido en este y en el anterior siglo. El que un Faucheto, y un Sigeberto de Gemblours hayan confundido los tiempos, falsificado las épocas, y mudado los nombres para aumentar á la reputacion de nuestro Santo una brillantez que no añade nada á su gloria; solo me dará motivo para sentirlo sin que por otra parte entre á combatirles. Lo que es quimérico no merece refutacion... Los mismos escritores han hecho pelear

á

á *San Desiderio* contra el Arrianismo, quando aun éste no existia. Fingieron un rey de los Wandalos protector de esta heregía, con el objeto de atribuir á su héroe la ventaja de haber quebrantado la cabeza de un monstruo, que se dexó ver mucho tiempo despues de su muerte. Sirmondo y Ruinarto demostraron la evidencia de este imperdonable anacronismo. Yo sigo su parecer, y no hago dar á nuestro Santo saltos imaginarios para atribuirle quiméricos triunfos. No por cierto: yo no le haré comparecer en dos concilios en los quales precisamente no pudo hallarse. Tampoco haré dar á su zelo contra una heregía que él no pudo ciertamente conocer, ni por consiguiente combatir. Dentro de los límites de su diócesis, es donde nos debemos parar con él. Sobre su pueblo y clerecia fué sobre los que puso toda su atencion, y en los que debemos fixar nuestras miras. ¡O ministros de Jesu-Christo, cuya santificacion y educacion útil robó con especialidad la sabiduría, zelo y eloqüencia de *Desiderio*! Quanto me lleno de júbilo al considerarle mostrando el camino que debéis seguir, y por donde él va primero que vosotros! Bien quisiera que cada uno de sus discípulos pudiera llegar á ser un ribal suyo y un otro el mismo. Si en medio de su pastoral cuidado le parecia que algun objeto exigia de su parte una singular atencion, á esta porcion de su rebaño era á la que tenia por escogida, y la que excitaba su alegría, esperanza y consuelo. ¿Quantas veces repetia á estos hombres con sus tiernas y poderosas

pa-

palabras el honor que se debia al sacerdocio? ¡O hijos míos! ¡O hermanos míos! vosotros sois los sacerdotes de Jesu-Christo, y por consiguiente responsables de su Evangelio. Debeis mantenerle á costa de vuestra vida; y á vosotros corresponde el desafiar á los tiranos, y probar que la fé os es mas preciosa que la vida. Algunos se contentarán con el corto mérito de ser christianos; pero teniendo vosotros con respecto á ellos un augusto carácter, estais obligados como Sacerdotes á ser apóstoles. ¿Y que viene á ser el apostolado? una preparacion al martirio. Con vuestra sangre es con la que debeis honrar vuestro ministerio. Nadie se debe empeñar en defender la fé quando no está resuelto á morir por ella.

¿Quien no se persuade al oír este discurso pronunciado por *Desiderio* con el santo entusiasmo de un profeta, que habia recibido del cielo un conocimiento anticipado de la sangrienta revolucion que amenazaba á su pueblo, á su Iglesia y á su ciudad? En efecto, hermanos míos, amontónanse las nubes, desencáxanse los vientos, fórmase la tempestad, retumba el trueno y se manifiesta el rayo. ¡Ah! ¿sobre quienes caerá este azote destructor? Un príncipe á quien su mérito y servicios habia hecho ir al império Romano, encantando desde luego por su valor á aquella capital, é indignándola despues por sus furores, no se declaró por algun tiempo el protector del christianismo sino para acabar con él y manifestarse su mas implacable enemigo: Valeriano en fin, acababa de padecer una

una suerte tan rigurosa, como la que habia hecho sufrir á los discípulos de Jesu-Christo.

Instruido Galiano con el funesto exemplo de su padre, y espantado con la terrible suerte que habia acabado con sus crimenes y su vida: mas filósofo que político, y mas gustoso con tener la reputacion de sabio, que zeloso para sostener el título de emperador, habia declarado la paz á la Iglesia. Pero ¡ó Iglesia de mi Dios! no gozarás mucho tiempo del sosiego que te ha prestado una mano demasiado débil para mantenerle. ¿Quiénes son, pues, esos bárbaros, tan enemigos del christianismo como de su nombre, que con una repentina irrupcion llevan el terror por todas las partes del Unívérso? ¿Quien es ese monarca tan habilísimo para aprovecharse de la debilidad y discordia que experimenta el império de Galiano, y extenderse por las Gaulas con la impetuosidad de una precipitada corriente (1)? Chroco.... ¡Ah hermanos míos! no puede menos al oír este nombre, de recordar vuestra memoria aquel temible gefe de los Alemanes, cuya nacion era entonces feroz, idólatra é impía, aunque valiente ya, disciplinada y victoriosa.

Las mas antiguas memorias representan á Chroco, de acuerdo con San Gregorio de Tours, como un rey que no tenia ingenio sino para la guerra, atractivo mas que para la crueldad, y odio sino contra Roma y el christianismo. Movidó mas bien del interes

Tom. III.

T

que

(1) Hist. de la Igl. Galic. tom. I.

que de su gloria, destruía con una misma mano tanto los altares de los ídolos, como los templos de Jesu-Christo. Bárbaro por naturaleza y educacion, se deleytaba Chroco en llevar á costa de arroyos de sangre el estandarte de la victoria; y llevando consigo la desolacion, el destrozo y la muerte, se alimentaba con el infeliz gusto de hacer por todas partes quanto daño podia, ó inmolar victimas en todas ellas. Atrevido Ribal de quantos se llamaban los señores del Mundo, no se detenía en los ímpetus de su cólera en medir sus fuerzas con su poder, y armado para deprimirles, se veía para abatirles muy poco sostenido. Baxo los estandartes de la supersticion y de la impiedad, sin política, sin freno y muchas veces sin objeto alguno, caminaba Chroco de expedicion en expedicion: imperioso en el mando, insaciable en las conquistas y furioso en los sucesos; insensible á la voz de la justicia, á los ecos de la razon y á los derechos de la humanidad, se le veía sellar sus triunfos por medio de la mortandad, y hacer, digámoslo así, que se avergonzase la tierra de haber producido un monstruo nacido para su destruccion.

Al frente de una armada, mas temible por el número de soldados que por su valor, atravesó Chroco el Rhin. La turbacion, el horror y la ruina señalaban su tránsito. A sus victoriosas armas no podían resistir las murallas mas fuertes. El hierro y el fuego multiplicaban por todas partes la desolacion y la carniceria. Guiados por el ansia de las riquezas,

pe.

penetraron sus formidables tropas hasta las orillas del Sena y el origen del Marna. ¡O belicosos pueblos de las Gaulas, cuyo valor habia admirado Cesar! Vosotros sois, vosotros sois los que no poneis mas que unos débiles obstáculos al terror que infunde en los espíritus la fama del monarca que salió de la Pomerania... ¡Quantos rastros sangrientos de un azote que es imágen de la tempestad, á quien se parece en la brevedad y destruccion! ¡O Religion santa! ¡Que dias te hicieron tener aquellos ímpios y feroces guerreros, enemigos zelosos de tu gloria, conjurados contra tus misterios, perseguidores de tus discípulos, y de quienes, tal vez, fué el primer objeto que se propusieron en sus funestas incursiones, el de ensalzar su poder á costa del tuyo!

Como afligido expectador de la tempestad que habia descargado sobre las Gaulas, prevenía *Desiderio* encerrado en Langres el próximo peligro que amenazaba á su pueblo. Suplicaba al cielo con sus lágrimas, votos y penitencia, que alejase de sus ciudadanos la desgracia que temia iban á experimentar, aunque por lo que hacía á sí mismo no le daba cuidado. Quando redoblaba sus fervorosas oraciones á los pies de los altares, le sorprendieron repentinamente el ruido de las armas, el sonido de las trompetas, los tumultuosos gritos del enemigo, y los desesperados sentimientos y alarmas de su rebaño... Ya estaba á las puertas de la ciudad el presumido gefe de un pueblo que, baxo sus órdenes y á su exemplo, violaba sin vergüenza el derecho de las

T 2

gen-

gentes. Langres estaba afligida: Langres digo, á quien parece habia hecho la naturaleza inaccesible; Langres, que defendia igualmente una penosa y temible montaña, que los muros á quien habia respetado la injuria de los tiempos. A los primeros ataques de los Suevos y de los Alemanes, se estremeció esta ciudad. El terror que infundió el nombre de Chroco, desarmó sin recurso á los hombres que deberian haber peleado sin temor. Mas ligeros para ocultarse que para defenderse, escapaban como podian. Ah! su misma floxedad suministró armas para agobiarles con el yugo que intentaban sacudir. Aprovechóse el enemigo del espanto que les habia inspirado. Detienen en su precipitada fuga á aquellos hombres que no sabian á que region habian de dirigir sus pasos. Embiste á la plaza, rompe las fortificaciones, derriba las murallas, escala los muros y entra Chroco en Langres. Todo fué entregado al pillage. El soldado podia sin peligro usar de la victoria. Sí, hermanos míos; pero ¿hubo en ello alguna consideración? ¿Hay algunos derechos á quienes respetó un vencedor bárbaro? La triste descripción que hace Jeremías de la desolada Jerusalén, es la que justamente corresponde á la fiel pintura de Langres entregada al poder de un pueblo idólatra, ansioso de sangre cristiana.

¡O dolor, exclamaba el Profeta! todas las puertas de Jerusalén están demolidas, y sus parapetos han sido forzados. Sus murallas han caí-

caído. *Omnes portæ ejus destructæ* (1). Aquellos que la debian defender, han huido como débiles y flojos á vista del enemigo que les perseguia. *Principes abierunt absque fortitudine antè faciem subsequentiis* (2) Un fuego devorador se ha encendido, cuya rápida llama ha recorrido en un instante desde un extremo de la ciudad á otro. *Succendi quasi ignem flammæ devorantis in Gyro*. (3). Sus sacerdotes están anegados en llanto. *Sacerdotes ejus gementes* (4). Sus vírgenes están desfiguradas con el sentimiento y la tristeza. *Virgines ejus equalidæ* (5). Los niños y los ancianos han caído igualmente baxo el hierro homicida. *Jacuerunt puer & senex* (6). Por todas partes se representaba la horrorosa imagen de la muerte. *Domi mors similis est* (7).

Al ver esto, hermanos míos, ¿no se os confunde el tiempo con los objetos? ¿No considerais á Langres como otra Jerusalén? ¿Con que colores tan vivos pinta Warhnero el sitio de Langres y sus desgracias! La impiedad, dice, triunfaba, y con una locura insolente quebrantaba en medio de la victoria todas las leyes. No solo el bello sexó, la mas tierna edad, la extrema vejez, el sacerdote y el magistrado, el obispo y el levita eran las victimas

T 3

R que

(1) Thren. 1. 4.

(2) C. 1. v. 6.

(3) Thren. 2. 3.

(4) C. 1. v. 4.

(5) Ibidem.

(6) C. 2. v. 21.

(7) C. 1. v. 20.

que inmolaba en sus furiosos accesos el desenfrenado soldado. Los niños que apenas habian visto la luz con sus ojos, eran arrebatados del regazo de sus madres. En un mismo día nacian y eran muertos. Ah! ¿quien podrá expresar los lamentables y tristes gritos de los moribundos? ¿Quien resistir el funesto espectáculo de una ciudad que en lugar de sus moradores no contaba ya sino cadáveres?

¿Quales fueron los sentimientos y la conducta de *Desiderio* en este terrible desastre? ¿Os parece que estaba viendo con tranquilidad perecer á su pueblo? ¿Pensais que el padre habia de abandonar á los hijos á su triste suerte? ¡Ay hermanos míos! El corazón de *Desiderio* es menester que le conozcais por sus acciones... Ya he llegado á tocar en el crítico instante en que se va á demostrar su zelo con aquella heróyca firmeza que debe caracterizar á un pontífice, y con aquella constancia invencible que promete un mártir. ¡Un mártir! sí christianos oyentes. Apoderóse de *Desiderio* un santo y noble entusiasmo. El fuego de la caridad que le abrasaba le arrancó por fin del altar que habia regado con sus lágrimas. Avanzóse hasta en medio del ejército enemigo. *Pastor a currit medios in hostes* (1). Dirigió sus pasos ácia el bárbaro Chroco... ¡O maravilloso contraste! ¡Un pontífice que no respira sino la moderacion, y un monarca que solo vive con la venganza! ¡Un pontífice que pide el perdón y la vida de su pueblo, y un mo-

(1) *In Offic. S. Desider. ad prim. vesper.*

monarca que le condena á ser entregado á la muerte! Por un lado el zelo y la firmeza, y por otro la insensibilidad y el furor. En aquel todo lo que puede inspirar la caridad mas ingeniosa, y en éste quanto puede sugerir una inflexible dureza. En el pontífice el alma de un padre: en el monarca el rigor de un tirano.

¿No podremos nosotros decir por esta sollicitud pastoral lo que decia del amor Divino San Pedro Chrisólogo? El amor, exclamaba este santo doctor, es un escudo impenetrable. *Amor impenetrabilis est lorica*. El desprecia los peligros. *Insultat periculis*. Se rie de la muerte. *Mortem ridet*. Y triunfa de todo. *Vincit omnia* (1).

Tal se mostró en su viva sollicitud y prentension el obispo de Langres. Las trazas de que se valian los victoriosos enemigos las menospreciaba. *Respuit jacula*. El brillante acero que presentaban á sus ojos, le servia de risa. *Gladius excutit*. Parecia que desafiaba al peligro, que volaba ácia la muerte y se elevaba sobre los acontecimientos. *Insultat periculis, mortem ridet, vincit omnia*.

Con el mismo *Desiderio* se dirigian ácia la armada y sus generales la mas escogida porcion de su clerecía y los mas distinguidos de sus ciudadanos. En efecto, llegó á los enemigos y empezó á hablarles. Pero ¿por quien? ¿por él mismo? nada menos que eso: hablaba, mas por sus queridos hijos, á quienes lle-

T 4

va-

(1) Petr. Chrisol. Serm. 40.

vaba en su corazon, y cuya vida y libertad le parecia preferible á la suya propia. *Sua contempta, ovium saluti invigilat* (1).

¡O príncipe le dice nuestro Santo: aquí tienes á tus pies á un consternado obispo, cubierto con las lágrimas que tú le haces verter, y que lleno de la sangre que acabas de derramar se atreve á implorar tu clemencia en favor de su pueblo, ofreciéndose á sufrir la sentencia que quieras pronunciar contra él por mas rigurosa que sea. Descarga el golpe sobre el pastor, y dexa al rebaño. *Rex! oves serva; fe-ias parentem* (2)... Tú caminas con las alas de la victoria. Todos tus pasos están señalados con otros tantos triunfos; pero hay un Dios á quien eres deudor de tus sucesos, los quales puede mudar en desgracias. Tú no conoces á este Dios. ¡Quánto celebrára el poder hacer que le conocieses! Tú persigues á sus discípulos, porque ignoras su Religion. Esta Religion santa nos enseña, que los príncipes armados contra ella pueden ser algun tiempo felices, porque tambien concede á los malos el Eterno Padre algunas prosperidades temporales. Nos dice tambien que les obedecemos quando han llegado á ser nuestros señores; pero nos prohíbe aceptar su culto aunque recibamos sus leyes. Los ídolos á quienes adoras no son sino unos vanos simulacros. A nosotros nos está rohibido el inciensarles. Solo tributamos nuestros homenages al Dios que ha

(1) *Joann. Chrysost. Homil. 59. in Joann.*

(2) *Hymn. S. Desider. ad prim. vesper.*

ha hecho el cielo y la tierra. Gemimos baxo tu poder, como que esta es la suerte de las armas; pero reusamos el sacrificio á tus dioses, respecto de que á ello nos obliga nuestra conciencia. Yo soy, como pontífice de Jesu-Christo, el que te respondo por todos aquellos á quienes ha puesto á mi cargo. Estos ministros del Dios vivo, que vienen baxo mis auspicios á reclamar tu bondad, te dan á entender que puedes hacer una multitud de mártires, pero que no lograrás el gusto de hacer de ellos un solo apóstata... Si te empeñas, ó cruel príncipe, en que sean víctimas de tus rigores, haz que yo sea la primera que padezca entre todas. No me dexes el doloroso desconsuelo de ver morir á un pueblo por quien yo te ofrecí mi sangre.

¿Que os parece que respondería el vencedor monarca á este lenguaje tan digno de un pontífice? ¿Si condescenderá con sus súplicas? ¡O fatal resolucion de un príncipe que solo consulta á su bárbaro genio! Perezca, dixo, perezca el gefe y el pueblo. Perezcan todos los adoradores supersticiosos de Jesu-Christo. Dexad ministros de mis venganzas, dexad ya de escuchar á un mortal presuntuoso que se atreve á desafiar mi poder. Sea su cabeza el único premio de su audacia. Haced lo que os mando. Palabras demasiado terminantes que, dichas por un príncipe á quien todos temblaban, era preciso surtiesen un prontísimo efecto. Apodéranse de *Desiderio* unos ministros, cuyo corazon estaba empedernido, y le encadenan é insultan. A impulsos del hierro homicida,

cayó delante de sus pies el gefe de la clerecía y de sus ciudadanos. Contemplaba *Desiderio* sin alterarse á aquellas víctimas moribundas, cuyo valor animaba su constancia. ¡Mas por un exceso de barbarie le dexó tiempo el príncipe para sentir aquellas generosas víctimas y llorarlas! Sí, hermanos míos; pero por otra parte las daba nuestro mártir la enhorabuena por haber merecido la corona que él esperaba. Ya llegó el caso, por fin, de que se dexase traslucir el cuchillo y se descargase el golpe. Una de las mas respetables cabezas de la Iglesia Galicana fué cortada, como odiosa ella y su Religion. En una palabra, consumó *Desiderio* su sacrificio, y dexó de existir en esta vida mortal. ¡Dichoso él! ¿Será un nuevo triunfo su muerte para el impio Chroco? No por cierto: *Desiderio* murió, y perecerá tambien Chroco. La muerte del pontífice causará la del monarca, y el martirio del Santo será coronado con rasgos únicos de celebridad.

Desde lo alto del cielo hiciste, Señor, percibir el terror de tus juicios, como decia el rey profeta. *De celo auditum fecisti iudicium* (1). Tembló la tierra; pero del centro de la tempestad la salió el reposo. *Terra tremuit, & quievit*. ¡Admirable exemplo del primer prodigio que se siguió al martirio de nuestro Santo! Desde lo mas alto de su trono pronunció el Eterno Padre contra el perseguidor de la Iglesia y de su ministro una terrible sentencia de proscripción y de muerte. *De celo auditum fecis-*

(1) Psalm. 75. v. 9.

cisti iudicium... Bien pudo el vencedor de Langres en su rápida marcha atravesar la Borgaña por un rio de sangre. Nadie lo impidió que en la Auvernia multiplícase los mas horribles destrozos. Tambien pudo un desastre universal señalar su camino por el Gevaudano, y, como un viento tempestuoso, llevar á Angulema la desolacion y la muerte. Con mucha razon podia temblar la tierra á su vista. *Terra tremuit*: pero al fin llegó al extremo fatal de sus victorias y de sus días. Quando este feroz vencedor llegaba á tocar cerca de Arlés, empezó á respirar el mundo. *Et quievit*... ¡Dichosa Arlés! para ti estaba reservado el privilegio de abrir el sepulcro que mortase los pasos del pérfido Chroco. Semejante lá sangre de *Desiderio* á la de Abél, llegó á penetrar hasta el cielo para solicitar contra aquel inhumano príncipe la justa venganza del que tiene entre sus manos la suerte de los reyes. Bien podia Chroco triunfar en la Champaña; pero será humillado en la Provenza. Bien podia con el furioso torrente de sus conquistas llevar por todas partes el espanto y el terror. *Terra tremuit*: pero una invisible mano le detendrá. El enemigo de Roma será atemorizado, y el perseguidor de la fé confundido. Espiró Chroco, en fin, y se vió respirar con tranquilidad á Roma, á las Gaulas, á la Iglesia y al Universo. *Terra tremuit, et quievit*.

No era, pues, necesaria la muerte de Chroco á la gloria de *San Desiderio*. Este pontífice habia dexado en la tierra la memoria de sus virtudes, los despojos de su mortalidad, su

sepulcro, sus cenizas y su poder. ¿Como era posible que su memoria no permaneciese despues de él? Aquellos que se habian afligido al ver sus combates, se consolaron con su victoria. Cuidadosos en recoger con la mas profunda veneracion sus preciosas reliquias, habian confiado al seno de la tierra, y no lejos de la ciudad, aquel sagrado depósito á quien miraban como la seguridad de sus muros. Allí es donde su vivo reconocimiento ácia el santo pontífice, y su religiosa union y afecto á todo lo que aun de él poseen, se señalan por sus continuos cuidados, por su unánime confianza y por sus ardientes súplicas. Desde entónces, no reusaron el invocar ya al ilustre y querido mártir que tanto sentian, el tenerle por su protector.

Sí, virtuoso pueblo, *Desiderio* será tu protector ya que mereciste tenerle por padre. ¡Dichosa Langres, que pierdes un pontífice y adquieres un apoyo! Un ejército de bárbaros trastornó tus muros, y un solo mártir sabrá desde hoy defenderlos. Serán reparadas tus ruinas, y mas durable tu gloria que tu destruccion, te asegurará en todos los siglos muchísimos mas sucesos que has experimentado de desgracias. *Terra tremuit, & quievit.*

En efecto, á la poderosa mediacion de *San Desiderio*, es á quien se persuade Langres debe el favor de no haberla arruinado el famosísimo Atila quando juró hacerlo. *Tutamen urbis* (1). A la propia mediacion es á la que en

(1) *Hymn. S. Desider.*

su concepto debe la misma ciudad la conservacion de su fé, quando la heregía ó la impiedad han procurado sembrar en ella el error ó la irreligion. *Fides per fidelem Martyrem conservetur* (1). ¿Con quantas otras maravillas se podría ilustrar el elogio de un Santo que no ha dexado de obrarlas desde el tercer siglo? El primer templo construido sobre su sepulcro subsiste aun en el dia, segun dice un eloqüente panegirista de *San Desiderio*. *Etiam nunc perdurat* (2). Jamas ha dexado de ser este templo el teatro de su gloria, como que siempre ha sido el testimonio de su poder. Tal es la multitud de prodigios que Dios obra constantemente por la eficaz intercesion de nuestro Santo. Así lo aseguran los obispos de Langres en el Oficio de este mártir pontífice, cuyo número sería casi imposible determinar. *Tanta miracula meritis beati martyris fecit Deus, ut vix dinumerare quis poterit* (3).

¡Quanto siento no poder llevar vuestra consideracion á esa ciudad tan célebre por el gobierno como por los trabajos y milagros de *S. Desiderio*! Allí contemplariais con admiracion aquella famosa *Puerta* que siempre ha sido y será un monumento auténtico del visible castigo que experimentaron los que temerariamente se atrevieron á profanar el nombre del Santo mártir, insultar sus cenizas y menospreciar su poder. *Martyr in suo nomine non patitur*

(1) *Act. S. Desider.*

(2) *Fac. Vig. S. F. de S. Desider.*

(3) *In Offic. S. Desider.*

titur impunitam ferre perfidiam (1). Allí se detendría vuestra consideracion sobre aquel precioso libro, en donde la sangre de *S. Desiderio* solo ha servido para hacer aquellos caracteres mas permanentes al paso que debieran haberlos borrado y confundido. Siempre os repetiré aquel magnífico testimonio que dan al poder de nuestro Santo quantos tienen que hacer su elogio. *Si quis ad ejus limina egrotus advenit, revertitur confortatus*. Si alguno se acerca al lugar en donde descansan sus sagradas cenizas, experimenta que su debilidad se le muda en fuerza, y su tristeza en alegría. El ciego, el gotoso, el sordo y el mudo encuentran en él todos los socorros que piden, y no pocas veces mucho mas eficaces de lo que ellos se habian prometido. *Si dolore perterritus, vedit exhilaratus; si cæcus, claudus, surdus, mutus, remedia, sine mora, percipit opportuna* (2).

De aquí proceden, hermanos míos, los singulares honores que tributan á *San Desiderio* los habitantes de Langres, penetrados de reconocimiento por sus beneficios, llenos de respeto por sus reliquias, y estimulados de un santo zelo para perpetuar su gloria en la Iglesia. De aquí el júbilo y la alegría quando en el XIV. siglo llevó el piadoso obispo de Langres Guillermo de Durfort, las venerables reliquias de este illustre mártir á un agosto templo que baxo su nombre debia atraer ácia sí á todos los pueblos de la Francia. ¿Con quan-

(1) *Act. S. Desider.*(2) *In Offic. S. Desider.*

tos religiosos sentimientos se celebra desde aquella memorable época la solemne fiesta de nuestro Santo en la dilatada diócesis de que es patrono, así como fué en otro tiempo el apóstol?

Si me hubiera propuesto reunir todos los rasgos que podian interesarle, os hubiera dicho tambien que desde el séptimo siglo habian merecido sus acciones tener por imitador á un Warnero, y por admirador á un San Cerano, que en los siguientes siglos habian tenido á los mortales despojos de *S. Desiderio* como si fueran el tesoro de la Francia. Así lo testificaron, tanto Usuardo, Adon, Gui-Bernardo y el Cardenal del Raz, como Calcagino, Sigeberto y Ferrate. *Thesaurus Regum, Regnique Gallie* (1); que las actas de su martirio fueron recogidas en el último siglo con sumo zelo por la célebre christiana reyna de Suecia, y que los mejores críticos, como son los Bolandos, los Bayllets y los Tillemonts, ilustraron á estas actas respetables con juiciosas reflexiones, que al paso que contradicen algunos hechos apócrifos aplicados á *S. Desiderio*, confirman mas bien la época de su suplicio, la universalidad de su culto y la perpetuidad de su poder.

En efecto, digo la universalidad de su culto, porque no está encerrado en los estrechos limites de una sola diócesis. Genes participa con Langres de la tierna devocion ácia *S. Desiderio*. En Italia recibe los mismos honores que

(1) *August. Calog. vit. S. Desider. Italicè.*

que le dá la Francia. En la Champaña se gloria una villa de tener su nombre: en el Milán le honra otra como á su protector. ¡Quantos templos se ven erigidos en todo este reyno baxo la invocacion de *San Desiderio*! En los extranjeros encontraríamos aun acaso muchos mas. Los hay en Alemania, en Suiza, en Flandes y hasta en el nuevo mundo. ¿Hasta donde quereis, oyentes míos, que dirija vuestros pasos para haceros conocer de esta suerte la gloria y el triunfo del Santo mártir á quien reverenciáis? ¿Quereis que os encamine á Boloña? Pues allí se celebra con magnificencia la fiesta de *S. Desiderio*. ¿Quereis que os lleve á Lieja? Pues los milagros de nuestro Santo hicieron establecer allí su culto. ¿Quereis que os encamine á Milán? pues allí tiene tambien sus altares. ¿Os diré que á Castel-Novo? pues tambien allí recibe sus homenajes. Y, en una palabra, ¿quereis que os dirija á Colonia? pues tambien tiene allí sus zelosos devotos. Arlés reverencia las reliquias de nuestro Santo, Elwagen en Suabia las muestra, Avifion se gloria de poseerlas, y una ilustre Congregacion se persuade que debe toda su reputacion á la de *San Desiderio*.

¿No le debeis vosotros tambien la vuestra? Lo cierto es, que así como Langres, Penes, Avifion, Colonia y otras muchas ciudades, le honrais igualmente vosotros. Una parte de sus reliquias descansa al abrigo de vuestros altares. Vuestro templo tiene su nombre; celebrais su fiesta; costeis su elogio; os interesais en su culto, y le teneis por vuestro protector. ¿Es
aca-

acaso tambien vuestro modelo? A lo menos lo puede y debe ser, y en caso de que no sea así, vosotros teneis la culpa.

Debe ser *San Desiderio* vuestro modelo en el humilde estado en que desde luego os ha colocado la Providencia, porque vosotros no teneis otro. Por lo mismo estais obligados á practicar en él las propias virtudes, la sumision en la indigencia, la paciencia en los trabajos, y en todas ocasiones el amor y temor santo de Dios.

Puede *S. Desiderio* ser vuestro modelo, no en las penosas funciones del episcopado, ni en la constancia con que sufrió el martirio; sino por quanto sus exemplos pueden servir de guia en lo obedientes que debeis ser al Evangelio, en el testimonio que debeis á la fé, y en los sacrificios á que sois acreedores á Jesu-Christo, quien por vuestra salvacion lo ha sacrificado todo.

Si *S. Desiderio* no es vuestro modelo, vosotros teneis la culpa; porque desde lo alto del cielo os está diciendo: exercitaos en todo lo que es santo segun el exemplo que os he dado. *Quæcumque sancta, hæc cogitate qua vidistis in me.* Teneis la culpa, porque si os convida con la senda de sus pasos, pide tambien para vosotros las gracias necesarias, á fin de que como él perfeccioneis la grande obra de vuestra santificacion... Y sois culpables, en fin, porque si no os santificais, condenará vuestros vicios con sus virtudes, y se volverán sus beneficios contra vosotros en el tribunal de Dios. Aprovechaos, pues, hermanos míos,
Tom. III. V de

de las lecciones que os da su vida, de los exemplos que os ofrece su muerte, y de los socorros que os proporciona su proteccion. Confesando su gloria, esforzaos para merecer aquella de que goza, y yo os deseo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PA-

PANEGÍRICO
DE SANTO DOMINGO

DE GUZMAN,

Fundador del Orden de Predicadores:

PRONUNCIADO

*En la Iglesia de las Señoras de la Cruz-
Roxa de Charona, y en los Dominicos
de San Germano.*

*Dedit mihi linguam eruditam, ut sciam
sustentare eum, qui lapsus est verbo.*
Dios me ha dado un pico eloquente,
para mantener la debilidad con la
fuerza de mis palabras. *Isaias, 50. 4.*

La superior y divina sabiduría es quien re-
parte, como gusta, los talentos á quienes el
mundo admira. Aquellas lumbreras de la Igle-
sia, aquellos árbitros de la palabra, aquellos
hombres que son los oráculos de la Religión,

V 2

lo

de las lecciones que os da su vida, de los exemplos que os ofrece su muerte, y de los socorros que os proporciona su proteccion. Confesando su gloria, esforzaos para merecer aquella de que goza, y yo os deseo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PA-

PANEGÍRICO
DE SANTO DOMINGO

DE GUZMAN,

Fundador del Orden de Predicadores:

PRONUNCIADO

*En la Iglesia de las Señoras de la Cruz-
Roxa de Charona, y en los Dominicos
de San Germano.*

*Dedit mihi linguam eruditam, ut sciam
sustentare eum, qui lapsus est verbo.*
Dios me ha dado un pico eloquente,
para mantener la debilidad con la
fuerza de mis palabras. *Isaias, 50. 4.*

La superior y divina sabiduría es quien re-
parte, como gusta, los talentos á quienes el
mundo admira. Aquellas lumbreras de la Igle-
sia, aquellos árbitros de la palabra, aquellos
hombres que son los oráculos de la Religión,

V 2

lo

lo son, hablando propiamente, de la prudencia, porque ella es quien les forma, y á ella solamente deben atribuir sus sucesos. *Dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum, qui lapsus est verbo.*

Entre aquellos hombres que han llevado el ministerio de la palabra al mas alto grado de perfeccion, ocupa uno de los mas distinguidos lugares el nuevo Isaías, cuyo elogio escucha vuestra piedad. Modelo y padre de los predicadores, entre quienes con solo oír el nombre de *Domingo* se representan continuos, infinitos y gloriosos trabajos. Como ingenio vasto y sublime, y orador persuasivo y penetrante, supo triunfar igualmente que de las pasiones del corazon, de las preocupaciones del entendimiento. Declararse contra el error y vencerle, era el plan de su apostolado; pero lo que os le representa aun mucho mejor, es el haber estado siempre atento en honor de la gloria, para enviar á Dios el homenaje de sus conquistas: esto sí que es lo que os le pinta de lleno y como de un golpe. *Dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum, qui lapsus est verbo.*

En efecto, *Domingo* no debe su gloria sino á Dios: ved aquí el mejor compendio de su elogio, quiero decir, el elogio de un hombre consagrado al ministerio de la palabra, y á quien el cielo corona todas sus empresas.

Aumentando *Domingo* la gloria del Señor, trabajaba como predicador. *Punto primero.*

Aumentando Dios la gloria de *Domingo*, lo-

lograba éste el suceso del predicador. *Punto segundo.* AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Si yo estuviera encargado de componer el Panegírico de un grande del siglo, mas conocido por su nombre que por sus virtudes, y si para suplir la flaqueza de sus acciones necesitara valerme de los ornatos de la eloquencia, buscaria en sus mayores lo que quisiera hallar en él mismo; encubriria sus defectos con su gloria, y daria á su nacimiento los honores que mereciese para suplir las alabanzas de que no era acreedor.

En el elogio de *Domingo* no me detendré en estos rasgos de vanidad. El que yo debo presentaros es el vencedor de la heregía, el apoyo de la Iglesia y el oráculo de los predicadores. Las grandezas del siglo no detienen á mi consideracion; prefiero sus virtudes á su nobleza, y no me acuerdo de que sus padres fueron los Guzmanes: procuro no hacer caso de lo que debió á sus mayores, y solo me deleytaré en deciros lo que le debió la Religion. Su zelo solamente es el que fixa mi consideracion. Zelo caritativo por cierto, que dispuso á *Domingo* al ministerio de la palabra. Zelo sabio, que fertilizó en él. Y zelo sufrido, en fin, que le hizo mantenerse en el propio ministerio.

Si consideramos el caritativo zelo que dispuso á *Domingo* al ministerio de la predicacion, debemos de tener tambien presente, que

la caridad es el carácter esencial del verdadero zelo. *Zelum tuum inflammet caritas*. Este es el primer movimiento de que fué susceptible su corazón. No es mi intento buscar en sus primeras acciones un presagio feliz de lo que debía ser. El decir que se desprendió del mundo antes de conocerle, el representarle ya entre los fervores de la oración, ya aplicado al estudio y siempre víctima de la penitencia, y el mostráosle siempre firme en su juventud, sabio sin vanidad y con dignidad modesto, podría fixar vuestra atención con esta pintura, y mucho mas quando con ella se atrae *Domingo* el afecto de España, y le admira Valencia al reconocerle. No diré que como discípulo, sino como maestro, poseía las ciencias antes de aprenderlas. Pero no nos confundamos con estos primeros acontecimientos, y vamos á otro punto que con singularidad llama mi atención.

Figuraos, si es que podeis, una justa idea de aquellos desgraciados tiempos en los que gemia la tierra con una triste sequedad, y causaba la esterilidad por todas partes la mas terrible y consternada desolacion. ¡Dias ciertamente de miseria y de afliccion, en los que el rico parecia dexaba de serlo, y el miserable experimentaba con mas viveza todos los rigores de la indigencia! ¡Dias funestos y desgraciados, en los que abatido el pueblo con el peso de los trabajos se veía obligado á ceder á la calamidad, y abandonarse á los impulsos de una cruel desesperacion! ¡Dias señalados por el brazo de la di-

vi-

vina venganza! Ya me parece que se apodera de vuestra alma un secreto estremecimiento, ya se representará á vuestro admirado espíritu un padre lánguido y débil que recibe en sus brazos al hijo que está viendo morir, y que muy en breve sigue al sepulcro. A una madre desnaturalizada, digámoslo así, que quita á sus hijos la vida que les ha dado, y se alimenta de una carne formada en sus entrañas: este es el último recurso que la queda; la naturaleza no tiene ya en este caso ningun sentimiento, ni la humanidad ley alguna. ¡Dichosos aquellos á quienes una repentina muerte les ahorra del furor de este azote! ¡Desgraciados aquellos que vivian para aguantarle! Sufrian sin socorro y casi sin esperanza alguna, creyendo acabar mil veces sin perecer solo una.

En estos términos, y tal vez aun en mas deplorable situacion, se presentó á la caridad de *Domingo* el reyno de Leon. ¡Desgracia fatal y extremada! Mas ¿que es lo que no hará la caridad? Su actividad le hacia superior á los contratiempos. Muy poco contento con mezclar sus lágrimas con las de tantos desgraciados, sacrificaba su reposo y repartia ademas sus riquezas. Santamente prodigo, todo lo cedia, y nada dexaba para sí. En sus bienes solo le hacia ver la Religión los bienes de los pobres. Sus obras, monumentos preciosos, de los que sacó aquella divina ciencia que debía iluminar al mundo algun dia, sus libros digo, fueron una de las alhajas de que se despojó, haciéndoles

V 4

ser-

servir al remedio de las urgentes necesidades que se presentaban á su caridad. Mas ¿que digo yo? El mismo *Domingo* se sacrificaba á sí propio.

Bañada en lágrimas una muger, anegada en suspiros y penetrada de dolor, se postro á sus pies, manifestándole la triste situacion en que se hallaba. Al verla nuestro *Santo*, se tuvo por muy dichoso en tomar un caritativo interés por la mocion de su corazon. Un querido hermano que tengo, le dice ella, es el único remedio de mi indigencia. ¡Pero ah! que él gime entre las cadenas de los infieles, y su libertad solamente puede causar mi felicidad al paso que su cautiverio mi muerte. Ah! lo cierto es que yo tendré que ceder á mis desgracias, si ese hermano, cuya vida me es todavía mas preciosa que la mia, no vuelvo brevemente á tenerle á mi vista. Estas últimas palabras fueron interrumpidas con un nuevo llanto. Acabó de manifestar su sentimiento ántes de haberle casi empezado. El vivo dolor que experimentaba no la permitia explicarse de ningun modo.

¡Que lance para el corazon de *Domingo*! La tardanza seria muy contraria á su ternura, é irritaría los males que á su parecer tardaba ya en remediar. Mas ¿quales serán sus beneficios? Ya no le habian quedado de sus bienes sino la gustosa memoria de haberles repartido entre un afligido pueblo. Pero me engaño: aun le quedaba el último tesoro que era el de su misma persona. Como prodigio de

de la mas heroyca caridad, ofreció los dias de su vida con súplicas y ruegos. Mas ¿que cosa habrá á quien él no oblique? Ah! Librar á un cautivo á expensas de su libertad, era una felicidad que envidiaba: esta era la gloria que deseaba adquirir.

A vista de tales sentimientos no se puede dudar, que él fuese un hombre digno de abrazar el ministerio de la predicacion. ¡Con quanta facilidad mueve y convence el que sabe apoyar sus discursos con los exemplos mas apreciables! ¡Que bien persuadirá *Domingo* el menor precio de una vana fortuna constituyéndose voluntariamente pobre! ¡Que concepto tan ventajoso se puede formar de un hombre que es al mismo tiempo el padre de los pobres, el oráculo de la verdad, y, en fin, el ornamento y defensor de la Religion! El copiar en sí mismo las virtudes que se quieren inspirar á los demas, es la obra mas maravillosa, y el mas seguro garante del suceso.

Ya se habia percibido, extendido y admirado la reputacion de *Domingo*. Por lo mismo le incluyó el Obispo de Osma entre su clerecía, uniéndole á su Iglesia por los vínculos sagrados, y ensalzándole á las primeras dignidades. Caminaba con pasos agigantados de virtud en virtud, y el Sacerdocio daba á su santidad una nueva brillantez. Viósele abrazar la carrera del Apostolado, y España tuvo la fortuna de oírle sus primeros oráculos. No tardó tampoco la Francia en ser el teatro de sus trabajos y de sus conquistas.

Aquí ya se me presenta el asunto con di-

fe

ferente colorido. Lo que le iba á hacer amable y fecundo, era un zelo caritativo y prudente. Mas para daros completa idea del triunfo de mi héroe, debo representaros el carácter de los enemigos que le excitaban al combate. Acia la mitad del XII. siglo acababa de levantarse una nueva heregia, que se atrevia á emprenderlo todo; y siendo por desgracia demasiado feliz en la execucion de quanto habia querido hacer, atrajo á la Religion con su impio sistema los golpes mas terribles y fatales. Era poderoso y sostenido su partido por los principes, con especialidad por el rey de Aragon, que con otros enarbolaba por todas partes el estandarte de la rebellion. Guiados por la audacia y favorecidos por los sucesos, parecia que amenazaban á la Iglesia con una ruina próxima, como si esta pudiera caer á impulsos de los golpes de sus enemigos. Ya estaban muchas provincias dañadas con este fatal veneno, y la Francia era el muro en donde se hacia fuerte el error. Desde el centro de este dilatado reyno se extendió por toda la Europa. La mentira se producía con el velo de la verdad, y hacia tomar á esta el carácter de la impostura. Gemia la Iglesia, y con solo una heregia parecia que revivian todas las demas.

Ya no se miraban los misterios sino como vanas supersticiones inventadas para sorprehender la credulidad de los pueblos. El Arianismo renacia al parecer de sus cenizas: ya no era Jesu-Christo igual á su Padre. Considerado como un Profeta, no se le tenia ya co-

como un Hombre-Dios. Los nuevos sectarios de Nestorio quitaban á Maria la admirable prerogativa de ser Madre Virgen. Tambien se veia renovar la funesta doctrina de Manesio; en una palabra, á dos principes que siempre peleaban y jamas se destruían. ¿Quantos otros errores alteraban en aquel tiempo la pureza de la fé? Aun antes del nacimiento de Calvino se dexaba ya descubrir su secta.

Yo, señores, os he pintado la heregia de los Albigenses sin haberla nombrado expresamente, como que no la podeis desconocer: Pero ¿como era posible que nadie hubiera pensado en que estas estrafalarias imaginaciones del espíritu hubieran hallado obstinados y ciegos partidarios? Mas ¿que digo yo? Bien sé que la razon humana se halla algunas veces gozosa en el seno de las tinieblas, y gusta extraviarse por los caminos mas opuestos. Lo cierto es, que triunfaba el error y se aumentaba sin cesar. Estaba acreditado el vicio, ultrajada la virtud, trastornados los altares y demolidos los templos. Tales eran los trofeos que levantaba la heregia en gloria suya.

Presentóse Domingo en medio de la tempestad con que se veia amenazada la Iglesia. Este era el nuevo Jeremias que, como una inmutable columna, debía sostener á la Religion contra el furor de sus enemigos. *Ego dedi te in columnam ferream* (1). Habia nuestro Santo, y á los primeros esfuerzos de su zelo

se

(1) Jerem. I. 18.

se admira Roma. Ya creía esta ciudad, que con aquel nuevo Apóstol tenía el Vaticano el apoyo mas firme. Pero no tardó en sobrepujar á las mas lisonjeras esperanzas que de su zelo se habian concebido. Como predicador lleno de fuerza y prudencia, todo el mundo christiano experimentaba los trabajos de su apostolado.

He dicho, señores, que era un predicador lleno de fuerza y prudencia; porque se ven muchas veces hombres llenos de un zelo ardiente que son tímidos por reflexión. Atacan al error, pero con menos intrepidez que la que se necesita. Puede decirse, que su ingenio se reduce á eximirse de las vengadoras amenazas de sus enemigos, y que al mismo tiempo que se empeñan en el combate le temen. Circunspecto siempre *Domingo* y jamas temeroso, advertía con su prudencia los peligros y los remediaba. Ellos mismos se puede decir que le daban una nueva actividad. Por desconfiar de si mismo, era en ellos sumamente constante. Aunque fué sabio sin timidez, jamás se expuso su zelo á disputas indiscretas: sin embargo de que por otra parte no reusó nunca las empresas mas difíciles. En la grandeza de los proyectos, se manifestaba con brillantez aquella prodigiosa intrepidez con que á cada paso amenazaba. En la execución de los trabajos, se valía de aquella admirable sabiduría para prepararlos, obrar y triunfar con ellos.

Yo no me empeñaré en seguir á *Domingo* en la rapidez de su carrera. Si os dixera que el

el rigor de las estaciones y el horror de los peligros eran débiles obstáculos para la impetuosidad de su zelo: si os dixera que surmontando las rocas, las montañas, los precipicios y las emboscadas, abría una senda facil á los corazones á quienes queria catequizar: si os dixera que volaba de ciudad en ciudad y de provincia en provincia, atacando por todas partes á la heregia y llenándola de confusion; y, en fin, si os dixera, que los mayores templos no bastaban para contener el prodigioso número de sus admiradores: ¿no me acusaríais, señores, por no haber dado baxo un punto de vista muy brillante el apostolado de *Domingo*? ¿No me enviaríais con razon á las ciudades que fueron el lugar de su predicacion para que me instruyese de las infinitas maravillas que habia dexado de referiros? No tengo mas que preguntar á Tolosa, Albi, Carcasona y Agen para que cada una de ellas me diese á entender los infinitos milagros de prudencia de que las habia hecho testigos su zelo.

Monreal le vió confundir en públicas conferencias á los ministros del error. En vano afectaban un silencio sospechoso los corrompidos jueces que se habian escogido para decidir entre los dos partidos, y pensaban que condenando á la heregia habian de ser condenados tambien ellos mismos. Con su prudencia les obligó *Domingo* á ser los mas desinteresados panegiristas de la verdad despues que fueron sus mercenarios apoyos.

La prudencia de nuestro Santo fué la que en

en Tolosa hizo salir la luz del seno de las tinieblas. Sabia dar tiempo á sus contrarios en medio de las mayores disputas para descubrir mejor su doctrina, sorprehenderles, á ismarles y anonadarles con ella misma. Como juez lleno de circunspeccion condenaba con fuerza y con modestia; y por la sabiduría de su conducta, humillaba el orgullo de los grandes, destruía la preocupacion de los pueblos y quitaba á la heregia sus mas firmes apoyos y mas zelosos protectores. La heregia, pues, solo se mantiene en quanto se descubre: el verdadero medio de destruirla, es el de dexarla que se manifieste.

Aquí, señores, se abre un dilatado campo al prudente zelo de *Domingo*. Levantáronse en Montpellier dos hombres capaces de pervertir á la mas iluminada piedad. Unidos por la conformidad de sus sentimientos y costumbres, parecia que se reproducian mutuamente el uno en el otro. Ambos premeditaban unas mismas empresas, temian los propios trabajos, y conseguian iguales sucesos. Como espíritus ligeros, brillantes y con habilidad para encantar por medio de las gracias de la eloquencia, sabian ocultar su veneno de mil diestros y distintos modos. Eran incrédulos por un extravío de la razon y apoyos del error por una interesante política: otro tanto mas perjudicial, en quanto una santidad aparente les libraba del rigor de la critica y de las sospechas. Como árbitros soberanos y oráculos respetados universalmente, solo se les miraba para imitarles, y se les escuchaba para ad-

admirarles. Estos son hombres distintos de los demas.

¡Quan dificultoso es borrar de un pueblo entero las ideas que ha concebido por ventajosas! ¡Quan dificultoso es poder aclarar la vista sobre la que la preocupacion ha extendido un velo favorable! El persuadir á toda una ciudad que se ha dexado sorprehender por la impostura, y hacerla creer que aquellos á quienes miraba como apóstoles de la verdad, eran justamente los que la atacaban, es sin disputa una obra dificultosísima. No obstante, nuestro Santo la emprendió y executó. En unas grandes disputas desmenuzó y puso en claro los artificios de aquellos pretendidos apóstoles, y en la cátedra de la verdad censuró su doctrina. Dasafianle sus enemigos al combate, y él les esperaba con prudencia. No, no podreis libraros, ministros del engaño, no podreis libraros, vuelvo á decir, de la vergonzosa deshonra que os está preparando delante de vuestros mismos admiradores: ella será quien os descubra y humille con mayor rubor y confusion vuestra. Vuestro silencio dará el mas eloquente testimonio de su victoria.

Pero mientras yo me detengo en esta relacion, veo que el azote de los Albigenses camina como de combate en combate. Por todas partes obraba prodigios su poderosa palabra; y por todas ellas se aplaudian sus talentos. En efecto era así: mas no creais, empero, que fuese *Domingo* uno de aquellos oradores, cuya reputacion únicamente se sostiene

ne entre algunas personas interesadas en su alabanza. Bastaba oírle para edificarse, moverse y transportarse. Un voto unánime y general no me parece que es equivoco. Por todas partes se aumentaban las mas admirables conversiones. Sin embargo, señores, no creais que cautivase las atenciones por medio de discursos pomposos y trabajados con arte. Apoderarse de los entendimientos con los molestos adornos de una ingeniosa eloqüencia, es un género de predicacion que ni conoció, ni quiso conocer nuestro Santo. Procuraba menos lisonjear el espíritu que mover el corazón. Sencillo con dignidad, hablaba el lenguaje de las sagradas Escrituras. Era sólido intérprete de los Chrisóstomos, de los Ambrosios y de los Agustinos, cuyos talentos, doctrina y virtudes copiaba en sí. Tales eran las poderosas armas con que su sabiduría se oponia á las vanas sutilezas del error. Pero aunque atemorizado éste, no le dexaba todavía en paz. De sus inanimadas cenizas parecia que retoñaban otros de nuevo. ¡Que tormenta se preparaba! Quando la heregia puede campar con la venganza, siempre ha sido esta muy terrible. Solo se levanta del seno de su sepulcro para precipitar en él á su vencedor. Sus golpes son otro tanto mas temibles en quanto se descargan con mayor destreza: O, por mejor decir, ¿que puede el furor de la heregia contra la paciencia de un Apostol? Este se burla de la rabia de los enemigos. *Insultat periculis*. Se tendria por dichoso caer á impulso de sus golpes: su muerte

te sería su triunfo. *Ridet mortem*. Su invencible valor apacigua las mas violentas tempestades. *Omnia vincit*.

El retrato que yo os presento, oyentes míos, no es imaginario: es el verdadero retrato de *Domingo*. Este Profeta de la nueva ley tuvo, pues, muchas pruebas que aguantar, é infinitas persecuciones que sufrir. Es cierto que fué un hombre atacado por el error; pero tambien habia experimentado éste muchas veces de él la misma suerte. Aquel tiempo de contradiccion fué el mas dichoso de su triunfo. En el ministerio de la predicacion le dirigia la sabiduría, y le sostenia y coronaba la prudencia. Yo me figuro á nuestro Santo del mismo modo que aquellos primeros héroes del christianismo que se vieron continuamente acometidos y fueron siempre superiores á los ataques: siempre perseguidos y jamas vencidos en medio del fuego de las persecuciones, y nunca mas terribles á sus enemigos que quando parecia que eran sus victimas.

No ignoro que algunos espiritus sediciosos se atrevieron tambien á producirse contra él con discursos satíricos é infames. Quando advertian constantemente la virtud de nuestro Santo, se levantaban contra el proyecto de su mision. Decian que era guiada de la política y que no tenia parte la Religion en su zelo. Llegó por fin á acusarla la calumnia en Carcasona; á condenarla la credulidad y á prestarse la injusticia para sacrificarle. Tráquilamente siempre *Domingo* dentro de sí mismo, sufría y callaba. Me parece estar viendo á un

Tom. III. X nue.

nuevo pueblo en Icona que erige trofeos de sus humillaciones. Antes se cansaban sus enemigos de ultrajarle que él de sufrir los baldones de quienes era el objeto. *Signa Apostolatus in patientia* (1).

A nuevos contratiempos, nuevos prodigios de paciencia. No, grande Apostol, no sabes degenerar de tu heroísmo. Una guía infiel te aparta del camino que debes seguir. Por entre abrojos y espinas te mete en un camino contrario é impenetrable. Poco satisfecho con haber engañado tu vista, se atreve á burlarse indiscretamente de tu credulidad. Mas ¿que es lo que veo? ¡O prodigiosa mudanza! Tu paciencia es la que la hace reflexionar sobre ello. Confundido con su duplicidad, se rinde á tus discursos, y aquel que habia sido el apoyo de la heregia viene á ser el rayo y el azote de ella. *Signa Apostolatus in patientia*.

Deseosa la heregia de reparar sus pérdidas meditaba un golpe decisivo. Intentó armar á unas manos venales, prometiéndose de este modo ver acabar por un camino extraño al único hombre que era capaz de detener la rapidez de sus progresos. ¡Vanos esfuerzos! pues aunque tronaban las nubes, no podía descender el luminoso rayo. Lo que hay que admirar es el ver á los pies de Domingo á aquellos mismos hombres que se habian empeñado en quitarle los dias de su vida. Me parece que les estoy viendo hacer una

sin-

(1) II, ad Cor. 12. 12.

sincera confesion de su delito. Admiradores de su paciencia, fueron muy en breve conquistados de ella. *Signa Apostolatus in patientia*.

¿No es preciso, señores, que despues de tantas tormentas se siga una preciosa y constante calma? No por cierto: aquellas contradicciones se aumentaban al parecer á proporcion de lo que se extendia su zelo. España, Francia é Italia veían con el mismo ardor las propias maquinaciones. Mas ¿para que me canso? una delicada empresa fué causa de que se encendiese contra él el furor de una infinidad de envidiosos enemigos.

Hablo de aquellas vírgenes á quienes una inconsiderada juventud, mas bien que el espíritu de Religion, las habia hecho entrar á ser los enemigos de la clausura. La reflexion las encaminaba al mundo que habian dexado por ligereza. La reclusion es un suplicio quando no sabe el fervor dulcificar su amargura. La ciudad de Roma observaba á aquellas dispersadas palomas que se sacudían y sobrellevaban un yugo tan pesado, valiéndose de una escandalosa libertad. Quejábase aquella capital, con razon, al ver que no habia ya en sus monasterios lo que aquí nos hace admirar tanto; quiero decir, la humildad sincera, la penitencia sin afectacion, la piedad constante y el precioso conjunto de todas las virtudes. El entrarse en el claustro parecia ser únicamente un privilegio con el qual pudiesen dar mas libre curso á sus pasiones.

Semejante desorden excitó el zelo de los soberanos Pontífices. ¿A quien os parece que confió Honorio esta reforma tan difícil quando intentó expresamente detener aquella multitud de abusos? A *Domingo*: pero lo mismo fué hablar éste que suscitarse mil inconvenientes contra su delicado proyecto. Los amigos que tenían interés en que no se ejecutase, y los poderosos que protegían aquel desorden, se levantaron contra él con mil protestas y amenazas. Como criminales defensores de una libertad tan fatal, declaraban su empresa por una temeraria violencia. Empezaron á murmurar de él, y asestándole los venenosos tiros de su encono, formaban mil detestables designios. ¿Y que es lo que hizo nuestro Santo? Moderado siempre y guiado por la dulzura intentó, premeditó y executó lo que quería. Me parece que estoy viendo á sus enemigos en la precision que se hallaron de conceder al heroísmo de la paciencia la victoria que habian disputado á la actividad de su zelo. *Signa Apostolatus in patientia.*

De este modo es, christianos oyentes, del que se valió *Domingo* para defender y apoyar la gloria de su Dios por medio de los prodigios de caridad, de sabiduria y de paciencia. Y ved ahí justamente á lo que yo llamo trabajos del predicador. Veamos en lo que resta como procura Dios la gloria de nuestro Santo, en cuya dicha se refunden los sucesos del Apostol.

PUN-

PUNTO SEGUNDO.

Los sucesos mas lisongeros á que el hombre puede aspirar, no creo yo que consistan en otra cosa que en tener á sus enemigos por panegiristas, al universo entero por admirador y á la eternidad de los siglos por garante de sus triunfos. Asi es, ó gran Dios, como coronais el mérito de vuestros Santos: así como se cumplen vuestros oráculos. Siempre estais vos atento para adquirir la gloria de aquellos que procuran la vuestra. *Quicumque honorificavit me glorificabo eum* (1).

No me valdré yo de otra idea para acabar el elogio de *Domingo*. Sucesos confesados por sus enemigos: admirados por todo el universo; y permanentes en todos los siglos. Tal es la recompensa de sus trabajos, y tal el nuevo colorido con que demuestro su retrato.

¡Quan sólida y resplandeciente es aquella gloria que hasta los propios enemigos no pueden menos de confesar! Aquellos hombres á quienes con especialidad separa de la Iglesia el cisma, no quieren testificar facilmente el mérito de un Apostol, que únicamente debe su gloria á costa de su confusion. Interesados en degradarle, rebajan muchas veces las virtudes que tiene, y le suponen vicios que no conoce. Mas facil es vencer á los hereges que hacerlos confesar su vencimiento. La vergüenza que les causa, excita su furor. Audaces

X 3

has-

(1) I. Reg. 2. 30.

hasta en la humillacion, encuentran siempre en la oposicion de los sentimientos un especioso pretexto para no aplaudir los sucesos del vencedor. El decir, pues, en honor de *Domingo*, que en sus mayores enemigos tuvo los panegiristas de su gloria, es lo mismo que hacer ver logró una alabanza poco común, y cuya dicha es raro el hombre que la consigue.

El Apostolado de nuestro Santo fué señalado con infinitos prodigios. Veía la heregía sus milagros y no los creía. Ciega por interés, no quería reconocer estas divinas pruebas sino como obra de la impostura. Por lo mismo era necesario que ella misma sentenciase contra sí propia. Y era preciso tambien, que engañada en sus esperanzas se acarrese el precipicio al mismo paso que creía llevar á él á su enemigo.

Aquí, señores, me parece estar viendo en *Domingo* otro Elías, y renacer con los Albigenses los adoradores de Baal. ¡Que conformidad tan preciosa! Elías observó que se rebelaba el pueblo á sus discursos, y se dividía en partidos sobre la certeza de la Religion. Piensa terminar las diferencias, formando un proyecto atrevido y digno de su zelo. Recibióse este y se aplaudió. *Optima propositio* (1). Dispónense dos sacrificios y se prepararon otras tantas víctimas. Aquella á quien consumiese el fuego debía decidir entre el Dios de Israel y Baal. Por fin, llegó el tiempo de exe-

(1) III. Reg. 18. 24.

executar el proyecto. ¡Que cosa tan admirable! Invocan los falsos profetas á Baal, y no les oye. ¡Divinidad impotente y obra de la supersticion! Permanece su víctima, y quedan corridos de vergüenza sus adoradores::: Pero aun mas admirable fué lo que sucedió con la otra. Dirige Elías sus súplicas al cielo, y este le oye. Empiezan á resonar los truenos, fórmase la tempestad, descende el fuego y consume la victima, con lo que terminó la diferencia.

¡Milagro cierto, que renueva nuestro Héroe! Acordaos, señores, de aquella jornada tan fatal para los Albigenses en la que con vivas y aclamaciones de un augusto congreso triunfó la verdad del error. Ya creía la presuntuosa heregía que caminaba á la victoria. Por lo mismo insultaba al zelo crédulo del humilde *Domingo*. ¡Ah! bien pronto mudará ella de lenguaje: arrójanse dos libros en medio de las llamas: el uno contenia los pretendidos oráculos de la impostura, y el otro las sagradas verdades de la fé. Aquel á quien respetasen las llamas debía ser la condenacion del otro. Mas ¿que es lo que estoy ya viendo? El libro de los Albigenses fué reducido á ceniza. El de *Domingo* permaneció intacto. Se puede decir, que connaturalizado con las llamas, como formado con los ardores de la caridad, no podia recibir ningun daño del fuego. Yo admiro á Elías al ver que hizo baxar una llama del cielo para que produxese un milagro tan patente, y no me choca menos nuestro Santo quando por un

nuevo milagro obligó al fuego á que suspendiese su actividad.

Dudad ahora, ministros del error, dudad ahora todavia sobre que partido debeis abrazar. *Usquequò claudicatis in duas partes?* (1). No señores, yo no creo que puedan negarse á abrazar el partido de la verdad á vista de un prodigio tan patente. En efecto, cayó aquella funesta venda que alucinaba sus ojos. Dispóse la preocupación y se aumentaron las conquistas de la fe. Infinitas señales conformes anunciaban todas el suceso de *Domingo*. Aquellos mismos á quienes el orgullo ó el interés hacian permanecer en el seno de las tinieblas, se vieron obligados á reconocer en él un depositario del poder divino. Persuadidos, aunque sin convertirse, no les quedaba ya mas que el debil recurso de prepararle nuevos combates, que sirvieron de mayor aumento para la gloria de nuestro Héroe.

En vano anunció á estos hereges la triste suerte que les esperaba, con el fin de que se uniesen á la congregacion de los fieles; y en vano ofreció tambien á los ojos de su consideracion un arroyo de sangre en que se debia extinguir la desgraciada porcion que les habia quedado de su derrotado y fugitivo ejército. En los excesos de su furor desechara la heregía con pertinacia la prediccion del profeta. Observaba reyes poderosos que se habian armado para su defensa; y el número de sus tropas mantenía su audacia. Ya tardaba

(1) III. Reg. 18. 21.

ba en manifestar su rabia y llevar por toda la Iglesia el fuego de la venganza. Preparóse á la accion delante de los muros de una plaza importante. Tampoco dudaba que nadie pudiera resistirla. Mas ¡ó gran Dios! ¡Quan bien la harás conocer, que eres el Dios de tu pueblo, y que sales por garante de la palabra de tus santos! ¡En vano se esfuerza el pueblo rebelde contra tu ley! Ataca á los impenetrables muros, y como pueblo á quien favoreces está seguro del vencimiento. El ir al combate es caminar á la victoria.

En efecto el oráculo de *Domingo* se cumplió. El ejército de los confederados, fué batido y destrozado, y sus horribles despojos cubrian todo el campo del combate. El triunfante ejército de las Cruzadas atribuyó á nuestro Santo toda la gloria del suceso, y hasta sus mismos enemigos no se la pudieron negar. Aun digo mas: su gloria se extendió por todo el Universo. *Nomen gloriæ ejus usque ad extremum terræ* (1).

Todo el mundo parece que se interesa en las guerras de Religion; y como que todos los pueblos toman parte en la decadencia de aquella que no siguen, al paso que son muy zelosos para hacer triunfar la que abrazaron. ¿Que parte del mundo no participó de los sangrientos combates de que fué teatro la Europa durante el duodécimo siglo? El origen, los progresos y la ruina de los Albigenes, son unas épocas que á todas las naciones se las ha transmitido.

(1) I. Mach. 14. 10.

mitido la historia fiel. El nombre del Héroe á quien coronó la Religion en aquellos turbulentos y horrorosos dias, debe ser tan celebrado como la confusion de sus enemigos. ¿Que parage habrá donde no haya llegado la reputacion de *Domingo*? *Nomen gloriae ejus usque ad extremum terræ.*

Un acontecimiento esencial se presenta á mi consideracion, de tal suerte, que yo creo que debe asegurarse para siempre, ó el triunfo de la verdad, ó del error. Es un golpe único y terminante. La derrota debe ser irreparable y el suceso decisivo. Ah! representaos, pues, el peligro que amenazaba al ejército de Saul. Iba á rendirse á las victoriosas armas de los Filisteos. La presuntuosa audacia de Goliath parecia que anunciaba la próxima ruina de Israel. Pero un instante mas favorable hizo mudar las cosas de semblante. Preséntase David animado con un noble ardor, y héroe casi tan pronto como guerrero, se aventuró á un combate desigual. El solo mantenía un reyno vacilante y poco seguro. Presentóse, obró y salió vencedor. Su gloria era la de toda la nacion.

¿No os manifiesta ya este paralelo la idea de la pintura que os debo delinear? Sin duda os figuraréis ya vosotros la triste situacion en que estaria el ejército de las Cruzadas. En efecto, ya parece que iba á encubrirse con la multitud de los Albigenses. Puesto al frente de los novadores el rey de Aragon, desafiaba como otro Goliath á los mas valientes de sus enemigos. ¡O inesperada revolucion! Preséntase

Do-

Domingo como si fuera un David, y una indignacion santa excita en su corazon un heroísmo de zelo. En caso de que no pueda defender á la Religion con la fuerza de sus armas, la sostendrá con la sabiduria de sus consejos.

No tardó en levantarse el conde de Montfort, Machábeo verdaderamente de los christianos, prodigio de verdad, activo defensor de la Religion, atrevido en la grandeza de sus proyectos, prudente en conducir las empresas mas delicadas, de un valor excesivo en los contratiempos, moderado siempre en la victoria, y en una palabra, terror de los enemigos y admiracion del mundo christiano. Mas ¿si lo creereis vosotros, christianos? Aquel héroe cuyas primeras conquistas fueron la admiracion de los mas famosos guerreros, aquel héroe digo, no se quiso empeñar en los combates sino baxo los auspicios de nuestro Santo. Le parecia, que solo este podia asegurar el suceso de sus armas. De este modo repartieron entre sí Moysés y Josué la gloria del triunfo.

¡Que pintura tan admirable y edificativa me representan estos dos grandes hombres! El uno manda y el otro executa. El primero arregla y el segundo conduce. *Domingo* anima y Montfort combate. El uno infunde valor por la fuerza de sus discursos, y el otro le excita por la grandeza de sus exemplos. El uno tiene en su mano la cruz y predica un suceso asegurado, y el otro muestra una sangrienta espada ofreciendo vencer ó morir. El Santo consigue la victoria por medio de sus oraciones,

nes, y Montfort la logra por la actividad de su valor; ó por mejor decir, *Domingo* es el único movil que hace obrar á Montfort. Este confiesa, que á la prudencia de aquel debe únicamente la derrota de un ejército de cien mil hereges. La verdad triunfaba por solo el predicador de ella. A él es á quien reconoce la Iglesia por su libertador. ¿Son menester, señores, otras pruebas para hacer os confesar conmigo, que no tiene nuestro Santo por límites de su gloria sino los del Universo entero? *Nomen gloriæ ejus usque ad extremum terræ.*

¡Nuevas pruebas! ¡Ah christianos! Una infinidad de prodigios se presentan á mi memoria. Mas ¿como os les he de poder yo manifestar con aquel modo tan maravilloso que atrae sobre *Domingo* la confianza de los pueblos, el respeto de los prelados, la estimacion de los reyes y la admiracion de los soberanos Pontífices? Hablar á un mismo tiempo como los Apóstoles á los pueblos de diferentes naciones la lengua que entendian y que creían ser la de su naturaleza: penetrar los sentimientos del corazon y los mas recónditos secretos de las conciencias: percibir los faturos contingentes: anunciar los acontecimientos que debe acarrear la revolucion de los siglos; y, en fin, mandar á los elementos y sujetarles á sus leyes, son los menores milagros que fixan sobre *Domingo* todas las atenciones. En Florencia asombraba, conmovia y transportaba como un hombre que era el vencedor de las pasiones humanas, y que arrancaba con la fuerza de sus discursos del centro de la liviandad

á un sexò, cuyo ídolo era la luxuria. Un hombre á quien Francisco de Asís y Pedro Nolasco respetaban, admiraban é imitaban como eloqüente panegirista de María, que por una fórmula de oraciones, de que era el autor, parecia que animaba á todos los pueblos á que celebrasen con él la santidad, gloria y poder de la Madre de Dios. Un hombre á quien los demas le consideran sobre todo elogio y encarecimiento (aunque jamas se apresuren para seguir sus exemplos) como prodigio de desinterés, que creyendose muy dichoso en sostener los intereses de la Iglesia, reusaba con modestia los honores con que ella le queria colmar. Y, en fin, un Héroe christiano á quien sorprendida Roma escuchaba como un oráculo, y recibia como un profeta, por considerarle, digámoslo así, el árbitro de la naturaleza.

¡O Roma! ¡que parage para *Domingo*! Aquellos astros, cuyo resplandor habia alucinado á los crédulos y preocupados pueblos, venian muchas veces á eclipsarse en las célebres ciudades donde las luminosas censuras descubrian con facilidad los prestigios de la seduccion. Una corte acostumbrada á exâminarlo todo: una corte á quien siempre hace circumspecta en sus juicios el interés de la Religion: en Roma, donde no se extrañaban los falsos milagros contra los verdaderos: en Roma, donde no se lisongeaba sino á expensas de la verdad: en Roma, donde la menor santidad tenia que estudiarse mucho tiempo para ser con mas seguridad confesada; en Roma, en fin, donde no se reconocia al Apóstol sino quando se eleva-

vaba sobre todas las pruebas del Apostolado, era donde brillaba y resplandecia la gloria de nuestro Santo. Ya habia visto aquella ciudad al Pontífice y Vicario de Jesu-Christo, cuya sublime eloqüencia habia aplaudido por los maestros de la predicacion y observó que Honorio III. habia colocado en el frontispicio de su obra el nombre de *Domingo*, como si con este homenaje hubiera querido reconocer en él el modelo de los predicadores. Como sabio intérprete de las sagradas Escrituras, habia ya admirado á Roma por la profundidad de su ingenio. Su zelo habia conseguido tambien á la fé las mas importantes conquistas. Tres muertos resucitaron á presencia del pueblo, de los Religiosos, de los Obispos, de los Cardenales y del mismo Papa: ved ahí, pues, los ilustres testimonios de su poder y los panegiristas de su virtud, que con eloqüentes voces publican su gloria, no digo yo en Roma, Italia, Francia, España y toda la Europa, sino en quantas partes contiene el mundo christiano. *Nomen gloriae ejus usque ad extremum terrarum.*

En una palabra, concluiré con el rasgo mas brillante de este elogio. Los sucesos de *Domingo* son permanentes en todos los siglos. En este retrato que ha trazado el Espíritu Santo de aquel célebre Machábeo que hizo brillar su zelo para restablecer la exácta observancia de la ley, dando al templo su primer esplendor, y llenando al Universo del ruido de sus expediciones, con las que continuamente fueron gloriosos todos sus días, ¿que podré yo decir al ver que la gloria penetró las sombras de

de su sepulcro y mereció ser admirada en la posteridad mas remota? *Gloria ejus omnibus diebus* (1). ¿No os parece, señores, que en este magnífico retrato he representado el carácter de *Domingo*? Lo cierto es, que aquellos hombres que fueron el apoyo de la Religion, no solo no murieron, sino que aun viven despues que espiraron. Con mucha mas razon debe permanecer en todos los siglos la memoria de los héroes christianos que no la de los profanos. Dexémos á estos la frívola ventaja de vivir en su reputacion, y que se respete su gloria entre los herederos de su casa, á quienes muchas veces les sirve de demérito. En los primeros descubro yo un privilegio mas singular. Su espíritu se perpetúa de edad en edad, y observo que reviven en los hombres que son lo que ellos fueron, de tal modo, que se puede decir con verdad, que son unos otros si mismos que á cada paso se reproducen y multiplican. *Gloria ejus omnibus diebus.*

Vuestros pensamientos, señores, me parece que se adelantan á mis palabras; ya creo que traza vuestra imaginacion el plan de una Orden que mas bien fué desde sus principios un renovado Apostolado que una Orden nueva. ¡Obra inmortal por cierto de *Domingo*! En efecto, concibió el proyecto de ella; pero ¿que lengua habrá tan eloqüente que pueda darle toda la extension que merece? Lo cierto es, que los individuos de ella son unos hombres que oponen á todos los vicios todas las virtudes

(1) I. Macab. 14. 4.

des, á la vana y engañosa ciencia la ciencia de los santos, y á los prestigios del error las luces de la verdad: unos hombres reunidos por la confesion de un generoso desinterés y de una pobreza voluntaria: unos hombres capaces de confundir al error, de sostener á la Iglesia y de llevar desde un polo á otro la luz de la fé: en suma, unos hombres, cuyo distintivo será el de anunciar la palabra de Dios y ser siempre Apóstoles del universo. Tal es el poderoso socorro que proporcionó *Domingo* á la Iglesia. Este vasto designio le observaba Roma con admiracion, y por lo mismo parecia que dudaba se executase. Sí, señores, él se executará: el suceso lo da á conocer desde el principio. Levántase, pues, la nueva Orden y la confirma un concilio general. No tardaron mucho en acudir con apresuracion las ciudades, provincias y reynos para oír á nuestro Apóstol en la persona de sus hijos.

Pasábase el tiempo y se multiplicaban los prodigios, heredando los discípulos el espíritu del maestro. Ya habia muerto su fundador y triunfaba todavía su zelo del furor de la heregia. Habia muerto y creía la fé que le estaba viendo aun confundir á la incredulidad por su ciencia, y estimular á la virtud con sus exemplos. Habia muerto; pero ah! no recordemos aquel momento fatal en que le arrebató la muerte á la Religion: no le recordemos, digo, sino para admirar el heroísmo de sus últimos sentimientos. Murió *Domingo*. Mas ¿que es lo que veo? defendido con las armas de la penitencia, exhorta y ánima á sus disci-

pulos, no á caminar por sus pasos, porque le parecia que habia correspondido muy ligeramente á la grandeza de su vocacion, sino que les exhorta y ánima para que siempre tengan por enemigos á los que lo son de la Iglesia, animándoles y exhortándoles tambien para que todo lo emprendiesen y sacrificasen por la gloria de la Religion. Murió *Domingo*: mas ¿á quantas Iglesias ha comunicado su espíritu este nuevo Elías? *Gloria ejas omnibus diebus.* ¿Por que reyno no se han esparcido los rayos de este sol?

Pedro de Verona, que fué el ornamento, el apoyo y la víctima de la fé, le hizo revivir en Italia. La Polonia se persuadió ver su Apostolado en el de Jacinto. Pero ¡que resplandor tan inmortal comunica á la Orden de *Domingo* el prodigio de erudicion y virtud que encierra en sí! Dígalo aquel ingenio profundo, universal y superior de Santo Thomas de Aquino, con él que parece haber dado á las ciencias un nuevo ser, y merecido por lo mismo que se le tuviese por el Aguila de la Teología, el Angel de las Escuelas, el oráculo del mundo y la admiracion de todos los siglos. A *Domingo*, pues, estaba reservado dar á la Iglesia, si me es permitido hablar así, en un humilde religioso el mas sabio de los santos y el mas santo de los sabios. ¡Quantos nombres célebres pudiera yo citar todavía si me quisiera detener! ¿Queréis que os haga mencion de aquellos que instruyeron con sus virtudes á todos los estados? En Vicente Ferrer admiro el modelo de los Apóstoles: en Antonino se ve la gloria

Tom. III. Y del

del Episcopado; Raymundo y Beltran admiran al claustro y al mundo; Catalina de Sena brilla en Europa; en América hace ver Rosa de Lima los prodigios de una penitencia inaudita; Alberto y Lasitanto llenan á la Iglesia del mas vivo resplandor. Infinitos son los que dexo de nombrar por no molestaros. Perdonad, ilustres discipulos del gran *Domingo*, perdonad si no os he dado las alabanzas que mereceis. ¿Que puedo yo añadir con mi elogio á los sufragios del universo? Yo veo en vosotros unos nuevos Domingos: sí, señores, veo en vosotros á esos hombres que son los árbitros de los sabios, esos hombres condecorados con la púrpura Romana, esos hombres que han mantenido la Tiara con tanta dignidad; ellos son los que formarán siempre la gloria de *Domingo*. La del hijo siempre resulta en favor del padre. *Gloria ejus omnibus diebus*. De este modo es del que recompensó Dios la virtud de nuestro Santo, quien como predicador lleno de zelo defendió las pruebas mas delicadas, y sufrió los mas penosos trabajos. Estudiad todos los que habeis sido llamados al propio ministerio, estudiad la caridad, la sabiduría y la paciencia de tan perfecto modelo. Permita Dios que corone el cielo vuestros trabajos con una gloria que la envidia de los ribales, la corrupcion del mundo, y los siglos venideros se vean precisados á respetar, para que despues de haber sido los admiradores de *Domingo* sobre la tierra participéis de su recompensa en el cielo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

TA-

TABLA

DE LOS PANEGÍRICOS

que contiene este Tomo.

<i>Panegirico de Santa Isabel.</i>	Pág. 3
<i>De San Ciro, y Santa Julita...</i>	38.
<i>De San Francisco Xavier.....</i>	66.
<i>De San Vicente de Paulo.....</i>	135.
<i>De San Sulpicio.....</i>	178.
<i>De Santiago Apóstol.....</i>	231.
<i>De San Desiderio.....</i>	266.
<i>De Santo Domingo de Guzman..</i>	307.

del Episcopado; Raymundo y Beltran admiran al claustro y al mundo; Catalina de Sena brilla en Europa; en América hace ver Rosa de Lima los prodigios de una penitencia inaudita; Alberto y Lasitanto llenan á la Iglesia del mas vivo resplendor. Infinitos son los que dexo de nombrar por no molestaros. Perdonad, ilustres discipulos del gran *Domingo*, perdonad si no os he dado las alabanzas que mereceis. ¿Que puedo yo añadir con mi elogio á los sufragios del universo? Yo veo en vosotros unos nuevos Domingos: sí, señores, veo en vosotros á esos hombres que son los árbitros de los sabios, esos hombres condecorados con la púrpura Romana, esos hombres que han mantenido la Tiara con tanta dignidad; ellos son los que formarán siempre la gloria de *Domingo*. La del hijo siempre resulta en favor del padre. *Gloria ejus omnibus diebus*. De este modo es del que recompensó Dios la virtud de nuestro Santo, quien como predicador lleno de zelo defendió las pruebas mas delicadas, y sufrió los mas penosos trabajos. Estudiad todos los que habeis sido llamados al propio ministerio, estudiad la caridad, la sabiduría y la paciencia de tan perfecto modelo. Permita Dios que corone el cielo vuestros trabajos con una gloria que la envidia de los ribales, la corrupcion del mundo, y los siglos venideros se vean precisados á respetar, para que despues de haber sido los admiradores de *Domingo* sobre la tierra participéis de su recompensa en el cielo.

FIN DEL TOMO TERCERO.

TA-

TABLA

DE LOS PANEGÍRICOS

que contiene este Tomo.

<i>Panegirico de Santa Isabel.</i>	Pág. 3
<i>De San Ciro, y Santa Julita.</i>	38.
<i>De San Francisco Xavier.</i>	66.
<i>De San Vicente de Paulo.</i>	135.
<i>De San Sulpicio.</i>	178.
<i>De Santiago Apóstol.</i>	231.
<i>De San Desiderio.</i>	266.
<i>De Santo Domingo de Guzman.</i>	307.



NUEVO
LIOTEC